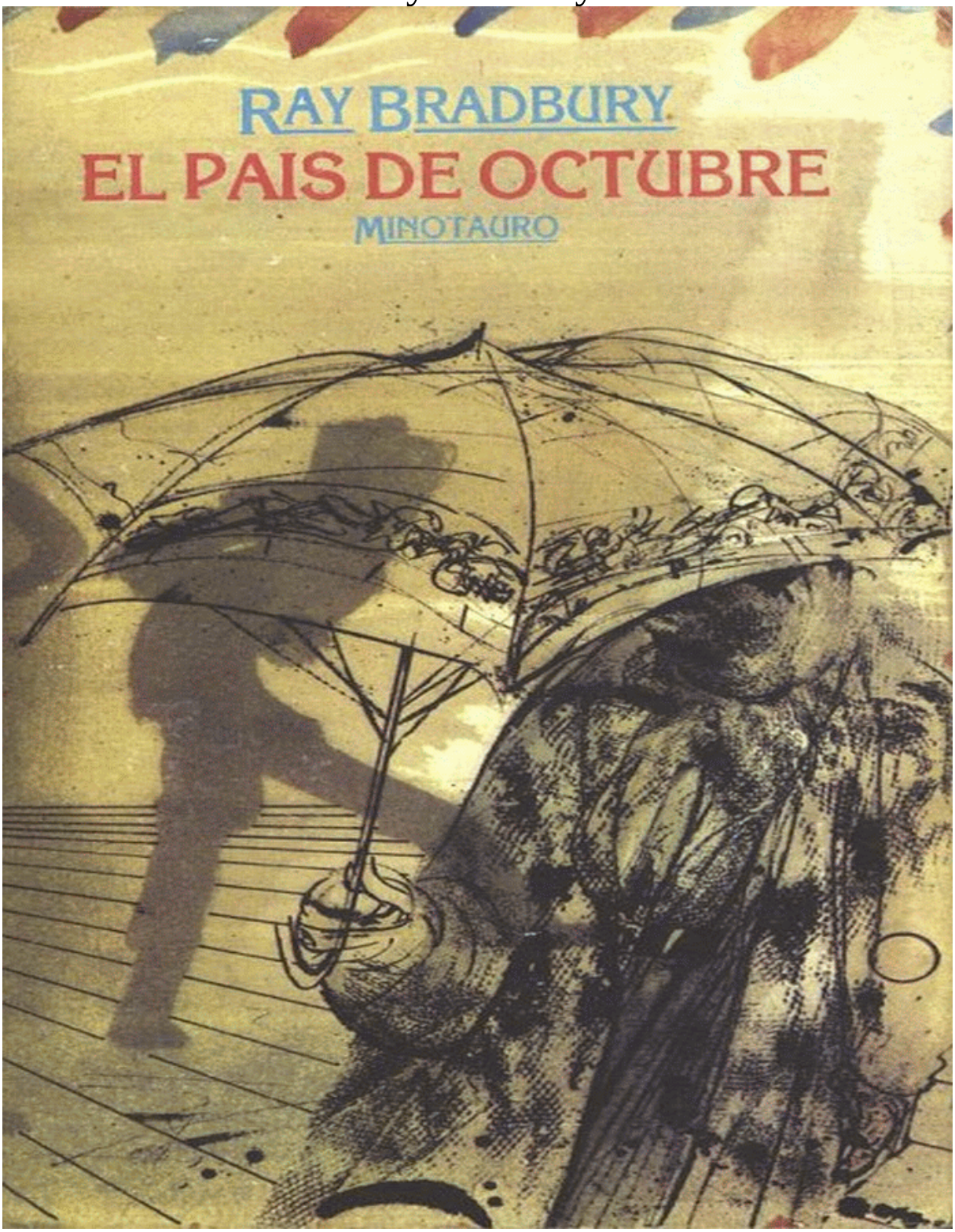
EL PAÍS DE OCTUBRE

Ray Bradbury



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Quince de los cuentos incluidos en esta colección fueron escritos antes de mi vigésimo sexto cumpleaños y publicados por la Editorial Arkham House de August Derleth, en mi primer libro, Dark Carnival. Este libro ha estado agotado durante varios años y me es muy grato que los Editores de Ballantine Books me den la oportunidad de seleccionar, ordenar y en algunos casos, reescrbir mis cuentos preferidos entre mis primeros trabajos. A mis lectores más recientes El País de Octubre presentará un aspecto de mi literatura que probablemente no les es familiar, y un tipo de cuento que he escrito raramente desde 1946. Recordando aquellos años no puedo dejar de expresar otra vez mi gratitud a August Derleth, que fue mi primer editor, y a mis tenaces y pacientes maestros Leigth Brackett y Henry Kuttner.

R.B

ÍNDICE

EL ENANO
EL SIGUIENTE EN LA FILA
LA DESVELADA FICHA DE PÓKER DE H. MATISSE
EL ESQUELETO
LA JARRA
EL LAGO
EL EMISARIO
TOCADOS POR EL FUEGO
EL PEQUEÑO ASESINO
LA MULTITUD
LA CAJA DE SORPRESAS
LA GUADAÑA
EL TÍO EINAR
EL VIENTO
EL HOMBRE DEL PRIMER PISO
HABÍA UNA VEZ UNA VIEJA
LA ALCANTARILLA
REUNIÓN DE FAMILIA
LA MARAVILLOSA MUERTE DE DUDLEY STONE

EL ENANO

AIMEE OBSERVÓ EL CIELO, serenamente.

La noche era una de esas noches de verano calurosas e inmóviles. El muelle de cemento estaba desierto; las lámparas eléctricas en hilera, rojas, verdes, amarillas, ardían como insectos en el aire sobre las maderas desnudas. Los encargados de los distintos kioscos de la feria estaban de pie, como muñecos de cera derretida, los ojos ciegamente fijos, sin hablar, todo a lo largo de la calle. Dos clientes habían pasado una hora antes. Esas dos criaturas solitarias estaban ahora en la rueda de la muerte, aullando cuando la rueda bajaba como una sonda en la noche encendida, dando vueltas y vueltas en el vacío.

Aimee cruzó lentamente la playa con unas gastadas anillas de madera pegadas a las manos húmedas. Se detuvo detrás de la casilla de billetes del Laberinto de Espejos. Se vio a sí misma grotescamente desfigurada en tres espejos ondulados fuera del Laberinto. Más allá, en el pasillo, se desvanecían mil fatigadas réplicas de sí misma: imágenes de calor entre tanta clara frescura.

Entró en la casilla y se quedó mirando largo rato el delgado pescuezo de Ralph Baughart. El hombre apretaba un cigarro apagado entre los dientes largos, amarillos e irregulares y extendía unos naipes gastados sobre el estante de la casilla.

Cuando la rueda de la muerte gimió y cayó otra vez en su terrible derrumbe, Aimee pensó que había llegado el momento de hablar.

-¿Qué clase de gente sube a la rueda?

Ralph Baughart mordisqueó el cigarro treinta segundos.

-Gente que quiere morir. Esa rueda es el aparato de muerte más accesible.-Baughart se quedó escuchando los débiles sonidos del rifle en la galería de tiro.- Todo este condenado negocio de la feria es una locura. Por ejemplo, ese enano, ¿lo viste? Todas las noches deja aquí su moneda y entra corriendo en el Laberinto de los Espejos y no para hasta el cuarto de Louies el Retorcido. Hubieras visto allí su cabecita de muñón. ¡Dios mío!

-Oh sí -dijo Aimee recordando-. Me pregunto siempre cómo se sentirá un enano. Me da lástima cada vez que lo veo.

-Podría arrugarlo como un acordeón.

-¡Por favor!

-Dios. -Ralph le palmeó un muslo a Aimee con la mano libre.- Cómo te preocupas por gentes que no conoces. -Meneó la cabeza y rió entre dientes.- El enano y su secreto. Sólo que él no sabe que yo sé, ¿entiendes? ¡Ah, muchacha!

Aimee sacudió nerviosamente los aros de madera que tenía en las manos húmedas.

-Hace calor esta noche.

-No cambies de tema. Vendrá, con lluvia o con sol.

Aimee se apoyó sobre el otro pie.

Ralph la tomó por el codo.

-¡Eh! ¿Estás loca? Quieres ver al enano, ¿no es cierto? ¡Quieta! -Ralph se volvió.- ¡Ahí viene!

La mano del enano, velluda y oscura, apareció como una mano independiente, y alcanzó la ventanilla con la moneda de plata.

-¡Una! -dijo la persona invisible, de aguda voz de niño.

Involuntariamente, Aimee se inclinó hacia adelante.

El enano la miró abriendo los ojos, y pareció como si fuese sólo un hombre feo, de pelo oscuro, ojos oscuros, que había sido metido en una prensa de uva, y estrujado y amasado,

apretujado y plegado, agonía sobre agonía, hasta quedar reducido a una masa estropeada y descolorida, una cara abotagada e informe, una cara que despertará con los ojos muy abiertos a las dos, las tres y las cuatro de la mañana, derrumbada sobre la cama, mientras sólo el cuerpo duerme.

Ralph rompió en dos un billete amarillo.

-¡Una!

El enano, como asustado por una tormenta próxima, se subió las negras solapas de la chaqueta, cubriéndose el cuello, y se alejó rápidamente, balanceándose. Un momento después, diez mil enanos extraviados y errantes se retorcían en las superficies de los espejos, como frenéticas cucarachas oscuras, y al fin desaparecían.

-¡Deprisa!

Ralph empujó a Aimee a lo largo de un oscuro pasillo detrás de los espejos, palmeándole la espalda, retrocediendo por el túnel hasta un delgado tabique con un orificio.

-Es una maravilla -rió Ralph entre dientes-. Vamos..., mira.

Aimee titubeó, luego acercó la cara al tabique.

-¿Lo ves? -susurró Ralph.

Aimee sintió cómo le golpeaba el corazón. Pasó un minuto. Allí estaba el enano, en medio del cuartillo azul. Tenía los ojos cerrados. Aún no estaba preparado para abrirlos. Ahora, ahora abrió los ojos y miró el espejo alto, y sonrió. Parpadeó, brincó, se puso de perfil, hizo una reverencia y bailó torpemente.

Y el espejo repitió todos los movimientos con un cuerpo alto y delgado, con una enorme mueca y una vasta repetición del baile, que terminó en un gigantesco saludo.

-Todas las noches lo mismo -susurró Ralph en el oído de Aimee-, ¿no es una maravilla?

Aimee volvió la cabeza y miró fijamente a Ralph, un largo rato, y no dijo nada. Luego, como si no pudiera dominarse, movió la cabeza lentamente, muy lentamente, para mirar otra vez por el orificio. Retuvo el aliento. Sintió que se le humedecían los ojos.

Ralph le dio un codazo, susurrando.

-Eh, ¿qué hace el tipejo ahora?

Una hora más tarde bebían café en la casilla de los billetes, sin mirarse, cuando el enano salió de los espejos. Se sacó el sombrero y se acercó a la casilla, pero cuando vio a Aimee se alejó rápidamente.

-Quería algo -dijo Aimee.

-Sí. -Ralph aplastó ociosamente el cigarrillo.- Y sé qué quería. Pero no se atrevió a preguntar. Una noche me dijo con esa vocecita chillona: «Apuesto a que esos espejos son caros». Bueno, me hice el tonto. Dije que sí, que eran caros. El enano me miró como esperando, y yo no abrí la boca y él se fue a su casa, pero a la noche siguiente dijo: «Apuesto a que esos espejos cuestan cincuenta, cien dólares». Apuesto a que sí, dije. Y tendí las cartas para un solitario.

-Ralph -dijo Aimee.

Ralph abrió los ojos.

-¿Por qué me miras de ese modo?

-Ralph, ¿por qué no le vendes uno de tus espejos extra?

-Oye, Aimee, ¿te digo yo cómo tienes que manejar tu galería de anillas?

-¿Cuánto cuestan esos espejos?

-Puedo conseguirlos de segunda mano a treinta y cinco dólares.

-¿Por qué no le dices entonces dónde puede comprarse uno?

-Aimee, no eres inteligente. -Ralph puso una mano en la rodilla de Aimee. La muchacha apartó la rodilla.- Aunque le diga dónde puede ir, ¿crees que se comprará uno? Nunca. ¿Y por qué? Porque es orgulloso. Si supiera que yo lo veo delante del espejo, en el cuarto de Louies, no vendría

nunca más. Finge que entra en el Laberinto para divertirse, como los otros. Pretende que no le importa ese cuarto especial. Espera siempre a que los negocios marchen más en la feria, en las últimas horas de la noche, y así tiene el cuarto para él solo. Sabe Dios con qué se entretiene los días que viene mucha gente. No, señor, no se atreverá a comprarse ningún espejo, en ninguna parte. No tiene amigos, y aunque los tuviera no les pediría que le compraran una cosa como ésa. Orgullo, por Dios, orgullo. Si me lo preguntó a mí es sólo porque no conoce prácticamente a ningún otro. Además, míralo: no tiene bastante para comprarse un espejo. Podría ahorrar, pero hoy no hay mucho sitio para un enano. No hay exceso de demanda, fuera de los circos.

-Me siento mal, me siento triste. -Aimee se quedó mirando la plataforma vacía.- ¿Dónde vive?

-En una trampa para moscas, cerca de los muelles. *Los Brazos del Ganges.* ¿Por qué?

-Estoy sencillamente enamorada de él, ya que lo preguntas.

Ralph mostró los dientes que apretaban el cigarro.

-Tú y tus graciosísimos chistes.

Una noche cálida, una mañana calurosa y un mediodía ardiente. El mar era una lámina de lentejuelas y vidrio fundido.

Aimee llegó caminando por los callejones cerrados de la feria, a orillas del mar tibio, buscando la sombra, llevando bajo el brazo media docena de revistas blanqueadas por el sol. Abrió una puerta descascarada y llamó en la cálida oscuridad.

-¿Ralph? -Fue por el pasillo negro detrás de los espejos, taconeando sobre el piso de madera.-¿Ralph?

Alguien se movió perezosamente en el catre de lona.

-¿Aimee?

Ralph se sentó y enroscó una lámpara débil sobre la mesa de tocador.

Miró a Aimee, entornando los ojos.

-¡Eh! Pareces el gato que se comió al canario.

-Ralph, vine a hablarte del hombrecito.

-Del enano, querida Aimee, del enano. Un hombrecito nace así, pequeño. Un enano es cuestión de glándulas.

-¡Ralph! He descubierto algo maravilloso de ese , hombre.

-Dios santo -dijo Ralph mirándose las manos, abriéndolas como testigos de su propia incredulidad-. ¡Esta mujer! Quién diablos da dos centavos por un horrible...

-¡Ralph! -Aimee mostró las revistas. Le brillaban los ojos.- ¡Es un escritor! ¡Piénsalo!

-Hace demasiado calor para pensar.

Ralph se tendió en el catre y se quedó mirando a Aimee, sonriendo débilmente.

-Pasaba casualmente por *Los Brazos del Ganges y* lo vi al señor Greeley, el gerente. Me contó que en el cuarto del señor Big[1] la máquina suena toda la noche.

Ralph estalló en carcajadas.

-¿Se llama así?

-Escribe cuentos policiales, y eso le alcanza para vivir. Encontré uno de sus cuentos en el kiosco de revistas de segunda mano, ¿y sabes una cosa, Ralph?

-Estoy cansado, Aimee.

-Este hombrecito tiene un alma del tamaño del mundo. ¡No le falta nada en la cabeza!

-¿Por qué no escribe entonces para revistas importantes, eh?

[1] Grande

-Quizá porque tiene miedo. Quizá porque no sabe que puede. Ocurre a menudo. La gente no cree en sí misma. Pero apuesto a que si lo intentase podría venderle cuentos a cualquiera.

-¿Cómo no es rico?

-Quizá porque las ideas le vienen despacio, pues anda siempre deprimido. ¿Quién no lo estaría, siendo tan pequeño? Apuesto a que le cuesta dejar de pensar en que es pequeño y vive en una habitación barata.

-¡Diablos! -gruñó Ralph-. Hablas como la abuela de Florence Nightingale.

Aimee abrió la revista.

-Te leeré parte del cuento. Hay tiros y gente dura, pero está contado por un enano. Pienso que los editores no sospecharon que el autor no inventaba. Oh, por favor, no te quedes así, Ralph. Escucha.

Aimee empezó a leer en voz alta.

Soy un enano y soy un asesino. Ambos términos son inseparables. Soy un asesino porque soy un enano.

El hombre a quien yo asesiné acostumbraba detenerme en la calle cuando yo tenía veintiún años, me alzaba en brazos, me besaba la frente, me cantaba una canción de cuna, me llevaba a la carnicería, me ponía en la balanza y gritaba: «¡Mira, pesa menos que tu pulgar, carnicero!».

Ve usted cómo nuestras vidas se encaminaban al crimen. ¡Este idiota, este perseguidor de mi carne y de mi alma!

En cuanto a mi infancia: mis padres eran pequeños, pero no enanos de veras, de ningún modo. Vivíamos en la casa de mi padre, una casa de muñecas, algo asombroso que se parecía a una tarta de bodas coruscante: cuartitos, sillitas, cuadros en miniatura, camafeos, bolitas de ámbar con insectos dentro, todo minúsculo, ¡diminuto!

El mundo de los gigantes estaba lejos; era un rumor desagradable más allá de la pared del jardín. ¡Pobre papá! ¡Pobre mamá! Sólo querían lo mejor para mí. Me guardaban para ellos como un florero de porcelana pequeño y valioso, en ese mundo de hormigas, los cuartos de colmena, la biblioteca microscópica, el país de las puertas de escarabajo y ventanas de polilla. Sólo ahora entiendo la desmesurada psicosis de mis padres. Pensaban quizá que vivirían siempre, conservándome como una mariposa en una caja de vidrio. Pero primero murió mi padre, y luego un incendio devoró la casita, el nido de avispas, y todos los espejos de sellos postales y los armarios de dedal. Mamá también desapareció. Y yo, solo, mirando las brasas que se apagaban, me encontré arrojado a un mundo de monstruos y titanes, preso en el terreno resbaladizo de la verdad, arrastrado, empujado y aplastado al pie de la montaña.

Tardé un año en acostumbrarme. El trabajo en una feria parecía inconcebible. No encontraba sitio para mí en el mundo. Y luego, hace un mes, el Perseguidor entró en mi vida, me calzó un bonete en la cabeza inocente, y les gritó a los amigos: ¡Quiero presentarles a la mujercita!

Aimee dejó de leer. Miró a un lado y a otro. Le temblaba la mano, y le alcanzó a Ralph la revista.

-Termina tú. El resto es una historia policial. Está muy bien. Pero ¿no te das cuenta? Ese hombrecito...

Ralph tiró la revista a un lado y encendió perezosamente un cigarrillo.

-Prefiero las novelas del Oeste.

-Ralph, tienes que leerlo. Necesita que alguien le diga qué bueno es, y lo anime a escribir más.

Ralph miró a la muchacha, ladeando la cabeza.

-¿Y a que no sabes quién se lo dirá? Bueno, bueno. Ahora somos la mano derecha del Salvador.

-¡Cállate!

-Piensa un poco, maldición. Si lo elogias creerá que le tienes lástima. Te gritará y te echará del cuarto.

Aimee se sentó y pensó un momento, tratando de ver todas las caras del problema.

-No sé. Quizá tengas razón; oh, pero no es sólo lástima, de veras, Ralph. Aunque quizás a él le parezca eso. Habrá que tener mucho cuidado.

Ralph tomó a la muchacha por el hombro y la sacudió pellizcándola suavemente.

-Diablos, diablos. Déjalo. No te pido más. No sacarás nada en limpio, sólo dificultades. ¡Dios, Aimee, nunca te vi tan terca! Mira, pasemos el día juntos, tú y yo. Almorzamos, compramos gasolina y nos vamos por la costa lo más lejos posible; nadamos, cenamos, vemos algún buen espectáculo en un pueblo cualquiera... Al diablo con la feria. ¿Qué te parece? Todo un día sin preocupaciones. Tengo ahorrados un par de dólares...

-Claro, no puedo olvidar que él es diferente -dijo Aimee mirando la oscuridad-. Es algo que nosotros no seremos nunca, tú y yo, y toda la gente de la costa. Qué gracioso. La vida lo condenó a ser espectáculo de feria, y sin embargo ahí está, pisando tierra firme. Y la vida nos preparó a nosotros para que no tuviésemos que trabajar en las ferias, pero aquí estamos, sin embargo, en un muelle asomado al mar. A veces parece que nos encontramos a un millón de kilómetros de la costa. ¿Cómo se explica, Ralph, que nosotros tengamos los cuerpos y él el cerebro, y que se le ocurran cosas que nunca sospechamos?

-¡No oíste nada de lo que dije! -exclamó Ralph.

Aimee tenía los ojos entornados y retorcía las manos sobre el regazo. Alzó la cabeza hacia Ralph que se había puesto de pie, y hablaba como desde muy lejos:

-No me gusta esa expresión astuta que tienes.

Aimee abrió el bolso lentamente, sacó un rollo de billetes y se puso a contar.

-Treinta y cinco, cuarenta. Bien. Llamaré por teléfono a Billie Fine y le pediré que le mande uno de esos espejos altos al señor Bigelow, a *Los Brazos del Ganges.* Sí, lo haré.

-¿Qué dices?

-Piensa qué maravilloso será para él, Ralph, tenerlo en su propio cuarto, y mirarse cuantas veces quiera. ¿Puedo usar tu teléfono?

-Adelante, vuélvete loca.

Ralph se volvió rápidamente y se alejó por el túnel. Una puerta se cerró de golpe.

Aimee esperó; luego, al cabo de un rato, alargó la mano hacia el teléfono y empezó a llamar, con una lentitud dolorosa. Hacía una pausa entre un número y otro, conteniendo el aliento, cerrando los ojos, pensando cómo se sentiría uno siendo pequeño en el mundo, y que luego alguien le enviara a uno un espejo especial. Un espejo para el cuarto donde uno podía ocultarse con la propia imagen luminosa aumentada, y escribir cuentos y cuentos, sin salir al mundo sino cuando era indispensable. Cómo sería estar, sólo entonces, con toda la maravillosa ilusión en el cuarto. ¿Se sentiría uno feliz o triste? ¿Ayudaría eso a escribir, o sería un nuevo impedimento? Sacudió la cabeza hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás. De este modo por lo menos no habría ningún testigo espiando. Noche tras noche, quizá levantándose secretamente a las tres de la fría madrugada, uno podía guiñarse un ojo y bailar y sonreír y saludarse, alto, tan alto, tan hermoso y alto en el espejo brillante.

Una voz en el teléfono dijo:

-Billie Fine.

-¡Oh, Billie! -gritó Aimee.

La noche cayó sobre el muelle. El océano yacía oscuro y ruidoso bajo las tablas. Ralph, frío y de cera en el ataúd de cristal -los ojos fijos y la boca dura-, echaba las cartas. Una pirámide de colillas crecía junto al codo del hombre. Cuando Aimee llegó a la luz caliente de las lámparas rojas

y azules, sonriendo, saludando con la mano, Ralph siguió poniendo las cartas en la mesa, muy lentamente.

-¡Hola, Ralph! -dijo Aimee.

-¿Cómo anda ese asunto amoroso? -le preguntó Ralph sorbiendo un vaso sucio de agua helada-. ¿Cómo está Charles Boyer? ¿O es Cary Grant?

-Acabo de comprarme un sombrero nuevo -dijo la joven, sonriendo-. Dios, ¡qué bien me siento! ¿Sabes por qué? ¡Billie Fine le enviará un espejo mañana! ¿No te imaginas ya la carita del hombrecito?

-No tengo mucha imaginación.

-Oh, Dios mío, hablas como si fuera a casarme con él.

-¿Por qué no? Puedes llevarlo a todas partes en una maleta. La gente pregunta: ¿Dónde está tu marido? Y tú abres la valija y gritas: ¡Aquí está!, como si fuera una corneta de plata. Lo sacas del recipiente cuando te dé la gana, tocas una melodía, lo guardas de nuevo y le pones un cajón de arena en el porche de atrás.

-Me sentía tan bien... -dijo Aimee.

-El mundo es benévolo -dijo Ralph apretando la boca, sin mirarla-. Be-né-vo-lo. Supongo que todo esto empezó cuando yo lo espiaba por ese agujero, matándome de risa. ¿Por eso mandaste el espejo? La gente como tú me ronda siempre con músicas devotas, quitándome toda alegría.

-Recuérdame que no te visite nunca más, pidiéndote que me invites a una copa. Prefiero andar sola que mal acompañada.

Ralph emitió un largo suspiro.

-Aimee, Aimee. ¿No entiendes que no puedes ayudarlo? Está chiflado. Y esa ocurrencia disparatada que has tenido es como decirle: Adelante, sigue siendo un chiflado, yo te ayudaré.

-Es bueno equivocarse una vez en la vida, si crees que le haces bien a alguien -dijo Aimee.

-Dios me libre de los que hacen bien, Aimee.

-¡Basta, basta! -gritó Aimee, y en seguida calló.

Ralph guardó silencio unos minutos, y al fin se incorporó apartando el vaso donde había marcas de dedos.

-¿Me atiendes la casilla un rato?

-Claro, ¿por qué?

Aimee vio diez imágenes blancas y frías de Ralph que se alejaban por los pasillos vítreos, entre espejos, imágenes de bocas duras y dedos que se movían nerviosamente.

Se quedó sentada en la casilla un minuto, escuchando el tictac de un reloj, y luego, de pronto, se estremeció. Volvió los naipes cara arriba, uno a uno, esperando. Un martillo golpeaba una y otra vez, lejos, en el interior del Laberinto; un silencio, otra espera, y luego diez mil imágenes que se plegaban y desplegaban y desaparecían.

Ralph paseándose, mirando diez mil imágenes en la casilla. Aimee oyó la risa débil de Ralph que subía por la rampa.

-Bueno, ¿qué te ha puesto de tan buen humor? -preguntó, inquieta.

-Aimee -dijo Ralph descuidadamente-, no nos peleemos. ¿Dijiste que Billie Fine le mandará ese espejo al señor Big?

-No estarás planeando una broma.

-¿Yo? -Ralph sacó a Aimee de la casilla y tomó las cartas, canturreando, con los ojos brillantes.- No yo, oh no, no yo.

No la miró y se puso a barajar los naipes, rápidamente.

Aimee se quedó detrás de Ralph, y sintió un temblor en el párpado derecho. Cruzó y descruzó los brazos. Pasó un minuto. No se oían otros sonidos que el del océano debajo del muelle,

la respiración de Ralph, el susurro de las cartas. Había calor en el cielo, y nubes espesas. Lejos, sobre el mar, asomaban los relámpagos.

-Ralph -dijo Aimee al fin.

-Calma, Aimee -dijo Ralph.

-¿Y el paseo que querías hacer por la costa?

-Mañana -dijo Ralph-. Quizás el mes próximo. Quizás el año próximo. El viejo Ralph Baughart tiene mucha paciencia. No estoy preocupado, Aimee, mira. -Extendió una mano.- Estoy tranquilo.

Aimee esperó a que el estruendo de un trueno se apagara sobre el mar.

-No quiero que te enojes, eso es todo. No quiero que pase nada malo, prométemelo.

El viento, ya caliente, ya frío, sopló a lo largo del muelle, trayendo un olor de lluvia. Se oyó el tictac del reloj. Aimee empezó a transpirar pesadamente, mirando cómo los naipes se movían y movían. A la distancia se oía el ruido de los proyectiles que daban en los blancos y los disparos de las pistolas en la galería.

Y entonces apareció.

Moviéndose como un pato, a lo largo del solitario concurso, bajo las lámparas de insectos, la cara retorcida y oscura, caminando trabajosamente. Avanzó así largo rato, observado por Aimee. La muchacha quería decirle: Es tu última noche, la última vez que sufrirás viniendo aquí, la última vez que Ralph te espiará. Tenía ganas de gritar y reírse y decírselo a Ralph en la cara. Pero calló.

-¡Hola, hola! -gritó Ralph-. ¡Hoy invita la casa! ¡Esta noche, gratis! ¡Función especial para los viejos clientes!

El enano alzó la cabeza, sorprendido, volviendo a un lado y a otro los ojos negros, confuso. Los labios se le movieron formando la palabra gracias, y se fue llevándose una mano al cuello, tironeándose de las solapitas, alzándolas para cubrirse la garganta convulsa y apretando secretamente la moneda con la otra mano. Mirando hacia atrás, asintió con un leve movimiento de cabeza, y en seguida una docena de caras reducidas y torturadas ardieron con un color oscuro y raro a la luz de las lámparas, y erraron por los corredores de vidrio.

-Ralph -Aimee lo tomó por el brazo-. ¿Qué pasa?

Ralph mostró los dientes.

-Estoy siendo benévolo, Aimee. Benévolo.

-Ralph -dijo Aimee.

-Calla -dijo Ralph-. Escucha.

Esperaron dentro de la casilla en el silencio largo y cálido.

Luego, lejos, apagado, un grito.

-¡Ralph! -dijo Aimee.

-¡Escucha! ¡Escucha! -dijo Ralph.

Hubo otro grito, y otro y luego otro, y una sacudida y un golpe y una rotura, y una huida por el laberinto. Allí, allí, chocando y rebotando, de espejo en espejo, chillando histéricamente y sollozando, con lágrimas en la cara, boquiabierto y jadeante, apareció el señor Bigelow. Salió de pronto al aire ardiente de la noche, mirando alrededor desordenadamente, lloriqueó y corrió muelle abajo.

-Ralph, ¿qué ocurrió?

Ralph se sentó riéndose y palmoteándose los muslos. Aimee lo abofeteó.

-¿Qué hiciste?

Ralph reía, ahora entre dientes.

-Vamos. Te mostraré.

Y Aimee entró en el laberinto, y corrió entre los espejos calientes y blancos, mirándose la pintura de los labios, como un ruego rojo que se repetía mil veces en ardientes cavernas de plata, donde mujeres histéricas y raras, muy parecidas a ella misma, seguían a un hombre sonriente y rápido.

-¡Vamos! -gritaba el hombre.

Y los dos llegaron a un cuartito que olía a polvo.

-¡Ralph! -dijo Aimee.

Los dos se detuvieron en el umbral del cuartito donde había estado el enano todas las noches, un año entero. Los dos se detuvieron donde el enano se había detenido todas las noches, antes de abrir los ojos y ver enfrente aquella imagen maravillosa.

Aimee entró lentamente, arrastrando los pies, en el cuartito sombrío.

Habían cambiado el espejo.

En el espejo nuevo la gente normal era pequeña, pequeña, pequeña; incluso la gente alta parecía pequeña y oscura y se encogía cada vez más cuando uno avanzaba, y Aimee se quedó allí pensando y pensando que si la gente grande parecía allí pequeña, Dios, qué le había hecho el espejo a un enano oscuro, a un enano sorprendido y solitario.

Se volvió trastabillando. Ralph la miró.

-Ralph -dijo la muchacha-. Dios, ¿por qué lo hiciste?

-¡Aimee, vuelve!

Aimee escapó entre los espejos, llorando. Las lágrimas le nublaban los ojos y le costó encontrar la puerta, pero al fin salió. Miró parpadeando el muelle desierto, echó a correr en una dirección y luego en otra, y al fin se detuvo. Ralph apareció detrás, hablando, pero era como una voz que venía del otro lado de un muro, tarde, de noche, remota y extranjera.

-No me hables -dijo Aimee.

Alguien llegó corriendo por el muelle. Era el señor Kelly, de la galería de tiro.

-Eh, ¿no vieron a un hombrecito? ¡Acaba de robarme una pistola, cargada, y escapó antes que yo le pusiera la mano encima! ¿No me ayudan a buscarlo?

Y Kelly se fue de prisa, volviendo la cabeza, mirando entre las tiendas de lona, y desapareció bajo las lámparas brillantes, azules, rojas y amarillas.

Aimee se balanceó hacia adelante y hacia atrás y dio un paso.

-Aimee, ¿adonde vas?

Aimee miró a Ralph como si acabaran de doblar una esquina, dos extraños que pasan y chocan.

-Me parece -dijo- que voy a ayudar a buscar.

-No podrás hacer nada.

-Trataré, de todos modos. Oh, Dios, Ralph, todo esto es por mi culpa. ¡No debí telefonearle a Billie Fine! No debí encargarle el espejo, y enojarte tanto como para que hicieras lo que hiciste. No debí ir a la habitación del señor Big, ni comprar esa cosa loca. Voy a encontrarlo, aunque sea lo último que yo pueda hacer en la vida.

Volviéndose lentamente, con las mejillas húmedas, vio los espejos ondulados que se alzaban frente al Laberinto. La imagen de Ralph se reflejaba en un espejo, y Aimee no podía apartar los ojos. Miraba con una desaprensiva y temblorosa fascinación, boquiabierta.

-Aimee, ¿qué ocurre? ¿Qué estás...?

Ralph torció el cuerpo mirando hacia donde miraba Aimee. Se sobresaltó.

Frunció el ceño ante el espejo enceguecedor.

Un hombrecito feo, horrible, de medio metro de alto, de cara pálida y aplastada bajo un viejo sombrero de paja, le devolvió la mirada frunciendo el ceño. Ralph se quedó allí inmóvil, mirándose fijamente, furioso, las manos caídas a los costados.

Aimee caminó lentamente, y luego apresuró el paso, y luego echó a correr. Corrió por el muelle desierto. El viento caliente sopló, echándole encima gotas de lluvia cálida, continuamente, mientras ella corría.

EL SIGUIENTE EN LA FILA

ERA UNA PEQUEÑA CARICATURA de una plaza de pueblo. Había allí estos ingredientes frescos: la caja de bombones de un kiosco donde estallaba la música las noches de los jueves y los domingos; unos hermosos bancos de bronce y cobre patinados de verde con volutas y flores; hermosos senderos de mosaicos rosados y azules -azules como ojos de mujer recién pintados, rosados como maravillas ocultas de mujer-, y hermosos árboles podados y recortados en forma de caja de sombreros. Todo, desde la ventana del hotel, tenía la fresca amabilidad y la fantasía increíble que uno hubiera esperado encontrar en una villa francesa de fines de siglo. Pero no, esto era México, y ésta era una plaza en un pueblecito colonial mexicano, con un hermoso Teatro Municipal de la ópera, donde se exhibían películas a dos pesos la entrada: Rasputín y la emperatriz, La casona, Madame Curie, Aventura de amor, Los papás enamorados.

Joseph salió al balcón, donde ardía el sol de la mañana, y se arrodilló junto a la balaustrada de hierro, apuntando con la cámara Brownie. Detrás, en el baño, corría el agua, y se oyó la voz de Marie:

-¿Qué estás haciendo?

-... una fotografía -murmuró Joseph.

Marie preguntó de nuevo. Joseph apretó el obturador, se incorporó, movió el carrete, con los ojos entornados, y dijo:

-Tomando una fotografía de la plaza. Dios, cómogritaban esos hombres anoche. No me dormí hasta las dos y media. Tendríamos que haber venido un día de reunión del Rotary.

-¿Cuáles son los planes para hoy?

-Iremos a ver las momias.

-Oh -dijo Marie.

Hubo un largo silencio.

Joseph entró, con la cámara colgando, y encendió un cigarrillo.

-Iré a verlas solo -dijo Joseph-, si no tienes ganas.

-No -dijo Marie, con una voz no muy firme-. Iré contigo. Pero espero que lo olvidemos pronto. Es un pueblecito tan encantador...

-¡Mira! -dijo Joseph, advirtiendo de reojo un movimiento. Corrió al balcón, y se quedó allí con el cigarrillo humeante, olvidado entre los dedos-. ¡Ven rápido, Marie!

-Me estoy secando -dijo Marie.

-Por favor, apresúrate -dijo Joseph, fascinado, mirando la calle.

Hubo un movimiento detrás de él, y luego un olor a jabón, agua, piel, toalla húmeda y agua de colonia. Marie estaba en el balcón.

-No te muevas -le dijo a Joseph-. Así podré mirar sin exhibirme. Estoy desnuda. ¿Qué pasa?

-¡Mira! -gritó Joseph,

Una procesión remontaba la calle. Un hombre iba adelante, con un bulto en la cabeza. Detrás venían mujeres envueltas en rebozos negros, mordiendo naranjas y escupiendo las cáscaras a la calle; junto a las mujeres, unos niños; adelante, hombres. Algunos mascaban caña de azúcar, mordiendo la corteza y arrancándola luego en largas tiras y chupando la pulpa suculenta y los jugos. Eran en total cincuenta personas.

-Joe -dijo Marie detrás de Joseph, tomándolo por el brazo.

No era un bulto común lo que llevaba sobre la cabeza el primer hombre de la procesión, en delicado equilibrio, como una pluma de pollo. El bulto estaba cubierto con una seda plateada, y tenía flecos de plata y rosetas de plata. Y el hombre lo sostenía cuidadosamente con una mano morena, balanceando la mano libre.

La procesión era un funeral y el bulto era un ataúd.

Joseph miró de reojo a su mujer.

Marie tenía el color de la leche fresca. Había perdido el color rosado del baño. El corazón se le había hundido en algún vacío secreto. Se apoyaba con fuerza en el marco de la puertaventana, y miraba a la gente que subía por la calle, miraba cómo comían fruta, oía cómo hablaban tranquilamente entre ellos y reían. Olvidó que estaba desnuda,

-Un niño o una niña que se ha ido a un mundo mejor --dijo Joseph,

-¿Adónde la llevan?

Marie no se sorprendió por esa elección del pronombre femenino. Se había identificado ya con el cuerpo minúsculo, envuelto como una fruta verde. Ahora, en este momento, la llevaban loma arriba en una cerrada oscuridad, como un hueso en un melocotón, y la niña, callada y aterrorizada, sentía las manos del padre en el exterior del ataúd, suave, silencioso y firme adentro.

-Al cementerio, naturalmente. Ahí la llevan -dijo Joseph mientras el humo del cigarrillo le nublaba los ojos como un filtro.

-No el cementerio.

-Sólo hay un cementerio en estos pueblos, lo sabes bien, y hacen todo de prisa. Esa niña ha muerto hace sólo quizás unas pocas horas.

-Unas pocas horas...

Marie se volvió, ridícula, desnuda, sosteniendo apenas la toalla con las manos débiles. Caminó hacia la cama.

-Hace unas pocas horas estaba viva, y ahora...

-Ahora corren loma arriba --continuó Joseph-. Este clima no es bueno para los muertos. Hace calor, y no hay embalsamadores. Tienen que terminar todo en seguida.

-Pero no ese cementerio, ese sitio horrible ---dijo Marie con una voz que parecía venir de un sueño.

-Oh, las momias -dijo Joseph-. No permitas que eso te obsesione.

Marie se sentó en la cama, golpeando una y otra vez la toalla que le cubría el regazo. Miraba hacia adelante; los ojos ciegos como los pezones oscuros. No lo veía a Joseph, ni veía tampoco el cuarto. Sabía que si él castañeteaba los dedos o tosía, ella ni siquiera levantaría la cabeza.

-Comían fruta en ese funeral y se reían -dijo

-Es una larga cuesta hasta el cementerio.

Marie se estremeció, convulsivamente, como un pez que trata de librarse de un anzuelo. Se tendió en la cama y Joseph la miró como alguien que examina en una actitud crítica, tranquila y despreocupada una mediocre escultura. Marie se preguntó ociosamente hasta qué punto las manos de Joseph habían intervenido en el ensanchamiento, el achatamiento y los cambios del cuerpo de ella. Éste, por cierto, no era el cuerpo con el que había empezado Joseph, Ya no era posible modificarlo ahora. Como una arcilla que el escultor ha humedecido descuidadamente, ya no podía tomar otra forma. Para modelar la arcilla uno la calienta con las manos, evapora la humedad con calor. Pero el hermoso verano había quedado atrás para ellos. Ya no había calor que pudiera absorber la humedad de los años que ahora le pesaban a ella en los pechos y el cuerpo. Cuando el calor desaparece, es maravilloso e inquietante descubrir con qué rapidez una vasija acumula en las células el agua destructora.

-No me siento bien -dijo, echada en la cama, pensando-. No me siento bien -repitió, pues Joseph no había respondido. Al cabo de uno o dos minutos se incorporó-. No nos quedemos aquí otra noche,Joe.

-Pero es un pueblo maravilloso.

-Sí, pero no nos queda nada por ver. -Marie se puso de pie. Sabía ya lo que vendría. Buen humor, alegría, ánimo, todo falso y esperanzado-. Podemos ir a Patzcuaro. En seguida. No tienes por qué ocuparte de las maletas. Yo me encargaría de todo, querido. Conseguiríamos fácilmente un cuarto en el Don Posada. Dicen que es un pueblo hermoso...

-Éste -dijo Joseph- es un pueblo hermoso.

-Las buganvillas crecen cubriendo los edificios...

-Éstas -Joseph señaló unas flores en la ventana- son buganvillas.

-... y podremos pescar, a ti te gusta pescar -dijo Marie, rápidamente-. Y yo podría pescar también, aprendería, sí. ¡Siempre quise aprender! Y dicen que los indios tarascos de allí son casi de facciones mongólicas, y apenas hablan español, y de Patzcuaro podríamos ir a Paracutin, cerca de Uruapan, y ahí hay unas cajas de laca hermosísimas. Oh, sería muy divertido, Joe. Haré las maletas. Tú no te molestes, yo...

Marie corrió hacia el baño y Joseph la detuvo:

-Marie.

-¿Sí?

-¿No dijiste que no te sentías bien?

-Es cierto, es cierto. Pero pensando en todos esos sitios encantadores...

-No hemos visto ni una décima parte de este pueblo -explicó Joseph pacientemente-. En la loma hay una estatua de Morelos. Quiero sacarle una foto. Y también a las casas francesas de los barrios altos... Hemos viajado quinientos kilómetros y hace apenas un día que estamos aquí y ya quienes ir a otra parte. Ya he pagado el hotel por otro día...

-Puedes pedir que te devuelvan el dinero.

-¿Por qué quieres irte? -dijo Joseph mirándola con una simplicidad atenta-. ¿No te gusta el pueblo?

-Lo adoro -dijo Marie, las mejillas bancas, sonriendo-. Es tan verde y hermoso...

-Bueno -dijo Joseph-, entonces pasaremos aquí otra noche. Te gustará. Está decidido.

Marie empezó a hablar.

-¿Sí? -preguntó Joseph.

-Nada.

Marie cerró la puerta del cuarto de baño. Buscó rápidamente el botiquín y echó agua en un vaso. Necesitaba tomar algo para el estómago.

Joseph se acercó a la puerta.

-Oye, Marie, no te preocupan las momias, ¿no es cierto?

-Nooo.

-¿El funeral entonces?

-Nooo-nooo.

-Porque si tienes miedo realmente, hacemos en seguida las maletas, ¿eh, querida?

Joseph esperó.

-No, no tengo miedo.

-Bravo --dijo Joseph.

Una pared de adobe rodeaba el cementerio, y en las cuatro esquinas unos angelitos se cernían desplegando unas alas de piedra, y en las cabezas torvas llevaban unas gorras de excrementos de pájaros, y en las manos tenían unos amuletos de la misma sustancia, y las caras eran indiscutiblemente pecosas.

A la luz del sol, cálida y tersa, y que era como un no insondable, inmóvil, Joseph y Marie subieron por la loma, arrastrando unas sombras oblicuas y azules. Ayudándose, llegaron hasta la entrada del cementerio, tiraron de la puerta española de hierro azul, y entraron.

Habían pasado unos pocos días desde la fiesta del Día de los Muertos, y unas cintas e hilachas de tela y cordones centelleantes colgaban como pelos de pesadilla de las estatuas de piedra, de los pulidos crucifijos labrados a mano, y de las tumbas que se alzaban sobre el suelo como marmóreas cajas de joyas. Había, estatuas en actitudes angélicas, de pie sobre montículos de grava, y unas piedras muy trabajadas, altas como hombres, que derramaban ángeles por los cuatro costados, y tumbas tan grandes y ridículas como camas puestas a secar al sol luego de algún accidente nocturno. Y en los cuatro muros del cementerio, metidos en bocas y nichos cuadrados, había ataúdes, detrás de planchas de mármol y yeso, y unos nombres grabados encima, y sobre los nombres colgaban unas grandes imágenes de latón, retratos baratos de los muertos tapiados. Pegados de cualquier modo a los distintos retratos había adminículos que los muertos habían amado en vida: talismanes de plata; cuerpos, piernas y brazos de plata; copas de plata, perros de plata, medallones religiosos de plata, trozos de crespón rojo y cintas azules. En algunos sitios unas láminas de latón mostraban a los muertos que subían al cielo en brazos de ángeles pintados al óleo.

Mirando otra vez las tumbas, vieron los restos de la fiesta de la muerte. Las bolitas de sebo que las velas habían derramado sobre las piedras, los capullos marchitos de las orquídeas que yacían en las piedras lechosas como tarántulas aplastadas de color rojo purpúreo, algunas parecidas a órganos sexuales, fláccidos y marchitos. Había arcos de hojas de cactos, bambúes, cañas, ipomeas silvestres, muertas. Había también círculos de gardenias, y pimpollos secos de buganvillas. Todo el suelo del cementerio parecía un salón de baile luego de una danza frenética, que los participantes habían interrumpido de pronto. A un lado las mesas con confeti, cirios, cintas y sueños abandonados.

Marie y Joseph se quedaron allí un rato, inmóviles, en el recinto caluroso y callado, entre las piedras y los cuatro muros. En un rincón lejano un hombrecito de pómulos altos, cara lechosa de ascendencia española, lentes gruesos, sombrero gris, pantalones arrugados y grises, y zapatos de lazo, se movía entre las piedras examinando el trabajo que otro hombre de mameluco hacía en una tumba, con una pala. El hombrecito de anteojos llevaba un periódico doblado bajo el brazo izquierdo y tenía las manos en los bolsillos.

-*¡Buenos días, señora, señor!* -dijo cuando al fin vio a Joseph y Marie, y fue hacia ellos.

-¿Es éste el sitio donde están las momias? -preguntó Joseph-. Hay momias, ¿no es cierto?

-Sí, las momias -dijo el hombre-. Las hay, y están aquí, en las catacumbas.

-Por favor -dijo Joseph-. *Yo quiero ver las momias, ¿sí?*

-Sí, señor

-Mi español es mucho estúpido, es muy malo –se disculpó Joseph.

-No, no, señor. Habla usted bien. Por aquí, por favor.

Los llevó entre las estatuas con flores hasta una sepultura escondida a la sombra de la pared. Era una tumba grande y chata, enrojecida por la grava, con una puerta trampa de madera, suelta en los goznes. La puerta yacía apartada a un lado y se veía un agujero redondo y unos escalones que se hundían en la tierra.

Antes que Joseph pudiera moverse Marie ya había puesto el pie en el primer escalón.

-Un momento -dijo Joseph-, yo primero.

-No, está bien -dijo Marie, y descendió por la espiral cada vez más oscura, hasta que al fin desapareció.

Pisaba con cuidado, pues en los escalones apenas cabía el pie de un niño. La oscuridad aumentaba gradualmente, y Marie oía detrás los pasos del guardián. La luz volvió de pronto. Habían llegado a un vestíbulo de paredes blancas a media docena de metros bajo el nivel del suelo, iluminado por unas pocas ventanas góticas que se abrían en el cielo raso abovedado. El vestíbulo tenía cincuenta metros de largo y terminaba a la izquierda en una puerta doble de vidrios rectangulares, y allí un letrero advertía: PROHIBIDA LA ENTRADA. En el extremo derecho del vestíbulo se amontonaban unos palos blancos y unas piedras redondas también blancas.

-Los soldados que lucharon por el padre Morelos -dijo el guardián.

Se acercaron. Los huesos estaban puestos ordenadamente unos sobre otros, y en la cima había un montón de mil calaveras secas.

-Las calaveras y los huesos no me impresionan -dijo Marie-. No tienen nada de humano. No me asustan. Son como cosas de insectos. Si un niño creciera sin saber que tiene un esqueleto, los huesos no significarían nada para él, ¿no es así? A mí me pasa lo mismo. Esto ha perdido todo lo humano. No se los reconoce y por eso mismo no son horribles. Para que algo sea horrible tiene que haber sufrido un cambio que uno pueda reconocer. No hay cambios aquí. Son todavía esqueletos, lo que fueron siempre. La parte que cambió ha desaparecido, y no queda ninguna señal. ¿No es interesante?

Joseph asintió con un movimiento de cabeza.

Marie cobró ánimo.

-Bueno -dijo-, veamos las momias.

-Aquí, *señora* --dijo el guardián.

Los llevó al otro extremo del vestíbulo y cuando Joseph le dio un peso abrió el candado que cerraba las puertas de vidrio y las abrió de par en par, y Marie e y Joseph descubrieron una sala todavía más grande, sombría, donde estaba la gente.

La gente esperaba adentro en una larga fila bajo el techo abovedado. Había cincuenta y cinco apoyados en la pared de la derecha, y otros cincuenta y cinco apoyados en la pared de la izquierda, y cinco en la pared del fondo.

-¡Señor Interlocutor! -dijo Joseph, vivamente.

No parecían nada más que las estructuras preliminares de un escultor: el marco de alambre, los primeros tendones de arcilla, los músculos y una delgada laca de piel. Estaban sin terminar, los ciento quince.

Tenían el color del pergamino, y parecía que la piel había sido puesta a secar, extendida de hueso a hueso. Los cuerpos estaban intactos, y sólo habían perdido los humores acuosos.

-El clima -dijo el guardián-. Los preserva. Muy seco.

-¿Cuánto hace que están aquí? -preguntó Joseph.

-Algunos un año, otros cinco, señor, otros diez, O setenta.

Hubo un desconcierto horrorizado. Uno miraba al primer hombre de la derecha, colgado de la pared, sostenido con un alambre, y molestaba mirarlo, y entonces uno se volvía hacia la mujer de al lado, que no parecía una persona real, y luego hacia un hombre que era horrible, y luego hacia una mujer que estaba muy triste por haber muerto y encontrarse en un sitio semejante.

-¿Qué hacen aquí? -preguntó Joseph.

-Los parientes no pagan el alquiler de las tumbas.

-¿Hay un alquiler?

-Sí, *señor*. Veinte pesos al año. O, para un enterramiento permanente, ciento setenta pesos. Pero nuestra gente es muy pobre, como usted debe de saber, y ciento setenta pesos es más de lo que muchos pueden ganar en un año. De modo que traen a sus muertos y los entierran por un año y pagan los veinte pesos, con la buena intención de seguir pagando todos los años, pero todos los años luego de ese primer año tienen que comprar un burro o hay una boca nueva que alimentar, o quizá tres nuevas bocas, y los muertos, después de todo, no tienen hambre, y los muertos, después de todo, no tiran de los arados; o hay una mujer nueva, o un techo que necesita un arreglo, y los muertos, recuerde usted, no se acuestan con un hombre y los muertos, como usted entiende, no tapan goteras, y por todo eso no pagan el alquiler de los muertos.

-¿Qué ocurre entonces? ¿Escuchas, Marie?

Marie contaba los cadáveres. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho.

-¿Qué? -preguntó en voz baja.

-¿Escuchas?

-Sí, creo que sí. ¡Oh, sí! Estoy escuchando.

Ocho, nueve, diez, once, doce, trece.

-Bueno, entonces -dijo el hombrecito-, llamo a un trabajador al terminar el primer año y el hombre cava y cava. ¿Cuánto cree usted que cavamos, señor?

-Dos metros, es lo que se acostumbra.

-Ah, no. Ah, no. Se equivoca usted, señor. Como sabemos que al cumplirse el primer año es muy posible que no paguen el alquiler, enterramos a los más pobres a medio metro. Menos trabajo, ¿entiende usted? Por supuesto, todo depende de la familia dueña del cadáver. A algunos los enterramos a un metro, a otros a un metro y medio y a algunos a dos metros, de acuerdo con el dinero que tenga la familia, cuando es posible que no haya que sacarlo de la tumba un año después. Y permítame decirle, señor, cuando enterramos a un hombre a dos metros estamos muy seguros de

que se quedará ahí. Nunca hemos desenterrado hasta ahora a un hombre que estaba a dos metros. Sí, sabemos cuánto dinero tiene la gente.

Veintiuno, veintidós, veintitrés. Los labios de Marie se movían en un leve susurro.

-Y los cuerpos desenterrados son puestos aquí contra la pared, junto con los otros *compañeros*.

-¿Los parientes saben que están aquí?

-Sí. -El hombrecito señaló con el dedo-. Ése, ¿ve usted?, es nuevo. Está aquí desde no hace más de un año. Los padres saben que está aquí. Pero ¿tienen dinero? Ah, no.

-¿No es horrible para los padres?

-Nunca lo piensan -dijo el hombrecito, muy serio.

-¿Oíste eso, Marie?

-¿Qué? -Treinta, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro-. Sí. Nunca lo piensan.

-¿Y qué pasa si luego pagan el alquiler?

-Bueno -dijo el guardián-, lo enterramos otra vez por tantos años según sea la suma pagada.

-Parece un chantaje --dijo Joseph.

El hombrecito se encogió de hombros, con las manos en los bolsillos.

-Tenemos que vivir.

-Pero ustedes están seguros de que nadie pagará los ciento setenta pesos de una vez -dijo Joseph-. De ese modo les sacan veinte pesos, año tras año, quizá durante treinta años. Si no pagan, los amenazan con traer la *mamacita* o el niño a la catacumba.

-Tenemos que vivir -dijo el hombrecito.

Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres.

Marie contó desde el centro del corredor largo; había muertos apoyados en todos los muros.

Los muertos gritaban.

Parecía como si hubiesen saltado, saliendo muy tiesos de las tumbas, apretándose con las manos los pechos encogidos, y gritaban ahora, y en las mandíbulas desencajadas asomaban las lenguas.

Y así habían quedado para siempre.

Todos tenían las bocas abiertas. Era un grito que no cesaba nunca. Estaban muertos y lo sabían. Las fibras resecas y los órganos consumidos lo sabían.

Marie escuchó un rato los gritos.

Dicen que los perros perciben sonidos que los humanos no oyen nunca, de muchos decibelios por encima de los sonidos normales.

Había muchos gritos en el corredor. Gritos que salían de unas bocas abiertas por el miedo, y de unas lenguas secas, gritos que nadie oía porque eran demasiado altos.

Joseph se acercó a uno de los cuerpos en pie.

-Diga «ah» -dijo.

Sesenta y cinco, sesenta y seis, sesenta y siete, contó Marie, entre los gritos de los muertos.

-Aquí hay uno interesante -dijo el propietario.

Vieron una mujer con los brazos levantados, la boca abierta, los dientes intactos, el pelo desordenado y florecido, largo y brillante. Los ojos eran unos huevecitos celestes en el cráneo.

-Pasa a veces. Esta mujer es una cataléptica. Un día cae al suelo, pero no está muerta de veras, pues muy adentro el pequeño tambor del corazón golpea, tan débil que nadie lo oye. De modo que la enterraron en el cementerio en un hermoso cajón...

-¿No sabían que era cataléptica?

-Las hermanas lo sabían. Pero pensaron que esta vez había muerto al fin. Y en este pueblo caluroso los funerales son siempre breves.

-¿La enterraron pocas horas después?

-Sí, lo mismo. Todo esto, tal como la ven, no se habría sabido nunca si las hermanas no se hubieran negado a pagar la renta, un año más tarde. Necesitaban el dinero para otras cosas. De modo que cavamos con mucho cuidado y llevamos arriba el ataúd y sacamos la tapa y la pusimos a un lado y miramos...

Marie clavó los ojos.
Esta mujer había despertado bajo la tierra. Había clavado las uñas en la tapa, había gritado, golpeando con los puños, y había muerto sofocada, en esta actitud con las manos sobre la cara jadeante, los ojos horrorizados, despeinada.

-Note, *señor*, la diferencia entre las manos de esta mujer y las de las otras -dijo el encargado-. Los dedos de los otros se apoyan pacíficamente en las caderas, tranquilos como rositas. ¿Los de esta mujer? Ah, crispados, retorcidos, como si golpearan queriendo levantar la tapa.

-¿No puede ser la causa el rigor mortis?

-Créame, *señor*, el rigor mortis no golpea tapas. El rigor mortis no grita de este modo, no se retuerce ni trata de arrancar clavos, señor, ni aparta tablas buscando aire. Todos los otros tienen la boca abierta, sí, porque no se les inyectó el fluido para embalsamarlos; gritan, pero es sólo un grito de los músculos. Esta señorita, en cambio, ha tenido una *muerte horrible*.

Marie caminó, arrastrando los pies, volviéndose primero a este lado, y luego a otro. Cuerpos desnudos. Las ropas se habían desvanecido mucho tiempo antes. Los pechos de la mujer gorda eran bollos de levadura reseca, abandonados en el polvo. Las ingles del hombre eran orquídeas sumidas y marchitas.

-El señor Mueca y el señor Bostezo -dijo Joseph.

Apuntó la cámara a dos hombres que parecían estar conversando: las bocas en medio de una frase, las manos gesticulantes y duras -en una charla desaparecida hacía tiempo.

Joseph disparó el obturador, movió la película, enfocó la cámara a otro cuerpo, disparó el obturador, movió la película, se volvió hacia otro cuerpo.

Ochenta y uno, ochenta y dos, ochenta y tres. Mandíbulas caídas, lenguas que asoman como lenguas de niños burlones, ojos de color castaño pálido en órbitas secas, cabellos encerados y endurecidos por la luz del sol, afilados como púas, clavados entre los labios, las mejillas, los párpados, la frente. Pequeñas barbas en los mentones y en los pechos y en los vientres. Carne como parches de tambor y manuscritos y masa de pan encrespada. Las mujeres, deformadas figuras de sebo, fundidas en la muerte, de cabellos disparatados, como nidos hechos, deshechos y rehechos. Los dientes, todos sanos, todos hermosos, todos perfectos, en las mandíbulas. Ochenta y seis, ochenta y siete, ochenta y ocho. Los ojos de Marie se movieron rápidamente. A lo largo del corredor, revoloteando. Contando, apresurándose, no deteniéndose ¡nunca. ¡Adelante! ¡Rápido! ¡Noventa y uno, noventa y ¡dos, noventa y tres! Ahí un hombre, el estómago abierto como un árbol hueco donde se dejan las caritas de amor cuando uno tiene once años. Los ojos ,de Marie entraron en el espacio abierto bajo las costillas. Marie espió. La espina dorsal, los huesos de la pelvis. El resto era tendones, pergamino, hueso, ojo, mandíbula barbada, oreja, nariz tapada. Y el ombligo carcomido, como el molde de un budín. ¡Noventa y siete, noventa y ocho! ¡Nombres, lugares, fechas, cosas!

-¡Esta mujer murió de parto!

Como una muñequita hambrienta, la niña nacida prematuramente colgaba de unos alambres en la cintura de la mujer.

-Éste era soldado. Todavía tiene parte del uniforme...

Los ojos de Marie tropezaron con la pared más lejana después de pasar de un horror a otro, adelantándose y retrocediendo, de cráneo a cráneo, saltando de costilla en costilla, mirando con hipnotizada fascinación los ijares paralizados, descarnados, inertes, los hombres transformados en mujeres por obra de la evaporación, las mujeres transformadas en cerdas de ubres crecidas. El terrible rebote de la visión, que aumentaba y aumentaba, tomando ímpetu de un pecho hinchado a una boca torcida, de muro a muro, de muro a muro, otra vez, otra vez, como una pelota arrojada en un juego, recogida por unos dientes increíbles, escupida en una corriente que cruzaba el corredor y alcanzada luego por unas garras, alojada entre unos pechos flacos, y todo el coro de pie cantando invisiblemente, y animando el juego, el juego disparatado de la vista que retrocedía, rebotaba, con repetido movimiento de lanzadera a lo largo de la procesión inconcebible, a través de una sucesión de horrores erectos que terminaba al fin y de una vez por todas cuando la visión chocaba en el extremo del corredor y todos daban un último grito.

Marie se volvió y miró el otro extremo, donde los escalones subían en espiral a la luz del día. Qué talentosa era la muerte. Cuántas expresiones y movimientos de la mano, la cara, el cuerpo, que no se repetían nunca. Los muertos se alzaban como los tubos desnudos de un vasto órgano arruinado, de bocas frenéticas. Y ahora la mano de la locura descendía sobre todas las teclas a la vez, y el órgano emitía un grito interminable, por un centenar de gargantas.

Un clic de la cámara y Joseph enrolló la película. Un clic de la cámara y Joseph enrolló la película.

Moreno, Morelos, Cantino, Gómez, Gutiérrez, Villanosul, Ureta, Lincón, Navarro, Iturbe; Jorge, Filomena, Nena, Manuel, José, Tomás, Ramona. Este hombre caminaba y este hombre cantaba y este hombre tenía tres mujeres, y este hombre murió de esto, y aquél de aquello, y el tercero de otra cosa, y el cuarto fue fusilado, y el quinto fue apuñalado, y el sexto cayó muerto de pronto, y el séptimo se emborrachó hasta morir, y el octavo murió de amor, y el noveno se cayó del caballo, y el décimo tosió sangre, y el undécimo tuvo un ataque al corazón, y el duodécimo se reía mucho, y el decimotercero bailaba muy bien, y el decimocuarto era el más hermoso de todos; el decimoquinto tenía diez hijos y el decimosexto es uno de esos hijos lo mismo que el

decimoséptimo; y el decimoctavo se llamaba Tomás y tocaba bien la guitarra; los tres siguientes segaban maíz en los campos y tenían tres amantes cada uno; el vigesimosegundo nunca fue amado, el vigesimotercero vendía tortillas, y las preparaba él mismo delante del Teatro de la ópera en una estufa de carbón, y el vigesimocuarto le pegaba a Su Mujer y ahora ella camina orgullosa por el pueblo y es feliz con otros hombres y aquí está el marido perplejo ante tanta injusticia, y el vigesimoquinto se bebió litros de agua de río y lo sacaron con una red, y el vigesimosexto era un pensador y el notable cerebro duerme ahora en el cráneo como una ciruela pasa.

-Me gustaría sacarles una foto en colores a todos, y anotar los nombres y cómo murieron -- dijo Joseph-. Sería un libro asombroso e irónico. Cuanto más lo piensas, más te entusiasmas. Las biografías de cada uno, y luego la fotografía del cadáver de pie.

Joseph golpeó los pechos, levemente. Se oyó un sonido hueco, como si alguien hubiera golpeado una puerta.

Marie se abrió paso entre gritos que colgaban alrededor como una red. Caminó con paso firme, por el centro del corredor, no lentamente, pero tampoco demasiado rápido, hacia la escalera de caracol, sin mirar a los lados. Clic. La cámara detrás de Marie.

-¿Tiene espacio para más? --dijo Joseph.

-Sí, *señor*. Muchos más.

-Me gustaría ser el siguiente en la fila, el siguiente en la lista de usted.

-Ah, no, *señor*, nadie desea ser el siguiente.

-Usted no me vendería uno, ¿no?

-Oh, no, no, señor. Oh, no, no. Oh, no, *señor*.

-Le daré cincuenta pesos.

-Oh, no, *señor*, no, no, *señor*.

En el mercado, lo que quedaba de los cráneos de caramelo, después de la Fiesta de la Muerte, era vendido en mesitas endebles. Unas mujeres envueltas en rebozos negros aguardaban en silencio, hablando a veces entre ellas, junto a los dulces esqueletos de azúcar, los cadáveres de sacarina y los cráneos de caramelo blanco. Cada uno de los cráneos tenía un nombre arriba, dibujado con azúcar dorada: José o Carmen o Ramón o Tina o Guillermo o Rosa. El precio era bajo. El Festival de la Muerte había concluido. Joseph pagó un peso y le dieron dos cráneos de caramelo.

Marie esperaba en la calle angosta. Vio las calaveras de dulce, y a Joseph y las mujeres de oscuro que ponían las calaveras en un saquito de papel.

-No, de veras -dijo Marie.

-¿Por qué no?

-No en seguida.

-¿Hablas de las catacumbas?

Marie asintió.

-Pero éstos son buenos -dijo Joseph.

-Parecen venenosos.

-¿Sólo porque tienen forma de cráneos?

-No. El azúcar parece estropeada. No sabes quién los hizo. Quizá tienen el cólico.

-Mi querida Marie, todos en México tienen el cólico.

-Puedes comerte los dos -dijo Marie.

-Ay, pobre Yorick -dijo Joseph, buscando en el saco de papel.

Caminaron entre edificios altos, de ventanas de marco amarillo y rejas de hierro rosado, y el aroma de los tamales llegaba a la calle, y se oía un sonido de fuentes ocultas que derramaban agua sobre unas losas Y de pájaros que se apiñaban y piaban en jaulas de bambú, y de alguien que tocaba Chopin en un piano.

-Chopin, aquí -dijo Joseph-. Qué raro y bueno. -Alzó los ojos-. Me gusta ese puente. Tenme esto. -Le alcanzó a Marie el saco de caramelos mientras tomaba la fotografía de un puente rojo que unía dos edificios blancos y de un hombre que cruzaba el puente con un sarape rojo al hombro-. Magnífico --dijo Joseph.

Marie caminaba mirando a Joseph, apartando un momento los ojos y mirándolo de nuevo, moviendo en silencio los labios, volviendo los ojos aquí y allá; y un músculo del cuello, bajo la barbilla, se le había endurecido como un alambre, y un nervio le palpitaba en la frente. Pasó el saco de caramelos de una mano a la otra. Subió a una acera, se inclinó hacia atrás de algún modo, hizo un ademán, dijo algo a propósito del equilibrio, y dejó caer el saco.

-¡En nombre de Dios! -Joseph recogió rápidamente el saco-. ¡Mira lo que has hecho! ¡Torpe!

-Me habría roto el tobillo --dijo Marie-. Creo.

-Eran los cráneos mejores, y los dos hechos trizas. Queda guardarlos para los amigos.

-Lo siento -dijo Marie, vagamente.

-Pero ¡Cristo, oh, maldición! -Miró con mala cara dentro del saco-. No creo que encuentre otros tan buenos. Oh, no sé, ¡mejor no pensarlo!

Soplaba el viento y Joseph y Marie estaban solos en la calle; Joseph clavando los ojos en los pedazos de caramelo, Marie envuelta en las sombras, y el sol del otro lado de la calle, y nadie alrededor, y el mundo muy lejos, y ellos dos solos, a tres mil kilómetros de cualquier parte, en la calle de un pueblo falso donde no había nada detrás ni a los lados sino el desierto vacío y unos buitres que volaban en el cielo. Encima del Teatro de la ópera, a una manzana de distancia, las doradas estatuas griegas se alzaban a la luz del sol, y en una cervecería un fonógrafo atronaba el aire: *Ay, marimba... Corazón...* y muchas otras palabras extrañas que se iban en el viento.

Joseph cerró el saco retorciéndolo y se lo metió furiosamente en el bolsillo.

Caminaron de vuelta al almuerzo de las dos y media en el hotel.

Joseph se sentó a la mesa con Marie, sorbiendo de la cuchara una sopa de albóndigas, en silencio. En dos ocasiones Marie comentó animadamente los murales, y Joseph la miró un rato, sorbiendo. El paquete de cráneos rotos estaba sobre la mesa...

Una mano morena retiró los platos de sopa, y puso una fuente de *enchiladas*.

Marie miró la fuente.

Había dieciséis *enchiladas*.

Marie tomó el cuchillo y el tenedor para servirse una *enchilada*, y se detuvo. Puso otra vez los cubiertos a los lados del plato. Echó una mirada a las paredes y luego a su marido y luego a las dieciséis *enchiladas*.

Dieciséis. Una al lado de la otra. Una fila larga y apretada.

Marie las contó.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

Joseph se sirvió una y empezó a comer.

Seis, siete, ocho, nueve, diez, once.

Marie dejó caer las manos en el regazo.

Doce, trece, catorce, quince, dieciséis. Marie dejó de contar.

-No tengo hambre -dijo.

Joseph sé sirvió otra *enchilada*. El relleno estaba envuelto en una hoja de tortilla de maíz. Era delgada, Y Joseph la cortó y se la llevó a la boca, y Marie masticó mentalmente junto con Joseph, cerrando los ojos.

-¿Eh? -preguntó Joseph.

-Nada -dijo Marie.

Quedaban trece *enchiladas*, como paquetitos, como rollos de papel.

Joseph comió cinco más.

-No me siento bien -dijo Marie.

-¿Por qué no comes?

-No.

Joseph apartó el plato, y luego abrió el saquito y sacó uno de los cráneos rotos.

-No aquí -dijo Marie.

-¿Por qué no? -Y Joseph se llevó a la boca un terrón de azúcar, y se puso a masticar---. No está mal --dijo, pensando en el gusto. Tomó otra sección del cráneo-. No está mal, de veras.

Marie miró el nombre en el cráneo que Joseph estaba comiendo.

María leyó.

Era tremendo el modo como Marie ayudaba a empacar. Joseph había visto en el cine a esos hombres que saltan desde el trampolín a una piscina, y un momento más tarde saltan hacia atrás en una fantasía aérea y aparecen de nuevo sanos y salvos en el trampolín. Ahora, mientras miraba' los trajes y vestidos entraban volando en las cajas y maletas, los sombreros eran como pájaros que cruzaban el aire y eran apresados en sombrereras brillantes y redondas, los zapatos parecían correr

por el piso como ratones y se metían de un salto en las cajas. Las tapas de las maletas cayeron ruidosamente, los broches se cerraron, las llaves giraron.

-¡Ya está! -gritó Marie-. ¡Todo empacado! Oh, Joe, te agradezco tanto que hayas cambiado de parecer..

Fue hacia la puerta.

-Eh, deja que te ayude -dijo Joseph.

-No son pesadas -dijo Marie.

-Pero nunca llevas las maletas. Nunca. Llamaré a un muchacho.

-Tonterías -dijo Marie, sin aliento.

En el pasillo un muchacho tomó las maletas.

-*¡Señora, por favor!*

-¿No hemos olvidado nada? -Joseph miró debajo de las dos camas, salió al balcón y miró la plazoleta, entró, fue al cuarto de baño, miró en el armario y en la palangana-. Toma -dijo, apareciendo de nuevo y dándole algo a Marie-. Olvidabas el reloj de pulsera.

-¿Sí?

Marie se puso el reloj y salió del cuarto.

-No sé -dijo Joseph-. Se ha hecho tarde. No sé si debiéramos irnos ahora.

-Son sólo las tres y media -dijo Marie-. Las tres y media.

-No sé -dijo Joseph, indeciso.

Miró alrededor del cuarto, salió, cerró la puerta, y fue escaleras abajo sacudiendo las llaves.

Marie ya estaba afuera en el coche, instalada, con el abrigo doblado en el regazo, y las manos enguantadas dobladas sobre el abrigo. Joseph salió, examinó el equipaje puesto en el maletero del coche, fue hasta la portezuela de adelante y golpeó la ventanilla. Marie le abrió.

-¡Bueno, allá vamos! -Marie gritó riendo, la cara rosada, los ojos encendidos. Se inclinaba hacia adelante, como si este movimiento pudiera llevar el coche, alegremente, loma abajo-. Gracias, querido, por permítirme que te devolviera el dinero del cuarto. Estoy segura de que estaremos mucho mejor en Guadalajara, esta noche. ¡Gracias!

-Sí -dijo Joseph.

Puso la llave y apretó el acelerador.
No pasó nada.
Joseph pisó el acelerador de nuevo. Marie torció la boca.

-Necesita calentarse --dijo-. Hizo frío anoche.

Joseph probó otra vez. Nada.

Marie dejó caer las manos en el regazo.
Joseph probó otras seis veces.

-Bueno -dijo, recostándose en el asiento. -Prueba una vez más, y verás que arranca -dijo Marie. -Es inútil -dijo Joseph-. Algo anda mal.

-Bueno, pero prueba una vez más. Joseph probó una vez más. -Arrancará, estoy segura -dijo Marie-. ¿Está puesto el encendido?

-Está puesto el encendido -dijo Joseph-. Sí, está puesto.

-No parece -dijo Marie.

-Está. -Joseph mostró moviendo la llave.

-Bueno, prueba ahora -dijo Marie.

-Bueno -dijo Joseph, cuando no ocurrió nada-. Te lo dije.

-¡No lo hiciste bien, casi arrancó esta vez! -gritó Marie.

-Gastaré la batería, y Dios sabe dónde puedes comprar aquí una batería.

-Gástala entonces. ¡Estoy segura de que ahora funcionará!

-Bueno, si sabes tanto, prueba tú. -Joseph se deslizó fuera del coche y movió la mano indicándole a Marie que se sentara al volante-. ¡Vamos!

Marie se mordió los labios y se instaló al volante. Movió las manos y el cuerpo como en una pequeña ceremonia mística, como si quisiera vencer la gravedad, la fricción y todas las leyes de la naturaleza. Golpeó el acelerador con el zapato de punta descubierta. El coche se quedó solemnemente quieto. Los labios apretados de Marie dejaron escapar un breve chillido. Apretó el acelerador a fondo sacudiendo el regulador, y un olor claro se elevó en el aire.

-Lo has ahogado -dijo Joseph-. Magnífico. Vuelve a tu sitio, ¿quieres?

Joseph consiguió tres muchachos para ayudarlo a empujar el coche loma abajo. Saltó al coche para guiarlo. El coche rodó rápidamente, saltando y traqueteando. La cara se le iluminó a Marie.

-¡Esto lo pondrá en marcha! -dijo.

Nada se puso en marcha. Se acercaron despacio a la estación de gasolina, al pie de la loma, saltando suavemente sobre el empedrado, y se detuvieron junto a los tanques.
Marie se quedó en el coche, en silencio, y cerró la ventanilla, y cuando el empleado salió de la estación tuvo que dar la vuelta hasta el lado del marido.
El mecánico alzó la cabeza del motor, miró a Joseph con el ceño fruncido, y los dos hablaron en español, en voz baja.
Marie bajó la ventanilla y escuchó.

Los dos hombres siguieron hablando.

-¿Qué dice? -preguntó Marie.

El mecánico moreno señalaba el motor. Joseph asentía.

-¿Qué ocurre? -quiso saber Marie.

Joseph se volvió, enfurruñado.

-Espera un momento, ¿quieres? No puedo atender a los dos.

El mecánico tomó a Joseph por el codo. Hablaron mucho.

-¿Qué dice ahora? -preguntó Marie.

-Dice... -comenzó a decir Joseph, y se interrumpió cuando el mexicano lo llevó hasta el motor y le pidió que se inclinara y mirara.

-¿Cuánto costará? -gritó Marie a las espaldas dobladas de los hombres.

El mecánico le habló a Joseph,

-Cincuenta pesos.

-¿Cuánto tiempo llevará?

Joseph le preguntó al mecánico. El hombre se encogió de hombros y discutieron cinco minutos.

-¿Cuánto tiempo llevará? -repitió Marie.

La discusión continuó.
El sol descendió en el cielo. Marie miró la luz sobre los árboles altos del cementerio. Las sombras subieron y subieron hasta que el valle se oscureció y sólo el cielo era claro, intacto y azul.

-Dos días, quizá tres -dijo Joseph, volviéndose a Marie.

-¡Dos días! ¿No puede arreglarlo a medias como para que lleguemos a la ciudad más próxima?

Joseph le preguntó al hombre. El hombre respondió.

Joseph le dijo a su mujer:

-No, tiene que hacer todo el trabajo.

-Pero eso es una tontería, una tontería sin remedio, no tiene por qué arreglarlo del todo. Díselo, Joe, díselo. Que lo arregle ahora...

Ninguno de los dos hombres le prestó atención. Estaban hablando de nuevo, muy serios.

Esta vez todo fue muy lento. Joseph deshizo él mismo su maleta. Marie dejó la suya junto a la puerta.

-No necesito nada -dijo.

-Necesitas un camisón -dijo Joseph.

-Dormiré desnuda -dijo Marie.

-Bueno, no es culpa mía -dijo Joseph-. Ese coche maldito...

-Puedes ir allí abajo y ver cómo trabajan, más tarde -dijo Marie, sentándose en el borde de la, cama. Estaban en otro cuarto. Marie se había negado a que les dieran el mismo de antes. Dijo que no podía soportarlo. Quería un cuarto nuevo, y así parecería al menos que estaban en otro hotel de otra ciudad. De modo que éste era un cuarto nuevo, con vista a un callejón y las alcantarillas y no a la plaza y los árboles-. Tendrás que vigilar el trabajo, Joe. Si no lo haces, ¡sabes que tardarán semanas! -dijo Marie, y miró a Joseph-. Ya tendrías que estar allí, en vez de perder el tiempo dando vueltas.

-Iré -dijo Joseph.

-Espera, bajaré contigo. Quiero comprar algunas revistas.

-No encontrarás revistas norteamericanas en un pueblo como éste.

-Puedo mirar, ¿no puedo?

-Además no nos queda mucho dinero -dijo Joseph-. No quisiera telegrafiar al banco. Lleva un tiempo increíble y no vale la pena.

-Pero podré comprar mis revistas -dijo Marie.

-Quizás una o dos -dijo Joseph.

-Tantas como quiera -dijo Marie, terca, desde la cama.

-Por amor de Dios, tienes un millón de revistas en el coche, *¡Post, Colliers, Mercury, Atlantic Monthly, Barnaby, Superman!* No has leído la mitad de los artículos.

-Pero no son revistas nuevas -dijo Marie-. No son nuevas. Ya las miré, y una vez que miras algo ya no...

-Trata de leerlas en vez de mirarlas -dijo Joseph.

Bajaron las escaleras y en la plaza ya era de noche.

-Dame unos pocos pesos -dijo Marie, y Joseph se los dio-. Enséñame a pedir revistas en español.

-*Quiero una publicación americana* --dijo Joseph caminando rápidamente.

Marie repitió la frase, tropezando, y se rió.

-Gracias.

Joseph fue adelante hacia el taller mecánico, y Marie se quedó en la primera *botica*, y todas las revistas que había allí eran de colores raros y de nombres raros. Leyó los títulos con rápidos movimientos de los ojos y miró al viejo detrás del mostrador.

-¿Tiene revistas americanas? -preguntó en inglés, no atreviéndose a hablar en español.

El viejo se quedó mirándola.

-¿*Habla inglés*? -preguntó Marie.

-*No, señorita.*

Marie trató de recordar las palabras exactas.

-Quiero... ¡No! -Se detuvo. Empezó de nuevo- ¿*Americano*..., este.... *ma-gaziii-nas*?

-¡Oh, no, señorita!

Marie abrió las manos a los lados de la cintura, y las cerró, como bocas. Abrió y cerró la boca. Tenía un velo delante de los ojos. Aquí estaba ella y aquí esta menuda gente de adobe quemado, a quienes no les podía decir nada, y que no decían ninguna palabra que ella entendiese, y ella estaba en un pueblo de gente que no le decía nada a ella y ella tampoco les decía nada excepto de un modo confuso y perplejo. Y todo alrededor del pueblo había desierto y tiempo, y el hogar estaba lejos, lejos en otra vida.

Marie dio media vuelta y escapó.

Fue de una tienda a otra y no encontró ninguna revista excepto las que exhibían en las portadas sangrientas corridas de toros o gente asesinada o sacerdotes cubiertos de encajes. Pero al fin encontró tres, ejemplares deteriorados del Post y los compró entre exclamaciones de entusiasmo y risas y le dio al vendedor de la tiendecita una buena propina.

Salió apresuradamente llevando los *Post* apretados contra el pecho y caminó de prisa por la acera es-, trecha y saltó a la calle y corrió cantando la-la-la, y se, subió a la otra acera, bailando, sonrió interiormente, y se movió con rapidez, apretando más las revistas, con los ojos entornados, respirando el aire de carbón del atardecer, sintiendo el viento húmedo en las orejas.

Las estrellas titilaban en un núcleo dorado sobre las figuras griegas posadas en el techo del Teatro de la ópera. Un hombre pasó en la oscuridad, bamboleándose, llevando un canasto en la cabeza. En el canasto había unas hogazas de pan.

Marie vio al hombre y el canasto en equilibrio y de pronto no se movió, y la sonrisa se le borró adentro, y las manos ya no apretaron las revistas. Miró al hombre que de cuando en cuando alzaba serenamente la mano al canasto, para mantenerlo en equilibrio, y que al fin desapareció en la calle mientras las revistas se le caían a ella de las manos y se esparcían por la acera.

Las recogió precipitadamente,. corrió al hotel y casi se cayó mientras subía las escaleras.

Marie se sentó en el cuarto. Había apilado las revistas a los lados, y en el piso en un círculo. Se había edificado un pequeño castillo con defensas de palabras y se había metido dentro. Alrededor estaban las revistas que ella había comprado y comprado y leído Y leído en otros días, y ésta era la muralla exterior, y de este lado de la muralla, sobre el regazo, todavía sin abrir, estaban los tres números estropeados del *Post*, pero no se atrevía a hojearlos y leerlos y leerlos y leerlos con ojos codiciosos, y le temblaban las manos. Abrió al fin la primera página. Hojearía las revistas Muy lentamente, leyendo línea por línea, decidió. No se saltearía una frase, no olvidaría ni una coma, y clavaría los ojos en los anuncios más pequeños y en los dibujos. Y -sonrió al recordarlo- en esas otras revistas que estaban en el suelo había todavía anuncios y dibujos cómicos que había dejado a un lado, pequeños bocados que ella podría buscar y utilizar más tarde.

Leería el primer *Post* esta noche, sí, esta noche el primer delicioso *Post*. Devoraría la revista página tras página ahora y en la noche siguiente, si había una noche siguiente, pero quizá no hubiese noche siguiente allí, quizás el motor empezara a funcionar y habría un olor de gases quemados y el zumbido de los neumáticos en el camino y el viento entraría por la ventanilla moviéndole el pelo como un gallardete, pero.... pero quizás hubiese una noche siguiente allí, en ese cuarto. Bueno, ahí estarían entonces los otros Post, uno para la noche siguiente, y el segundo para la segunda noche. Qué fácil todo, se dijo. Volvió la primera página.

Volvió la segunda página. La miró de arriba abajo y de abajo arriba, y unos dedos que ella no conocía se deslizaron bajo la página siguiente y la levantaron preparándose para darla vuelta, y las manecillas se movían en el reloj de pulsera, y el tiempo pasó y ella, volvió las páginas, volvió las páginas, mirando ávidamente la gente enmarcada en fotografías, gente que vivía en otra tierra y otro mundo donde las luces de, neón no permitían la invasión de la noche, un mundo de bares rosados donde los olores eran olores hogareños y la gente decía palabras hermosas y amables, y' aquí estaba ella, volviendo las páginas, y todas las líneas se movían a un lado y hacia abajo, y las páginas pasaban bajo las manos, en abanico. Arrojó al suelo el primer *Post*, tomó el segundo y lo hojeó en media hora, lo dejó también, tomó el tercero y lo dejó quince minutos después, respirando rápidamente, rápidamente, aspirando aire con el cuerpo y echándolo por la boca. Se llevó la mano a la nuca.

En alguna parte soplaba una brisa leve.

El vello se le erizó lentamente a lo largo de la nuca.

Lo tocó con una mano pálida como se toca la pelusa de una flor de diente de león.

Afuera, en la plaza, las luces oscilaban como linternas enloquecidas al viento. Unos papeles corrían por la calle como manadas de ovejas. Unas sombras se dibujaban y borraban bajo las lámparas, ahora en este lado, ahora en aquél, aquí una sombra un instante, aquí una sombra en seguida, ahora ninguna sombra, luz fría en todas partes, ahora ninguna luz, luego sólo una luz fría negra y azul. Las lámparas crujían en los ganchos de metal.

Las manos le temblaban a Marie. Miró cómo le temblaban. Le tembló el cuerpo. Bajo los colores brillantes de la falda más brillante que había podido encontrar, y en la que se había metido y acomodado delante del espejo del tamaño de un ataúd, bajo la falda de rayón el cuerpo era todo alambres y tendones y excitación. Marie apretó las mandíbulas. Le rechinaron los dientes. Un labio aplastó otro labio, y la pintura se extendió en una mancha.

Joseph golpeó la puerta.

Estaban listos para acostarse. Joseph había vuelto con la noticia de que algo le habían hecho al coche y que tardaría en arreglarlo. Iría a ver mañana.

-Pero no golpees la puerta -dijo Marie, desnudándose delante del espejo.

-Déjala sin llave entonces -dijo Joseph.

-Quiero dejarla cerrada. Pero no golpees. Llama.

-¿Qué tiene de malo golpear?

-Suena raro -dijo Marie.

-¿Qué quieres decir?

Marie no replicó. Estaba mirándose en el espejo desnuda, con las manos a los costados, y ahí en el espejo estaban los pechos y las caderas y el cuerpo todo, y el cuerpo se movía, y sentía el piso debajo y las paredes y el aire alrededor, y los pechos sentirían unas manos si unas manos los tocaban, y si le tocaban el vientre no se oiría un sonido hueco.

-Por favor -dijo Joseph-, no te quedes ahí admirándote. -Joseph estaba en la cama-. ¿Qué haces? -dijo-. ¿No dejarás de pasarte las manos por la cara?

Apagó las luces.

Marie no podía hablarle a Joseph pues no conocía ninguna palabra que él conociera, y Joseph no decía nada que ella pudiera entender, y Marie se fue entonces a la cama y se acostó y Joseph se quedó quieto dándole la espalda y era como uno de esos hombres morenos de este pueblo lejano como la luna, y la tierra real estaba en alguna otra parte a la que no podía llegarse sino por una escalera de estrellas. Si hablaran esta noche, por lo menos, qué buena sería la noche, y qué fácil sería respirar y cómo le fluiría la sangre fácilmente por las venas de los tobillos y las muñecas y los brazos, pero no hablaban y la noche era diez mil tictacs y diez mil retorcimientos de las mantas, y la almohada parecía una estufita blanca bajo las mejillas, y la oscuridad del cuarto era un mosquito que tejía una red en el aire y que en alguna vuelta la envolvía a ella. Si se dijeran una palabra, una sola palabra... Pero no había palabras, y las venas no se distendían en las muñecas y el corazón soplaba como un fuelle sobre un brasero de miedo, animando el fuego con una luz de cereza, una vez y otra vez, un latido, y otra vez, una luz de adentro que los ojos interiores de Marie miraban con una fascinación involuntaria. Los pulmones no descansaban, y bajaban y subían como si ella hubiese estado mucho tiempo, debajo del agua y ahora se hiciese a si misma la respiración artificial, tratando de mantenerse con vida. Mientras, la transpiración lubricaba todas estas funciones, y Marie se encontró pegada a las mantas pesadas, como algo apretado, aplastado, fragante y húmedo entre las páginas blancas de un libro pesado.

Y estando así acostada, regresaba de nuevo a la infancia, en las largas horas de medianoche. Ahora, y otra vez, el corazón le golpeaba el pecho como un tamboril histérico. Luego, serenamente, los pensamientos lentos y tristes de la infancia bronceada, cuando todo era sol sobre árboles verdes y sol sobre agua y sol sobre los cabellos rubios de una niña. Unas caras pasaban en los tiovivos de la memoria; una cara corría hacia ella, la enfrentaba, y se iba por la derecha; otra venía girando desde la izquierda, era un fragmento de conversación perdida, y desaparecía a la derecha. Alrededor y dando vueltas. Oh la noche era muy larga. Marie se consoló pensando en el coche en marcha, al día siguiente, el sonido del motor, aumentando, y el camino bajo las ruedas, y sonrió complacida en la oscuridad. Pero era posible que el coche no estuviera todavía arreglado. Se acurrucó en la sombra, como un papel que arde y se retuerce. Todos los pliegues y ángulos del cuerpo se le apretaron a Marie y tic-tic-tic marchó el reloj de pulsera, tic-tic-tic, y otro tic para que ella se marchitara todavía más...

La mañana. Marie miró a su marido, que descansaba suelto y estirado. Dejó caer una mano perezosa en el espacio fresco que separaba las camas. La mano de Marie había colgado así toda la noche en ese vacío. En una ocasión había extendido la mano hacia Joseph, pero el espacio era demasiado largo. Había recogido prontamente la mano, esperando que Joseph no hubiera notado ese movimiento silencioso.

Ahí estaba acostado ahora. Los ojos serenamente cerrados, las pestañas entrelazadas como dedos. Respiraba con tanta facilidad que el movimiento de las costillas era casi imperceptible. Como de costumbre a esta hora de la mañana, se había sacado la ropa de dormir y mostraba el pecho desnudo. El resto estaba cubierto por las sábanas. La cabeza descansaba en la almohada: un perfil pensativo.

Una barba asomaba en la barbilla.

La luz de la mañana mostró el blanco de los ojos de Marie. No había otras luces que se movieran en el cuarto, lentas, recorriendo la anatomía del hombre que estaba acostado enfrente.

Los pelos eran claramente visibles en la mejilla y el mentón del hombre. Un rayo de sol tocaba cada uno de los pelos de la barbilla, distintos como las púas del cilindro de una caja de música.

En las muñecas, caídas a los lados del hombre, había unos ricitos negros, todos perfectos, todos nítidos y brillantes.

El pelo de la cabeza estaba intacto, hebra por hebra, hasta las raíces. El dibujo de las orejas era hermoso. Los dientes lucían intactos detrás de los labios.

-¡Joseph! -gritó Marie-. ¡Joseph! -gritó de nuevo, sacudida por el terror.

¡Barril ¡Bam! Bam! Un trueno de campanas a través de la calle, desde la catedral de losas.

Las palomas subieron en un torbellino de papel blanco y pasaron como una bandada de revistas delante de la ventana. Las palomas dieron una vuelta en espiral sobre la plaza. ¡Bam! Otra vez las campanas. ¡La bocina de un coche! Lejos, en el extremo de la calle, una caja de música tocaba Cielito lindo.

Todos los sonidos se apagaron convirtiéndose en el sonido de un grifo que goteaba en el baño.

Joseph abrió los ojos.

Marie, sentada en la cama, lo miraba fijamente.

-Pensé... -dijo Joseph. Parpadeó-. No. -Cerró los ojos y meneó la cabeza-. Sólo las campanas. -Un suspiro-. ¿Qué hora es?

-No sé. Sí. Las ocho.

-Dios mío -murmuró Joseph, volviéndose-. Podemos dormir tres horas más.

-¡Tienes que levantarte! -gritó Marie.

-Nadie se levanta a esta hora. El mecánico no empezará a trabajar antes de las diez, ya lo sabes, no puedes pedirle a esta gente que se dé prisa. Quédate tranquila.

-Pero tienes que levantarte -dijo Marie.

Joseph dio media vuelta. Los pelos negros del bigote eran ahora de color bronce a la luz del sol.

-¿Por qué? ¿Por qué, en nombre de Dios, tengo que levantarme?

-¡Necesitas afeitarte! -chilló casi Marie.

Joseph gimió.

-De modo que tengo que levantarme y enjabonarme a las ocho de la mañana sólo para afeitarme.

-Bueno, lo necesitas.

-No me afeitaré de nuevo hasta que lleguemos a Texas.

-¡No puedes ir por ahí pareciendo un vagabundo!

-Puedo y lo haré. Durante treinta condenados años me afeité y me puse una corbata y unos pantalones recién planchados todas las mañanas. De ahora en adelante nada de pantalones planchados, nada de corbatas, nada de afeitadas, nada de nada.

Se echó las mantas sobre la cabeza tan bruscamente que descubrió una pierna desnuda.

La pierna colgaba del borde de la cama, y la piel era de un color blanco cálido a la luz del sol, y los pelos negros... perfectos.

Marie entornó los ojos, los enfocó, los clavó en los pelos y se llevó una mano a la boca.

Joseph se pasó el día yendo y viniendo del taller al hotel. No se afeitó. Caminó por la plaza de baldosas. Caminaba tan lentamente que Marie tuvo ganas de lanzarle un rayo desde la ventana. Joseph se detuvo y le habló al administrador del hotel, bajo un árbol de copa cilíndrica, moviendo los pies sobre las losas celestes. Miró los pájaros en los árboles y vio cómo las estatuas de la ópera se habían vestido con el dorado de la mañana, y se detuvo en la esquina, observando el tránsito. ¡No había tránsito! Se había detenido allí a propósito, tomándose tiempo, sin volverse hacia Marie. ¿Por qué no corría, no saltaba calle abajo, loma abajo hasta el taller, y no golpeaba allí las puertas, amenazando a los mecánicos, tomándolos por los, pantalones, metiéndolos de cabeza en el motor del coche? En cambio se quedaba allí mirando pasar el tránsito ridículo. Un cerdo que cojeaba, un hombre en bicicleta, un Ford de 1927 y tres niños apenas vestidos. De prisa, de prisa, gritaba Marie en silencio, y casi rompió la ventana.

Joseph fue de un lado a otro por la calle. Dobló la esquina. Fue hacia el taller, pero deteniéndose en todos los escaparates, leyendo los anuncios, mirando cuadros, tocando cerámica. Quizá se detendría a tomar una cerveza. Dios, sí, una cerveza.

Marie bajó a la plaza, tomó sol, buscó más revistas. Se arregló las uñas, las barnizó, se dio un baño bajó otra vez a la plaza, comió muy poco y regresó al, cuarto a alimentarse de revistas.

No se recostó. Tenía miedo. Cada vez que caía en un entresueño la infancia se le revelaba otra vez con una melancolía irremediable. Recordaba entonces a viejos amigos, niños que no había visto o en los que no, había pensado durante veinte años. Y se le ocurrían cosas que quería hacer y que nunca había hecho. Había pensado llamar a Lila Holdridge durante los últimos ocho años, desde el día en que dejaron la universidad, pero lo había postergado siempre por alguna razón. ¡Qué amigas habían sido? ¡Querida Lila! Acostada, Marie pensaba en todos los libros, los buenos libros de ahora y de antes, que había deseado comprar y que quizá ya no compraría nunca, ni leería nunca. Cómo le gustaban los libros y el olor de los libros. Se le ocurrían miles de cosas tristes. Había querido tener los libros de Oz toda la vida, y sin embargo nunca los había comprado. ¿Por qué? ¡Lo primero que haría cuando llegase a Nueva York sería comprar esos libros! ¡Y llamaría a Lila inmediatamente! Y vería a Bert y Jimmy y Helen y Louis, y volvería a Illinois y pasearla por los sitios de la infancia y verla las cosas que había que ver. Si regresaba a Estados Unidos. El corazón le latía dolorosamente, se detenía un momento, aguardaba, y latía de nuevo. Si regresaba alguna vez.

Se escuchó un rato el corazón, críticamente.

Un golpe y un golpe y un golpe. Una pausa. Un golpe y un golpe y un golpe. Una pausa.

¿Y si se detenía mientras ella estaba escuchando?

¡Ahora!

Silencio adentro.

-¡Joseph!

Marie dio un salto. Se tomó los pechos como si quisiera exprimirlos, bombear el corazón silencioso, ¡para que marchara de nuevo!

El corazón se abrió en ella, se cerró, se sacudió corno una matraca y latió nerviosamente, ¡veinte rápidas veces!

Marie se derrumbó sobre la cama. ¿Y si se detenía de nuevo y no empezaba a latir? ¿Qué pensaría ella? ¿Qué haría entonces? Se moriría de miedo, por supuesto. Una broma, realmente graciosa. Te mueres de miedo si notas que el corazón se te para. Tenía que prestar atención y no permitir que los latidos se interrumpieran. Quería volver a su casa y ver a Lila y comprar libros y bailar de nuevo y pasear por Central Park y... escucha...

Un golpe y un golpe y un golpe. Una pausa.

Joseph llamó a la puerta. Joseph llamó a la puerta y no habían reparado el coche y estarían allí una noche más, y Joseph no se afeitaría y los pelos eran largos y nítidos en el mentón, y las tiendas de revistas estaban cerradas y allí no había más revistas, y cenaron, y ella muy poco, y Joseph salió de noche a caminar por el pueblo.

Marie se sentó de nuevo en la silla y de cuando en cuando sentía que se le erizaba el vello en la nuca como si le pasaran un imán. Estaba muy débil y no se podía mover de la silla, y no tenía cuerpo. Era sólo un latido un pulso largo de calor y dolor entre las cuatro paredes del cuarto. Los ojos calenturientos parecía embarazados de terror, hinchados detrás de las pestañas tiesas.

Muy adentro, Marie sintió que un dientecito de la rueda se salía de su sitio. Otra noche, otra noche, otra noche, pensó. Y ésta será más larga que la anterior. El primer dientecito se salió de su sitio, el péndulo falló una vez. Luego un segundo diente, y un tercero, todo engranados: uno pequeño con uno mayor, el mayo con uno un poco mayor, éste un poco mayor con un grande, el grande con uno enorme, el enorme con uno inmenso, el inmenso con uno titánico...

Un ganglio rojo, no más grande que una hebra escarlata, claqueó estremeciéndose; un nervio, no más grande que una fibra de hilo rojo, se retorció. Un mecánico minúsculo desapareció de pronto allá dentro y toda la máquina, desequilibrada, iba a caerse poco a poco en pedazos.

Marie no luchó. Se abandonó al temblor y al miedo y a la transpiración de la frente y a las sacudidas de la espina dorsal y al vino horrible que le llenaba la boca. Sentía dentro de ella un giroscopio roto que oscilaba, ya para este lado ya para aquél, y tropezaba y se sacudía y rechinaba. El color le cayó de la cara como una luz que deja una lámpara eléctrica, cuando las mejillas de cristal del bulbo muestran las venas y filamentos incoloros...

Joseph estaba en el cuarto, pero ella ni siquiera lo oía. Joseph estaba ahora en el cuarto, pero era lo mismo, nada había cambiado. Estaba preparándose para acostarse, en silencio, y Marie no habló y se dejó caer en la cama mientras Joseph iba de un lado a otro moviéndose más allá en un espacio de humo, y en una ocasión le habló a Marie y ella no contestó.

Cada cinco minutos Marie miraba el reloj de pulsera, y el reloj se sacudía y el tiempo se sacudía y los cinco dedos parecían quince, que luego dejaban de moverse y eran otra vez cinco. Las sacudidas no cesaban. Sintió sed. Se volvió una y otra vez en la cama. El viento soplaba afuera levantando las lámparas y derramando cascadas de luz que golpeaban los edificios de costado, y las ventanas resplandecían brevemente como ojos abiertos que se cerraban en seguida cuando la luz caía en otro sitio. En la planta baja todo era silencio luego de la cena. Joseph le alcanzó un vaso de agua.

-Tengo frío, Joseph -dijo Marie envuelta en mantas.

-Estás bien -dijo Joseph.

-No, no, no estoy bien. Tengo miedo.

-No hay nada de que tener miedo.

-Quiero que tomemos el tren y nos vayamos a Estados Unidos.

-Hay un tren en León, pero no aquí -dijo Joseph encendiendo otro cigarrillo.

-Vayamos a León en coche.

-¿En estos taxis, con estos conductores, dejando aquí el coche?

-Sí, quiero ir.

-Estarás bien a la mañana.

-Sé que no. Estoy enferma.

-Nos costaría cientos de dólares embarcar el coche de vuelta.

-No importa. Tengo doscientos dólares en el banco. Pagaré yo. Por favor, vayamos a casa.

-Cuando mañana brille el sol te sentirás bien; es,,, que el sol se ha ido.

-Sí, el sol se ha ido y sopla el viento -murmuró

Marie, cerrando los ojos, volviendo la cabeza, escuchando. Oh, qué viento solitario. México es un país raro. Todo selvas y desiertos y extensiones solitarias y aquí y allí un pueblo pequeño como éste, con unas pocas luces encendidas que puedes apagar con un castañeteo de los dedos...

-Es un país grande y hermoso.

-¿No se siente nunca sola esta gente?

-Están acostumbrados.

-¿No viven asustados entonces?

-Tienen una religión para eso.

-Me gustaría tener una religión.

-Cuando tienes una religión dejas de pensar -dijo Joseph-. Cree demasiado en una cosa y no te quedará sitio para nuevas ideas.

-Esta noche -dijo Marie débilmente- nada me, gustaría más que no tener sitio para nuevas ideas, dejar de pensar, creer tanto en una cosa que no me quede tiempo para tener miedo.

-Tú no tienes miedo -dijo Joseph.

-Una religión -dijo Marie, sin prestarle atención- me serviría como una palanca para levantarme a mí misma. Pero no la tengo y no sé cómo levantarme.

-Oh, por Dios -murmuró Joseph entre dientes, sentándose.

-En otro tiempo tuve una religión.

-Baptista.

-No, eso fue cuando tenía doce años. Quiero decir más tarde.

-Nunca me lo contaste.

-Tendrías que saberlo -dijo Marie.

-¿Qué religión? ¿Santos de yeso en la sacristía? ¿Algún santo especial a quien le rezabas tu rosario?

-Sí.

-¿Y contestaba él a tus plegarias?

-Durante un tiempo sí. Más tarde no, nunca. Nunca más. No desde hace años. Pero sigo rezando.

-¿Qué santo es ése?

-San José.

-San José. -Joseph se incorporó y se sirvió un vaso. de agua de la jarra, y el sonido del agua fue como un sonido solitario en la habitación-. Mi nombre.

-Una coincidencia.

Los dos se miraron un rato.

Joseph apartó al fin los ojos.

-Santos de yeso -dijo, bebiéndose el agua.

Al cabo de un rato Marie dijo:

-¿Joseph?

-¿Sí? -dijo Joseph.

-Ven y dame la mano, ¿quieres?

-Mujeres... -suspiró Joseph.

Se acercó y tomó la mano de Marie. Un minuto después Marie retiró la mano y la escondió bajo la manta, dejando fuera la mano de Joseph. Cerró los ojos y murmuró temblando:

-No importa, Es tan hermoso como lo imagino. Es realmente hermoso el modo como puedo tener tu mano en mi mente.

-Dios -dijo Joseph y fue al cuarto de baño.

Marie apagó la luz. Sólo se veía la línea clara bajo la puerta del cuarto de baño. Se escuchó el corazón. Latía ciento cincuenta veces por minuto, regularmente, y ella tenía aún en la médula aquel pequeño y rechinante temblor, como si todos los huesos del cuerpo encerraran un moscardón azul, que revoloteaba, zumbaba, se estremecía adentro, muy adentro. Marie volvía los ojos hacia sí misma, observando el corazón oculto que golpeaba haciéndose pedazos contra las paredes del pecho.

El agua corría en el cuarto de baño. Marie oyó que Joseph se lavaba los dientes.

-¡Joseph!

-Sí -dijo Joseph detrás de la puerta cerrada.

-Ven aquí.

-¿Qué quieres?

-Quiero que me prometas algo, por favor, oh, por favor.

-¿Qué cosa?

-Primero abre la puerta.

-¿De qué se trata? -preguntó Joseph detrás de la puerta.

-Prométeme -dijo Marie, y calló.

-Pero ¿qué?

-Prométeme -dijo Marie, y no pudo seguir. Continuó acostada en silencio. No dijo nada. Oía ahora el reloj y el corazón, que latían juntos. Afuera crujió una lámpara-. Prométeme que si algo... ocurre -se oyó decir, ahogada y paralizada, como si estuviera en una de las lomas vecinas, hablándole a Joseph desde muy lejos-, si algo me ocurre, no me dejarás enterrada aquí en el cementerio ¡junto a esas horribles catacumbas!

-No seas tonta -dijo Joseph desde el cuarto de baño.

-¿Me lo prometes? -dijo Marie, con los ojos muy abiertos en la oscuridad.

-Nunca oí nada más tonto.

-¿Me lo prometes, por favor, me lo prometes?

-Estarás bien a la mañana --dijo Joseph.

-Prométemelo, así podré dormir. Sólo me dormiré si me prometes que no me pondrás allí. No quiero que me pongas allí.

-Qué barbaridad -dijo Joseph, perdiendo la paciencia.

-Por favor -dijo Maríe.

-¿Por qué he de prometerte algo tan ridículo? -dijo Joseph-. Estarás espléndida mañana. Además, si te mueres, lucirás muy hermosa en la catacumba, de pie entre el señor Mueca y el señor Bostezo, con una rama florecida en el pelo.

Y Joseph rió sinceramente.
Silencio. Marie yacía allí en la oscuridad.,

-¿No piensas que estarás muy hermosa? -preguntó Joseph, riendo aún, detrás de la puerta.

Marie no dijo nada en el cuarto en sombras.
Alguien cruzó la plaza abajo, levemente, alejándose.

-¿Eh? -preguntó Joseph cepillándose los dientes.

Marie yacía con los ojos clavados en el techo, y el pecho le subía y le caía, más y más rápido, y el aire entraba y salía y un hilito de sangre se le escurría entre los labios apretados. Tenía los ojos muy abiertos y las manos apretaban ciegamente las coberturas.

-¿Eh? -dijo Joseph de nuevo del otro lado de la Puerta.

Marie no contestó.

-Por supuesto -se dijo Joseph-. Hermosa como el demonio -murmuró mientras el agua caía ruidosamente en el lavatorio. Se enjuagó la boca-. Por supuesto.

Ninguna respuesta de Marie.

-Las mujeres son divertidas -se dijo mirándose en el espejo.

Marie yacía en la cama.

-Por supuesto --dijo Joseph. Hizo unas gárgaras con algún antiséptico y escupió en el lavatorio-. Estarás bien mañana.

Ninguna respuesta.

-Pronto arreglarán el coche.

Marie no dijo nada.

-La mañana llegará antes de que te des cuenta. -Joseph abría ahora unos frascos, poniéndose lociones en la cara-. Y quizá nos den el coche mañana, o a más tardar pasado mañana. No te importará pasar otra noche aquí, ¿no es cierto?

Marie no respondió.

-¿No? -preguntó Joseph.

Silencio.
La luz parpadeó y se apagó bajo la puerta del cuarto de baño.

-¿Marie?

Joseph abrió la puerta.

-¿Dormida?

Marie yacía con los ojos abiertos, y los pechos le subían y bajaban.

-Dormida -dijo Joseph-. En fin, buenas noches, señora.

Se subió a su cama.

-Cansado -dijo.

Silencio.

Librodot

-Cansado -dijo Joseph.

Afuera el viento sacudía las luces; el cuarto era oblongo y negro, y Joseph ya estaba acostado, dormitando.

Marie yacía con los ojos abiertos, y el reloj de pulsera en la muñeca, y los pechos le subían y bajaban.

Era un día hermoso en el Trópico de Cáncer. El automóvil marchaba a lo largo de las vueltas de la carretera, abandonando el país de selvas, encaminándose a Estados Unidos, rugiendo entre las lomas verdes, tomando rápidamente todas las curvas, dejando atrás una débil estela de humo que se desvanecía en seguida. Y dentro del automóvil brillante iba Joseph, con una cara sonrosada y saludable y sombrero de Panamá, y una pequeña cámara fotográfica en el regazo; en la manga del brazo izquierdo llevaba cinta de seda negra, sujeta con alfileres. Miró la campiña que se deslizaba junto al coche, e hizo un ademán distraído hacia el asiento de al lado, y se detuvo. Sonrió tímidamente y se volvió una vez más hacia la ventanilla, entonando una melodía desafinada, y extendió lentamente la mano derecha y tocó el asiento de al lado, que estaba vacío.

LA DESVELADA FICHA DE PÓCKER DE H. MATISSE

CUANDO NOS ENCONTRAMOS por primera vez con George Garvey, es un hombre sin importancia. Más tarde usará como monóculo una ficha blanca de póquer, con un ojo azul pintado por el mismísimo Matisse. Más tarde una pajarera dorada trinará quizás en la pierna falsa de George Garvey, y su sana mano izquierda será posiblemente de cobre y jade brillante.

Pero al principio... observen a un hombre terriblemente común.

-¿La sección financiera, querida?

Los periódicos crujen en la habitación crepuscular.

-El servicio meteorológico dice «mañana lluvia».

Pasa el tiempo y los minúsculos pelos negros de la nariz de George Garvey se mueven hacia afuera, hacia adentro, suavemente, suavemente, hora tras hora.

-Hora de acostarse.

Por su aspecto, ha nacido obviamente de varios maniquíes de cera de 1907, y conoce el truco, muy admirado por magos, de sentarse en una silla de terciopelo verde y... ¡desaparecer! Vuelva usted la cabeza y habrá olvidado la cara de Garvey. Tarta de vainilla.

No obstante, un simple accidente hizo de Garvey el núcleo del más desenfrenado movimiento literario de vanguardia de toda la historia.

Garvey y su mujer habían vivido enormemente solos durante veinte años. Ella era un hermoso clavel doble pero la posibilidad de encontrarse con *él* pronto alejó a las visitas. Ninguno de los dos sospechó nunca la capacidad que tenía Garvey para momificar instantáneamente a la gente. Los dos sostenían que les agradaba pasear solos de noche luego de un agitado día en la oficina. Los dos cumplían tareas anónimas. Y a veces ni siquiera ellos recordaban el nombre de las incoloras compañías que los utilizaban como pintura blanca sobre pintura blanca.

¡Entre en la avant-garde! ¡Entre en el Septeto del Sótano!

Estas almas raras habían florecido en sótanos parisienses escuchando una variedad de jazz bastante pesada, habían preservado una relación altamente volátil durante seis meses, y cuando de vuelta en Estados Unidos estaban a punto de alcanzar una clamorosa desintegración, tropezaron con George Garvey.

-¡Dios mío! -gritó Alexander Pape, en otro tiempo potentado de la camarilla- Conocí al más asombroso de los pelmazos. ¡Tienen que verlo! En el piso de Bill Timmins, anoche, una nota decía que volvería al cabo de una hora. En el vestíbulo este hombre Garvey me preguntó si yo no quería esperar en su casa. Allí estuvimos, Garvey, su mujer, ¡yo! ¡Increíble! Es un *ennui* monstruoso, producto de nuestra sociedad materialista. ¡Te puede paralizar de un billón de modos! Un talento absolutamente rococó para inducir estupor, sueño pesado o ataque al corazón. Qué caso de estudio. ¡Vamos todos a visitarlo!

¡Una bandada de buitres! La vida fluyó hacia la puerta de Garvey, la vida se sentó en su sala. El Septeto del Sótano se posó en un sofá con flecos, ojeando a su presa.

Garvey estaba inquieto.

-Alguien quiere fumar... -Sonrió débilmente.-Bien..., adelante..., fumen.

Silencio.

Las instrucciones eran: «La consigna es silencio. Ponerlo en su lugar. El único modo de ver su colosal *medianía.* La cultura norteamericana en el cero absoluto».

Después de tres minutos de una inmovilidad sin parpadeos el señor Garvey se inclinó hacia adelante.

-Eh -dijo-, ¿de qué se ocupa usted, señor...?

-Crabtree. El poeta.

Garvey rumió esta declaración.

-¿Cómo andan... los negocios? -dijo.

Ni un sonido.

Aquí asomó uno de los silencios típicos de Garvey. Ahí estaba el fabricante y distribuidor de silencios mayor del mundo. El que usted quiera. Garvey se lo ofrece a usted empaquetado y atado con carraspeos y susurros. Silencios embarazosos, doloridos, tranquilos, serenos, indiferentes, benditos, dorados o nerviosos; Garvey está *ahí.*

Bueno, el Septeto del Sótano se revolcó de veras en el silencio de esa tarde. Luego, en sus habitaciones con agua fría, en compañía de un adecuado vino tinto (estaban pasando por una etapa que los llevaba a conocer la realidad verdadera), despedazaron y desgarraron el silencio de Garvey.

-Vieron cómo se metía el dedo en el cuello de la camisa. ¡Oh!

-Dios mío, admito que es casi *cool.* Mencioné a Muggsy Spanier y Bix Beiderbecke. Le estudié la cara. Muy *cool.* Me gustaría parecer tan despreocupado, tan falto de emoción.

Listo para acostarse, George Garvey, reflexionando sobre la extraordinaria velada, comprendió que cuando la situación se le escapaba, cuando se discutía música o libros raros, él sentía pánico, se endurecía. Esto no parecía preocupar indebidamente a sus curiosos huéspedes. En realidad, cuando se fueron le habían estrechado vigorosamente la mano, ¡y le habían agradecido un rato espléndido!

-¡Qué perfecto pelmazo clase A número 1! -exclamó Alexander Pape mientras cruzaban la ciudad.

-Acaso se reía secretamente de nosotros -dijo Smith, el poeta menor, que en estado de vigilia nunca le daba la razón a Pape.

-Busquemos a Minnie y a Tom. Garvey les habría encantado. Una noche preciosa. ¡Tenemos charla para meses!

-¿Lo notaron? -preguntó Smith, el poeta menor, con los ojos afectadamente cerrados-. Cuando se abren los grifos del cuarto de baño. -Hizo una pausa dramática.- Agua *caliente.*

Todos miraron irritados a Smith.

No se les había ocurrido *probar.*

La camarilla, increíble levadura, pronto creció echando abajo puertas y ventanas.

-¿No han conocido a los Garvey? Oh, Dios mío. Acuéstense a morir. Garvey *tiene* que repetir la función. Nadie puede ser tan patán sin la ayuda de Stanislavsky.

Aquí el orador, Alexander Pape, que deprimía a todo el grupo porque hacía imitaciones perfectas, imitó las lentas y afectadas declaraciones de Garvey:

-¿Ulises? ¿Eh? -Una pausa.- Oh. -Otra pausa.- Ya veo. -Alexander Pape se enderezó en su asiento.- *¿Ulises?* ¿Fue escrito por James Joyce? Raro. Habría jurado que hace años en el colegio...

A pesar de que *odiaban* a Alexander Pape por sus brillantes imitaciones, todos rugieron cuando él continuó:

-¿Tennessee Williams? ¿Es el que escribió ese vals del sur?

-¡Deprisa! ¡La dirección de Garvey! -gritaron todos.

-Caramba -le dijo el señor Garvey a su mujer-, la vida es divertida estos días.

-Eres tú -replicó la mujer-. Fíjate, están pendientes de tus palabras.

-Ponen una atención casi histérica -dijo el señor Garvey-. Cualquier cosa que yo diga tiene un efecto desconcertante. Raro. Mis chistes en la oficina tropiezan con una pared. Esta noche, por ejemplo. Yo no quería estar divertido. Supongo que es un arroyo inconsciente de ingenio que corre debajo de todo lo que hago o digo. Es bueno saber que lo tengo en reserva. Ah, suena el timbre. ¡Allá vamos!

-Es especialmente notable si uno lo saca de la cama a las cuatro de la madrugada -dijo Alexander Pape-. ¡La combinación de agotamiento y moralidad *fin de siécle* es un plato fuerte!

Todos se sentían bastante fastidiados con Pape; el primero que había visto a Garvey al alba. Sin embargo, el interés se mantuvo hasta una medianoche de los últimos días de octubre.

El subconsciente de Garvey le dijo entonces muy secretamente que había iniciado una nueva temporada teatral, y que el éxito dependía del grado de aburrimiento que pudiese inspirar a los otros. Contento consigo mismo, sospechaba sin embargo por qué esos lemmings corrían a ocupar un océano privado. Interiormente, Garvey era un hombre de veras brillante, pero sus poco imaginativos progenitores lo habían comprimido en el Lecho Terriblemente Extraño de su ambiente. De allí había sido arrojado a una exprimidora de limones de mayor tamaño: su oficina, su

fábrica, su mujer. Resultado: un hombre con potencialidades que eran una bomba de tiempo colocada en su propio vestíbulo. El reprimido subconsciente de Garvey entendía a medias que los vanguardistas nunca habían conocido a nadie como él, o que habían conocido a millones como él, pero no habían considerado nunca la posibilidad de detenerse a estudiar un ejemplar.

Así que aquí estaba, la primera de las celebridades del otoño. El mes siguiente sería algún artista abstracto de Allentown que trabajaba sobre una escalera de tres metros con mangas de decorar tartas y pulverizadores de insecticida, lanzando pintura de paredes, sólo en dos colores, azul y gris-nube, sobre telas cubiertas de mucílago y restos de café, y que sólo necesitaba apreciación para *crecer.* O un creador de móviles de hojalata, de Chicago, de quince años de edad, ya envejecido por el conocimiento. El astuto subconsciente del señor Garvey se volvió todavía más desconfiado cuando cometió el error terrible de leer la revista favorita de la vanguardia, *Nucleus.*

-Este artículo sobre Dante -dijo Garvey-. Estupendo. Especialmente cuando discute las metáforas del espacio acumuladas al pie de las colinas del *Antipurgatorio* y el *Paraíso Terrenal,* en la cima de la montaña. El párrafo sobre los cantos XV-XVIII, los llamados «cantos doctrinales», ¡es brillante!

¿Cómo reaccionó el Septeto del Sótano?

¡Estupefactos, todos!

Hubo un evidente escalofrío.

Partieron rápidamente cuando en vez de ser un hombre delicioso de mente común, en el nivel del ciudadano ordinario, un individuo dominado por la máquina que llevaba una vida diluida de serena desesperación, Garvey los enfureció opinando sobre *¿El existencialismo es o no una continuación de Kraft-Ebbing?* No querían oír opiniones sobre alquimia o simbolismo, emitidas con una voz de *piccolo,* le advirtió a Garvey su propio subconsciente. Sólo deseaban el pan sencillo y la mantequilla casera del Garvey simplón y anticuado, para mordisquearlos luego en las sombras de un bar exclamando ¡qué maravilla!

Garvey emprendió la retirada.

A la noche siguiente recuperó su viejo y preciado yo. ¿Dale Carnegie? ¡Espléndido padre espiritual! ¿Hart Schaffner & Marx? ¡Mejor que Bond Street! ¿Miembro del Club de la Afeitada? ¡Eso era Garvey! ¿La última selección del Club del Libro del Mes? ¡Ahí estaba sobre la mesa! ¿No habían leído nunca a Elinor Glyn?

El Septeto del Sótano estaba horrorizado, deleitado. Consintieron en mirar el espectáculo de Milton Berle. Garvey se reía de todos los chistes de Berle. Grababa durante el día varios folletines radiotelefónicos que luego pasaba de noche en éxtasis beatífico. El Septeto del Sótano estudiaba la cara de ese devoto oyente de *Mamá Perkins o La otra esposa de John.*

Oh, Garvey se sentía intimidado. Estás en la cima, observaba su yo interior. ¡Quédate ahí! ¡Complace a tu público! ¡Mañana los discos de Two Black Crows! ¡Mira donde pisas! Bonnie Baker ahora..., ¡eso es! Se estremecerán pensando que el canto de Bonnie te gusta de veras. ¿Y qué opinan de Guy Lombardo? ¡Un as!

La mente común, le decía el subconsciente. Eres el símbolo de las multitudes. Vienen a estudiar la espantosa vulgaridad de ese hombre-masa, un gusano que pretenden odiar. Pero el pozo de las serpientes los fascina.

Sospechando estas ideas, la mujer de Garvey objetó:

-Les gustas.

-De un modo bastante temible -dijo Garvey-. Me he pasado horas despierto, pensando por qué vienen a verme. Siempre me odié y me fastidié a mí mismo. Un hombre estúpido, gris, chismoso. Nunca se me ocurría nada original. Ahora sólo sé que me gusta la compañía de los otros. Siempre quise ser un hombre sociable, nunca pude. ¡Estos últimos meses han sido una fiesta! Pero están perdiendo el interés. ¡No quiero que se vayan, nunca! ¿Qué haré?

La mente subconsciente le proporcionó una lista.

Cerveza. Bebida sin imaginación.

Galletitas saladas. Deliciosamente pasadas de moda. Visita a casa de mamá. Traer unos cuadros de Maxfield Parrish, los que tienen manchas de moscas y están descoloridos por el sol. Charla esta noche.

En diciembre Garvey estaba realmente asustado.

El Septeto del Sótano se había acostumbrado perfectamente a Milton Berle y Guy Lombardo. En verdad, habían racionalizado sus propias reacciones y ahora aclamaban a Berle como demasiado *raro* para el público norteamericano; Lombardo se había adelantado veinte años a su época. La gente desagradable gustaba de Lombardo por las razones más comunes.

El imperio de Garvey se tambaleaba.

De pronto fue otra persona: ya no complacía los gustos de sus amigos, corría detrás mientras el Septeto descubría a Nora Bayen, al cuarteto Knicker-bocker de 1917, a Al Jonson que cantaba *Adonde fue Robinson Crusoe con Viernes el sábado a la noche,* y a Shep Fields y su Ritmo Ondulante. El redescubrimiento de Maxfield Parrish dejó al señor Garvey en un rincón. De una noche para otra todos estuvieron de acuerdo: «La cerveza es una bebida intelectual. Lástima que la beban tantos idiotas».

Brevemente: los amigos desaparecieron. Se rumoreó en broma que Alexander Pape estaba pensando en instalar agua caliente en su casa. Este horrible embuste no duró mucho, pero mientras, Alexander Pape cayó en desgracia entre los *cognoscenti.*

Garvey sudaba tratando de anticipar los cambios de gusto. Acrecentó las dosis de comida gratis, previó la vuelta a la alegre década del veinte poniéndose pantalones de piel y exhibiendo a su mujer con vestidos tubo y corte a la *garçon* mucho antes que nadie.

Pero los buitres llegaban, comían y escapaban.

Ahora que ese monstruo horrible, la TV, invadía el mundo, todos adoraban de nuevo la radio. Transcripciones de contrabando de *Vic y Sade* y *La familia de Pepper Young* eran arrebatadas en las fiestas intelectuales.

Al fin, Garvey tuvo que recurrir a una serie de milagrosos *tours de force,* concebidos y ejecutados por su yo aterrorizado.

El primer accidente fue una portezuela de coche que se cerró bruscamente, seccionándole la punta del meñique al señor Garvey.

En el caos que siguió, mientras saltaba de un lado a otro, el señor Garvey pisó la punta del dedo y luego la pateó a la alcantarilla. Cuando la pescaron, ningún médico quiso tomarse la molestia de coserla en su sitio.

¡Un feliz accidente! Al otro día, cuando pasaba por una tienda de artículos orientales, Garvey alcanzó a ver un hermoso *objet d'art.* El vigoroso y viejo subconsciente de Garvey, recordando que tenía cada vez menos público entre la gente de vanguardia, lo obligó a entrar en la tienda y a sacar la billetera.

-¿Lo han visto a Garvey últimamente? -chilló Alexander Pape en el teléfono- Dios mío, ¡ve a verlo!

-¿Qué ocurre?

Todos fueron a mirar.

-Un guardadedos mandarín. -Garvey hizo un movimiento ocioso con la mano.- Una antigüedad oriental. Los mandarines lo usaban para protegerse las uñas de diez centímetros. -Bebió la cerveza, con el dedo tieso.- Todo el mundo odia a los amputados, la vista de cosas que faltan. Fue triste eso de perder el dedo. Pero soy más feliz que antes con este adminículo de oro.

-Es un dedo muy bonito que nosotros *nunca* podríamos tener. -La mujer de Garvey les sirvió ensalada verde.- Y George tiene *derecho* a usarlo.

Garvey estaba sorprendido y encantado viendo que era tan popular como antes. ¡Ah, el arte! ¡Ah, la vida! El péndulo oscilaba hacia atrás y hacia adelante, de lo complejo a lo simple, y de nuevo a lo complejo. De lo romántico a lo realista, y de vuelta a lo romántico. El hombre inteligente presentía los perihelios intelectuales y se preparaba para las nuevas órbitas violentas. El alerta subconsciente de Garvey se incorporó, empezó a alimentarse, y en algunos días se atrevió a ir de un lado a otro, probando los miembros que aún no había usado. ¡Entró en combustión!

-¡Qué poca imaginación tiene el mundo! -dijo el otro yo largamente descuidado, con su propia lengua-. Si yo perdiera accidentalmente la pierna, no me pondría una pierna de palo, ¡no! Tendría una pata de oro con incrustaciones de piedras preciosas, y parte de la pierna sería una jaula dorada donde cantaría un pájaro azul mientras yo me paseo hablando con los amigos. Y si me cortaran el brazo me haría un brazo nuevo de cobre y jade, y con un compartimiento para hielo seco. Y otros cinco compartimientos, uno para cada dedo. ¿Alguien quiere beber?, preguntaría yo. ¿Jerez? ¿Brandy? ¿Coñac? Luego doblaría los dedos serenamente sobre los vasos. De los cinco dedos, cinco chorros fríos, cinco vinos o licores. Luego cerraría los cinco grifos, y ¡brindemos!, diría yo.

«Pero, y sobre todo, uno casi desea que el ojo propio ofenda a alguien. Arráncatelo, dice la Biblia. La Biblia lo dice, ¿no? Si me ocurriera eso, no usaría un opaco ojo de vidrio, por Dios. Tampoco esos parches negros de pirata. ¿Sabes lo que haría? Le mandaría una ficha de póquer a ese amigo tuyo de Francia, ¿cómo se llama? *¡Matisse!* «Le envío», le diría, «una ficha de póquer, junto con un cheque. Por favor, pinte en esa ficha un hermoso ojo azul. Suyo, sinceramente, G. Garvey.»

Bueno, Garvey había despreciado siempre su propio cuerpo; los ojos le parecían pálidos, débiles, sin carácter. De modo que no le sorprendió, un mes después (cuando su Gallup descendió de nuevo), comprobar que el ojo derecho se le humedecía, se le achicaba, ¡y al fin desaparecía dejando un perfecto agujero!

Garvey se sintió absolutamente anonadado.

Pero, también, secretamente complacido.

El Septeto del Sótano sonrió como un jurado de gárgolas mientras él metía en un sobre la ficha de póquer y la despachaba a Francia por vía aérea junto con un cheque por cincuenta dólares.

Garvey recibió el cheque de vuelta una semana después.

En el próximo correo llegó la ficha de póquer.

H. Matisse había pintado un ojo azul raro y hermoso, con pestañas y párpados delicados. H. Matisse había puesto la ficha en un estuche de terciopelo verde. Obviamente, todo el asunto le había gustado tanto como a Garvey.

¡*Harper's Bazaar* publicó una foto de Garvey con la ficha de póquer de Matisse en el ojo, y otra de Matisse mismo, donde se lo veía pintando el monóculo luego de muchas pruebas con tres docenas de fichas!

H. Matisse había tenido el raro sentido común de llamar a un fotógrafo para que la Leica registrase la escena, en beneficio de la posteridad. Se contaba que había dicho: «Después de haber tirado veintisiete ojos, pinté al fin el que quería. ¡Se lo mando por expreso a *Monsieur* Garvey!».

Reproducido en seis colores, el ojo descansaba tristemente en el estuche de terciopelo verde. El Museo de Arte Moderno puso en venta una colección de duplicados. Los Amigos del Septeto del Sótano jugaban al póquer con fichas rojas de ojos azules, fichas blancas de ojos rojos y fichas azules de ojos blancos.

Pero sólo un hombre de Nueva York usaba el monóculo original de Matisse, y ese hombre era el señor Garvey.

-Soy todavía un aburrido inaguantable -le dijo a su mujer-. Pero ahora nadie sabrá qué buey pesado se esconde bajo el monóculo y el dedo de mandarín. Y si el interés de esta gente se debilita

otra vez, siempre puedo perder un brazo o una pierna. En esto no hay ninguna duda. He levantado una fachada maravillosa. Nadie volverá a descubrir al estúpido de antes.

Y como dijo la mujer de Garvey a la tarde siguiente:

-Me cuesta ver en él al viejo George Garvey. Se ha cambiado el nombre. Se hace llamar Giulio. A veces, de noche, lo miro y llamo, George. Pero no me responde. Ahí está: el dedal de mandarín en el meñique; la ficha de póquer azul y blanca, el monóculo de Matisse en el ojo. Me despierto y lo miro a menudo. ¿Y saben ustedes? A veces esta increíble ficha de póquer de Matisse parece plegarse en un guiño monstruoso.

EL ESQUELETO

YA SE LE HABÍA PASADO la hora de ver otra vez al doctor. El señor Harris se metió, desanimado, en el hueco de la escalera, y vio el nombre del doctor Burleigh en letras doradas y una flecha que apuntaba hacia arriba. ¿Suspiraría el doctor Burleigh cuando lo viese? En verdad, ésta era la décima visita en el año. Pero el doctor Burleigh no podía quejarse. ¡El señor Harris pagaba todas las consultas.

La enfermera miró por encima al señor Harris y sonrió, un poco divertida, mientras llamaba con las puntas de los dedos en la puerta de vidrio esmerilado, la abría y metía la cabeza. Harris pensó que le oía decir: -¿Adivine quién está aquí, doctor? -Y en seguida le pareció que la voz del doctor replicaba, débilmente-: Oh, Dios mío, ¿otra vez?

Harris tragó saliva, nerviosamente, entró en el consultorio, y el doctor Burleigh gruñó:

-¿Le duelen otra vez los huesos? ¡Ah! -Frunció el ceño y se ajustó los lentes-. Mi querido Harris, ha sido usted aderezado con los peines y cepillos más finos y antisépticos que conoce la ciencia. Usted está nervioso. Veamos los dedos. Demasiados cigarrillos. Olamos el aliento. Demasiadas proteínas. Mirémosle los ojos. Falta de sueño. ¿Mi receta? Váyase a la cama, menos proteínas, y no fume. Diez dólares, por favor.

Harris, enfurruñado, no se movió.

El doctor apartó brevemente los ojos de sus papeles.

-¿Todavía ahí? ¡Es usted un hipocondríaco! Ahora, son once dólares.

-Pero, ¿por qué me duelen los huesos? -preguntó Harris.

El doctor Burleigh le habló como a un niño.

-¿Nunca ha tenido un músculo cansado, y se pasó las horas irritándolo, pellizcándolo, frotándolo? Cuanto más lo toca, más lo empeora. Al fin, si lo deja tranquilo, el dolor desaparece, y usted descubre que la causa principal del malestar era usted mismo. Bueno, hijo, ése es su caso. Quédese tranquilo. Tómese', una dosis de sales. Váyase y haga ese viaje a Phoenix con el que está soñando desde hace meses. ¡Le hará bien viajar!

Cinco minutos después, el señor Harris hojeaba una guía de teléfonos en el bar de la esquina. ¡Bonita comprensión la que uno obtenía de los cegatones idiotas como Burleigh! Recorrió con el dedo una lista de ESPECIALISTAS DE HUESOS, y encontró uno que se llamaba M. Munigant. Munigant no tenía título de médico, ni ningún otro; pero el consultorio estaba adecuadamente cerca. Tres manzanas más allá, una hacia abajo...

M. Munigant, como el consultorio, era pequeño y oscuro. Como el escritorio, olía a cloroformo, yodo y otras cosas raras. Era un hombre que sabía escuchar, sin embargo, y mientras escuchaba, movía unos ojos brillantes y vivaces, y cuando le hablaba a Harris las palabras le salían como suaves silbidos, sin duda a causa de algún defecto en la dentadura.

Harris se lo contó todo.

M. Munigant asintió. Había visto casos semejantes. Los huesos del cuerpo. Los hombres no tenía conciencia de sus propios huesos. El esqueleto. Dificilísimo. Algo que concernía al desequilibrio, a una coordinación inarmónica entre alma, carne y esqueleto. Muy complicado, silbó suavemente M. Munigant. Harris escuchaba fascinado. ¡Bueno, al fin había encontrado un doctor que lo entendía! Problema psicológico, dijo M. Munigant. Fue rápidamente, delicadamente, hacia una pared oscura y apareció con media docena de radiografías que flotaron en el cuarto como objetos fantasmales arrastrados por una antigua marea. ¡Mire, mire! ¡El esqueleto sorprendido! He aquí retratos luminosos de los huesos largos, cortos, grandes y pequeños. El señor Harris no prestaba atención a la actitud correcta, al verdadero problema. La mano de M. Munigant golpeó, matraqueó, raspó, rascó las tenues nebulosas de carne donde colgaban espectros de cráneos, vértebras, pelvis, calcio, médula. ¡Aquí, allí, esto, aquello, éstos, aquellos y otros! ¡Mire!

Harris se estremeció. Las radiografías y los cuadros volaron en un viento verde y fosforescente, que venía de un país donde habitaban los monstruos de Dalí y Fuseli.

M. Munigant silbó quedamente. ¿Deseaba el señor Harris que le... trataran los huesos?

-Depende -dijo Harris.

Bueno, M. Munigant no podía ayudar a Harás si Harris no se encontraba dispuesto. Psicológicamente uno tiene que necesitar ayuda, o el médico es inútil. Pero, y se encogió de hombros, M. Munigant «trataría».

Harris se acostó en una mesa, con la boca abierta. Las luces se apagaron, las persianas se cerraron. M. Munigant se acercó a su paciente.

Algo tocó la lengua de Harris.

Harris sintió que le desencajaban las mandíbulas, Y le crujían y chirriaban. El cuadro de un esqueleto tembló y saltó en la pared. Harris sintió un estremecimiento, de pies a cabeza. Cerró involuntariamente la boca.

M. Munigant gritó. Harris casi le había arrancado la nariz de un mordisco. ¡Inútil, inútil! ¡Todavía no era hora! Las persianas se abrieron susurrando. La decepción de M. Munigant era tremenda. Cuando el señor Harris sintiera que podía cooperar psicológicamente, cuando el señor Harris necesitara ayuda realmente y tuviese confianza en M. Munigant, entonces quizá podría hacerse algo. M. Munigant extendió' la manita. Mientras tanto, los honorarios eran sólo dos dólares. El señor Harris debía ponerse a pensar. Le daría un dibujo para que el señor Harris se lo llevara a su casa y lo estudiase. Tenía que familiarizarse con su propio cuerpo. Tenía que ser temblorosamente consciente de sí mismo. Tenía que mantenerse en guardia. Los esqueletos eran cosas raras, imprevisibles. Los ojos de M. Munigant centellearon. Buenos días al señor Harris. Oh, ¿y no quería un palito de pan? M. Munigant le acercó al señor Harris un jarro de palitos de pan quebradizos y salados y se sirvió un palito él mismo diciendo que masticar palitos le servía para conservar... cómo decirlo.... la práctica. ¡Buenos días, buenos días al señor Harris! El señor Harris se fue a su casa.

Al día siguiente, domingo, el señor Harris se des~ cubrió dolores y torturas innumerables y nuevas en todo el cuerpo. Se pasó la mañana con los ojos clavados en la estampa del esqueleto, anatómicamente perfecta, que le había dado M. Munigant.

En el almuerzo, Clarisse, la mujer del señor Harris, se apretó uno a uno los nudillos exquisitamente delgados, y al fin el señor Harris se llevó las manos a las orejas y gritó:

-¡Basta!

A la tarde, el señor Harris se enclaustró en sus ha' bitaciones. Clarisse jugaba al bridge en el vestíbulo riendo y parloteando con otras tres señoras mientras

Harris, oculto, se acariciaba y pesaba los miembros del cuerpo con creciente curiosidad. Al cabo de una hora se incorporó de pronto y llamó:

-¡Clarisse!

Clarisse entraba siempre como bailando, haciendo con el cuerpo toda clase de movimientos blandos y agradables para que los pies no tocaran ni siquiera la alfombra. Les pidió disculpas a sus amigas y fue a ver a Harris, animada. Lo encontró sentado en un extremo del cuarto y vio que clavaba los ojos en el dibujo anatómico.

-¿Estás aún meditando, querido? -preguntó Por favor, deja eso.

Se sentó en las rodillas del señor Harris.

La belleza de Clarisse no alcanzó a distraer al señor Harris. Sintió la liviandad de Clarisse, le tocó la rótula. El hueso parecía moverse bajo la piel pálida y brillante.

-¿Está bien que haga eso? -preguntó, sorbiendo el aliento.

-¿Qué cosa? -rió Clarisse-. ¿Mi rótula, dices?

-¿Es normal que se mueva así, alrededor?

Clarisse probó.

-Se mueve así, realmente -dijo, maravillada.

-Me alegra que la tuya se deslice, también -suspiró el señor Harris-. Empezaba a preocuparme.

-¿De qué?

El señor Harris se palmeó las costillas.

-Mis costillas no llegan hasta abajo. Se paran aquí, ¡y he descubierto el aire!

Clarisse entrecruzó las manos bajo la curva de sus pequeños pechos.

-Claro, tonto. Las costillas de todos se detienen en un cierto punto. Y esas raras y cortas son las costillas flotantes.

-Espero que no se vayan flotando por ahí.

El chiste no era nada tranquilizador. El señor Harris deseaba ahora, sobre todas las cosas, quedarse¡ solo. Nuevos descubrimientos arqueológicos, cada vez más sorprendentes, estaban al alcance de sus manos temblorosas, y no quería que se rieran de él.

-Gracias por haber venido, querida -dijo.

-Cuando quieras.

Clarisse frotó dulcemente su nariz contra la de Harris.

-¡Un momento! Espera... -El señor Harris extendió el dedo y tocó las dos narices, ¿Te das cuenta? El hueso de la nariz crece sólo hasta aquí. ¡El resto es tejido cartilaginoso!

Clarisse arrugó la nariz

-¡Claro, querido!

Se fue bailando del cuarto.

Solo, sentado, Harris sintió que la transpiración se le acumulaba en los hoyos y arrugas de la cara y le fluía como una marea tenue mejillas abajo. Se humedeció los labios y cerró los ojos. Ahora.... ahora.... ¿qué seguía ahora? La columna vertebral, sí. Aquí. Lentamente, el señor Harris se examinó la columna , moviendo los dedos como cuando operaba los botones de la oficina, llamando a secretarias y mensajeros. Pero ahora, al apretar la columna vertebral, las respuestas, eran miedos y terrores que le entraban por un millón de puertas asaltando y sacudiendo la mente. La columna le parecía algo extraño.... horrible. Se tocó las vértebras nudosas. Como los huesitos quebradizos de un pescado recién comido, abandonados en un plato de porcelana fría.

-¡Señor! ¡Señor!

Le castañetearon los dientes. Dios todopoderoso, pensó. ¿Cómo no me di cuenta en todos estos años? ¡Todos estos años he andado por allí con un... esqueleto... adentro! ¿Cómo es posible que lo aceptemos así como así? ¿Cómo es posible que nunca pensemos en nuestros cuerpos?

Un esqueleto. Una de esas cosas duras, nevosas y articuladas. Una de esas cosas quebradizas, espantosas, secas, frágiles, matraqueantes, de dedos temblorosos, cabeza de calavera, ojos biselados, y que cuelgan de unas cadenas entre las telarañas de una alacena olvidada; una de esas cosas que hay en los desiertos y están ahí en el suelo desparramadas como dados.

Se incorporó, muy tieso, pues ya no podía soportar la silla. Dentro de mí, ahora, pensó, tomándose el estómago y la cabeza, dentro de mi cabeza hay un... cráneo. Uno de esos caparazones curvos que guardan la jalea eléctrica del cerebro> ¡una de esas cáscaras rajadas con dos agujeros al frente como dos agujeros abiertos por una escopeta de dos caños! ¡Hay ahí grutas y cavernas de hueso, revestimientos y sitios para la carne, el olfato, la vista, el oído, el pensamiento! ¡Un cráneo que me envuelve el cerebro, con ventanitas abiertas al mundo exterior!

Harris tenía ganas de interrumpir la partida de bridge, entrar en la sala como un zorro en un gallinero y desparramar las cartas como nubes de plumas, todo alrededor. Se dominó trabajosamente, temblando. Vamos, vamos, hombre, tranquilízate. Has tenido una verdadera revelación, apréciala, disfrútala. ¡Pero un esqueleto!, le gritó el subconsciente. No lo aguanto. Es algo vulgar, terrible, espantoso. Los esqueletos son cosas horribles; crujen y rascan y traquetean en viejos castillos, colgados de vigas de roble, como largos péndulos susurrantes, indolentes, que se mueven al viento.

La voz de Clarisse lleegó desde lejos, clara, dulce

-Querido, ¿vienes a saludar a las señoras?

El señor Harris sintió que se mantenía en pie gracias al esqueleto. ¡Esa cosa interior, ese intruso, ese espanto, le sostenía los brazos, las piernas, la cabeza! Era como sentir a alguien detrás de uno, alguien que no debiera estar ahí. Adelantándose, comprendió con cada paso que daba hasta qué punto dependía de esa Cosa.

-Iré en seguida, querida -contestó débilmente.

¡Vamos, ánimo!, se dijo a sí mismo. Mañana tienes que volver al trabajo. El viernes tienes que ir a Phoenix. Es un viaje largo. Cientos de kilómetros. Tienes que estar en buena forma para hacer ese viaje o el señor Creldon no invertirá dinero en tu negocio de cerámica. ¡Arriba esa cabeza! ¡Coraje!

Un instante después estaba entre las señoras, y Clarisse le presentaba a la señora Withers, la señora, Abblematt y la señorita Kirthy, las que tenían, todas, esqueletos dentro, pero se lo tomaban con mucha calma, pues la naturaleza les había revestido cuidadosamente la calva desnudez de la clavícula, la tibia, el fémur, con pechos, muslos, pantorrillas, cejas y cabelleras satánicas, labios de aguijón, y.. ¡Dios!, gritó interiormente el señor Harris. Cuando hablan o comen muestran los dientes, ¡una parte del esqueleto! ¡Nunca se me había ocurrido!

-Excúsenme -jadeó, y salió corriendo del cuarto alcanzando apenas a arrojar la merienda por encima de la balaustrada del jardín, entre las petunias.

Esa noche, sentado en la cama, mientras Clarisse se desvestía, Harris se arregló cuidadosamente las uñas de los pies y las manos. Esas partes, también, revelaban el esqueleto, que asomaba impúdicamente. Debió de haber enunciado en voz alta parte de la teoría, pues Clarisse, ya acostada y en camisón, le echó los brazos al cuello canturreando:

Librodot

-Oh, mi querido, las uñas no son huesos. ¡Son sólo epidermis endurecida!

El señor Harris dejó caer las tijeras.

-¿Estás segura? Espero que tengas razón. Me sentiría más tranquilo. -Miró la curva del cuerpo de Clarisse, boquiabierto-. Ojalá toda la gente fuera como tú.

-¡Condenado hipocondríaco! -Clarisse lo sostuvo estirando el brazo, Vamos, ¿qué te pasa? Díselo a mamá.

-Algo que siento dentro -dijo Harris-. Algo que... comí.

A la mañana siguiente y durante toda la tarde en la oficina del centro de la ciudad, el señor Harris investigó los tamaños, las formas y la posición de varios de sus propios huesos con un desagrado cada vez mayor. A las diez de la mañana le pidió permiso al señor Smith para tocarle el codo un momento. El señor Smith consintió, pero mirándolo de reojo. Después del almuerzo el señor Harris le dijo a la señorita Laurel que quería tocarle el omóplato, y la joven se apretó en seguida de espaldas contra el cuerpo del señor Harris ronroneando y entornando los ojos.

-¡¡Señorita Laurel! -gritó el señor Harris-. ¡Basta!

Solo, meditó en sus neurosis. La guerra acababa de terminar, y la tensión del trabajo y el futuro incierto tenían mucha relación probablemente con aquel estado de ánimo. Pensaba a veces en dejar la oficina, instalarse por su propia cuenta; tenía un talento nada común para la cerámica y la escultura. Tan pronto como pudiese iría a Arizona, le pediría dinero al señor Creldon, compraría un horno y pondría una tienda. Cuántas preocupaciones. En verdad era todo un caso. Pero por suerte había conocido a M. Munigant, que parecía decidido a comprenderlo y ayudarlo. Lucharía un tiempo solo, no iría a ver a Munigant ni al doctor Burleigh, mientras pudiera resistirlo. La extraña sensación desaparecería. El señor Harris se quedó mirando el aire.

La extraña sensación no desapareció. Creció.

El martes y el jueves se desesperó pensando que la epidermis, el pelo y otros apéndices eran manifestaciones de un grave desorden, mientras que el esqueleto desprovisto de tegumentos era en cambio una estructura limpia y flexible, bien organizada. A veces, cuando al resplandor de ciertas luces, sintiendo el peso de la melancolía, se le bajaban morosamente las comisuras de la boca, creía ver el cráneo que le sonreía desde detrás de la cara.

¡Suelta!, gritaba. ¡Déjame! ¡Los pulmones! ¡Basta!

Jadeaba convulsamente, como si las costillas lo apretaran quitándole el aliento.

¡Mi cerebro! ¡No lo aprietes!

Y unos dolores de cabeza terribles le quemaban el cerebro reduciéndolo a cenizas apagadas.

¡Mis entrañas, déjalas, por amor de Dios! ¡Apártate de mi corazón!

El corazón se le encogía bajo las costillas que se abrían en abanico, como arañas pálidas que acechaban la presa.

Una noche descansaba acostado empapado en sudor. Clarisse estaba afuera, en una reunión de la Cruz Roja. Harris trataba de conservar la calma, pero era más y más consciente de aquel conflicto: afuera ese sucio exterior, y adentro esa cosa hermosa, fresca, limpia y de calcio.

La tez, ¿no era oleosa, no tenía arrugas de preocupación?

Observa la perfección de la calavera: impecable y nívea.

La nariz, ¿no era demasiado prominente?

Observa bien los huesecitos de la nariz en la calavera, antes que el monstruoso cartílago nasal formara la probóscide montañosa.

El cuerpo, ¿no era rollizo?

Bueno, examina el esqueleto, delgado, esbelto, la economía de las líneas y el contorno. ¡Marfil oriental exquisitamente tallado! ¡Perfecto, grácil como una manta religiosa blanca!

Los ojos, ¿no eran protuberantes, ordinarios, apagados?

Ten la amabilidad de examinar las órbitas en la calavera: tan profundas y redondas, sombrías, pozos de calma, sabias, eternas. Mira adentro y nunca tocarás el fondo de ese conocimiento oscuro. Toda la ironía, toda la vida, todo está ahí en esa copa de oscuridad.

Compara, compara, compara.

Harris rabió durante horas. Y el esqueleto, siempre un filósofo frágil y solemne, descansaba dentro, calmoso, sin decir una palabra, suspendido como un insecto delicado en el interior de una crisálida, esperando y esperando.

Harris se sentó lentamente.

-¡Un minuto! ¡Espera! -exclamó-. Tú también estás perdido. Yo también te tengo. ¡Puedo obligarte a hacer lo que se me antoje! ¡No puedes impedirlo! Digo yo: mueve los carpos, los metacarpos y las falanges y, ssssss, ¡ahí se alzan, como si yo saludara a alguien! -Se rió-. Le ordeno a la tibia y al fémur que sean locomotoras y, jum, dos tres cuatro, jum, dos tres cuatro, allá vamos alrededor de la manzana. ¡Sí, señor!

Harris sonrió mostrando los dientes.

-Es una lucha pareja. Fuerzas iguales, y lucharemos, ¡los dos! Al fin y al cabo, ¡soy la parte que piensa! ¡Sí, Dios mío, sí! ¡Aunque no te domine; todavía puedo pensar!

Instantáneamente, una mandíbula de tigre se cerró de golpe, mordiéndole el cerebro. Harris aulló. Los huesos del cráneo apretaron como garras hasta que Harris tuvo horribles pesadillas. Luego, lentamente, mientras Harris chillaba, lbs huesos adelantaron el hocico y se comieron las pesadillas, una por una, hasta que la última desapareció y todas las luces se apagaron....

Al fin de la semana, Harris postergó el viaje a Phoenix por razones de salud. Pesándose en una balanza de la calle vio que la lenta flecha roja señalaba 75.

Gruñó. Cómo, he pesado ochenta kilos durante años y años. ¡He perdido cinco kilos! Se examinó las mejillas en el espejo sucio de moscas. Un miedo primitivo y helado le recorrió el cuerpo estremeciéndolo. ¡Tú, tú! ¡Sé muy bien qué te propones, tú!

Se amenazó con el puño la cara huesuda, hablándoles particularmente al maxilar superior, al maxilar inferior, al cráneo y a las vértebras cervicales.

-¡Maldito! Crees que puedes matarme de hambre, hacerme perder peso, ¿eh? Sacarme la carne, no dejar nada, sólo huesos y piel. Tratas de echarme a la zanja, para ser el único dueño, ¿eh? ¡No, no!

Corrió a un restaurante.

Pavo, salsas, patatas en crema, cuatro ensaladas, tres postres. No podía tragar nada, se sentía enfermo del estómago. Se obligó a comer. Los dientes empezaron a dolerle. Mala dentádura, ¿eh?, pensó, furioso. Comeré aunque los dientes se sacudan, se golpeen y--crujan, y caigan todos en la sala.

Tenía fuego en la cabeza, respiraba entrecortadamente, sintiendo una opresión en el pecho, y un dolor en las muelas; pero ganó sin ¡embargo una pequeña batalla. Iba a beber leche cuando se detuvo y la derramó en un florero de capuchinas. Nada de calcio para ti, muchacho, nada de calcio

para ti. Nunca jamás comeré algo que tenga calcio o cualquier otro mineral que tonifique los huesos. Comeré sólo para uno de nosotros, muchacho, sólo para uno.

-Setenta kilos -le dijo la semana siguiente a su mujer---. ¿Notaste cómo he cambiado?

-Noto que estás mejor -dijo Clarisse-. Siempre fuiste un poco gordito para tu altura, querido. -Le acarició la barbilla-. Me gusta tu cara. Es mucho más elegante. Las líneas son ahora tan firmes y fuertes...

-No son mis líneas, son sus líneas, ¡maldita sea! ¿Quieres decir acaso que él te gusta más que yo?

-¿Él? ¿Quién es él?

En el espejo del vestíbulo, más allá de Clarisse, la calavera le sonrió al señor Harris desde detrás de una mueca carnosa de desesperación y odio.

Colérico, el señor Harris engulló unas tabletas de malta. Era un modo de ganar peso cuando uno no puede comer otras cosas. Clarisse vio las píldoras de malta.

-Pero, querido, realmente, yo no te pido que subas de peso -dijo.

-¡Oh, cállate! -dijo Harris entre dientes.

Clarisse lo obligó a que se acostara. Harris se tendió con la cabeza en el regazo de Clarisse.

-Querido -dijo Clarisse-. Te he estado observando últimamente. Estás tan... lejos. No dices nada, pero parece que te persiguieran. Te agitas en la cama, de noche. Quizá debieras ver a un psiquiatra. Pero ya sé qué te diría, puedo adelantártelo. Te he oído mascullar, una vez y otra, y he sacado mis conclusiones. Pues bien, te diré que tú y tu esqueleto son una sola cosa: «una nación indivisible, con libertad y justicia para todos». Unidos triunfarán, divididos fracasarán. Si no se pueden entender entre ustedes como un viejo matrimonio, ve a ver al doctor Burleigh. Pero antes distiéndete, tranquilízate. Estás viviendo en un círculo vicioso; cuanto más te preocupas, más sientes los huesos y más te preocupas. Al fin y al cabo, ¿quién inició esta batalla? ¿Tú o esa entidad anónima que según dices está acechándote detrás del canal alimentario?

Harris cerró los ojos.

-Yo. Creo que fui yo. Adelante, Clarisse, sigue hablándome.

-Descansa ahora -susurró Clarisse dulcemente-. Descansa y olvida.

El señor Harris se mantuvo a flote un día y medio y luego empezó a hundirse otra vez. La imaginación podía tener su parte de culpa, sí, pero este esqueleto particular, Dios mío, devolvía los golpes.

En las últimas horas de la tarde, Harris buscó el consultorio de M. Munigant. Caminó media hora antes de encontrar la dirección y descubrir el nombre M. Munigant, escrito con iniciales de oro viejo y descascarado en un letrero de vidrio. En ese momento, le pareció que los huesos le estallaban rompiendo amarras, dispersándose en el aire en una erupción doloro sa. Enceguecido, Harris retrocedió. Cuando abrió de nuevo los ojos ya estaba del otro lado de la esquina El consultorio de M. Munigant había quedado atrás.

Los dolores cesaron.

M. Munigant era el hombre que podía ayudarlo. Si la visión del letrero provocaba una reacción tan titánica, indudablemente M. Munigant era el hombre indicado.

Pero no hoy. Cada vez que Harris trataba de volver al consultorio reaparecían los terribles dolores. Transpirando, renunció al fin y entró tambaleándose en un bar.

Mientras cruzaba el vestíbulo oscuro se preguntó brevemente si M. Munigant no tenía una buena parte de culpa. ¡Al fin y al cabo era M. Munigant quien lo había incitado a que se observara el esqueleto, desencadenando un tremendo impacto psicológico! ¿No estarla utilizándolo M. Munigant para algún propósito nefasto? Pero ¿qué propósito? Era una sospecha tonta. Un pobre médico, y nada más. Trataba de ayudarlo. Munigant y sus palitos de pan. Ridículo, M. Munigant estaba muy bien, muy bien.

El espectáculo del salón del bar era alentador. Un hombre corpulento, gordo, redondo como una bola de manteca, bebía una cerveza tras otra en el mostrador. La imagen del éxito, realmente. Harris reprimió el deseo de ponerse de pie, palmearle el hombro al gordo y preguntarle cómo había hecho para ocultarse los huesos. Sí, el esqueleto del hombre estaba lujosamente tapizado. Había almohadones de tocino aquí, bultos elásticos allí, y varias golillas redondas bajo la barbilla. El pobre esqueleto estaba perdido; nunca podría salir de ese tembladeral de grasa. Podía haberlo intentado una vez, pero ya no. Los huesos, abrumados, no se insinuaban en ninguna parte.

No sin envidia, Harris se acercó al gordo como alguien que cruza ante la proa de un transatlántico. Harris pidió una bebida, se la tomó, y se atrevió a hablarle al gordo.

-¿Glándulas?

-¿Me habla usted a mí? -preguntó el gordo.

-¿O una dieta especial? -comentó Harris-. Perdóneme, pero vea usted, me cuelga la piel. No puedo aumentar de peso. Me gustaría tener un estómago

-Así es entonces -susurró, los ojos enrojecidos, las mejillas hirsutas-. De un modo o de otro me arrastras, me matas de hambre, de sed, acabas conmigo. -Tragó unas rebabas secas de polvo-. El sol me cocinará la carne para que puedas salir. Los buitres me almorzarán y tú quedarás tendido en el suelo,. sonriendo. Sonriendo victorioso. Un xilofón calcinado donde unos buitres tocan una música rara. Te gusta eso. La libertad.

Harris caminó por un escenario que temblaba y burbujeaba bajo la cascada de la luz solar. Tropezaba, caía de bruces y se quedaba tendido alimentándose con bocados de fuego. El aire era una llama azul de alcohol, y los buitres se asaban, humeaban y chispeaban volando en círculos y planeando. Phoenix. El camino. El coche. Agua. Un refugio.

-¡Eh!

Otra vez el grito. Crujidos de pasos, rápidos.

Gritando, aliviado, incrédulo, Harris corrió y se derrumbó en brazos de alguien que llevaba uniforme.

El coche tediosamente remolcado, reparado. Ya en Phoenix. Harris se encontró en un estado de ánimo tan endemoniado que la operación comercial fue una apagada pantomima. Aun cuando consiguió el préstamo y tuvo el dinero en la mano, no se dio mucha cuenta. La cosa interior, como una espada dura y blanca dentro de un escarabajo, le teñía los negocios, la comida, le coloreaba el amor por Clarisse, le impedía confiar en su automóvil. La cosa, en verdad, tenía que ser puesta en su sitio. El incidente del desierto había pasado demasiado cerca, le había tocado los huesos, podía decir uno torciendo la boca en una mueca irónica. Harris se oyó a sí mismo agradeciéndole el

dinero al señor Creldon. Luego dio media vuelta con el coche y se puso de nuevo en marcha, esta vez por el camino de San Diego, para evitar la zona desértica entre El Centro y Beaumont. Marchó hacia el norte a lo largo de la costa. No confiaba en el desierto. Pero... ¡cuidado! Las olas saladas retumbaban y siseaban en la playa de Laguna. La arena, los peces y los crustáceos podían limpiarle los huesos tan rápidamente como los buitres. Despacio en las curvas junto al mar.

Demonios, estaba realmente enfermo.

¿A quién recurrir? ¿Clarisse? ¿Burleigh? ¿Munigant? Especialistas de huesos. Munigant. ¿Bien?

-¡Querido!

Clarisse lo besó. Harris sintió la solidez de los huesos y la mandíbula detrás del apasionado intercambio, y dio un paso atrás.

-Querida -dijo lentamente, enjugándose los labios con la manga, temblando.

-Pareces más delgado; oh, querido, el negocio...

-Salió bien, creo. Sí, todo marchó bien.

Clarisse lo besó de nuevo.

La cena fue morosa, trabajosamente alegre. Clarisse reía animándolo. Harris estudiaba el teléfono, y de cuando en cuando levantaba el auricular, indeciso, y lo colgaba otra vez.

Clarisse se puso el abrigo y el sombrero.

-Bueno, lo siento, pero tengo que irme. -Le pellizcó la mejilla a Harris-. Vamos, ¡ánimo! Volveré de la Cruz Roja dentro de tres horas. Tú descansa. Tengo que ir.

Cuando Clarisse desapareció, Harris marcó un número en el teléfono, nervioso.

-¿M. Munigant?

Una vez que Harris hubo colgado el auricular, las explosiones y los malestares del cuerpo fueron extraordinarios. Harris sintió que tenía metidos los huesos en todos los potros de tormentos que había imaginado o que se le habían aparecido en pesadillas terribles, alguna vez. Tragó todas las aspirinas que,, encontró, pero cuando una hora más tarde sonó el timbre de la puerta no pudo moverse. Se quedó tendido, débil, agotado, jadeante, y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

-¡Entre! ¡Entre, por amor de Dios!

M. Munigant entró. Gracias a Dios la puerta no estaba cerrada con llave.

Oh, pero el señor Harris tenia muy mala cara., M. Munigant se detuvo en el centro del vestíbulo, menudo y oscuro. Harris asintió con un movimiento de cabeza. Los dolores le recorrían todo el cuerpo, rápidamente, golpeando con ganchos y enormes martillos de hierro. M. Munigant vio los huesos protuberantes de Harris y le brillaron los ojos. Ah, era evidente, que el señor Harris estaba ahora psicológicamente, preparado. ¿No? Harris asintió de nuevo, débilmente, y sollozó. M. Munigant hablaba como silbando. Había algo raro en la lengua de M. Munigant y en esos silbidos. No importaba. Harris creía ver a través de las lágrimas que M. Munigant se encogía, se empequeñecía. Obra de la imaginación, por supuesto. Harris lloriqueó la historia del viaje a Phoenix. M. Munigant mostró su simpatía. ¡Ese esqueleto era un traidor! Lo arreglarían de una vez por todas.

-Señor Munigant -suspiró apenas Harris-. No... no lo noté antes. La lengua de usted. Redonda, corno un tubo. ¿Hueca? Mis ojos. Deliro. ¿Qué pasa?

M. Munigant silbó suavemente, apreciativamente, acercándose. Si el señor Harris aflojaba el cuerpo y abría la boca... Las luces se apagaron. M. Munigant espió la mandíbula caída de Harris. ¿Más abierta, por favor? Había sido tan difícil, aquella primera vez, ayudar al señor Harris; el cuerpo y los huesos en rebelión abierta. Ahora en cambio la carne cooperaba, aunque el esqueleto protestara. En la oscuridad, la voz de M. Munigant se afinó, afinó, aflautándose, aflautándose. El silbido se hizo más agudo. Ahora. Aflójese, señor Harris. ¡Ahora!

Harris sintió que le apretaban violentamente las mandíbulas, en todas direcciones, le comprimían la lengua con un cucharón y le ahogaban la garganta. Jadeó, sin aliento. Un silbido. ¡No podía respirar! Algo le retorcía las mejillas y le rompía las mandíbulas. ¡Como un chorro de agua caliente algo se le escurría en las cavidades de los huesos, golpeándole los oídos!

-¡Ahhh! ---chilló Harris, gagueando. La cabeza, el carapacho hendido, le cayó flojamente. Un dolor agónico le quemó los pulmones.

Harris respiró al fin, un momento, y los ojos acuosos le saltaron hacia adelante. Gritó. Tenía las costillas sueltas, como un flojo montón de leña. ¡Qué dolor ahora! Harris cayó al suelo, resollando fuego.

Las luces chispearon en los globos oculares de Harris. Los huesos se le soltaron rápidamente.

Los ojos húmedos miraron el vestíbulo.

No había nadie en el cuarto.

-¿M. Munigant? En nombre de Dios, ¿dónde está usted, M. Munigant? ¡Ayúdeme!

M. Munigant había desaparecido.

-¡Socorro!

Y en ese momento Harris oyó.

Muy adentro, en las fisuras subterráneas del cuerpo, los ruidos minúsculos, inverosímiles: chasquidos leves, y torsiones, y frotamientos y hocicadas como si una ratita hambrienta allá abajo, en la oscuridad roja sangre, mordisqueara seriamente, hábilmente, algo que podía haber estado allí, pero no estaba.... un leño, sumergido...

Clarisse, alta la cabeza, iba por la acera directamente hacia su casa en Saint James Place. Llegó a la esquina pensando en la Cruz Roja y casi tropezó con,, el hombrecito moreno que olía a yodo.

Clarisse no le habría prestado atención, pero en ese momento el hombrecito sacó de la chaqueta algo blanco, largo y curiosamente familiar, y se puso a masticarlo, como si fuese una barra de menta. Se comió la punta, y metió la lengua ransima en la materia blanca, succionándola, satisfecho. Cuando Clarisse: llegó a la puerta de su casa, movió el pestillo y entró, el hombrecito estaba absorto aún en su golosina.

-¿Querido? -llamó Clarisse, sonriendo y mirando alrededor---. Querido, ¿dónde estás? -Cerró la puerta, cruzó el pasillo y entró en el vestíbulo-. Querido...

Se quedó mirando el suelo durante veinte segundos, tratando de entender.

De pronto, se puso a gritar.

Afuera, a la sombra de los sicomoros, el hombrecito abrió unos agujeros intermitentes en el palo blanco y largo; luego, dulcemente, suspirando, frunciendo los labios, tocó una melodía triste en el improvisado instrumento, acompañando el canto agudo y terrible de la voz de Clarisse dentro de la casa.

Muchas veces, en la niñez, Clarisse había corrido por las arenas de la playa, y había pisado una medusa de mar, y había chillado entonces. No es tan horrible encontrar una medusa de mar gelatinosa en tu propio vestíbulo. Puedes dar un paso atrás.

Es terrible cuando la medusa te llama por tu propio nombre.

LA JARRA

ERA UNA DE ESAS COSAS que guardan dentro de jarras, en las tiendas de las ferias en las afueras de un pueblecito soñoliento. Una de esas cosas pálidas que flotan en plasma de alcohol, y sueñan y dan vueltas y vueltas, de ojos despellejados y muertos que te miran y nunca te ven. De algún modo, son parte del silencio de las últimas horas de la noche, cuando sólo se oye el chirrido de los grillos y las ranas que sollozan en las tierras húmedas. Una de esas cosas que se guardan en jarrones y te revuelven el estómago, como cuando ves un brazo conservado en una vasija de laboratorio.

Charlie le devolvió la mirada un largo rato.

Un largo rato, las manazas rudas y de dedos velludos apretaron la cuerda que retenía a la gente curiosa. Charlie había pagado y ahora miraba.

Se hacía tarde. El tiovivo se adormecía cayendo en un perezoso tintineo mecánico. Los vendedores de entradas fumaban detrás de una tienda y maldecían jugando al póquer. Las luces se apagaban y sobre la feria había un resplandor de verano. La gente volvía a las casas en hileras y grupos. En alguna parte atronaba una radio, que se apagaba en seguida, y el cielo de Louisiana se abría en estrellas silenciosas.

No había nada en el mundo para Charlie excepto aquella cosa pálida encerrada en un universo seroso. Boquiabierto, mostrando los dientes, miraba con ojos curiosos, admirados, asombrados.

Alguien caminaba en las sombras, detrás, pequeño, comparado con la estatura desgarbada de Charlie.

-Oh -dijo la sombra, saliendo al resplandor de la luz eléctrica-. ¿Está usted ahí todavía?

-Sí -dijo Charlie como un hombre que habla en sueños.

El dueño de la tienda apreciaba la curiosidad de Charlie. Señaló con un movimiento de *cabeza* al viejo conocido de la jarra.

-Le gusta a todo el mundo; de un cierto modo, quiero decir.

Charlie se acarició la larga mandíbula huesuda.

-Dígame..., usted... ¿nunca pensó en venderla?

El dueño abrió los ojos, y los cerró en seguida. Gruñó.

-No. Trae clientes. Les gusta ver cosas así. Seguro.

Charlie emitió un «oh» decepcionado.

-Bueno -reflexionó el dueño-, si un hombre tiene dinero, quizá...

-¿Cuánto dinero?

-Si un hombre tiene... -El dueño calculó, mirando a Charlie mientras extendía un dedo tras otro.- Si un hombre tuviera tres, cuatro, digamos, quizá siete, ocho...

Charlie asentía cada vez que aparecía un dedo expectante. El dueño elevó entonces el total.

-... quizá diez dólares, o quizá quince...

Charlie frunció el ceño, preocupado.

El dueño se retractó.

-Digamos que un hombre tuviera doce dólares. -Charlie sonrió.- Bueno, yo podría venderle esa cosa de la jarra -concluyó el dueño.

-Qué coincidencia -dijo Charlie-. Tengo justo doce dólares en el bolsillo. Y he estado pensando qué pasaría si me llevara algo así, si me llevara a mi casa algo como esto y lo pusiera en el estante, junto a la mesa. La gente iría a verme, estoy seguro.

-Bueno, pues mire usted... -dijo el dueño.

La venta se completó poniendo la jarra en el asiento trasero del carro de Charlie. El caballo sacudió los cascos cuando vio la jarra, y lloriqueó.

El dueño de la tienda abrió los ojos, casi aliviado.

-Ya estaba cansado de verla, de todos modos. No me dé las gracias. En este último tiempo me venían ideas raras a la cabeza... Pero no me haga *caso,* soy un fulano charlatán. ¡Adiós, granjero!

Charlie se alejó. Las lámparas desnudas y azules se retiraron como estrellas moribundas; la noche campesina y oscura de Louisiana se extendió alrededor del carro y el caballo. No había nadie excepto Charlie, el caballo que movía acompasadamente los cascos grises, y los grillos.

Y la jarra detrás del asiento alto.

Un chapoteo, adelante y atrás, adelante y atrás. Un movimiento húmedo. Y la cosa gris y fría, que golpeaba el vidrio, soñolienta, y miraba y miraba y no veía nada, nada.

Charlie se inclinó hacia atrás y tocó la tapa. La mano volvió oliendo a un licor raro, cambiada y fría, y temblorosa, excitada. *Sí, señor,* pensó Charlie. *¡Sí, señor!*

Un chapoteo, un chapoteo.

En el valle, unos faroles verdes como la hierba y rojos como la sangre echaban una luz polvorienta sobre unos hombres que murmuraban y escupían, sentados en el almacén de ramos generales.

Conocían los crujidos chirriantes del carro de Charlie, y cuando oyeron que se detenía, no movieron los cráneos toscos y de pelo pardo. Los cigarros de los hombres eran luciérnagas; las voces, murmullos de ranas en una noche de verano.

Charlie se volvió hacia adelante, ansiosamente.

-¡Hola, Clem! ¡Hola, Mult!

-Hola, Charlie. Hola -murmuraron los hombres. El conflicto político continuó. Charlie lo cortó en seco.

-Tengo algo aquí. ¡Tengo algo que todos ustedes querrán ver!

Los ojos de Tom Carmody centellearon, verdes a la luz de la lámpara, en el porche del almacén. Le parecía a Charlie que Tom Carmody se pasaba la vida a la sombra de los porches, o a la sombra de los árboles, o en los extremos más lejanos de los cuartos, mirándolo a uno con ojos brillantes desde la oscuridad. Uno nunca sabía qué cara tenía en ese momento, y los ojos estaban siempre burlándose de uno. Y cada vez que lo miraban a uno se veían de un modo diferente.

-No tienes nada que queramos ver, compadre.

Charlie apretó un puño y lo miró.

-Algo en una jarra -dijo-. Parece un cerebro, parece una medusa de mar en conserva, parece..., bueno, ¡vean ustedes mismos!

Alguien quebró un cigarro en una lluvia de cenizas rosadas y fue a mirar. Charlie alzó solemnemente la jarra, y a la luz incierta del farol la cara del hombre cambió de pronto.

-Eh, pero... ¿qué demonios *es* eso?

El primer deshielo de la noche. Otros hombres se movieron perezosamente, poniéndose de pie; se inclinaron hacia adelante y caminaron impulsados por la atracción de la gravedad. No hacían ningún esfuerzo, excepto el de poner un zapato delante de otro para no caer de bruces sobre las caras insólitas. Se amontonaron alrededor de la jarra. Y Charlie, por primera vez en la vida, concibió una oculta estrategia y guardó la jarra.

-¿Quieren ver más? ¡Vayan a mi casa! Estará allí -declaró generosamente.

Tom Carmody escupió desde la cueva del porche.

-¡Ja!

-¡Déjame verlo otra vez! -gritó el abuelo Medknowe-. ¿Es un octópodo?

Charlie sacudió las riendas. El caballo se movió tropezando.

-¡Vengan todos! ¡Serán bienvenidos!

-¿Qué dirá tu mujer?

-¡Nos echará a escobazos!

Pero Charlie y el carro ya estaban del otro lado de la loma. Los hombres, todos, se quedaron de pie, mordiéndose las lenguas, entornando los ojos, vueltos hacia el camino oscuro. Tom Carmody juró entre dientes desde el porche...

Charlie subió los escalones de la cabaña y llevó la jarra al trono del vestíbulo, pensando que de ahora en adelante la casucha sería un palacio, con un emperador. ¡Ésta era la palabra! Un emperador todo frío y blanco y silencioso que nadaba en una piscina privada, alto en el trono del estante, por encima de la mesa rústica.

La jarra, mientras Charlie miraba, quemó la niebla fría que flotaba sobre la casa, a orillas del pantano.

-¿Qué tienes ahí?

La voz de soprano de Thedy sacó a Charlie de aquel largo ensimismamiento. Thedy, malhumorada, miraba desde la puerta del dormitorio. Tenía el pelo recogido en una trenza detrás de las orejas rojas, y una bata de color azul desvaído le cubría el cuerpo delgado. Los ojos eran también desvaídos, como la bata.

-Bueno -repitió-. ¿Qué es eso?

-¿Qué te parece a ti, Thedy?

Thedy se adelantó apenas, moviendo lentamente, perezosamente el péndulo de las caderas, con los ojos fijos y los labios entreabiertos mostrando unos felinos dientes de leche.

La cosa pálida y muerta flotaba en el suero.

Thedy le echó a Charlie una mirada de color azul apagado, luego miró la jarra y otra vez a Charlie, y de nuevo la jarra, y al fin dio una rápida media vuelta.

-Se... se parece... ¡se parece a ti, Charlie! -gritó.

La puerta del dormitorio se cerró de golpe.

La reverberación no perturbó los contenidos de la jarra. Pero Charlie se quedó allí, inmóvil, sintiendo que el corazón le latía frenéticamente. Mucho después, ya tranquilo, le habló a la cosa en la jarra.

-Trabajo la tierra hasta pelarme los huesos todos los años, y Thedy toma el dinero y corre a visitar a sus padres, y se queda allá nueve semanas seguidas. No puedo con ella. Thedy y los hombres del almacén me toman el pelo. No sé cómo dominarla, y sin embargo... ¡trataré!

Filosóficamente, los contenidos de la jarra no aconsejaron nada.

-¿Charlie?

Alguien estaba en la puerta del patio de enfrente.

Charlie se volvió, sorprendido, y rompió en una sonrisa.

Eran algunos de los hombres del almacén.

-Eh... Charlie..., nosotros... pensamos..., bueno..., vinimos a echarle una ojeada a... lo que tienes ahí en la jarra ésa...

Julio pasó con su calor, y llegó agosto.

Por primera vez en años, Charlie se sentía feliz como una espiga que crece luego de una sequía. Era bueno oír a la noche las botas que aplastaban los pastos, el ruido de los hombres que escupían en la zanja antes de poner los pies en el porche, el sonido de los cuerpos pesados y el crujido de las tablas, y el quejido de la casa cuando aún otro hombro se apoyaba en el marco de la puerta y otra voz decía mientras una muñeca velluda limpiaba unos labios:

-¿Se puede entrar?

En una estudiada indiferencia, Charlie invitaba a los recién llegados. Había sillas o cajones para todos, o por lo menos alfombras para sentarse en cuclillas. Y cuando los grillos se rascaban las patas con un zumbido de verano, y las ranas hinchaban las gargantas como señoras con paperas que gritan en la noche, la gente del valle colmaba la sala.

Al principio nadie abría la boca. En esas noches, la primera media hora, mientras la gente entraba y se instalaba, todos se entretenían en armar cigarrillos. Ponían cuidadosamente el tabaco en la hojita de papel, la enroscaban, la golpeaban, como enroscaban y golpeaban los pensamientos y temores y asombros de la noche. Eso les daba tiempo para pensar. Uno podía verles los cerebros que funcionaban detrás de los ojos mientras preparaban los cigarrillos.

Parecían un grupo de fieles en una iglesia pobre. Sentados, en cuclillas, apoyados en las paredes de yeso, se volvían uno a uno, y con una angustia reverente, hacia la jarra del estante.

No clavaban en seguida los ojos. No, volvían la cabeza lentamente, como si miraran alrededor, dejando que los ojos se pasearan por cualquier objeto viejo que se revelase al foco de la conciencia.

Y -sólo por accidente, claro está- los ojos se detenían siempre en el mismo sitio. Al cabo de un rato todos los ojos del cuarto estaban fijos en la jarra como alfileres clavados en un alfiletero increíble. Y sólo se oía un sonido: el de alguien que chupaba una espiga de maíz. O los pies desnudos de los niños que se escurrían por las tablas del porche. Quizás una voz de mujer decía

Librodot

entonces: «Ustedes los niños afuera. ¡Vamos!». Se oía una risita, como un agua suave y rápida, y los pies desnudos corrían a asustar a los sapos.

Charlie estaba delante de todos, naturalmente, en su silla mecedora, con una almohada de tartán bajo el trasero huesudo, meciéndose lentamente, disfrutando de la jarra y las miradas fijas que se había ganado, junto con la jarra.

Thedy había sido vista en un extremo del cuarto entre las otras mujeres, todas grises y calladas, apartadas de los hombres.

Thedy parecía a punto de estallar en un chillido de celos. Pero no decía nada, y miraba a los hombres que se atropellaban en el cuarto y se sentaban a los pies de Charlie, vueltos hacia aquello que parecía el Santo Grial, y apretaba los labios fríos y no hablaba con nadie.

Tras un período de apropiado silencio, alguien, quizás el viejo abuelo Medknowe de Crick Road, carraspeaba, aclarándose las flemas en alguna caverna profunda, se inclinaba hacia adelante, parpadeaba, se humedecía los labios, quizás, y un temblor raro le sacudía los dedos callosos.

Esto era para todos la señal de empezar a hablar. Las orejas se alzaban. La gente se instalaba como cerdos en el barro húmedo, luego de una lluvia.

El abuelo miraba largo rato, se medía los labios con una lengua de lagartija, se echaba hacia atrás y decía como siempre, con voz atenorada de viejo:

-¿Sabe alguien qué es? ¿Sabe alguien si es macho o hembra, o una criatura neutra? Me despierto de noche, me vuelvo en mi jergón, y pienso en la jarra, aquí, en la larga oscuridad. Pienso en esa cosa que flota en un líquido, pacífica y pálida, como una ostra. A veces despierto a Maw, y los dos pensamos...

Mientras hablaba, el abuelo movía los dedos en una estremecida pantomima. Todos observaban el grueso pulgar que tejía en el aire, y los otros dedos ondulantes de uñas anchas.

-... los dos pensamos, acostados. Y sentimos un escalofrío. La noche es sofocante seguramente, y los árboles sudan y hace tanto calor que ni siquiera vuelan los mosquitos, pero nosotros sentimos ese escalofrío, de cualquier modo, y damos vueltas en la cama, tratando de dormir...

El abuelo volvía al silencio, como si ese discurso fuera más que suficiente, y dejaba que otra voz expresara el asombro, la angustia, el extrañamiento.

Juke Marmer, de Willow Sump, se enjugaba en las rodillas el sudor de las manos y decía suavemente:

-Recuerdo cuando yo era muchacho. Había una gata en casa que se pasaba el tiempo teniendo cría. Dios todopoderoso, la tenía cada vez que daba un salto y se subía a una cerca... -Juke hablaba con una especial dulzura beatífica, benevolente.- Bueno, regalábamos los gatitos, pero cuando apareció esa camada particular, todos los vecinos tenían ya uno o dos gatitos, de regalo.

»De modo que Ma salió al porche con una jarra de dos litros, llena de agua hasta el borde. Me dijo: "Juke, ¡tú ahogarás los gatitos!". Me recuerdo todavía en el porche, de pie: los gatitos maullaban, moviéndose en círculo, ciegos, pequeños, desamparados y graciosos...; empezaban a abrir los ojos. Miré a Ma, y dije: "¡Yo no, Ma! ¡Tú!". Pero Ma se puso pálida y dijo que no había otro remedio, y yo era el único a mano. Y entró a batir una salsa y preparar un pollo. Yo... recogí uno..., un gatito. Lo sostuve en las manos. Era tibio. Maullaba apenas, y tuve ganas de echar a correr, y no volver más. -Juke asentía con movimientos de cabeza, los ojos brillantes, jóvenes, vueltos hacia el pasado, resucitándolo, modelándolo con palabras, alisándolo con la lengua.- Eché el gatito al agua. El gatito cerró los ojos, abrió la boca, buscando aire. Recuerdo cómo estiraba las uñitas y sacaba la lengua rosada, y las burbujas subían en fila a la superficie.

»No he olvidado aún cómo flotaba el gatito, cuando todo había terminado, dando vueltas, lentamente y sin preocuparse, mirándome, sin acusarme por lo que yo le había hecho. Pero no me quería tampoco, no. Ahhh...

Los corazones se sobresaltaban. Los ojos iban de Juke a la jarra en el estante, y bajaban, y se alzaban de nuevo, aprensivamente.

Una pausa.

Jadhoo, el negro de Heron Swamp, echaba hacia atrás las órbitas de marfil, como un juglar oscuro. Los nudillos morenos se doblaban y estiraban: langostas vivas.

-¿Saben ustedes qué es esto? ¿No lo saben? Yo les diré. Eso es el centro de la vida, ¡sí, señor!

Sacudiéndose rítmicamente como un árbol, movido por un viento que nadie podía ver, oír o sentir, excepto él mismo, Jadhoo ponía otra vez los ojos en blanco, y parecía que se le iban a soltar en las órbitas. En seguida hablaba con una voz que tejía una trama oscura, tomando a todos por las orejas y metiéndolos en el dibujo.

-De ahí, asomaron una mano, y un pie, y una lengua, y un cuerno, mientras crecían. Una ameba pequeña quizá. Luego un sapo de cuello bolsudo. ¡Sí! -Jadhoo se apretó los nudillos.- Se alzó sobre unos huesos blandos, *¡y fue un hombre!* ¡El centro de la creación! Eso es la mamá Midbambú de donde nacimos todos, hace diez mil años, ¡créanme!

-¡Hace diez mil años! -murmuraba la abuela Carnation.

-Es vieja. ¡Mírenla! No se preocupa. Sabe lo que hace. Flota como una costilla de cerdo en una sartén. Tiene ojos para ver, pero no parpadean, no miran enojados, ¿no es cierto? No, señor. Sabe lo que hace. Sabe que nosotros venimos de ahí, y volvemos ahí.

-¿De qué color tiene los ojos?

-Grises.

-¡No, verdes!

-¿De qué color tiene el pelo? ¿Castaño?

-¡Negro!

-¡Rojo!

-¡No! ¡Gris!

Entonces Charlie daba su fatigada opinión. Algunas noches decía lo mismo que la noche antes. No importaba. Cuando uno dice lo mismo noche tras noche en pleno verano, siempre suena distinto. Los grillos lo cambian. Las ranas lo cambian. La cosa en la jarra lo cambia. Charlie decía:

-Un hombre se pierde en el pantano, o un muchacho quizás, y se pasa allí los años dando vueltas, entrando en los abismos de noche, y la piel se le pone pálida y se enfría y se encoge. Lejos del sol se marchita y reduce y al fin se queda ahí tendido, como una especie de nata, como una larva que duerme en el agua fangosa. Bien, ¡quizás esto sea alguien que conocemos! Alguien con quien hablamos una vez...

Un siseo entre las mujeres, en las sombras. Una mujer se ponía de pie, los ojos negros y brillantes, buscando palabras. Se llamaba señora Thidden y murmuraba:

-Muchos niños corren desnudos al pantano todos los años. Corren y no vuelven. Yo misma casi me pierdo un día. Yo..., yo perdí así a mi niño, Foley. No dirá usted..., *no dirá usted...*

El aliento se quedaba en las narices, constreñido, apretado. Las bocas se doblaban en las comisuras, estiradas por músculos duros. Las cabezas se volvían sobre unos cuellos de tallos de apio, y los ojos leían el horror y la esperanza de la señora Thidden. El cuerpo de la señora Thidden, duro como el alambre, se apoyaba de espaldas en la pared, sosteniéndose con las puntas de los dedos.

-Mi nene -murmuraba, jadeando-. Mi nenito. Mi Foley. ¡Foley! ¡Foley!, ¿eres tú? ¡Foley! Foley, dime, niño, ¿eres tú?

Todos retenían el aliento, mirando la jarra.

La cosa de la jarra no decía nada. Se contentaba con mirar fijamente por encima de la multitud, y allá dentro, en los huesos, un jugo secreto de miedo corría como una rana de primavera, y la serenidad y la certidumbre resuelta y la humildad fácil eran mordidas y devoradas por ese jugo y se disolvían en un torrente. Alguien gritó.

-¡Se mueve!

-No, no. Te engañan los ojos.

-¡Es verdad! -gritó Juke-. Vi que se movía como un gatito muerto.

-Cálmate. Está muerta desde hace mucho. Quizá desde antes que nacieras.

-¡Me hizo una seña! -chilló la señora Thidden-. ¡Es mi Foley! ¡Mi niño! ¡Tenía tres años! ¡Mi niño que se extravió y desapareció en el pantano!

Un sollozo quebrado.

-Vamos, señora Thidden. Vamos. Tranquilícese. Domínese. No es su niño ni el mío. Vamos.

Una de las mujeres abrazó a la señora Thidden y los sollozos se apagaron y fueron una respiración convulsiva y un aleteo en los labios, y un temblor de mariposa: el roce temeroso del aliento.

Cuando todo estuvo tranquilo otra vez, la abuela Carnation, con una marchita flor rosada en el pelo gris que le caía sobre los hombros, chupó la pipa que tenía en la boca y habló alrededor de la boquilla sacudiendo la cabeza de modo que los cabellos le bailaban a la luz.

-Tanta charla y tanta palabrería... Como si fuésemos a averiguar alguna vez qué es eso. Como si no fuese cierto que no queremos saberlo. Es como los trucos de los magos en las ferias. Una vez que se descubre la trampa, se acabó la diversión. ¿No venimos aquí cada diez noches, y charlamos todos, y siempre hay algo que decir? Pues si supiéramos qué es esa cosa condenada, ¡no habría de qué hablar!

-¡Bueno, maldición! -rugió una voz de toro-. ¡No creo que sea nada!

Tom Carmody.

Tom Carmody de pie, como siempre, en las sombras. Afuera, en el porche, espiando el interior de la casa, con una sonrisa burlona en los labios. La risa de Carmody entró en Charlie como el aguijón de una avispa. Thedy había preparado la escena. Thedy estaba tratando de matar la vida nueva de Charlie, ¡sí!

-Nada -repitió Carmody roncamente-. No hay nada en esa jarra. Sólo un pedazo de medusa de mar, ¡una extravagancia maloliente y podrida!

-No seas celoso, primo Carmody -dijo Charlie, lentamente.

-¡Ja! -gruñó Carmody-. He venido a ver cómo un montón de tontos charlan sobre nada. Habrán notado que nunca puse el pie adentro. Me voy para casa ahora. ¿Alguien viene conmigo?

Nadie le ofreció compañía a Carmody. Se rió otra vez, como si esto fuese un chiste más gracioso (a qué extremos podía llegar la gente), mientras Thedy se clavaba las uñas en las palmas de las manos allá en un rincón del cuarto. Charlie vio que a Thedy se le torcía la boca, una boca fría, y no podía hablar.

Carmody, todavía riéndose, taconeó en el porche y se fue con el sonido de los grillos.

La abuela Carnation clavó las encías en la pipa.

-Como decía antes de la tormenta, esa cosa del estante, ¿por qué no puede tener algo de... todas las cosas? Muchas cosas. Todas clases de vida..., muerte..., no sé. Lluvia y sol, y abono y jalea, todo eso junto. Hierbas y víboras y niños y niebla y todas las noches y días en el cañaveral muerto. ¿Por qué ha de ser una cosa? Quizá sea montones.

Y la charla transcurrió tranquilamente durante otra hora, y Thedy se deslizó a la noche detrás de Tom Carmody, y Charlie empezó a sudar. Estaban metidos en algo esos dos. Planeaban algo. Charlie sudó calor todo el resto de la noche...

La reunión terminó tarde, y Charlie se fue a la cama confundido. La reunión había estado bien, pero ¿qué pasaba con Thedy y Tom?

Luego, cuando ciertas bandadas de estrellas descendieron por el cielo señalando el tiempo que seguía a la medianoche, Charlie oyó el susurro de las hierbas altas apartadas por el péndulo de las caderas de Thedy. Los tacos puntearon en el porche, y luego en la casa, en el dormitorio.

Se tendió en silencio en la cama, mirando a Charlie con ojos de gato. Charlie no podía verlos, pero sentía la mirada.

-¿Charlie?

Charlie esperó.

Luego dijo:

-Estoy despierto.

Luego Thedy esperó.

-¿Charlie?

-¿Qué?

-Apuesto a que no sabes dónde he estado. Apuesto a que no lo sabes.

La voz de Thedy era como una canción irrisoria y débil en la noche.

Charlie esperaba.

Thedy esperó también, de nuevo. Sin embargo, no pudo esperar demasiado, y continuó:

-He estado en la feria de Cape City. Tom Carmody me llevó allá. Nosotros... hablamos con el dueño de la feria, Charlie, sí, ¡sí!

Y Thedy se rió de algún modo, entre dientes, secretamente. Charlie se sentía frío como el hielo. Se levantó apoyándose en un codo.

-Descubrimos qué es esa cosa que tienes en la jarra, Charlie -dijo Thedy, insinuante.

Charlie se derrumbó en la cama, llevándose las manos a las orejas.

-¡No quiero oír!

-Oh, pero tienes que oír, Charlie. Es un buen chiste. Oh, es divertido, Charlie -siseó Thedy.

-Vete -dijo Charlie.

-¡Oh! No, no, señor Charlie. Cómo, no, Charlie... querido. ¡No hasta que te lo diga!

-¡Fuera!

-¡Un momento! Hablamos con el dueño, y él..., él se quería morir de risa. Dijo que había vendido la jarra y lo que había dentro a un... granjero... por doce dólares. ¡Y todo no vale más de dos dólares!

La risa floreció en la oscuridad, directamente de la boca de Thedy, una temible especie de risa.

Thedy concluyó, rápidamente.

-¡Es sólo basura, Charlie! ¡Goma, papel secante, seda, algodón, ácido bórico! ¡Nada más! ¡Una armazón de metal adentro! Nada más, Charlie. ¡Nada más! -chilló Thedy.

-¡No, no!

Charlie se sentó rápidamente, desgarrando las sábanas con los dedazos, rugiendo, rugiendo:

-¡No quiero oír! ¡No quiero oír!

-Espera a que los otros sepan cómo todo es un engaño. ¡Cómo se reirán! Se desternillarán de risa.

Charlie la tomó por las muñecas.

-No les dirás nada.

-No querrás que sea una mentirosa, ¿verdad, Charlie?

Charlie la empujó, apartándola.

-Déjame solo. ¡Fuera! Fuera, ¡malvada y celosa de todo lo que hago! Perdiste los estribos cuando traje la jarra. ¡No podías dormir si no arruinabas las cosas!

Thedy se rió.

-Entonces no se lo diré a nadie -dijo.

Charlie la miró fijamente.

-Estropeaste mi diversión. Eso es lo que cuenta. No importa si se lo dices o no a los otros. Yo lo sé. Y no me divertiré más. Tú y ese Tom Carmody. Cómo me gustaría ahogarle esa risa. ¡Se ha reído de mí durante años! Bueno, cuéntaselo a los otros, al resto..., ¡diviértete tú también!

Charlie se apartó, colérico, tomó violentamente la jarra, de modo que el líquido se sacudió dentro, y ya iba a arrojarla afuera cuando se detuvo, temblando, y la depositó suavemente en la mesa alta. Se inclinó sobre la jarra, sollozando. Si perdía esto, perdía el mundo. Y estaba perdiendo a Thedy también. Cada mes que pasaba, Thedy bailaba un poco más lejos, burlándose de él, tomándole el pelo. Durante muchos años las caderas de Thedy habían sido el péndulo que le había marcado a Charlie el tiempo de la vida. Pero otros hombres -Tom Carmody, por ejemplo- estaban midiendo el tiempo con el mismo péndulo.

Thedy estaba esperando a que Charlie destrozara la jarra. Pero Charlie la acariciaba una y otra vez, hasta que al fin se tranquilizó. Pensó en las veladas largas y amables del último mes, esas animadas veladas de charla y amigos que se movían por el cuarto. Eso por lo menos estaba bien, aunque no hubiera otra cosa.

Charlie se volvió lentamente hacia Thedy. La había perdido para siempre.

-Thedy, no fuiste a la feria.

-Sí, fui.

-Estás mintiendo -dijo Charlie, en calma.

-¡No, no miento!

-En..., en esta jarra... *tiene* que haber algo. Algo además de esa basura que dices. Mucha gente piensa que hay algo ahí, Thedy. No puedes negarlo. Ese hombre de la feria miente, si es que hablaste con él. -Charlie tomó aliento, largamente, y dijo:- Ven, Thedy.

-¿Qué quieres? -preguntó Thedy, de mal humor.

-Ven aquí. -Charlie dio un paso hacia la mujer.-Ven aquí.

-No te acerques, Charlie.

-Sólo quiero mostrarte algo, Thedy. -La voz de Charlie era dulce, grave, insistente.- Aquí, gatito. Aquí, gatito, gatito, gatito... *¡Aquí, gatito!*

Otra noche, una semana después, llegaron el abuelo Medknowe y la abuela Carnation, seguidos por el joven Juke y la señora Thidden, y Jadhoo, el hombre de color. Seguidos por todos los otros, jóvenes y viejos, dulces y amargos, que se instalaban en las sillas, crujientes, todos con su idea, esperanza, miedo y asombro. Y todos apartando los ojos del estante y diciéndole hola en voz baja a Charlie.

Esperaron a que llegaran los otros. En el brillo de los ojos uno podía ver que todos encontraban algo distinto en la jarra, algo de la vida pálida que sigue a la vida, y de la vida en la muerte y de la muerte en la vida, todos con su historia, su signo, su línea, familiar y vieja, pero nueva.

Charlie estaba solo.

-Hola, Charlie. -Alguien echó una mirada al dormitorio vacío.- ¿Tu mujer otra vez visitando a sus padres?

-Sí, se ha ido a Tennessee. Volverá en un par de semanas. No se puede quedar en un sitio. Ya la conoces a Thedy.

-Siempre dando saltos por ahí, esa mujer.

Voces suaves que hablaban, serenas, y luego de pronto, caminando por el porche oscuro y mirando a la gente y con los ojos brillantes, llegó... Tom Carmody.

Tom Carmody se quedó de pie en el umbral, las rodillas débiles y temblorosas, los brazos colgando y temblando a los costados, los ojos claros. Tom Carmody no se atrevió a entrar. Tom Carmody, boquiabierto, pero sin sonreír. Los labios húmedos y tirantes, la cara pálida como tiza, como si hubiese estado enfermo mucho tiempo.

El abuelo alzó los ojos a la jarra, carraspeó y dijo:

-Caramba, nunca lo había visto tan claramente. Tiene los ojos azules.

-Siempre tuvo los ojos azules -dijo la abuela Carnation.

-No -lloriqueó el abuelo-. No, eran castaños la última vez que estuve aquí. -Parpadeó.- Y otra cosa..., le crecieron unos pelos... castaños. ¡No tenía pelos castaños antes!

-Sí, sí, los tenía -suspiró la señora Thidden.

-¡No, no!

-¡Sí, sí!

Tom Carmody se estremeció en la noche de verano, mirando fijamente la jarra. Charlie, alzando los ojos hacia la jarra, todo paz y serenidad, seguro de su vida y de sus pensamientos. Tom Carmody, solo, viendo cosas en la jarra que nunca había visto antes. Todos veían lo que querían ver: todos los pensamientos se sucedían en una lluvia rápida.

Mi niño, mi niño, pensaba la señora Thidden.

Un cerebro, pensaba el abuelo.

El hombre de color se apretaba los nudillos. ¡Mamá Midbambú!

Un pescador fruncía los labios. ¡Una medusa de mar!

¡Gatito! ¡Aquí! ¡Gatito, gatito, gatito! Los pensamientos se ahogaban clavando las garras en los ojos de Juke. ¡Gatito!

¡Todo y nada!, chillaba el pensamiento de la abuela. ¡La noche, el pantano, la muerte, las cosas pálidas, las cosas húmedas del mar!

Silencio. Y luego el abuelo murmuraba:

-Me pregunto. Me pregunto si será macho o hembra o una criatura neutra.

Charlie alzaba los ojos, satisfecho, golpeando el cigarrillo, llevándoselo a la boca. Luego miraba a Tom Carmody, que ya nunca sonreía, en la puerta.

-Me parece que nunca lo sabremos. Sí, nunca lo sabremos.

Charlie sacudía la cabeza lentamente y se instalaba con sus huéspedes, mirando, mirando.

Era una de esas cosas que guardan dentro de jarras en las tiendas de las ferias en las afueras de un pueblecito soñoliento. Una de esas cosas pálidas que flotan en plasma de alcohol, y sueñan y dan vueltas y vueltas, de ojos despellejados y muertos que te miran y nunca te ven.

El LAGO

UN CIELO A MI MEDIDA arrojado sobre el lago Michigan; sobre la arena amarilla, algunos críos gritones botando pelotas; una o dos gaviotas, una madre criticona y yo huyendo de una ola y encontrando este mundo nublado y húmedo.

Subí corriendo por la playa.

Mamá me frotó con una esponjosa toalla.

-Quédate aquí y sécate -dijo.

Me quedé allí y observé cómo el sol evaporaba las gotas de agua de mis brazos. Las sustituí por carne de gallina.

-Hace viento -dijo mamá-. Ponte el jersey.

-Espera que vea mi carne de gallina -dije.

-Harold --dijo mamá.

Me embutí en el jersey y contemplé alzarse y caer las olas sobre la playa. Pero no desmañadamente, sino adrede, con una especie de verde elegancia. Ni siquiera un hombre borracho podría derrumbarse con la misma elegancia que aquellas olas.

Eran los últimos días de septiembre, cuando las olas se vuelven tristes sin ninguna razón. Con sólo seis personas en ella, la playa aparecía demasiado larga y solitaria. Los críos habían dejado de botar la pelota Porque también el viento les ponía tristes, silbando como silbaba, y permanecían sentados, sintiendo avanzar el otoño por la larga playa.

Todos los puestos de perritos calientes estaban cerrados con maderas doradas, clausurando los olores a mostaza, a cebolla y a carne, del largo y alegre verano. Era como clavetear el verano dentro de una hilera de féretros. Uno tras otro, los puestos bajaron sus toldos, cerraron con candados sus puertas, y el viento llegó y barrió la arena, borrando los millones de huellas de pisadas de julio y agosto. Así era en septiembre, no quedaba nada más que la señal de mis zapatillas de tenis, de goma, y los pies de Donald y Delaus Schabold y su padre bajaron por la curva del agua.

Cortinas de arena soplaban sobre las aceras, y el tiovivo estaba tapado con lonas, con todos los caballos paralizados entre el cielo y la tierra en sus barras de latón, mostrando los dientes, galopando. Con sólo la música del viento deslizándose a través de la lona.

Yo estaba allí. Todos los demás estaban en la escuela. Yo no. Mañana estaría de camino hacia el oeste, atravesando en un tren los Estados Unidos. Mamá y yo habíamos llegado a la playa para pasar un último y breve momento.

Había algo en la soledad que me hizo desear alejarme.

-Mamá, quiero correr por la playa.

-De acuerdo, pero date prisa en volver, y no te acerques al agua.

Corrí. La arena giraba bajo mis pasos y el viento me levantaba. Ya se sabe cómo es eso al correr, los brazos extendidos mientras se siente como velas entre los dedos, causadas por el viento. Como alas.

Mamá apartada en la distancia, sentada. Pronto no fue más que una mota oscura y yo me encontraba completamente solo. Permanecer solo es una novedad para un niño de doce años. Está acostumbrado a verse siempre rodeado de gente. El único modo de estar solo está en su mente. Por eso es por lo que los niños se imaginan cosas tan fantásticas. Hay tantas personas a su alrededor, diciéndoles lo que tienen que hacer y cómo, que los niños tienen necesidad de escaparse a correr por aunque sólo sea en su mente, para encontrarse en su propio mundo con sus propios valores diminutos.

De manera que yo estaba realmente solo.

Me metí en el agua y sentí el frío en el vientre. Antes, con la multitud, no me había atrevido a mirar. Pero ahora... un hombre serrado por la mitad. Un mago. El agua es así. Se siente como si

uno estuviera serrado por la mitad, y que una parte se disuelve como si fuera azucar. Agua fría, y de vez en cuando una ola que rompe elegantemente, con una ostentación de encajes.

Pronuncié su nombre. La llamé una docena de veces:

-¡Tally! ¡Tally! ¡Oh, Tally!

Es curioso, pero uno espera respuestas a sus llamadas cuando es joven. Uno siente que lo que piensa tiene que ser real. Y, a veces, quizá eso no es tan erróneo. Pensé en Tally, nadando en el agua en el pasado mayo, con sus trenzas colgando, rubia. Se fue riéndose, y el sol caía sobre sus pequeños hombros de doce años. Pensé en el agua que permanecía quieta, en el bañero saltando al agua, en la madre de Tally gritando, y en que Tally nunca salió...

-El bañero intentó convencer a Tally de que saliera, pero no salió. El bañero regresó con sólo hebras de entre sus grandes dedos huesudos, y Tally desapareció. Ya no se sentaría más frente a mí en la escuela, ni perseguiría la pelota en las losas de la calle las noches de verano. Se había internado demasiado y el lago no le permitiría regresar.

Y ahora, en el solitario otoño, cuando el cielo era enorme y el agua era enorme y la playa tan larga, yo habla bajado por última vez, solo.

Grité su nombre una y otra vez.

-¡Tally! ¡Oh, Tally!

El viento soplaba suavemente en mis oídos, como sopla en la boca de las conchas marinas, haciéndoles murmurar. El agua subió y se abrazó a mi pecho y luego a mis rodillas, y subió y bajó, absorbiendo la arena bajo mis talones.

-¡Tally! ¡Oh, Tally, vuelve!

Yo sólo tenía doce años. Pero sabía lo mucho que amaba a Tally. Era ese amor anterior a todo significado del cuerpo y de la moral. Era ese amor que estaba hecho de todos los días calurosos pasados en la playa y de los tranquilos días en la escuela. Todos los largos días de otoño de los pasados años, cuando yo le llevaba los libros a casa desde la escuela.

-¡Tally!

Grité su nombre por última vez. Tirité. Sentí el agua en la cara y no supe cómo había llegado allí. Las olas no habían subido a esa altura.

Volviéndome, me retiré a la arena y me quedé allí durante media hora, esperando un destello, una señal, un pequeño indicio que me recordara a Tally. Luego, como una especie de símbolo, me arrodillé e hice un castillo de arena, hermoso y alto, como los que Tally y yo habíamos hecho tantas veces. Pero esta vez sólo hice la mitad. Luego me levanté.

-Tally, si me oyes, ven y haz tú lo que falta.

Empecé a caminar hacia la lejana mota que era mamá. El agua avanzó en círculos sucesivos y se mezcló con la arena del castillo, desmoronándolo poco a poco en la uniformidad original.

No pude evitar pensar que no hay castillos que uno edifique en la vida que alguna ola no desmorone.

Subí silenciosamente por la playa.

Un tiovivo, a lo lejos, cascabeleaba débilmente, pero era sólo el viento.

Salí en el tren al día siguiente.

Atravesamos los campos de trigo de Illinois. El tren tiene escasa memoria. Pronto lo deja todo atrás. Olvida los ríos de la niñez, los puentes, los lagos, los valles, las casas de campo, los dolores y alegrías. Los va esparciendo detrás y se hunden en el horizonte.

Mis huesos se alargaron y se cubrieron de carne; mi mente se cambió en otra más vieja; me despojé de la ya no era apropiada; cambié la escuela primaria por el instituto, y los libros del colegio por los libros de Derecho. Y entonces hubo una joven en Sacramento y hubo palabras y besos. ué con mis estudios de Derecho.

Continué con mis estudios de Derecho. Tenía a la sazón veintidós años y casi había olvidado cómo era el Este.

Margaret sugirió que nuestro aplazado viaje de luna de miel fuera en esa dirección.

El tren actúa en dos sentidos, como la memoria. Devuelve rápidamente todas aquellas cosas que uno dejó atrás hace muchos años.

Lake Bluff, una ciudad de diez mil habitantes, surgió perfilada contra el cielo. Margaret estaba encantadora con su precioso vestido nuevo. Se dedicó a observarme al tiempo que yo miraba mi viejo mundo. Sus fuertes y blancas manos sujetaron las mías mientras el tren se deslizaba en la estación de Bluff y sacaban nuestro equipaje.

¡Hay que ver lo que cambian los años los rostros y cuerpos de las personas! Cuando paseamos por la ciudad, cogidos del brazo, no reconocí a nadie. Había rostros que traían recuerdos. Recuerdos de excursiones por barrancos. Rostros con pequeñas risas, procedentes de escuelas primarias ya cerradas, y columpiándose en balancines, y subiendo y bajando en subibajas. Pero no hablé. Me limité a pasear y mirar y llenarme de aquellos recuerdos, como hojas amontonadas en otoño para ser quemadas.

Pasamos allí días felices. Dos semanas en total, volviendo a visitar juntos todos los lugares. Pensé que amaba mucho a Margaret. Por lo menos pensé que la amaba.

Era uno de los últimos días y habíamos bajado a pasear por la costa. El año no estaba tan avanzado como aquel de hacía muchos años, pero en la playa se advertían las primeras señales de abandono. La gente dispersaba, varios de los puestos de perritos calientes habían cerrado y el viento, como siempre, zumbaba.

Casi vi a mamá sentada en la arena tal como solía sentarse. De nuevo tenía el sentimiento de querer estar solo. Pero no podía decidirme a decírselo a Margaret. Me limité a cogerme a ella y esperé.

Era tarde. La mayor parte de los niños se había ido a casa, Y sólo unos pocos hombres y mujeres permanecían tomando el sol, acariciados por el viento.

La barca del bañero subió a la orilla. El bañero salió de ella con algo en los brazos.

Me estremecí. Contuve la respiración y me sentí pequeño, sólo con doce años, muy pequeño, muy infinitesimal. y asustado. El viento aullaba. No veía a Margaret. Sólo podía ver la playa, al bañero emergiendo lentamente de su barca con un saco gris en sus manos, no muy pesado, y su cara, casi tan gris y arrugada.

-Quédate aquí, Margaret -dije, sin saber por qué lo decía.

-Pero ¿por qué?

-Quédate aquí, eso es todo...

Bajé lentamente por la arena hacia donde estaba el bañero. El hombre me miró.

-¿Qué es eso? -le pregunté.

El bañero se quedó mirándome durante un largo rato, sin poder hablar. Dejó el saco gris en la arena -el agua murmuró a su alrededor- y retrocedió.

-¿Qué es? -insistí.

-Está muerta -dijo el bañero tranquilamente.

Esperé.

-Raro -dijo él en voz baja-. La cosa más rara que he visto jamás. Lleva muerta... mucho tiempo.

Repetí sus palabras.

-¿Mucho tiempo?

-Diez años, diría yo-. Este año no se ha ahogado ningún niño. Desde 1933 se han ahogado aquí doce niños, pero recuperamos los cuerpos de todos ellos a las pocas horas. De todos menos de uno, que yo recuerde. Este cuerpo, que debe de llevar diez años en el agua. No es... agradable.

-Abra el saco --dije, sin saber por qué.

El viento era más fuerte. El bañero toqueteó el saco torpemente.

-Me parece que es una niña pequeña, porque todavía lleva trenzas. No hay mucho más que decir.

-¡Vamos, ábralo! -grité.

-Es mejor que no lo haga -dijo, y quizá vio el aspecto de mi rostro-. Era una niña pequeña...

Abrió el saco lo justo.

La playa estaba desierta. Solamente el cielo y el viento y el agua y el otoño. La miré.

Dije algo, una y otra vez. El bañero me miró.

-¿Dónde la encontró? -pregunté.

-Abajo, en la playa, en agua profunda. Es mucho, mucho tiempo para ella, ¿verdad?

Sacudí la cabeza.

-Sí, lo es. Oh, Dios, sí lo es.

Las personas crecen, pensé. Yo he crecido. Pero ella no ha cambiado. Ella es todavía pequeña. Ella es todavía joven. La muerte no permite crecer ni cambiar. Ella es todavía joven. Todavía tiene el pelo rubio. Será siempre joven, y yo la amaré siempre, oh Dios, la amaré siempre.

El bañero ató el saco de nuevo.

Pocos minutos después, yo paseaba solo por la playa. Encontré algo que verdaderamente no esperaba.

-Este es el lugar donde el bañero descubrió su cuerpo -me dije a mí mismo.

Allí, al borde del agua, permanecía el castillo de arena, sólo a medio construir. Tally y yo solíamos hacer castillos. Ella, medio. Y yo, medio.

Lo miré. Allí era donde habían encontrado a Tally. Me arrodillé junto al castillo de arena y vi las pequeñas huellas de pies que procedían del lago y que volvían al lago de nuevo... y no retornaban nunca.

Entonces... me di cuenta.

-Te ayudaré a acabarlo --dije.

Así lo hice. Construí el resto del castillo muy lenta y luego, levantándome, me di la vuelta y me alejé para no ver cómo se desmoronaba en las olas, como todas las cosas se desmoronan.

Volví por la playa hacia donde una mujer extraña llamada Margaret me esperaba, sonriendo..

EL EMISARIO

SUPO QUE HABÍA LLEGADO de nuevo el otoño, porque Torry entró retozando en la casa, trayendo con él un refrescante olor a otoño. En cada uno de sus perrunos rizos negros llevaba una muestra del otoño: tierra húmeda, con la humedad peculiar de aquella estación, y hojas secas, color de oro pajizo. El perro olía exactamente igual que el otoño.

Martin Christie se incorporó en la cama y alargó una mano pálida y pequeña. Torry ladró y exhibió una generosa longitud de lengua, la cual pasó una y otra vez por el dorso de la mano de Martin. Torry la lamía como si fuera una golosina. "A causa de la sal", declaró Martin, mientras Torry se encaramaba a la cama de un salto.

-Baja -le advirtió Martin-. A mamá no le gusta que te subas a la cama. -Torry aplastó sus orejas-. Bueno...-condescendió Martin-. Pero sólo un momento, ¿eh?

Torry calentó el delgado cuerpo de Martin con su calor perruno. Martin aspiró intensamente el olor que se desprendía del perro, un olor a tierra húmeda y a hojas secas. No le importaba que mamá gruñera. Después de todo, Torry era un recién nacido. Recién salido de las entrañas del otoño.

-¿Qué has visto por ahí, Torry? Cuéntamelo.

Tendido allí, Torry se lo contaría. Tendido allí, Martin sabría qué aspecto tenía el otoño; como antes, cuando la enfermedad no le había postrado en la cama. Ahora, su único contacto con el otoño era el perro, con su olor a tierra húmeda y a hojas secas, color de oro pajizo.

-¿Dónde has estado hoy, Torry?

Pero Torry no tenía que contárselo. Martin lo sabía. Había trepado hasta lo alto de una colina, por un sendero tapizado de hojas secas, para ladrar desde allí su canino deleite. Había vagabundeado por la ciudad pisando el barro formado por las intensas lluvias. Allí había estado Torry.

Y los lugares visitados por Torry, podían ser visitados después por Martin; porque Torry se los revelaba siempre por el tacto, a través de la humedad, la sequedad o el encrespamiento de su piel. Y, tendido en la cama, con l mano apoyada sobre Torry, Martin conseguía que su mente reconstruyera cada uno de los paseos de Torry a través de los campos, a lo largo de la orilla del río, por los senderos bordeados de tumbas del cementerio, por el bosque...A través de su emisario, Martin podía ahora establecer contacto con el otoño.

La voz de su madre se acercaba, furiosa.

Martin empujó al perro.

-¡Baja, Torry!

Torry desapareció debajo de la cama en el mismo instante en que se abría la puerta de la habitación y aparecía mamá, echando chispas por sus ojos azules. Llevaba una bandeja de ensalada y jugos de fruta.

-¿Está Torry aquí? -preguntó.

Al oír pronunciar su nombre, Torry golpeó alegremente el suelo con la cola.

Mamá dejó la bandeja sobre la mesilla de noche, con aire impaciente.

-Ese perro es una calamidad. Siempre está metiendo las narices por todas partes y cavando agujeros. Esta mañana ha estado en el jardín de Miss Tarkins, y ha excavado uno enorme. Miss Tarkins está furiosa.

-¡Oh! -Martin contuvo la respiración.

Debajo de la cama no se produjo el menor movimiento. Torry sabía cuándo tenía que mantenerse quieto.

-Y no es la primea vez -dijo mamá-.¡El de hoy es el tercer agujero que cava esta semana!

-Tal vez esté buscando algo.

-Lo que se está buscando es un disgusto. Es un chafardero incorregible. Siempre está metiendo las narices donde no le importa. ¡Dichosa curiosidad!

Hubo un tímido pizzicato de cola debajo de la cama. Mamá no pudo evitar una sonrisa.

-Bueno -concluyó-, si no deja de cavar agujeros en los patios, tendré que atarle y no dejarle salir más.

Martin abrió su boca de par en par.

-¡Oh, no, mamá! ¡No hagas eso! Si lo hicieras, yo no sabría...nada. Él me lo cuenta todo.

La voz de mamá se ablandó.

-¿De veras, hijo mío?

-Desde luego. Sale por ahí y cuando regresa me cuenta todo lo que ocurre.

-Me alegro de que te lo cuente todo. Me alegro de que tengas a Torry.

Permanecieron unos instantes en silencio, pensando en lo que hubiera sido el año que acababa de transcurrir sin Torry. Dentro de dos meses, pensó Martin, podría abandonar el lecho, según decía el médico, y salir de nuevo a la calle.

-¡Sal, Torry!

Murmurando palabras cariñosas, Martin ató la nota al collar del perro. Era un cartoncito cuadrado, con unas letras dibujadas en negro:

Me llamo Torry. ¿Quiere hacerle una visita a mi dueño, que está enfermo? ¡Sígame!

La cosa daba resultado. Torry paseaba aquel cartoncito por el mundo exterior, todos los días.

-¿Le dejarás salir, mamá?

-Sí, si se porta bien y no cava más agujeros.

-No lo hará más. ¿Verdad, Torry?

El perro ladró.

***

El perro se alejó de la casa, en busca de visitantes. El día anterior había traído a mistress Holloway, de la Elm Avenue, con un libro de cuentos como regalo; el día antes Torry se había sentado sobre sus patas traseras delante de míster Jacob, el joyero, mirándole fijamente. Míster Jacob, intrigado, se había inclinado a leer el mensaje y se había apresurado a hacerle una corta visita a Martin.

Ahora, Martin oyó al perro regresando a través de la humeante tarde, ladrando, corriendo, ladrando de nuevo...

Detrás del perro, unos pasos ligeros. Alguien tocó el timbre de la puerta, suavemente. Mamá respondió a la llamada. Unas voces hablaron.

Torry corrió arriba, se encaramó al lecho de un salto. Martin se inclinó hacia delante, excitado, con los ojos brillantes, para ver quién subía a visitarle esta vez. Quizás miss Palmborg, o míster Ellis, o miss Jendriss, o...

El visitante subía la escalera hablando con mamá. Era una voz femenina, juvenil, alegre.

Se abrió la puerta.

Martin tenía compañía.

***

Transcurrieron cuatro días, durante los cuales Torry hizo su trabajo, informó de la temperatura ambiente, de la consistencia del suelo, de los colores de las hojas, de los niveles de la lluvia, y, lo más importante de todo, trajo visitantes.

A miss Haight, otra vez, el sábado. Miss Haight era la joven sonriente y guapa con el brillante pelo castaño y el suave modo de andar. Vivía en la casa grande de Park Street. Era su tercera visita en un mes.

El domingo vino el reverendo Vollmar, el lunes miss Clark y míster Henricks.

Y, a cada uno de ellos, Martin les explicó su perro. Cómo en primavera olía a flores silvestres y a tierra fresca; en verano tenía la piel caliente y el pelo tostado por el sol; en otoño, ahora, un tesoro de hojas doradas ocultas entre su pelaje, para que Martin pudiera explorarlo. Torry demostraba este proceso a los visitantes, tendiéndose boca arriba, esperando ser explorado.

Luego, una mañan, mamá le habó a Martin de Miss Haight, la joven guapa y sonriente.

Estaba muerta.

Había fallecido en un accidente de automóvil en Glen Falls.

Martin estaba cogido a su perro, recordando a Miss Haight, pensando en su modo de sonreír, pensando en sus brillantes ojos, en su maravilloso pelo castaño, en su delgado cuerpo, en su andar suave, en las bonitas historias que contaba acerca de las estaciones y de la gente.

Ahora está muerta. No sonreiría ni contaría historias nunca más. Porque estaba muerta.

-¿Qué hacen en la tumba, mamá, debajo del suelo?

-Nada.

-¿Quieres decir que se limitan a estar tendidos allí?

-A descansar allí -rectificó mamá.

-¿A descansar allí...?

-Sí -dijo mamá-. Eso es lo que hacen.

-No parece que tenga que ser muy divertido.

-No creo que lo sea.

-¿Por qué no se levantan y salen a dar un paseo de cuando en cuando si están cansados de estar allí?

-Bueno, ya has hablado bastante por hoy -dijo mamá.

-Sólo quería saberlo.

-Pues ahora ya lo sabes.

-A veces creo que Dios es tonto.

-¡Martin!

Pero Martin estaba lanzado.

-¿No crees que podría tratar mejor a la gente, y no obligarla a permanecer allí tendida, sin moverse? ¿No crees que podía encontrar un sistema mejor? Cuando yo le digo a Torry que se haga el muerto, lo hace durante un rato, pero cuando se cansa mueve la cola, y parpadea, y le dejo que se levante y salte a mi cama...Apuesto lo que quieras a que a esas personas que están en la tumba les gustaría poder hacer lo mismo, ¿verdad Torry?

Torry ladró.

-¡Basta! -dijo mamá, en tono firme-. ¡No me gusta que hables de esas cosas!

***

El otoño continuó. Torry corrió a través de los bosques, a lo largo de la orilla del río, por el cementerio, como era su costumbre, y arriba y abajo de la ciudad, sin olvidar nada.

A mediados de octubre, Torry empezó a obrar de un modo muy raro. Al parecer, no podía encontrar a nadie que viniera a visitar a Martin. nadie parecía prestar atención a su cartoncito. Pasó siete días seguidos sin traer a ningún visitante. Martin estaba profundamente desilusionado por ello.

Mamá se lo explicó.

-Todo el mundo está ocupado, hijo mío. La guerra, y todo eso...La gente tiene otras preocupaciones para andar leyendo los cartoncitos que un perro lleva colgados al cuello.

-Sí -dijo Martin-, debe de ser eso.

***

Pero la cosa era algo más complicada. Torry tenía un extraño brillo en los ojos. Como si en realidad no buscara a nadie, o no le importara, o...algo. Algo que Martin no conseguía imaginar. Tal vez Torry estaba enfermo. Bueno, al diablo con los visitantes. Mientras tuviera a Torry, todo iba bien.

Y entonces, un día, Torry salió de casa y no regresó.

Martin esperó tranquilamente al principio. Luego... nerviosamente. Luego... ansiosamente.

A la hora de cenar oyó que papá y mamá llamaban a Torry. No ocurrió nada. Fue inútil. No hubo ningún sonido de patas a lo largo del sendero que conducía a la casa. Ningún ladrido desgarró el frío aire nocturno. Nada, Torry se había marchado. Torry no iba a regresar a casa... nunca.

Unas hojas cayeron más allá de la ventana. Martin hundió el rostro en la almohada, sintiendo un agudo dolor en el pecho.

El mundo estaba muerto. Ya no había otoño, porque no había ya ninguna piel que lo trajera a la casa. No habría invierno, porque no habría unas patas humedecidas de nieve. No habría más estaciones. No habría más tiempo. El emisario se había perdido entre el tráfago de la civilización, probablemente aplastado por un automóvil, o envenenado, o robado, y no habría más tiempo.

Martin empezó a sollozar. No tendría ya más contacto con el mundo. El mundo estaba muerto.

***

Martin se enteró de que había llegado la fiesta de Todos los Santos por los tumultos callejeros. Pasó los tres primeros días de noviembre tumbado en la cama, mirando al techo, contemplando en él las alternativas de luz y de oscuridad. Los días se habían hecho más cortos, más oscuros, lo sabía por la ventana. Los árboles estaban desnudos. El viento de otoño cambió su ritmo y su temperatura. pero sólo era un espectáculo en la parte exterior de su ventana, nada más.

Martin leía libros acerca de las estaciones y de la gente de aquel mundo que ahora no existía. Escuchaba todos los días, pero no oía los sonidos que deseaba oír.

Llegó el viernes por la noche. Sus padres iban a ir al teatro. Miss Tarkins, la vecina de la casa contigua, se quedaría un rato hasta que Martin cayera dormido, y luego se marcharía a su casa.

Mamá y papá entraron a darle las buenas noches y salieron al encuentro del otoño. Martin oyó el sonido de sus pasos en la calle.

Miss Tarkins se quedó un rato, y cuando Martin dijo que estaba cansado, apagó todas las luces y se marchó a su casa.

A continuación, silencio. Martin permaneció tendido en la cama, contemplando las estrellas que se movían lentamente a travé del cielo. Era una noche clara, iluminada por la luz de la luna. Una noche para vagabundear con Torry a través de la ciudad, a través del dormido camposanto, a lo largo de la orilla del río, cazando fantasmales sueños infantiles.

Sólo el viento era amistoso. Las estrellas no ladraban. Los árboles no se sentaban sobre sus patas traseras con expresión suplicante. Sólo el viento agitaba su cola contra la casa de cuando en cuando.

Eran más de las nueve.

Si Torry regresara ahora a casa, trayendo con él algo del mundo exterior... Un cardo, empapado en escarcha, o el viento en sus orejas. Si Torry regresara...

Y entonces, en alguna parte, se produjo un sonido.

Martin se incorporó en la cama, temblando. La luz de las estrellas se reflejó en sus pequeños ojos. Tendió el oído, escuchando.

El sonido se repitió.

Era tan leve como una punta de aguja moviéndose a través del aire a millas y millas de distancia.

Era el fantástico eco de un perro... ladrando.

Era el sonido de un perro acercándose a través de campos y arroyos, el sonido de un perro corriendo, lanzando su aliento al rostro de la noche. El sonido de un perro dando vueltas y corriendo. Se acercaba y se alejaba, crecía y disminuía, avanzaba y retrocedía, como si alguien lo llevara cogido de una cadena. Como si el perro estuviera corriendo y alguien le silbara desde atrás y el perro retrocediera, dando la vuelta, y echara a correr de nuevo hacia la casa.

Martin sintió que la habitación giraba a su alrededor, y la cama tembló con su cuerpo. Los muelles se quejaron con sus vocecitas metálicas.

El débil ladrido siguió avanzando, creciendo más y más.

¡Torry, ven a casa! ¡Torry, ven a casa! ¡Torry, muchacho, oh, Torry! ¿Dónde has estado? ¡Oh, Torry, Torry!

Otros cinco minutos. Cada vez más cerca, y Martin pronunciando el nombre del perro una y otra vez. Perro malo, perro malvado, marcharse de casa y dejarle solo tantos días... Perro malo, perro bueno, ven a casa, oh, Torry, ven a casa y cuéntamelo todo... Las lágrimas cayeron y se disolvieron sobre el edredón.

Librodot

Más cerca ahora. Muy cerca. En la misma calle, ladrando. ¡Torry!

Martin oyó su respiración. El sonido de las patas del perro en el montón de hojas secas, en el sendero que conducía a la casa. Y ahora... junto a la misma casa, ladrando, ladrando, ladrando. ¡Torry!

Ladrando junto a la puerta.

Martin se estremeció. ¿Bajaría a abrir al perro, o debía esperar que papá y mamá regresaran a casa? Esperar. Sí, tenía que esperar. Pero sería insoportable si, mientras esperaba, el perro volvía a marcharse. No, bajaría a abrir, y su querido perro saltaría a sus brazos otra vez. ¡Torry!

Había empezado a escurrirse de la cama cuando oyó el otro sonido. La puerta que se abría. Alguien había sido lo bastante amable como para abrirle la puerta a Torry.

Torry había traído un visitante, desde luego. Mr. Buchanan, o Mr. Jacobs, o quizás Miss Tarkins.

La puerta se abrió y se cerró y Torry corrió escaleras arriba, entró en la habitación y se encaramó al lecho de un salto.

-¡Torry! ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho toda esta semana?

Martin reía y lloraba al mismo tiempo. Se abrazó al perro. Y entonces dejó de reír y de llorar, repentinamente. Se quedó mirando a Torry con ojos asombrados.

El olor que había traído Torry era... distinto.

Era un olor a tierra. A tierra muerta. A tierra que olía a putrefacción, a tumba. De las patas de Torry se desprendieron pegotes de tierra putrefacta. Y... algo más. Un pequeño trozo blanquecino de... ¿piel?

¿Lo era? ¡Lo era! ¡LO ERA!

¿Qué clase de mensaje le traía Torry? ¿Qué significaba aquel mensaje? La tierra era... la espantosa tierra del cementerio.

Torry era un perro malo. Siempre cavando donde no debía.

Torry era un perro bueno. Siempre haciendo amigos con la misma facilidad. Torry era un perro bueno. Todo el mundo simpatizaba con él. Y Torry traía a la gente a casa.

Y ahora, el último visitante estaba subiendo la escalera:

Lentamente. Arrastrando un pie detrás del otro, penosamente, lentamente, lentamente, lentamente.

-¡Torry, Torry! ¿Dónde has estado? -gritó Martin.

Un pegote de tierra húmeda se desprendió del pecho del perro.

La puerta de la habitación se abrió.

Martin tenía compañía.

TOCADOS POR EL FUEGO

ESTUVIERON UN LARGO RATO a la luz ardiente del sol, mirando las caras brillantes de los anticuados relojes de bolsillo, mientras las sombras se movían al lado, balanceándose, y la transpiración les corría por la cara, bajo los porosos sombreros de verano. Cuando se descubrieron las cabezas para enjugarse las frentes arrugadas y enrojecidas, se vio que tenían el pelo empapado y canoso, como algo que había estado apartado de la luz durante años. Uno de los hombres comentó que sentía los zapatos como dos tostadas de pan, y luego, suspirando cálidamente, añadió:

-¿Estás seguro de que es éste el lugar?

El otro viejo, llamado Fosce, asintió lentamente, como si cualquier movimiento rápido pudiera encender en él una hoguera, y sólo a causa de la fricción.

-Vi a esa mujer todos los días, durante tres días. Ya aparecerá. Si todavía vive. Ya la verás, Shaw. Señor, qué caso.

-Me siento raro -dijo Shaw-. Si la gente se enterara, pensaría que nos pasamos el tiempo espiando a unos viejos carcamales. Dios mío, pero ¿qué hacemos aquí?

Fosce se apoyó en el bastón.

-Deja que hable yo si... ¡Calla! ¡Ahí está! -Bajó la voz:- Mira con cuidado cuando se asome.

La puerta de calle se cerró ruidosamente. Una mujer regordeta se detuvo en el último de los trece escalones del porche echando miradas furiosas a un lado y a otro. Metió bruscamente una mano en la cartera, sacó unos dólares arrugados, se lanzó escaleras abajo y se precipitó calle arriba. Detrás de ella, asomaron varías cabezas en las ventanas de la casa, convocadas por el portazo.

-Vamos -murmuró Fosce-. Ahora a la carnicería.

La mujer abrió de golpe la puerta de una carnicería y entró corriendo. Los dos hombres vislumbraron una boca puntiaguda y pegajosa. Las cejas de la mujer eran como un par de bigotes sobre los ojos entornados, escrutadores. La voz chillaba ya dentro de la carnicería.

-¡Quiero un buen corte de esa carne que usted esconde para llevársela a su casa!

El carnicero, de pie, silencioso, con huellas de dedos ensangrentados en el delantal, tenía las manos vacías. Los dos hombres entraron detrás de la mujer y fingieron admirar un trozo de solomillo fresco.

-¡Esas costillas de cordero parecen achacosas! -gritó la mujer-. ¿Qué precio tienen los sesos?

El carnicero murmuró el precio secamente.

-Bueno, ¡péseme medio kilo de hígado! -dijo la mujer-. ¡No lo manosee!

El carnicero pesó lentamente el hígado.

-¡De prisa! -soltó la mujer.

El carnicero escondía ahora las manos bajo el mostrador.

-Mira -murmuró Fosce.

Shaw se inclinó un poco hacia atrás para espiar detrás de la caja.

Una de las manos ensangrentadas del carnicero, vacía antes, sostenía un hacha plateada, apretaba el mango, lo soltaba, lo apretaba de nuevo, lo soltaba. Los ojos azules del carnicero, terriblemente calmos, miraban por encima del mostrador de porcelana blanca mientras la mujer aullaba ante esos ojos y el rostro sonrosado.

-¿Me crees ahora? -murmuró Fosce-. Nos necesita realmente.

Los dos hombres miraron largo rato las rojas tajadas cúbicas de carne cruda, notando las melladuras y marcas donde el martillo de acero había golpeado diez docenas de veces.

El alboroto continuó en el almacén y en la tienda, mientras los dos viejos se mantenían a respetuosa distancia.

-La señora Instinto de Muerte -dijo el señor Fosce, con tranquilidad-. Es como mirar a un niño de dos años extraviado en un campo de batalla. En cualquier momento, se dice uno, chocará con una mina. ¡Bam! Demasiada temperatura, exceso de humedad, todos incómodos, ruidosos, irritables. Y ahí viene esa anciana señora, quejándose, chillando, y adiós. Bueno, Shaw, ¿nos ponemos a trabajar?

-¿Quieres decir que nos echemos encima? -Shaw estaba asombrado de sí mismo.- Oh, pero no haremos una cosa así, ¿no es cierto? Pensé que era sólo un juego. Gente, trajes, costumbres, etcétera. Divertido. Pero meternos realmente en... Hay otras cosas que hacer.

-¿De veras? -Fosce señaló el extremo de la calle, donde la mujer corría frente a los coches, obligándolos a frenar con chirridos, maldiciones y cornetazos.- ¿Somos o no cristianos? ¿Dejaremos que se arroje ella misma al foso de los leones? ¿O trataremos de convertirla?

-¿Convertirla?

-Al amor, la serenidad, una vida más larga. Mírala. No quiere vivir más. Agravia deliberadamente al prójimo. Alguno de estos días alguien la ayudará, con un martillazo, o polvos de estricnina. Ha desaparecido bajo el agua por tercera vez, y tarda en salir. Cuando te ahogas,

pierdes la cabeza, le tiras manotazos a la gente, gritas. Almorcemos y luego le damos una mano, ¿eh? Si no nuestra víctima seguirá así hasta encontrar al asesino.

Shaw dejó que el sol lo llevase a la acera blanca recalentada, y durante un momento pareció que la calle se alzaba verticalmente, transformándose en un acantilado desde donde la mujer caía a un cielo en llamas. Al fin meneó la cabeza.

-Tienes razón -dijo-. No quiero que me pese en la conciencia.

A media tarde el sol quemó la pintura del frente, blanqueó el aire crudo y transformó en vapor el agua de los techos, mientras los viejos, estremecidos y evaporados, esperaban en el túnel del pasillo, que llevaba aire de la calle al patio en un ruidoso torrente. Cuando hablaron, fue la charla apagada y sumergida de dos hombres en un baño de vapor, arrogantemente fatigados y remotos.

La puerta de calle se abrió. Fosce detuvo a un chico que llevaba una tostada bien enmantecada.

-Hijo, buscamos a la mujer que da un portazo terrible cada vez que sale.

-Oh, ella. -El chico corrió escaleras arriba, llamando.- ¡Señora Shrike!

Fosce tomó a Shaw por el brazo.

-¡Señor, Señor! ¡No puede ser cierto!

-Quiero irme a casa -dijo Shaw.

-¡Pero ahí está! -dijo Fosce, incrédulo, golpeando con el bastón en el señalador del vestíbulo-. ¡El señor Alfred Shrike y señora, en el trescientos treinta y uno del tercero! El marido es un trabajador de los muelles, un bruto corpulento, que vuelve siempre sucio. Se los ve los domingos; ella que farfulla, él que nunca le habla, nunca la mira. Oh, vamos, Shaw.

-Es inútil -dijo Shaw-. No puedes ayudar a gente como ella si no quieren ser ayudados. Esa es la ley primera de la salud mental. Lo sabes, lo sé. Si te interpones, te apartará de un empellón. No seas necio.

-Pero ¿quién la defenderá? ¿El marido? ¿Los amigos? ¿El almacenero, el carnicero? ¡Le cantarán en el velatorio! ¿Le dirán que necesita un psiquiatra? ¿Lo sabe ella? No. ¿Quién lo sabe? Nosotros. Bueno, no hay que ocultarle a la víctima información de importancia vital.

Shaw se sacó el sombrero empapado y se quedó mirándolo, inexpresivamente.

-Una vez, en la clase de biología, hace mucho tiempo, el maestro nos preguntó si era posible quitarle el sistema nervioso a una rana, intacto y con un escalpelo. Extraer la delicada estructura parecida a una antena, con todos los abrojitos rosados y los ganglios casi invisibles. No se podía, por supuesto. El sistema nervioso está tan unido a la rana que no puedes pensar en sacarlo como se saca una mano de un guante verde. Destruyes la rana. Bueno, así es la señora Shrike. No se trata de operar un ganglio inflamado. La bilis ya está ahí, en el humor vítreo de esos ojitos de elefante enloquecido. Es como si quisieras sacarle toda la saliva de la boca. Es triste de veras. Pero pienso que hemos ido ya muy lejos.

-Es cierto -dijo Fosce pacientemente, serio y asintiendo-. Pero sólo pretendo dejar caer una advertencia, depositar una semillita en el subconsciente. Decirle: «Es usted una asesinada, una víctima que busca a un victimario. Quiero plantarle una semillita en la cabeza, esperando que florezca. ¡Una esperanza muy débil, muy pobre de que antes que sea demasiado tarde quizá se arme de coraje y vaya a ver al psiquiatra!».

-Hace demasiado calor para hablar.

-¡Más motivos para que actuemos! Cuando la temperatura llega a los cuarenta grados centígrados hay más crímenes. A más de cuarenta, apenas puedes moverte. A menos se consigue sobrevivir. Pero justo a los cuarenta es la cima de la irritabilidad: todo es picazones y pelo y sudor y cerdo ahumado.

El cerebro se parece a una rata que corre por un laberinto al rojo vivo. Lo mínimo, una palabra, una mirada, un sonido, la caída de un pelo y... el crimen por irritación. Crimen por irritación, ahí tienes una frase bonita y terrible. Mira el termómetro del vestíbulo: treinta y siete grados. Subiendo a rastras a treinta y ocho, tratando de alcanzar los treinta y nueve, sudando hacia

los cuarenta, y llegará dentro de una hora, dos horas. Ahí están las escaleras. Nos detendremos en cada uno de los descansos. ¡Vamos arriba!

Los viejos se movieron en la sombra del tercer piso.

-No mires los números -dijo Fosce-. Adivinemos dónde vive.

Detrás de la última puerta estalló una radio; la vieja pintura se estremeció y cayó en escamas en la alfombra gastada. Los dos hombres vieron que toda la puerta temblaba de arriba abajo.

Se miraron y asintieron, sonriendo torvamente.

Otro sonido traspasó como un hachazo el panel de la puerta: una mujer que le chillaba a alguien del otro extremo de la ciudad, en el teléfono.

-No necesita el teléfono. Bastaría que abriese la ventana y gritase.

Fosce golpeó con los nudillos.

La radio cañoneó el resto de la canción, bramando. Fosce llamó otra vez, y probó el pestillo. Horrorizado, vio que la puerta se le iba de la mano y flotaba suavemente hacia adentro, mostrándolos en el pasillo como actores sorprendidos en escena cuando un telón se levanta demasiado pronto.

-¡Oh, no! -exclamó Shaw.

La marea de ruido los inundó. Era como si estuvieran delante de un dique, levantando las compuertas. Instintivamente, los viejos abrían las manos, parpadeando, como si el sonido fuera un torrente de luz solar que les quemaba los ojos.

La mujer (era de veras la señora Shrike) estaba en la pared del teléfono, escupiendo chorros de saliva. Mostraba unos dientes grandes y blancos, que masticaban el monólogo, la ancha nariz, una vena abultada que le latía en la frente, la mano libre que se abría y se cerraba. Gritaba entornando los ojos.

-¡Dile a ese maldito cuñado mío que no lo aguanto más! ¡Es un haragán y un inútil!

De pronto la mujer abrió los ojos, como si algún instinto animal le hubiese anunciado, más que el oído o la vista, alguna intrusión. Siguió aullando en el teléfono, mientras traspasaba a los hombres con una mirada del acero más frío. Aulló todo un minuto, y luego colgó el auricular violentamente y dijo sin tomar aliento:

-¿Bien?

Los dos hombres se juntaron, protegiéndose, moviendo los labios.

-¡Hablen! -gritó la mujer.

-¿No le molestaría apagar la radio? -dijo Fosce.

La mujer leyó la palabra «radio» en los labios de Fosce. Mirándolos aún ferozmente, con el rostro encendido, sin darse vuelta, le dio una palmada a la radio, como se le da una palmada a un niño que llora todo el día todos los días y ya es parte de la vida cotidiana. La radio calló.

-¡No compro nada!

La mujer desgarró con los dientes un paquete de cigarrillos baratos como si fuese un hueso con carne, se metió un cigarrillo en la boca babosa y lo encendió, chupando ávidamente el humo, echándolo a chorros por la nariz hasta que pareció un dragón afiebrado que enfrentaba a los hombres envuelto en las nubes de un incendio.

-¡Tengo trabajo que hacer! ¡Al grano!

Los hombres miraron las revistas desparramadas sobre el piso de linóleo como peces brillantes fuera del agua, la taza sucia de café junto a la mecedora rota, las lámparas torcidas, los platos apilados en el vertedero bajo un grifo que goteaba, las telas de araña que flotaban como pellejos de muertos en los rincones del techo, y sobre todo el espeso olor de una vida vivida demasiado, demasiado tiempo, con la ventana baja.

Vieron el termómetro en la pared.

Temperatura: treinta y ocho grados centígrados.

Se miraron casi sobresaltados.

-Yo soy el señor Fosce, éste es el señor Shaw. Somos vendedores de seguros retirados. Vendemos aún ocasionalmente, ya que el dinero de la jubilación no nos alcanza. La mayor parte del tiempo, sin embargo, vamos de un lado a otro y...

La mujer los miró a través del humo del cigarrillo, ladeando la cabeza.

-No es cuestión de dinero, no.

-Adelante.

-No sé cómo empezar. ¿Podemos sentarnos? -El señor Fosce miró alrededor y decidió que no había nada en el cuarto donde pudiera sentarse confiadamente.- Bueno, no importa. -Vio que la mujer iba a aullar de nuevo, y prosiguió en seguida.- Nos retiramos después de cuarenta años de ver gente, desde la cuna al ataúd, podría decirse. En ese tiempo sacamos algunas conclusiones. El año pasado, mientras charlábamos sentados en el parque, entendimos al fin: mucha gente no tendría que morirse tan joven. Una investigación apropiada podría ayudar a que las compañías de seguros informaran a los clientes...

-No estoy enferma -dijo la mujer.

-¡Oh, sí, lo está! -exclamó el señor Fosce, y en seguida se llevó los dedos a la boca, asustado.

-¡No necesito que me digan cómo estoy! -gritó la mujer.

Fosce continuó su camino.

-Permítame que se lo aclare. La gente muere todos los días, psicológicamente hablando. Se les cansa una parte. Y esa parte pequeña trata de matar a toda la persona. Por ejemplo... -El hombre miró alrededor, y se tomó de la primera prueba, vastamente aliviado.- ¡Allí! Esa luz en el cuarto de baño, que cuelga sobre la bañera, de un alambre. Un día, dará usted un resbalón, le echará un manotazo... y ¡piff!

La señora de Alfred J. Shrike miró la lámpara del baño, entornando los ojos.

-¿Ajá?

-La gente -el señor Fosce, más animado, retomó el tema, mientras el señor Shaw se movía incómodo, con la cara ya encendida, ya medrosamente pálida-, la gente, como los coches, necesita que le revisen los frenos, los frenos emocionales, ¿se da cuenta? Las luces, las baterías, el modo como se acercan y responden a la existencia.

La señora Shrike gruñó:

-Se le acabaron los dos minutos. No he aprendido absolutamente nada.

El señor Fosce parpadeó, mirando primero a la mujer, luego el sol que ardía implacablemente a través de los vidrios polvorientos. La transpiración le corría por las arrugas blandas de la cara. Le echó una mirada al termómetro.

-Treinta y nueve -dijo.

-¿En qué anda pensando? -preguntó la señora Shrike.

-Perdón. -El señor Fosce miró fascinado la columna de mercurio, ahora al rojo vivo, que subía por el tubo.- A veces..., a veces equivocamos el camino. Nos casamos mal. Un empleo inadecuado. Falta de dinero. Enfermedades. Dolores de cabeza. Deficiencias de hormonas. Tantas cositas espinosas, irritantes. Antes que uno se dé cuenta está descargándolo en todo el mundo, en todas partes.

La mujer le miraba la boca como si el señor Fosce estuviese hablando en un idioma extranjero, fruncía el ceño, entornaba los ojos, inclinaba la cabeza, y el cigarrillo le humeaba en una mano caída flojamente.

-Vamos por ahí gritando, ganando enemigos.

Fosce miró a la mujer, tragó saliva y apartó los ojos.

-Hacemos que la gente quiera vernos lejos, enfermos, y hasta muertos. La gente tiene ganas de golpearnos, tirarnos al suelo, dispararnos un tiro. Sin embargo, es todo subconsciente. ¿Entiende ahora?

Dios, hace calor aquí, pensó. Si hubiera una ventana abierta por lo menos. Sólo una ventana abierta.

Los ojos de la señora Shrike se abrían más y más, como para permitir que entrara en ella todo lo que decía el hombre.

-Alguna gente no sólo es propensa a accidentes, lo que significa que quieren castigarse físicamente, por alguna culpa, a menudo un acto inmoral despreciable que creen haber olvidado hace tiempo. El subconsciente los mete en situaciones peligrosas, los hace cruzar la calle en sitios peligrosos, los hace... -El señor Fosce titubeó y unas gotas de transpiración le cayeron de la barbilla.- Les hace ignorar lámparas flojas en el cuarto de baño... Son víctimas en potencia. Se les ve en la cara, casi..., casi como tatuajes, de la piel interior. Un asesino que se encuentre con una de estas víctimas en potencia, estos seres que alimentan el instinto de muerte, verá en seguida las marcas invisibles, dará media vuelta, y los seguirá automáticamente hasta el callejón más cercano. Aun con suerte, una víctima en potencia no pasará más de cincuenta años sin encontrarse una vez con un asesino en potencia. Luego, una tarde, ¡el destino! Esta gente, estos propensos al otro mundo, les irritan los nervios a todos los extraños, acarician el crimen que duerme en todos los pechos.

La señora Shrike aplastó el cigarrillo en un platillo sucio, muy lentamente.

El señor Fosce pasó el bastón de una mano temblorosa a la otra.

-De modo que hace un año decidimos encontrar gente que necesitara ayuda. Son siempre esa gente que ni siquiera sabe que necesita ayuda, que nunca ha pensado en ir a ver a un psiquiatra. Al principio, dije, sería sólo una prueba. Shaw estaba siempre en contra, excepto como un juego, dijo, inofensivo y privado. Pensará usted que no sé lo que digo. Bueno, nos pasamos un año probando. Estudiamos a dos hombres; los factores ambientales, el trabajo, el matrimonio, siempre desde cierta distancia. ¿Nos metíamos en las vidas ajenas, dirá usted? Bueno, esos dos hombres terminaron mal. Uno se mató en un bar; el otro se tiró por una ventana. Luego una mujer se echó bajo las ruedas de un autobús. ¿Coincidencia? ¿Y qué me dice del viejo que se envenenó por accidente? No encendió las luces del baño una noche. ¿Qué idea le impidió encender la luz? ¿Qué lo llevó a oscuras a tomarse esa medicina y a morir en el hospital al día siguiente jurando que quería vivir? Pruebas, pruebas, las tenemos y por docenas. Ataúdes para media docena, y en tan poco tiempo. Basta pues de observaciones, es hora de actuar, de prevenir. Hora de trabajar con gente, hacer amigos antes que el hombre de las pompas fúnebres aparezca por la puerta del costado.

La señora Shrike los miraba como si de pronto le hubieran golpeado pesadamente la cabeza. Al fin movió los labios desdibujados.

-¿Y vinieron ustedes aquí?

-Bueno...

-¿Han estado estudiándome?

-Sólo...

-¿ Siguiéndome ?

-Para que...

-¡Fuera! -dijo la mujer.

-Podemos...

-¡Fuera!

-Si nos escucha usted.

-Oh, dije que pasaría esto -murmuró Shaw, cerrando los ojos.

-¡Viejos marranos, fuera! -gritó la mujer.

-No es cuestión de dinero.

-¡Los sacaré de aquí a puntapiés! -chilló la señora Shrike apretando los puños, rechinando los dientes. La cara se le encendió de pronto-. ¡Pero quiénes son ustedes, abuelitas roñosas, viniendo aquí a espiar! -aulló. Le sacó el sombrero de paja al señor Fosce, gritó, le arrancó la cinta, maldiciendo-. ¡Fuera, fuera, fuera! -Tiró el sombrero al suelo. Lo agujereó con un tacón. Lo aplastó.- ¡Fuera, fuera!

-Oh, pero usted nos necesita.

Fosce, desanimado, miró el sombrero mientras la mujer lo insultaba en un lenguaje que doblaba las esquinas, en llamas, que volaba en el aire como antorchas encendidas. La mujer conocía todas las lenguas y todas las palabras de todas las lenguas. Hablaba con jugo y alcohol y humo.

-¿Quiénes piensan que son? ¿Dios? Dios y el Espíritu Santo, acercándose a la gente, fisgando, espiando, viejos calamitosos, abuelitas chochas. Ustedes, ustedes...

La mujer les dio otros nombres, nombres que los empujaron hacia la puerta. Los viejos retrocedieron de espaldas, sorprendidos. La mujer les colgó una larga y nueva lista de nombres, sin detenerse un instante a recuperar el aliento. Al fin calló, jadeando, temblando, aspiró largamente y lanzó una lista de otras diez docenas de palabrotas todavía más viles.

-¡Un momento, señora! -dijo Fosce, poniéndose tieso. Shaw estaba en el pasillo, tratando de llevarse consigo a Fosce. Todo había terminado ya, y tal como él mismo lo había imaginado. Eran un par de tontos, eran todo lo que ella decía, oh, ¡qué embarazoso!

-¡Viejas solteronas! -gritaba la mujer.

-Le ruego, señora, que cuide su lenguaje.

-¡Viejas solteronas, viejas solteronas!

De algún modo esto era peor que los otros insultos. Fosce se tambaleó; las mandíbulas se le aflojaron, se le cerraron, se le abrieron y cerraron.

-¡Vieja! -gritó la mujer-. ¡Vieja, vieja, vieja!

Fosce se veía en una selva amarilla y llameante. El fuego inundaba el cuarto, que se cerraba sobre Fosce. Los muebles parecían moverse y girar alrededor; los rayos rectos del sol atravesaban las persianas, encendiendo el polvo que saltaba desde la alfombra como chispas airadas mientras una mosca zumbaba en una enloquecida espiral en un sitio cualquiera. La boca de la mujer -una criatura roja y salvaje- echaba al aire las obscenidades coleccionadas en toda una vida, y más allá, en la pared empapelada y tostada, el termómetro decía cuarenta grados, y Fosce miró de nuevo y leyó otra vez cuarenta grados, y la mujer seguía chillando como las ruedas de un tren en la larga curva de unos rieles; unas uñas que rascaban una tabla encerada, un hueso que rayaba el mármol.

-¡Solterona! ¡Solterona!

Fosce alzó el brazo, empuñando el bastón, y golpeó. -¡No! -gritó Shaw desde el umbral.

Pero la mujer había resbalado y se había caído, farfullando, clavando las uñas en el piso. Fosce, de pie, la observaba incrédulo. Se miró el brazo y la muñeca y la mano y los dedos, a través de una pared de cristal fundido. Miró el bastón como si fuera un risible e increíble signo de exclamación que había aparecido de pronto en medio del cuarto. Se quedó así un rato, boquiabierto, mientras el polvo moribundo caía alrededor en cenizas. Sintió que la sangre le goteaba de la cara como si una puerta diminuta se le hubiera cerrado de golpe en el estómago.

-Yo...

La mujer echaba espuma por la boca.

Se arrastró por el piso, corno si cada parte del cuerpo fuera un animal independiente. Los brazos, las manos, la cabeza; trozos sueltos de una criatura que trataban desordenadamente de juntarse otra vez, y no encontraban el camino. De la boca de la mujer brotaba aún una baba de palabras y sonidos que ni siquiera eran palabras débiles. Todo aquello había estado en ella mucho tiempo, mucho, mucho, mucho tiempo. Fosce la contempló, estupefacto. Hasta ese día la mujer había escupido su veneno aquí y allá y acullá. Ahora Fosce había desencadenado la inundación de una vida y sentía que corría peligro de morir ahogado. Sintió que alguien le tiraba de la chaqueta. Vio pasar los marcos de la puerta. Oyó que el bastón caía golpeando los escalones como un hueso delgado, lejos de la mano, una mano donde una avispa terrible e increíble había dejado su aguijón, y luego se encontró afuera caminando mecánicamente, bajando por las escaleras incendiadas, entre los muros chamuscados. La voz de la mujer caía escaleras abajo como una guillotina.

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

La voz se apagó como el quejido de alguien que cae en la oscuridad, abriendo un pozo.

Al pie del último escalón, cerca de la puerta de calle, Fosce se libró de la mano del otro, y durante un rato se quedó apoyado en la pared, los ojos húmedos, paralizado, gimiendo. Mientras, las manos se le movían en el aire buscando el bastón perdido, se le movían sobre la cabeza, le tocaban las pestañas húmedas, asombrándose y apartándose. Los dos hombres se quedaron sentados diez minutos en el escalón del vestíbulo, en silencio, aspirando un poco de cordura en cada estremecida bocanada de aire. Al fin el señor Fosce observó de reojo al señor Shaw, que había estado mirándolo fijamente, asombrado y atemorizado, durante esos diez minutos.

-¿Viste lo que hice? Oh, oh. -Meneó la cabeza. -Soy un tonto, pobre, pobre mujer, ella tenía razón.

-No se puede hacer nada.

-Ahora lo entiendo. Tenía que sentirlo en mi propia carne.

-Bueno, límpiate la cara. Así es mejor.

-¿Piensas que se lo contará al señor Shrike?

-No, no.

-¿Piensas que podríamos...?

-¿Hablarle a él?

Lo pensaron un rato y menearon la cabeza. Abrieron la puerta de calle a una oleada de calor de horno y un hombre corpulento pasó entre ellos, derribándolos casi.

-¡Miren por dónde van! -les gritó el hombre.

Se volvieron y observaron al hombre que subía estremeciendo los escalones, una criatura de huesos de mastodonte y cabeza de león, brazos musculosos, airadamente velludos, dolorosamente tostados. La cara que habían visto apenas era la de un cerdo sudoroso, ampollada por el sol, con goterones de sal bajo los ojos enrojecidos y que le caían de la barbilla; unas manchas de transpiración le teñían la camisa de mangas cortas hasta la cintura.

Los hombres cerraron con cuidado la puerta.

-Es él -dijo el señor Fosce-. Es el marido.

Estaban ahora en la tiendecita frente a la casa. Eran las cinco y media, y el sol declinaba en el cielo, y bajo los pocos árboles y en los callejones había unas sombras del color de las uvas en el verano tórrido.

-¿Qué llevaba el marido en el bolsillo de atrás?

-Un gancho de acero. Afilado, pesado. Como esos garfios que los mancos usaban en otro tiempo.

El señor Fosce no dijo nada.

-¿Qué temperatura tenemos? -preguntó el señor Fosce un minuto más tarde, como si estuviera demasiado cansado para doblar la cabeza y mirar.

-El termómetro de la tienda indica cuarenta. Exactamente cuarenta.

Fosce se sentó en un cajón, moviendo apenas la mano para tomar una botella de naranjada.

-Refrescará -dijo-. Sí, necesito mucho una naranjada, ahora mismo.

Se quedaron allí en el horno, mirando largamente una ventana de la casa, esperando, esperando...

EL PEQUEÑO ASESINO

NO PODÍA DECIR REALMENTE cuándo tuvo la idea de que iban a asesinarla. Durante el último mes habían habido algunos pocos signos sutiles, pequeñas sospechas, movimientos ocultos como mareas en ella, como si luego de contemplar una extensión de agua en el trópico, perfectamente calma y que invita a un baño, y justo cuando sentimos la marea en el cuerpo, descubriéramos que las profundidades están habitadas por monstruos, criaturas invisibles, abotagadas, de muchos brazos, de afiladas aletas, malignas y decididas.

Un cuarto flotaba de pronto alrededor como un efluvio de histeria. Unos instrumentos cortantes se cernían en el aire, y había voces y gente con estériles máscaras blancas.

Mi nombre, pensaba entonces, ¿cómo me llamo?

Alice Leiber, recordaba. La mujer de David Leiber. Pero eso no la consolaba. Estaba a solas con aquella gente blanca que murmuraba sin hacer ruido, y ella sentía dolor y náusea y miedo de la muerte.

Me están matando ante los ojos de todos. Esos médicos, esas enfermeras no entienden qué cosa secreta me ha ocurrido. David no lo sabe. Nadie lo sabe excepto yo y... el verdugo, el criminal, el pequeño asesino.

Estoy muriéndome y no puedo decirlo ahora. Se reirían de mí y dirían que deliro. Verían al criminal, lo tendrían en los brazos y nunca lo culparían de mi muerte. Pero aquí estoy, ante Dios y los hombres, muriendo, sin que nadie me crea, todos dudando de mí, consolándome con mentiras, enterrándome sin saberlo, llorándome y salvando a mi destructor.

¿Dónde está David?, se preguntó. ¿En la sala de espera, fumando un cigarrillo tras otro, escuchando los prolongados tictacs del reloj tan lento?

El sudor le estalló en el cuerpo, todo a la vez, junto con un grito de agonía. Ahora. ¡Ahora! Trata de matarme, gritó, inténtalo, inténtalo, ¡pero no moriré! ¡No moriré!

Hubo un hueco de pronto. Un vacío. El dolor cesó. Un agotamiento, y la oscuridad vino de todas partes. Aquello había terminado. ¡Oh, Dios! Cayó como una plomada y golpeó una nada negra que se abrió a una nada y a una nada y a otra y todavía otra...

Unas pisadas. Acercándose, unas pisadas leves.

Muy lejos, una voz dijo:

-Está dormida. No la moleste.

Un olor de franela, una pipa, una cierta loción de afeitar. David estaba de pie junto a ella. Y más allá el olor inmaculado del doctor Jeffers.

No abrió los ojos.

-Estoy despierta -dijo en voz baja.

Era una sorpresa, un alivio, poder hablar, no estar muerta.

-Alice -dijo alguien, y era David delante de los ojos cerrados, teniéndole las manos fatigadas.

¿Quieres conocer al criminal, David?, pensó Alice. Te oí decir que querías verlo, de modo que no puedo hacer otra cosa que mostrártelo.

David se inclinaba sobre la cama. Alice abrió los ojos. El cuarto se aclaró. Moviendo una mano débil, Alice apartó una manta.

El criminal miró a David con una carita roja y unos ojos azules y serenos, profundos y centelleantes.

-¡Bueno! -exclamó David, sonriendo-. ¡Es un bebé *hermoso*!

El día que David fue a buscar a su mujer y al recién nacido el doctor Jeffers estaba esperándolo en la oficina. Le indicó que se sentara en una silla, le dio un cigarro, encendió otro para él, se sentó en el borde de su escritorio, chupando solemnemente un largo rato. Al fin carraspeó, miró a David Leiber a los ojos Y dijo:

-A tu mujer no le gusta el niño, Dave.

-¿Qué?

-Ha sido duro para ella. Necesitará mucho cariño este próximo año. No quise hablar hasta ahora, pero parecía una histérica en la sala de partos. Decía cosas raras de veras... No las repetiré. Diré sólo que ella no se siente unida al niño. Bueno, quizá sea algo que pueda aclararse con una o dos preguntas. -Chupó el cigarro un momento y luego dijo:- ¿El niño es un niño «deseado», Dave?

-¿Por qué lo pregunta?

-Es muy importante.

-Sí. Sí, es un niño «deseado». Fue de común acuerdo. Alice estaba tan contenta, hace un año, cuando...

-Mmmm... Eso lo hace más difícil. Porque si no hubieran querido tener un hijo sería sólo el caso de una mujer que rechaza la idea de la maternidad. No es el caso de Alice. -El doctor Jeffers se sacó el cigarro de la boca, se frotó la mandíbula con la mano.-Tiene que ser otra cosa, entonces. Quizás algo enterrado en la infancia y que sale ahora. O quizá se trate de las dudas y desconfianzas pasajeras de cualquier madre que pasa por ese trance, dolores insólitos y el peligro de muerte. Si es así, el tiempo la curará. Pensé que tenía que decírtelo, Dave. Te ayudará a ser tolerante y condescendiente con Alice si dice algo acerca de..., bueno, que hubiese deseado que el niño naciera muerto. Y si las cosas no marchan bien, venid a verme los tres. Siempre me alegrará ver a viejos amigos, ¿eh? Bien, toma otro cigarro por el..., bueno..., por el bebé.

Era una brillante tarde de primavera. El coche zumbaba a lo largo de las anchas avenidas, bordeadas de árboles. Un cielo azul, flores, un viento tibio. Dave habló un rato, encendió un cigarro, siguió hablando. Alice respondía directamente, en voz baja, serenándose a medida que avanzaban. Pero no llevaba al bebé apretadamente en los brazos, ni cálidamente, ni maternalmente, no tanto por lo menos como para calmar aquel raro dolor que Dave sentía en la mente. Era casi como si transportara una figurita de porcelana.

-Bueno -dijo Dave al fin, sonriendo-, ¿cómo lo llamaremos?

Alice Leiber miró los árboles verdes que pasaban.

-No lo decidamos aún. Mejor esperar a que le encontremos un nombre excepcional. No le eches humo en la cara.

Las frases de Alice se unían unas a otras sin cambio de tono. En el pedido último no había ni reproche maternal, ni interés, ni irritación. Le había venido a la boca y lo había dicho.

El marido, nervioso, tiró el cigarro por la ventanilla.

-Lo siento -dijo.

El bebé descansaba en el regazo de la madre, y las sombras del sol y los árboles le cambiaban en la cara. Abrió los ojos como flores de primavera, frescas y azules. Unos sonidos húmedos le brotaban de la boca, diminuta, rosada, elástica.

Alice le echó una ojeada rápida. Dave sintió que se apretaba contra él, estremeciéndose.

-¿Frío? -preguntó.

-Un escalofrío. Mejor que cierres la ventanilla, David.

Era algo más que un escalofrío. Dave alzó lentamente la ventanilla.

La hora de la cena.

Dave había traído al niño, sosteniéndolo en una posición rara, lo más derecho posible, apoyado en muchos almohadones, en la silla alta comprada recientemente.

Alice miraba el plato donde movía el cuchillo y el tenedor.

-Es pequeño aún para una silla -dijo.

-Pero es divertido tenerlo aquí con nosotros -dijo Dave, contento-. Todo es divertido. Aun en la oficina. Los pedidos de mercancías me llegan a la nariz. Si no me cuido haré otros quince mil este año. ¡Eh! ¡Mira al pequeño! ¡La baba le mojó la barbilla!

Se inclinó para pasar la servilleta por la barbilla del bebé. Descubrió de soslayo que Alice ni siquiera estaba mirando. Terminó de limpiar al bebé.

-No será de veras muy interesante -dijo volviendo a la comida-. Pero se supone que una madre tiene cierto interés en su propio hijo.

Alice alzó el mentón bruscamente.

-¡No hables de ese modo! ¡No delante de él! Más tarde, si quieres.

-¿Más tarde? -exclamó Dave-. Delante de él, detrás de él, ¿qué diferencia hay? -Se dominó, tragó saliva, se mostró arrepentido.- Bueno, perfectamente. De acuerdo.

Luego de la cena Alice dejó que Dave llevara al bebé arriba. No se lo pidió, *dejó* que lo llevara.

Cuando Dave bajó de nuevo, encontró a Alice de pie junto a la radio, escuchando una música que no oía. Tenía los ojos cerrados y parecía absorta en sí misma, tratando de resolver un problema. Oyó a Dave y se sobresaltó.

De pronto Alice se volvió hacia Dave, se apretó contra él, dulce, rápida; la misma de antes. Buscó a Dave con los labios, lo retuvo. Dave estaba estupefacto. Ahora que el bebé había desaparecido, que estaba arriba, fuera de la sala, Alice comenzaba a respirar otra vez, a vivir otra vez. Estaba libre. Murmuraba rápidamente, interminablemente.

-Gracias, gracias, querido. Por ser tú mismo, siempre. Alguien en quien se puede confiar, ¡en quien tanto se puede confiar!

Dave tuvo que reírse.

-Ya me lo decía mi madre: «Hijo, ¡que nada le falte a tu familia!».

Fatigada, Alice dejó que el cabello negro y brillante le descansara en el cuello de Dave.

-Has hecho todavía más. A veces desearía que fuésemos de nuevo como cuando nos casamos, al principio. Ninguna responsabilidad, sólo nosotros. Ningún..., ningún bebé.

Las dos manos de Alice apretaron la mano de Dave. Tenía un color blanco sobrenatural en la cara.

-Oh, Dave, en un tiempo sólo éramos tú y yo. Nos protegíamos entre nosotros, y ahora protegemos al bebé, pero él no nos protege. ¿No entiendes? Mientras estuve en el hospital tuve tiempo de pensar muchas cosas. El mundo es malvado...

-¿Sí?

-Sí, lo es. Pero las leyes nos protegen. Y cuando no hay leyes, entonces el amor nos protege. Mi amor te protege de mí, para que yo no te haga daño. Nadie es más vulnerable a mí que tú mismo, pero el amor te ampara. Yo no te temo porque el amor amortigua todas tus irritaciones, tus instintos poco naturales, tus odios y tus boberías. Pero no pasa lo mismo con el bebé. Es demasiado pequeño para conocer el amor, o una ley del amor, o cualquier otra cosa, hasta que se lo enseñemos. Y mientras tanto somos nosotros los vulnerables.

Dave alejó a Alice y rió gentilmente.

-¿Vulnerables a un bebé?

-¿Sabe acaso un bebé qué diferencia hay entre el bien y el mal? -preguntó Alice.

-No. Pero lo aprenderá.

-Un bebé es algo tan nuevo, tan amoral, tan despojado de toda conciencia. -Alice calló. Soltó a Dave y se volvió bruscamente.- Ese ruido. ¿Qué fue ese ruido?

Dave miró alrededor de la sala.

-No oí nada...

Alice clavó los ojos en la puerta de la biblioteca.

-Allí -dijo lentamente.

Leiber cruzó la sala, abrió la puerta y encendió las luces de la biblioteca.

-No hay nada. -Volvió junto a Alice.- Estás muy fatigada. A la cama..., ahora mismo.

Apagando juntos las luces, Dave y Alice subieron por la escalera silenciosa, sin hablar. Arriba, Alice se disculpó.

-He dicho muchas tonterías. Perdóname. Estoy agotada.

Dave comprendió, y así se lo dijo.

Alice se detuvo, titubeando, ante el cuarto del bebé. Luego, de pronto, tomó el pestillo de bronce y entró. Dave miró cómo se acercaba con demasiado cuidado, y miraba dentro de la cuna, y se endurecía como si algo le hubiese golpeado la cara.

-¡David!

Leiber se adelantó, llegó a la cuna.

La cara del bebé estaba muy roja y brillante y muy húmeda; la boquita rosada se le abría y se le cerraba, se le abría y se le cerraba; los ojos eran de un feroz color azul; las manitas se agitaban en el aire.

-Oh -dijo Dave-, ha estado llorando.

-¿Sí? -Alice Leiber se sostuvo de la cuna para no caerse.- No lo oí llorar.

-La puerta estaba cerrada.

-¿Es por eso que respira con tanta fuerza y tiene la cara tan roja?

-Claro. Pobrecito. Llorando solo en la oscuridad. Podría dormir en nuestro cuarto esta noche, por si llora de nuevo.

-Estás malcriándolo -dijo Alice.

Leiber llevó rodando la cuna al dormitorio, sintiendo detrás los ojos de Alice. Se desvistió en silencio, se sentó en el borde de la cama. De pronto alzó la cabeza, juró entre dientes, castañeteó los dedos.

-¡Maldita sea! Olvidé decírtelo. Tengo que volar a Chicago el jueves.

-Oh, David.

La voz de Alice se perdió en el cuarto.

-Estoy postergando este viaje desde hace dos meses, y ahora ya no tengo escapatoria.

-Me da miedo quedarme sola.

-El viernes mismo llegará la nueva cocinera. Estará aquí todo el tiempo. Será cuestión de días.

-Tengo miedo. No sé de qué. No me creerías si te lo dijera. Pienso que estoy loca.

David estaba ya acostado. Alice apagó las luces, y David oyó cómo caminaba alrededor de la cama, apartaba la cobertura y se acostaba. Sintió al lado el cálido olor femenino.

-Si quieres que espere unos días -dijo-, quizá yo podría...

-No -dijo Alice sin convicción-. Vete de viaje. Sé que es importante. Sólo que no puedo dejar de pensar. Las leyes y el amor y la protección. El amor te protege de mí. Pero el bebé... -Alice tomó aliento.-¿Qué te protege a ti de él, David?

Antes que Dave pudiera responder, antes que pudiera decirle que todo aquello era una tontería, Alice encendió la lámpara de noche, bruscamente.

El bebé estaba despierto en la cuna, mirando directamente a Dave, con ojos de color azul acerado y profundo.

Las luces se apagaron de nuevo. Alice se apretó contra Dave, temblando.

-No está bien tener miedo de tu propia criatura. -Alice hablaba ahora en voz baja, dura, vehemente, rápida.- ¡Trató de matarme! ¡Está ahí escuchándonos, esperando a que te vayas para intentarlo otra vez! ¡Lo juro!

Los sollozos ahogaron a Alice.

-Por favor -dijo Dave, serenándola-. Basta. Basta. Por favor.

Alice lloró en la oscuridad largo rato. Al fin se calmó, estremeciéndose, abrazada a Dave. Dave sintió que la respiración de Alice era cada vez más serena, cálida, regular, que se le aflojaba el cuerpo, y que al fin se dormía.

Dave empezó a dormirse también.

Y justo cuando los párpados se le cerraban pesadamente, hundiéndolo en mareas más y más profundas, oyó un raro y leve sonido de alerta y de vigilia.

El sonido de unos labios diminutos, húmedos, rosadamente elásticos.

El bebé.

Y luego... Dave se durmió.

A la mañana el sol centelleaba.

David Leiber movía el reloj sobre la cuna.

-¿Ves, bebé? Una cosa brillante. Una cosa bonita. Claro. Claro. Una cosa bonita.

Alice sonreía. Le dijo a Dave que no dudara más, que volara a Chicago, y ella sería muy valiente, no había por qué preocuparse. Cuidaría al bebé. Oh, sí, lo cuidaría, todo estaba bien.

El aeroplano fue hacia el este. Había mucho cielo, mucho sol y nubes, y Chicago se deslizó en el horizonte. Dave cayó en un torbellino de ventas, planeamientos, banquetes, llamadas telefónicas, discusiones en conferencias. Pero todos los días les mandaba a Alice y al bebé una carta y un telegrama.

En la tarde del sexto día recibió una llamada de larga distancia. Los Ángeles.

-¿Alice?

-No, Dave. Habla Jeffers.

-¡Doctor!

-Cálmate, hijo. Alice está enferma. Será mejor que vuelvas en el primer avión. Tiene una neumonía. Haré todo lo que pueda, hijo. Si al menos hubiera pasado un poco más de tiempo, Alice necesita fuerzas.

Leiber dejó caer el auricular del teléfono. Se incorporó, sintiendo que no tenía pies, ni manos ni cuerpo. El cuarto del hotel se oscureció y se deshizo.

-Alice -dijo Dave, yendo hacia la puerta.

Las hélices giraron, voltearon, se sacudieron, se detuvieron; el tiempo y el espacio quedaron atrás. El picaporte se movió bajo la mano de Dave; el suelo fue sólido y real bajo los pies, las paredes de una alcoba se ordenaron alrededor, y a la luz de las últimas horas de la tarde el doctor Jeffers dio la espalda a una ventana, mientras Alice esperaba tendida en el lecho: una figura modelada con la nieve de invierno. Luego el doctor Jeffers habló, habló continuamente, y el sonido de la voz se elevaba y caía a través de la luz de la lámpara, un aleteo suave, un murmullo blanco.

-Tu mujer es demasiado buena como madre, Dave. Se preocupa más por el bebé que por ella misma...

De pronto, en la palidez del rostro de Alice hubo una contracción que desapareció antes que nadie la notara. Luego, lentamente, sonriendo, Alice se puso a hablar, y hablaba como hablan las madres en esos casos, esto y lo otro, el detalle significativo, el informe minuto a minuto y hora a hora de una madre que sólo piensa en un mundo de muñecas y en la vida que habita ese mundo. Pero no se detuvo allí; el resorte estaba muy apretado y la voz de Alice se alzó mostrando furia, miedo y un débil toque de repulsión y todo esto no alteró la expresión del doctor Jeffers, pero aceleró el ritmo de Dave, que latió al son de esta charla, cada vez más rápida, y que no se podía detener.

-El bebe no dormía. Pensé que estaba enfermo. Estaba ahí, acostado en la cuna, y lloraba de noche. Lloraba tanto, toda la noche, y toda la noche... No podía calmarlo, y no podía descansar.

El doctor Jeffers asentía con lentos, lentos movimientos de cabeza.

-El cansancio la llevó a la neumonía. Pero le hemos dado mucha sulfa y ya está fuera de peligro.

David se sentía enfermo.

-¿Y el bebé? ¿Qué pasa con el bebé?

-Magníficamente, fuerte como un roble.

-Gracias, doctor.

El doctor se alejó y bajó las escaleras, abrió suavemente la puerta de calle y desapareció.

-¡David!

Dave se volvió hacia el susurro asustado.

-Fue el bebé otra vez. -Alice apretó la mano de Dave.- Trato de mentirme a mí misma y decirme que soy una tonta, pero el bebé sabía que yo estaba débil, después de los días en el

hospital, de modo que lloraba la noche entera, todas las noches, y cuando no lloraba estaba demasiado quieto. Yo sabía siempre que si encendía la luz allí estaría mirándome.

David sintió que el cuerpo se le cerraba como un puño. Recordaba haber visto al bebé, haberlo sentido, despierto en la oscuridad, hasta muy tarde cuando los bebés suelen estar dormidos. Despierto y acostado, silencioso como un pensamiento, sin llorar, pero mirando desde la cuna. Apartó la idea. Era una locura.

Alice continuó hablando:

-Yo iba a matar al bebé. Sí, iba a matarlo. Cuando estabas afuera, el primer día, entré en el cuarto y le eché las manos al cuello, y me quedé así mucho tiempo, pensando, asustada. Luego le puse las mantas sobre la cara y lo di vuelta boca abajo y lo apreté y lo dejé así y salí corriendo del cuarto.

Dave trató de hacerla callar.

-No, deja que termine -dijo Alice roncamente, mirando la pared-. Cuando dejé el cuarto del bebé pensé: Es muy simple. Todos los días se ahoga algún bebé. Nadie lo sabrá nunca. Pero cuando volví pensando que lo vería muerto, David, ¡estaba vivo! Sí, vivo, boca arriba, sonriendo y respirando. Y después de eso no pude tocarlo otra vez. Lo dejé allí y no regresé, ni para alimentarlo ni para mirarlo ni para nada. Quizá lo atendió la cocinera. No lo sé. Todo lo que sé es que lloraba de noche y no me dejaba dormir, y yo me pasaba las horas despierta, pensando, y caminaba por la casa, y ahora estoy enferma. -Alice parecía completamente agotada.- El bebé está allí pensando cómo podría matarme. Cómo matarme de un modo simple. Pues sabe que sé mucho de él. No le tengo cariño; no hay protección entre nosotros; nunca la habrá.

Alice calló. Pareció derrumbarse en sí misma y al fin se quedó dormida. David permaneció un largo rato junto a la cama, mirándola, incapaz de moverse. Tenía la sangre helada en el cuerpo, y no se le movía una sola célula, ninguna.

A la mañana siguiente sólo había una cosa que hacer. Dave la hizo. Fue al consultorio del doctor Jeffers y le contó todo y escuchó las réplicas tolerantes del médico:

-Tomemos esto con calma, hijo. Es natural que una madre odie a sus niños, a veces. Tenemos un nombre para eso: ambivalencia. La capacidad de odiar, mientras se quiere. Los amantes se odian entre sí, frecuentemente. Los niños detestan a sus madres...

Leiber lo interrumpió:

-Yo nunca odié a mi madre.

-No lo admitirías, naturalmente. La gente no disfruta admitiendo que odia a los seres queridos.

-De modo que Alice odia al bebé.

-Sería mejor decir que tiene una obsesión. Ha dado un paso más allá de la ambivalencia común y simple. La operación cesárea trajo al mundo al niño, pero casi se la lleva a Alice. Ahora culpa al niño por haber corrido ese peligro y por la neumonía. Está proyectando sus dificultades. Culpa a los objetos más a mano. Todos hacemos lo mismo. Nos caemos de una silla y culpamos al mobiliario, no a nuestra propia torpeza. Le erramos a la pelota de golf y maldecimos el césped o el palo, o al fabricante de la pelota. Si nos va mal en los negocios acusamos a los dioses, al tiempo, a la suerte. Todo lo que puedo decirte es lo que te dije antes. Quiérela a Alice. No hay medicina mejor en el mundo. Busca las maneras más delicadas de mostrarle afecto, de darle seguridad. Busca modos de probarle que el bebé es una criatura inofensiva e inocente. Hazle sentir que el bebé vale la pena cualquier riesgo. Al cabo de un tiempo ella se calmará, olvidará eso de la muerte y empezará a querer al niño. Si no descubres ningún cambio en un mes, llámame. Te recomendaré a un buen psiquiatra. Vete tranquilo, y sácate esa expresión de la cara.

Cuando llegó el verano, todo pareció serenarse y hacerse más fácil. Dave trabajaba, sumergido en minucias de oficina, pero encontraba tiempo para su mujer... Alice, por su parte, daba largos paseos, ganaba fuerzas, jugaba de cuando en cuando al badminton. Muy pocas veces perdía la cabeza. Parecía haberse librado de aquellos temores.

Excepto una cierta medianoche cuando un repentino viento de verano corrió alrededor de la casa, cálido y rápido, sacudiendo los árboles como brillantes tamboriles. Alice despertó, temblando, y se deslizó en los brazos de Dave, y dejó que él la consolara y le preguntara qué ocurría de malo.

-Hay algo en el cuarto, mirándonos -dijo Alice.

Dave encendió las luces.

-Has estado soñando de nuevo -dijo-. Estás mejor, sin embargo. Hace tiempo que no te veo perturbada.

Alice suspiró mientras Dave apagaba de nuevo la luz, y de pronto se quedó dormida. Dave la tuvo en brazos, pensando que Alice era realmente una criatura dulce y rara, durante media hora.

Entonces oyó que la puerta del dormitorio se abría unos centímetros.

No había nadie en la puerta. No había motivo para que se hubiera abierto. El viento había cesado.

Dave esperó. Se quedó alrededor de una hora tendido allí, en la oscuridad.

Luego, lejos, quejándose como un menudo meteoro que muere en el vasto abismo del espacio, de color de tinta, el bebé se puso a llorar.

Era un sonido débil, solitario, en medio de las estrellas y la oscuridad y la respiración de esta mujer que tenía en los brazos y el viento que comenzaba a mover de nuevo los árboles.

Leiber contó hasta cien, lentamente. El llanto continuaba.

Librándose cuidadosamente de los brazos de Alice, se deslizó fuera de la cama, se puso las zapatillas, la bata, y salió en silencio del cuarto.

Iré abajo, pensaba, calentaré un poco de leche, la traeré, y...

La negrura retrocedió de pronto. El pie de Dave resbaló y se precipitó hacia adelante. Resbaló en algo blando. Se precipitó a la nada.

Dave estiró frenéticamente las manos tratando de alcanzar la barandilla. Dejó de caer. Se sostuvo, maldiciendo.

La cosa blanda en que había resbalado el pie de Dave estaba ahora a unos pocos escalones más abajo. Dave sentía un zumbido en la cabeza. El corazón le golpeaba la base de la garganta, pesadamente, en dolorosos latidos.

¿Cómo había gente tan descuidada que dejaba cosas desparramadas por la casa? Dave buscó con los dedos el objeto que casi lo había lanzado escaleras abajo.

La mano se le heló, sorprendida. Se quedó sin aliento. El corazón contuvo uno o dos latidos.

Aquello que tenía en la mano era un juguete. Una tosca muñeca de remiendos que había traído a casa como una broma, para...

Para el bebé.

Alice lo llevó a la oficina al día siguiente.

A medio camino aminoró la marcha, acercó el coche a la acera y se detuvo. Luego se volvió hacia Dave en el asiento y lo miró.

-Quiero irme de vacaciones. No sé si tú puedes ahora, querido, pero si no puedes, por favor, déjame ir sola. Buscaríamos a alguien que se encargara del bebé. Estoy segura. Pero tengo que irme. Pensé que estaba saliendo de esa... impresión. Pero no. No aguanto estar en el cuarto con él. Me mira como si me odiara también. No puedo tocarlo. Sólo sé que quiero irme antes que algo ocurra.

Dave salió del coche, caminó alrededor, le dijo a Alice que se moviera y se sentó al volante.

-Lo que vas a hacer es ver a un buen psiquiatra. Y si el hombre recomienda unas vacaciones, bueno, magnífico. Pero esto no puede seguir así. Tengo nudos en el estómago todo el tiempo. -Puso en marcha el coche.- Conduciré el resto del camino.

Alice echaba la cabeza hacia adelante y trataba de retener las lágrimas. Cuando llegaron a las oficinas de Dave, alzó los ojos.

-Bueno. Consigúeme hora. Hablaré con quien quieras, David.

Dave la besó.

-Bueno, ahora habla usted con sentido común, señora. ¿Crees que podrás conducir hasta casa?

-Por supuesto, tonto.

-Te veré en la cena entonces. Ve con cuidado.

-¿No lo hago siempre? Hasta luego.

Dave se quedó al borde de la acera, mirando cómo Alice se alejaba, y el viento le alzaba los cabellos largos, oscuros y brillantes. Ya en la oficina telefoneó a Jeffers y arregló una cita con un conocido psiquiatra.

El trabajo del día fue complicándose. Todo parecía velarse de algún modo, y en medio de ese velo Dave veía a Alice, que se había perdido y lo llamaba. Muchos de los miedos de ella los sentía él ahora. Alice había llegado a convencerlo de que el bebé era de alguna manera no del todo común.

Dictó unas cartas largas y poco inspiradas. Revisó unos envíos en la planta baja. Había que interrogar a los auxiliares y seguir adelante. Al fin del día, agotado, con dolor de cabeza, le alegró irse.

Mientras bajaba en el ascensor se preguntó: ¿y si le cuento a Alice lo del juguete, la muñeca de remiendos, que encontré en la escalera anoche? Señor, eso la agravaría todavía más. No, no se lo diré nunca. Los accidentes son, al fin y al cabo, accidentes.

La luz del día se demoraba en el cielo mientras el taxi lo llevaba de vuelta. Frente a la casa le pagó al chofer y caminó lentamente por la acera de cemento, disfrutando de la luz que estaba aún en el cielo y en los árboles. El blanco frente colonial tenía un aspecto raro: como si la casa estuviera en silencio y deshabitada; y entonces Dave recordó que era jueves, el día libre de la gente que conseguían de cuando en cuando.

Respiró hondamente. Un pájaro cantaba detrás de la casa. El tránsito corría en la avenida, a cien metros. Dave hizo girar la llave en la puerta. El picaporte se movió bajo la presión de los dedos, aceitado, silencioso

La puerta se abrió. Dave entró, dejó el sombrero en la silla junto con el portafolios, y comenzaba a sacarse el abrigo cuando alzó los ojos.

La luz tardía del sol corría escaleras abajo desde la ventana alta del pasillo, y cuando tocaba la muñeca caída al pie de la escalera tomaba el color brillante de los remiendos.

Pero Dave no prestó atención al juguete.

No se movía y sólo podía mirar una y otra vez a Alice.

El cuerpo delgado de Alice estaba tendido en una postura quebrada, grotesca y descolorida, al pie de la escalera, como una muñeca despatarrada que ya no quiere jugar más.

Alice estaba muerta.

No había otro sonido en la casa que los latidos del corazón de Dave.

Alice estaba muerta.

Dave le tomó la cabeza entre las manos, le tocó los dedos. Le alzó el cuerpo. Pero ella no viviría. Ni siquiera trataría de vivir. Dave la llamó, en voz alta, muchas veces, y trató, de nuevo, abrazándola, de darle algo del calor que ella había perdido, pero todo era inútil.

Dave se incorporó. Tenía que haber llamado por teléfono. No lo pensó. Se descubrió de pronto en la planta alta. Abrió la puerta del cuarto del bebé y entró y miró inexpresivamente la cuna. Sentía náuseas. No veía muy bien.

El bebé tenía los ojos cerrados, pero la cara estaba roja, húmeda de transpiración, como si hubiera estado llorando largo tiempo.

-Está muerta, sí -le dijo Leiber al bebé-. Está muerta.

Luego se echó a reír, con una risa dulce y baja, y siguió así mucho tiempo hasta que el doctor Jeffers llegó a la noche y lo abofeteó una y otra vez.

-¡Basta, Dave! ¡Domínate!

-Cayó por la escalera, doctor. Tropezó con la muñeca de trapo y cayó. Yo casi resbalé la otra noche al pisar la muñeca y ahora...

El doctor lo sacudió.

-Doctor, doctor -dijo Dave, aturdido-. Qué gracioso. Encontré..., encontré al fin un nombre para el bebé.

El doctor no dijo nada.

Leiber se llevó las manos temblorosas a la cabeza y habló:

-Haré que lo bauticen el domingo. ¿Sabe qué nombre le pondremos? Lo llamaremos Lucifer.

Eran las once de la noche. Mucha gente desconocida había entrado en la casa y se había ido, llevándose la llama esencial: Alice.

David Leiber estaba sentado frente al médico, en la biblioteca.

-Alice no estaba loca -dijo, lentamente-. Tenía buenas razones para temer al bebé.

Jeffers resopló.

-¡No sigas tú también ese camino! Alice culpaba al bebé por la neumonía, y ahora tú lo culpas por la muerte de Alice. Tropezó con un juguete, no lo olvides. No puedes acusar al niño.

-¿Habla usted de Lucifer?

-¡Deja de llamarlo así!

Leiber meneó la cabeza.

-Alice oía cosas de noche que se movían en los pasillos. ¿Quiere saber quién hacía esos ruidos, doctor? El bebé. Un bebé de cuatro meses, que andaba en la oscuridad escuchando nuestras conversaciones. ¡Escuchando todas las palabras! -Dave se apoyó en los costados de la silla.- Y si

yo encendía las luces, un bebé es algo tan pequeño... Puede esconderse detrás de un mueble, una puerta, contra una pared...

-¡Por favor, no sigas!

-Déjeme decir lo que pienso o me volveré loco. Cuando fui a Chicago, ¿quién tuvo despierta a Alice, cansándola hasta que enfermó de neumonía? ¡El bebé! Y como Alice no murió, trató de matarme a mí. Muy simple: dejar un juguete en la escalera, llorar de noche hasta que el padre baja a preparar la leche y resbala. Una trampa tosca, pero eficaz. No caí en ella. Pero mató a Alice.

David Leiber se detuvo a encender un cigarrillo.

-Pude haberme dado cuenta. Encendía yo las luces en medio de la noche, muchas noches, y el bebé estaba allí, con los ojos muy abiertos. La mayoría de los bebés duerme todo el tiempo. No éste. Se quedaba despierto, pensando.

-Los bebés no piensan.

-Bueno, se quedaba despierto haciendo lo que podía con el cerebro. ¿Qué diablos sabemos de la mente de un bebé? Tenía todas las razones para odiar a Alice; ella sospechaba la verdad, sabía que no era un niño como los otros. Era... diferente. ¿Qué sabe usted de bebés, doctor? Generalidades, por supuesto. Sabe, sí, que muchos bebés matan a las madres al nacer. ¿Por qué? ¿Resentimiento quizá porque los traen a un mundo demasiado sucio?

Leiber se inclinó hacia el doctor, fatigado.

-Todo se relaciona. Suponga que unos pocos bebés entre millones sean instantáneamente capaces de moverse, de ver, de oír, de pensar, como tantos animales e insectos. Los insectos se bastan a sí mismos desde que nacen. La mayoría de los mamíferos y los pájaros necesitan sólo unas pocas semanas. Los niños en cambio necesitan años para aprender a hablar y a enderezarse en las piernecitas débiles.

»Pero supongamos que un niño en un billón sea... extraño. Que nazca perfectamente lúcido, capaz de pensar, instintivamente. ¿No se serviría de sí mismo como una máscara, una cortina para cualquier cosa que quisiera intentar? Podría fingir que es una criatura común, débil, llorona, ignorante. Le bastaría un pequeño consumo de energía para ir de un lado a otro por la casa a oscuras, escuchando. Y qué fácil le sería poner obstáculos en la escalera. Qué fácil llorar toda la noche y cansar a la madre hasta provocarle una neumonía. Qué fácil, a la hora del nacimiento, estando tan unido a la madre, intentar unas pocas hábiles maniobras y provocar una peritonitis.

-¡Por amor de Dios! -Jeffers estaba ahora de pie.- ¡Es una idea repulsiva!

-Estoy hablando de cosas repulsivas. ¿Cuántas madres mueren en el parto? ¿Cuántas corren el riesgo de que unas pequeñas y raras improbabilidades las maten de un modo o de otro? Criaturas extrañas y rojas con cerebros que trabajan en una oscuridad de sangre, un mundo que no conocemos, que no sabemos cómo es. Pequeños cerebros elementales, alimentados por la memoria racial, el odio, una crueldad sin restricciones, que no piensan en otra cosa que en la propia preservación. Y la propia preservación consiste en este caso en eliminar a una madre que ha engendrado un horror y lo sabe. Contésteme, doctor, ¿hay algo en el mundo más egoísta que un bebé? ¡Nada!

Jeffers frunció el ceño y meneó la cabeza, descorazonado.

Leiber sacudió la ceniza del cigarrillo.

-No digo que un bebé necesite tener mucha fuerza. Basta que gatee un poco, unos meses antes de lo común. Basta que escuche todo el tiempo. Basta que llore en medio de la noche. Eso es suficiente, más que suficiente.

Jeffers intentó otro camino: el del ridículo.

-Llámalo asesinato, entonces. Pero un asesinato tiene que tener un móvil. ¿Qué móvil tenía el niño?

Leiber estaba preparado para responder:

-¿Quién está más en paz, más soñadoramente contento, cómodo, descansado, alimentado, sin molestias, que un niño aún no nacido? Nadie. Flota en una maravilla de alimento y silencio, soñolienta, intemporal. Luego, de pronto, se le dice que ha de dejar su habitáculo, se lo obliga a salir, se lo empuja a un mundo ruidoso, descuidado, egoísta, donde tiene que moverse a sí mismo, cazar, alimentarse de la caza, buscar un amor perdido que antes era su derecho incuestionable, enfrentarse con la confusión en vez del silencio interior y el sueño preservador. ¡Y el niño siente odio! Odia el aire frío, los espacios inmensos, la pérdida repentina de las cosas familiares. Y en el minúsculo filamento del cerebro lo único que el niño conoce es egoísmo y odio, pues le han destrozado aquel encantamiento. ¿Quién es responsable de este desencantamiento, de esta ruptura brusca? La madre. Y la mente irracional del niño encuentra así alguien a quien odiar. La madre lo ha echado afuera, lo ha rechazado. Y el padre no es menos culpable, ¡hay que matar también al padre! El padre es responsable a su modo.

Jeffers interrumpió:

-Si lo que dices fuera cierto, entonces todas las mujeres del mundo tendrían que mirar a sus bebés como criaturas temibles, en las que no se puede confiar.

-¿Y por qué no? ¿No tiene el niño una coartada perfecta? Mil años de creencias médicas aceptadas lo amparan y protegen. De acuerdo con la opinión común es una criatura desamparada e irresponsable. El niño nace odiando. Y las cosas empeoran, en vez de mejorar. Al principio el bebé obtiene de la madre cuidado y atención. Pero pasa el tiempo y las cosas cambian. Recién nacido el bebé obliga a los padres a hacer cosas tontas cuando llora o estornuda. Los sobresalta con cualquier ruido. A medida que pasan los años el bebé advierte que ese poder se desvanece rápidamente, y que se pierde y que ya nunca podrá recobrarlo. ¿Por qué no ha de aprovechar todo el poder que tiene? ¿Por qué no ha de afirmar su posición mientras disfruta de todas las ventajas? Años después será tarde para expresar su odio. Ahora es el tiempo de atacar.

Leiber continuó con una voz muy suave, muy baja:

-Mi pequeño bebé, tendido en la cuna de noche, la cara húmeda y roja y sin aliento. ¿Por haber llorado? No. Por haber salido lentamente de la cuna, y haber atravesado a gatas los pasillos silenciosos. Mi pequeño bebé. Quiero matarlo.

El médico le alcanzó un vaso de agua y unas píldoras.

-No vas a matar a nadie. Vas a dormir veinticuatro horas. Cuando hayas dormido pensarás de otro modo. Toma.

Leiber bebió el agua con las píldoras y se dejó llevar escaleras arriba, llorando, y sintió que lo metían en cama. El médico esperó hasta que Leiber se hundió profundamente en el sueño y luego se fue.

Leiber, solo, flotaba descendiendo, descendiendo.

Oyó un ruido.

-¿Qué..., qué es *eso?* -preguntó.

Algo se movía en el pasillo.

David Leiber dormía.

Muy temprano, a la mañana siguiente, el doctor Jeffers sacó el coche y fue a la casa de Leiber. Era una hermosa mañana, y se llevaría a Leiber al campo, a descansar. Leiber estaría todavía dormido. Jeffers le había dado bastantes pastillas sedantes como para que durmiera quince horas.

Jeffers tocó el timbre. No hubo respuesta. Quizá los sirvientes no se habían levantado aún. Jeffers probó la puerta de calle, descubrió que estaba abierta, y entró. Puso el maletín médico en la silla más próxima.

Algo blanco se movía borrosamente en lo alto de las escaleras. Apenas un movimiento. Jeffers casi no lo notó.

Había olor a gas en la casa.

Jeffers corrió escaleras arriba y se precipitó en el dormitorio de Leiber.

Leiber estaba tendido en la cama, inmóvil, y en el cuarto había nubes de gas, que salía siseando de una espita, en la base de la pared, junto a la puerta. Jeffers cerró la llave, abrió rápidamente todas las ventanas y corrió hacia el cuerpo de Leiber.

El cuerpo estaba frío. Leiber había muerto hacía unas pocas horas.

Tosiendo violentamente, el doctor escapó del cuarto, con los ojos húmedos. Leiber no había abierto la llave del gas, no había podido. Los sedantes lo habrían mantenido dormido hasta el mediodía. No era un suicidio. ¿O había una remota posibilidad?

Jeffers se quedó en el pasillo cinco minutos. Luego caminó hasta la puerta del cuarto del bebé. Estaba cerrada. La abrió. Entró en el cuarto y fue hacia la cuna.

La cuna estaba vacía.

Jeffers se quedó medio minuto, tambaleándose junto a la cuna. Luego le dijo algo a nadie en particular.

-La puerta del cuarto se cerró sola. No pudiste volver a tiempo a la cuna. No pensaste que la puerta podía cerrarse. Algo minúsculo como una puerta que se cierra con el viento puede arruinar el mejor de los planes. Te encontraré en algún lugar de la casa, escondido, fingiendo que eres lo que no eres. -El doctor Jeffers parecía aturdido. Se llevó una mano a la cabeza y sonrió débilmente.- Ahora estoy hablando como hablaban Alice y David. Pero no puedo correr riesgos. No estoy seguro de nada, pero no puedo correr riesgos.

Fue escaleras abajo, abrió el maletín que había dejado en la silla, sacó una cosa y la sostuvo en las manos.

Algo susurró en el pasillo. Algo muy pequeño y muy silencioso. Jeffers se volvió rápidamente.

Tuve que operar para traerte al mundo, pensó. Ahora me parece que tendré que operar para que dejes el mundo...

Dio una media docena de pasos, lentos, firmes, hacia el pasillo. Alzó la mano a la luz del sol.

-¡Mira, bebé! ¡Una cosa brillante, una cosa bonita!

Un escalpelo.

LA MULTITUD

EL SEÑOR SPALLNER se llevó las manos a la cara.

Hubo una impresión de movimiento en el aire, un grito delicadamente torturado, el impacto y el vuelco del automovil, contra una pared, a través de una pared, hacia arriba y hacia abajo tomo un juguete, y el señor Spallner fue arrojado afuera. Luego . . . silencio.

La multitud llegó corriendo. Debilmente, tendido en la calle, el señor Spallner los oyó correr. Hubiera podido decir que edad tenían y de que tamaño eran todos ellos, oyendo aquellos pies numerosos que pisaban la hierba de verano y luego las aceras cuadriculadas y el pavimento de la calle, trastabillando entre los ladrillos desparramados donde el auto colgaba a medias apuntando al cielo de la noche, con las ruedas hacia arriba girando aún en un insensato movimiento centrífugo.

No sabía en cambio de dónde salía aquella multitud. Miró y las caras de la multitud se agruparon sobre él, colgando allá arriba como las hojas anchas y brillantes de unos árboles inclinados. Era un anillo apretado, móvil, cambiante de rostros que miraban hacia abajo, hacia abajo, leyéndole en la cara el tiempo de vida o muerte, transformándole la cara en un reloj de luna, donde la luz de la luna arrojaba la sombra de la nariz sobre la mejilla, señalando el tiempo de respirar o de no respirar ya nunca más.

Qué rápidamente se reúne una multitud, como un iris que se cierra de pronto en el ojo, pensó Spallner.

Una sirena. La voz de un policía. Un movimiento. De la boca del señor Spallner cayeron unas gotas de sangre; lo metieron en una ambulancia. Alguien dijo - ¿Esta muerto? - Y algun otro dijo: -No, no está muerto.

Y el señor Spallner vio más allá en la noche, los rostros de la þaultitud y supo mirando esos rostros que no iba a morir. Y esto era raro. Vio la cara de un hombre, delgada, brilllante, pálida; el hombre tragó saliva y se mordió los labios. Había una mujer menuda también, de cabello rojo y de mejillas y labios muy pintarrajeados. Y un niño de cara pecosa. Caras de otros. Un anciano de boca arrugada; una vieja con una verruga en el mentón. Todos habían venido . . . ¿de dónde? Casas, coches, callejones, del mundo inmediato sacudido por el accidente. De las calles laterales y los hoteles y de los autos, y aparentemente de la nada.

Las gentes miraron al señor Spallner y él miró y no le gustaron. Había algo allí que no estaba bien, de ningún modo. No alcanzaba a entenderlo. Esas gentes eran mucho peores que el accidente mecánico.

Las puertas de la ambulancia se cerraron de golpe. E1 señor Spallner podía ver los rostros de la gente, que espiaba y espiaba por las ventanillas. Esa multitud que llegaba siempre tan pronto, con una rapidez inexplicable, a formar un círculo, a fisgonear, a sondear, a clavar estúpidamente los ojos, a preguntar, a señalar, a perturbar, a estropear la intimidad de un hombre en agonía con una curiosidad desenfadada.

La ambulancia partió. El señor Spallner se dejó caer en la camilla y las caras le miraban todavía la cara, aunque tuviera cerrados los ojos.

Las ruedas del coche le giraron en la mente días y días. Una rueda, cuatro ruedas, que giraban y giraban chirriando, dando vueltas y vueltas. El señor Spallner sabía que algo no estaba bien. Algo acerca de las ruedas y el accidente mismo y el ruido de

los pies y la curiosidad. Los rostros de la multitud se confundían y giraban en la rotación alocada de las ruedas.

Se despertó.

La luz del sol, un cuarto de hospital, una mano que le tomaba el pulso.

-¿Cómo se siente? -le preguntó el médico.

Las ruedas se desvanecieron. El señor Spallner miró alrededor.

-Bien, creo.

Trató de encontrar las palabras adecuadas. Acerca del accidente.

-¿Doctor?

-¿Si?

-Esa multitud. . . ¿Ocurrió anoche?

-Hace dos noches. Está usted aquí desde el jueves. Todo marcha bien, sin embargo. Ha reaccionado usted. No trate de levantarse.

-Esa multitud. Algo pasó también con las ruedas. Los accidentes. . . bueno, ¿traen desvaríos?

-A veces.

El señor Spallner se quedó mirando al doctor.

-¿Le alteran a uno el sentido del tiempo?

-Si, el pánico trae a veces esos efectos.

-¿Hace que un minuto parezca una hora, o que quizá una hora parezca un minuto?

-Si.

-Permitame explicarle entonces. -El señor Spallner sintió la cama debajo del cuerpo, la luz del sol en la cara. - Pensará usted que estoy loco. Yo iba demasiado rápido, lo sé. Lo lamento ahora. Salté a la acera y choqué contra la pared. Me hice daño y estaba aturdido, lo sé, pero todavía recuerdo. La multitud sobre todo. -Esperó un momento y luego decidió seguir, pues entendió de pronto por qué se sentía preocupado. - La multitud llegó demasiado rápidamente. Treinta segundos después del choque estaban todos junto a mi, mirándome. . . No es posible que lleguen tan pronto, y a esas horas de la noche.

-Le pareció a usted que eran treinta segundos -dijo el doctor-. Quizá pasaron tres o cuatro minutos. Los sentidos de usted . . .

-Si, ya sé, mis sentidos, el choque. ¡Pero yo estaba consciente! Recuerdo algo que lo aclara todo y lo hace divertido. Dios, condenadamente divertido. Las ruedas del coche allá arriba. ¡Cuando llegó la multitud las ruedas todavía giraban!

El médico sonrió.

E1 hombre de la cama prosiguió diciendo:

-¡Estoy seguro! Las ruedas giraban giraban rápidamente. Las ruedas delanteras. Las ruedas no giran mucho tiempo, la fricción las para. ¡Y éstas giraban de veras!

-Se cofunde usted.

-No me confundo. La calle estab desierta. No había n alma a la vista. Y luego el accidente y las ruedas que giraban aún y todas esas caras sobre mí, en seguida. Y el modo cómo me miraban. Yo sabía que no iba a morir.

-Efectos del shock -dijo el médico alejándose hacia la luz del sol.

El señor Spallner salió del hospital dos semanas más tarde. Volvió a su casa en un taxi. Habían venido a visitarlo en esas dos semanas que había pasado en cama, boca arriba, y les había

contado a todos la historia del accidente y de las ruedas que giraban y la multitud. Todos se habían reído, olvidando en seguida el asunto.

Se inclinó hacia adelante y golpeó la ventanilla.

-¿Qué pasa?

El conductor volvió la cabeza.

-Lo siento, jefe. Es una ciudad del demonio para el tránsito. Hubo un accidente ahí enfrente. ¿Quiere que demos un rodeo?

-Sí. No. ¡No! Espere. Siga. Echemos una ojeada.

El taxi siguió su marcha, tocando la bocina.

-Maldita cosa -dijo el conductor-. ¡Eh, usted! ¡Sálgase del camino! -Sereno:- Qué raro. . . más de esa condenada gente. Gente alborotadora.

El señor Spaliner bajó los ojos y se miró los dedos que le temblaban en la rodilla.

-¿Usted también lo notó?

-Claro -dijo el conductor-. Todas las veces. Siempre hay una multitud. Como si el muerto fuera la propia rnadre.

-Llegan al sitio con una rapidez espantosa -dijo el hombre del asiento de atrás.

-Lo mismo pasa con los incendios o las explosiones. No hay nadie cerca. Bum, y un montón de gente alrededor. No entiendo.

-¿Vió alguna vez algún accidente de noche?

El conductor asintió.

-Claro. No hay diferencia. Siempre se junta una multitud.

Llegaron al sido. Un cadáver yacía en la calle. Era evidentemente un cadáver, aunque no se lo viera. Ahí estaba la multitud. Las gentes que le daban la espalda,

mientras él miraba el taxi. Le daban la espalda. El señor Spallner abrió la ventanilla y casi se puso a gritar. Pero no se animó. Si gritaba podían darse vuelta. Y el señor Spallner tenía miedo de verles las caras.

-Parece como si yo tuviera un imán para los accidentes -dijo luego, en la oficina. Caía la tarde. El amigo del señor Spallner estaba sentado del otro lado del escritorio, escuchando-. Salí del hospital esta mañana y casi en seguida tuvimos que dar un rodeo a causa de un choque.

-Las cosas ocurren en ciclos -dijo Morgan.

-Deja que te cuente lo de mi accidente.

-Ya lo oí. Lo oí todo.

-Pero fue raro, tienes que admitirlo.

-Lo admito. Bueno, ¿tomamos una copa?

Siguieron hablando durante una media hora o más. Mientras hablaban, todo el tiempo, un relojito seguía marchando en la nuca de Spallner, un relojito que nunca necesitaba cuerda. El recuerdo de unas pocas cosas. Ruedas y caras.

Alrededor de las cinco y media hubo un duro ruido de metal en la calle. Morgan asintió con un rnovimiento de cabeza, se asomó a la ventana y miró hacia abajo.

-¿Qué te dije? Cielos. Un camión y un Cadillac color crema. Si, si.

Spallner fue hasta la ventana. Tenia mucho frío, y mientras estaba allí de pie se miró el reloj pulsera, la manecilla diminuta. Uno dos tres cuatro cinco segundos -gente que corria- ocho nueve diez once doce -gente que llegaba corriendo, de todas partes- quince dieciséis diecisiete dieciocho segundos -más gente, más coches, más bocinas ensordecedoras. Curiosamente distante, Spallner observaba la escena como una explosión en retroceso: los fragmentos de la detonación eran succionados de vuelta al punto de impulsión. Diecinueve, veinte, veintiún segundos, y allí estaba la multitud. Spallner. los señaló con un ademán, mudo.

La multitud se había reunido tan rápidamente.

Alcanzó a ver el cuerpo de una mujer antes que la multitud lo devorase.

-No tienes buena cara -dijo Morgan-. Toma. Termina tu copa.

-Estoy bien, estoy bien. Déjame solo. Estoy bien. ¿Puedes ver a esa gente? ¿Puedes ver la cara de alguno?

Me gustaría que los viéramos de más cerca.

-¿A dónde diablos vas? -gritó Morgan.

Spallner había salido de la oficina. Morgan corrió detrás, escaleras abajo, precipitadamente.

-Vamos, y rápido.

-Tranquilízate, ¡no estás bien todavía!

Salieron a la calle. Spallner se abrió paso entre la gente. Le pareció ver a una mujer pelirroja con las mejillas y los labios muy pintarrajeados.

-¡Ahí! -Se volvió rápidamente hacia Morgan.- ¿La viste?

-¿A quién?

-Maldición, desapareció. Se perdió entre la gente.

La multitud ocupaba todo el sitio, respirándo y mirando y arrastrando los pies y moviéndose y murmurando y cerrando el paso cuando el señor Spallner trataba de acercarse. Era evidente que la pelirroja lo había visto y había huido.

Vio de pronto otra cara familiar. Un niño pecoso. Pero hay tantos niños pecosos en el mundo. Y, de todos modos, no le sirvió de nada, pues antes que el señor Spallner llegara allí el niño pecoso corrió y desapareció entre la gente.

-¿Está muerta? -preguntó una voz-. ¿Está muerta?

-Está muriéndose -replicó alguien-. Morir antes que llegue la ambulancia. No tenían que haberla movido. No tenían que haberla movido.

Todas las caras de la multitud, conocidas y sin embargo desconocidas, se inclinaban mirando hacia abajo, hacia abajo.

-Eh, señor, no empuje.

-¿A dónde pretende ir, compañero?

Spallner retrocedió, y sintió que se caía. Morgan lo sostuvo.

-Tonto rematado. Todavía estás enfermo. ¿Para qué diablos has tenido que venir aquí?

-No sé, realmente no lo sé. La movieron, Morgan, alguien movió a la mujer. Nunca hay que mover a un accidentado en la calle. Los mata. Los mata.

-Si. La gente es asi. Idiotas.

Spallner ordenó los recortes de periódicos.

Morgan los miró.

-¿De qué se trata? Parece como si todos los aceidentes de tránsito fueran ahora parte de tu vida. ¿Qué son estas cosas?

-Recortes de noticias de choques de autos. y fotos. Míralas. No, no los coches -dijo Spallner-. La gente que está alrededor de los coches. -Señaló.- Mira.

Compara esta foto de un accidente en el distrito de Wilshire con esta de Westwood. No hay ningún parecido. Pero toma ahora esta foto de Westwood y ponla junto a esta otra también del distrito de Westwood de hace diez años. -Mostró otra vez con el dedo.- Esta mujer está en las dos fotografias.

-Una coincidencia. Ocurrió que la mujer estaba allí en 1936 y luego en 1946.

-Coincidencia una vez, quizá. Pero doce veces en un período de diez años, en sitios separados por distancias de hasta cinco kilómetros, no. -El señor Spallner extendió sobre la mesa una docena de fotografías.- ¡Está en todas!

-Quizá es una perversa.

-Es más que eso. ¿Cómo consigue estar ahí tan pronto luego de cada accidente? ¿Y cómo está vestida siempre del mismo modo en fotografías tomadas en un período de diez años?

-Que me condenen si lo sé.

-Y por último, ¿por qué estaba junto a mi la noche del accidente, hace dos semanas?

Se sirvieron otra copa. Morgan fue hasta los archivos.

-¿Qué has hecho? ¿Comprar un servicio de recortes de periódicos mientras estabas en el hospital? -Spallner asintió. Morgan tomó un sorbo. Estaba haciéndose tarde. En la calle, bajo la oficina, se encendían las luces.- ¿A qué lleva todo esto?

-No lo sé -dijo Spallner; excepto que hay una ley universal para los accidentes. Se juntan multitudes. Siempre se juntan. Y como tú y como yo, todos se han preguntado año tras año cómo se juntan tan rápidamente, y por qué. Conozco la respuesta. Aquí está.

-Dejó caer los recortes.- Me asusta.

-Esa gente . . . ¿no podrían ser buscadores de sensa-

ciones escalofriantes, ávidos perversos a quienes complace la sangre y la enfermedad?

Spallner se encogió de hombros.

-¿Explica eso que se los encuentre en todos los accidentes? Notar s que se limitan a ciertos territorios.

Un accidente en Brentwood atraer a un grupo. Uno Huntington Park a otro. Pero hay una norma para las caras, un cierto porcentaje que aparece en todas las ocasiones.

-No son siempre las mismas caras, ¿no es cierto? -dijo Morgan.

-Claro que no. Los accidentes también atraen a gente normal, en el curso del tiempo. Pero he descubierto que estas son siempre las primeras.

-¿Qui,nes son? ¿Qué quieren? Haces insinuaciones, pero no lo dices todo. Señor, debes de tener alguna idea. Te has asustado a ti mismo y ahora me tienes a mi sobre ascuas.

-He tratado de acercarme a ellos, pero alguien me detiene y siempre llego demasiado tarde. Se meten entre la gente y desaparecen. Como si la multitud tratara de proteger a algunos de sus miembros. Me ven llegar.

-Como si fueran una especie de asociación.

-Algo tienen en común. Aparecen siempre juntos. En un incendio o en una explosión o en los avatares de una guerra, o en cualquier demostración pública de eso que llaman muerte. Buitres, hienas o santos. No sé que son, no lo sé de veras. Pero ir, a la policía esta noche. Ya ha durado bastante. Uno de ellos movió el cuerpo de esa mujer esta tarde. No debían haberla tocado. Eso la mató.

Spallner guardó los recortes en una valija de mano. Morgan se incorporó y se deslizó dentro del abrigo. Spallner cerró la valija.

-O también podría ser. . . Se me acaba de ocurrir.

-¿Qué?

-Quizá querían que ella muriese.

-¿Y por qué?

-¿Quién sabe. ¿Me acompañas?

-Lo siento. Es tarde. Te veré mañaana. Que tenga suerte. -Salieron juntos.- Dale mis saludos a la policía. ¿Piensas que te creerán?

-Oh, claro que me creerán. Buenas noches.

Spallner iba con el coche hacia el centro de la ciudad, lentamente.

-Quiero llegar -se dijo-, vivo.

Cuando el camión salió de un callejuela lateral directamente hacia él, sintió que se le encogía el corazón pero de algún modo no se sorprendió demasiado.

Se felicitaba a sí mismo (era realmente un buen observador) y preparaba las frases que les diría a los policías cuando el camión golpeó el coche. No era realmente su coche, y en el primer momento esto fue lo que más lo preocupó. Se sintió lanzado de aquí para allá mientras pensaba, qu, verguenza, Morgan me ha prestado su otro coche unos días mientras me arreglan el mío y aquí estoy otra vez. El parabrisas le martilló la cara. Cayó hacia atrás y hacia adelante en breves sacudidas. Luego cesó todo movimiento y todo ruido y sólo sintió el dolor.

Oyó los pies de la gente que corría y corría. Alargó la mano hacia el pestillo de la portezuela. La portezuela se abrió y Spallner cayó afuera, mareado, y se quedó allí tendido con la oreja en el asfalto, oyendo cómo llegaban. Eran como una vasta llovizna, de muchas gotas, pesadas y leves y medianas, que tocaban la tierra.

Esperó unos pocos segundos y oyó cómo se acercaban y llegaban. Luego, débilmente, expectante, ladeó la cabeza y miró hacia arriba.

Podía olerles los alientos, los olores mezclados de mucha gente que aspira y aspira el aire que otro hombre necesita para vivir. Se apretaban unos contra otros y aspiraban y aspiraban todo el

aire de alrededor de la cara jadeante, hasta que Spallner trató de decirles que retrocedieran, que estaban haciéndolo vivir en un vacío. Le sangraba la cabeza. Trató de moverse y notó que a su espina dorsal le había pasado algo malo. No se había dado cuenta en el choque, pero se había lastimado la columna. No se atrevió a moverse.

No podía hablar. Abrió la boca y no salió nada, sólo un jadeo.

-Denme una mano -dijo alguien-. Lo daremos vuelta y lo pondremos en una posición más cómoda.

Spallner sintió que le estallaba el cerebro.

-¡No! -¡No me muevan!

-Lo moveremos -dijo la voz, como casualmente.

-¡Idiotas, me matarán, no lo hagan!

Pero Spallner no podía decir nada de esto en voz alta, sólo podia pensarlo.

Unas manos le tomaron el cuerpo. Empezaron a levantarlo. Spallner gritó y sintió que una náusea lo ahogaha. Lo enderezaron en un paroxismo de agonía.

Dos hombres. Uno de ellos era delgado, brillante, pálido, despierto, joven. El otro era muy viejo y tenía el labio superior arrugado.

Spallner había visto esas caras antes.

Una voz familiar dijo: -¿Está . . . está muerto?

Otra voz, una voz memorable, respondió:

-No, no todavía, pero morir antes que llegue la ambulancia.

Toda la escena era muy tonta y disparatada. Como cualquier otro accidente. Spallner chilló histéricamente ante el muro estólido de caras. Estaban todas alrededor, jueces y jurados con rostros que había visto ya una vez.

En medio del dolor, contó las caras.

El niño pecoso. El viejo del labio arrugado. La mujer pelinoja, de mejillas pintarrajeadas. Una vieja con una verruga en la mejilla.

Sé por qué están aquí, pensó Spallner. Están aquí como están en todos los accidentes. Para asegurarse de que vivan los que tienen que vivir y de que mueran los que tienen que morir. Por eso me levantaron. Sabían que eso me mataría. Sabían que seguiría vivo si me dejaban solo.

Y así ha sido siempre desde el principio de los tiempos, cuando las multitudes se juntaron por vez primera. De ese modo el asesinato es mucho más fácil. La coartada es muy simple; no sabían que es peligroso mover a un herido. No querían hacerle daño.

Los miró, allá arriba, y sintió la curiosidad que siente un hornbre debajo del agua mientras mira a los que pasan por un puente. ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde vienen y cómo llegan aquí tan pronto? Ustedes son la multitud que se cruza siempre en el camino, gastando el buen aire tan necesario para los pulmones de un moribundo, ocupando el espacio que el hombre necesita para estar acostado, solo. Pisando a las gentes para que se mueran de veras, y no haya ninguna duda. Eso son ustedes, los conozco a todos.

Era un monólogo cortés. La multitud no dijo nada. Caras. El viejo. La mujer peliroja.

-¿De quién es esto? -preguntaron:

Alguien levantó la valija de mano.

-¡Es mia! -Ahí están mis pruebas cantra ustedes!

Ojos, invertidos, encima. Ojos brillantes bajo cabellos cortos o bajo sombreros.

En algún sitio . . :una sirena, llegaba la ambulancia. Pero mirando las caras, las facciones, el color, la formas de las caras, Spallner supo que era demasiado tarde.

Lo leyó en aquellas caras. Ellos sabían. Trató de hablar. Le salieron unas sílabas:

-Pa . . . parece que me unir, a ustedes . . . Creo . . .que ser, un miembro del grupo . . :de ustedes . . ..

Cerró luego los ojos, y esperó al empleado de la policía que vendría verificar la muerte.

LA CAJA DE SORPRESAS

MIRÓ POR LAS VENTANAS de la mañana fría, con la caja de resorte en las manos, escudriñando la tapa oxidada. Pero todos los esfuerzos eran inútiles: el polichinela no saltaba a la luz con un grito, ni sacudía las mangas de terciopelo en el aire, ni se balanceaba en una docena de direcciones con una sonrisa amplia y pintada. Seguía apretado bajo la tapa, en un rígido entumecimiento, resorte sobre resorte. Poniendo la oreja en la caja podían oírse la presión interior, el miedo y el pánico del juguete atrapado. Era como tener en la mano el corazón de alguien. Edwin no podía saber si los latidos venían de adentro o eran los golpes de su propia sangre en la madera de la caja.

Dejó caer la caja y miró hacia afuera. Los árboles rodeaban la casa, que rodeaba a Edwin. No alcanzaba a ver detrás de los árboles. Si trataba de descubrir otro mundo, más allá, los árboles oscilaban con el viento, parando la curiosidad de Edwin, deteniéndole los ojos.

-¡Edwin! -Detrás, el aliento expectante y nervioso de la madre que bebía el café del desayuno.- Deja de mirar. Come.

-No -murmuró Edwin.

-¿Qué? -Un susurro tieso. La madre debía de haberse dado vuelta.- ¿Qué es más importante, el desayuno o la ventana?

-La ventana -murmuró Edwin, y dejó que los ojos pasearan por los caminos y senderos que habían recorrido durante trece años. ¿Sería cierto que los árboles se extendían durante diez mil kilómetros hasta la nada? No podía saberlo. Los ojos de Edwin retornaron, derrotados, al césped cercano, los escalones, las manos que temblaban en el alféizar.

Se volvió a comer los melocotones insípidos, solo con su madre en la vasta y resonante sala del desayuno. Cinco mil mañanas ante esta mesa, esta ventana, y ningún movimiento más allá de los árboles.

Los dos comieron en silencio.

Ella era esa mujer pálida que a las seis de la mañana, a las cuatro de la tarde, a las nueve de la noche y un minuto después de medianoche aparece silenciosa y blanca, alta y sola y serena en las casas de campo de cuatro tejados. Sólo los pájaros la ven. Es como pasar junto a un invernadero abandonado en donde un último y raro capullo blanco alza la cabeza a la luz de la luna.

Y el hijo de esa mujer, Edwin, es la flor de cardo que uno respira en una noche de viento, en la temporada de los cardos. Tiene un pelo sedoso y unos ojos siempre azules y febriles. Mira desvaídamente, como si hubiese dormido poco. Si una cierta puerta se cerrara de golpe, Edwin podría volar en pedazos como un paquete de triquitraques.

La madre de Edwin empezó a hablar, lentamente y con mucho cuidado al principio, luego más rápido, en seguida con furia, y al fin casi escupiéndole las palabras en la cara.

-¿Por qué me desobedeces todas las mañanas? No me gusta verte con los ojos clavados en la ventana, ¿entiendes? ¿Qué esperas? ¿Quieres verlos? -gritó retorciendo los dedos. El rostro encendido y hermoso de la mujer era como una furiosa flor blanca-. ¿Quieres ver a las Bestias que corren por los caminos y aplastan a la gente como si fueran fresas?

Sí, pensó Edwin, me gustaría ver a las Bestias, horribles, tal como son.

-¿Quieres salir? -gritó la mujer-. ¿Como salió tu padre antes que tú nacieras, y que te maten como lo mataron a él, aplastado en el camino por uno de esos Terrores? ¿Te gustaría eso?

-No...

-¿No te basta que hayan matado a tu padre? No sé ni cómo se te ocurre pensar en esas Bestias. -La mujer señaló el bosque con un ademán.- Bueno, si tanto quieres morir, ¡adelante!

La mujer se tranquilizó, pero los dedos siguieron abriéndose y cerrándose sobre el mantel.

-Edwin, Edwin, tu padre construyó todo este mundo. Era algo muy hermoso para él, y así tendría que ser también para ti. No hay nada, nada más allá de esos árboles, excepto la muerte. ¡No quiero que te acerques ahí! Éste es el Mundo. No hay otro que valga la pena.

Edwin asintió apenas.

-Sonríe ahora y termina tu tostada -dijo la mujer.

Edwin comió lentamente, con la ventana reflejada en secreto sobre la cuchara de plata.

-¿Mamá...? -No se atrevía a preguntarlo.- ¿Qué es... morir? Hablas siempre de lo mismo. ¿Es un sentimiento?

-Para quienes siguen vivos, sí, un mal sentimiento. -La mujer se incorporó de pronto.- Se te hace tarde para la escuela. ¡Corre!

Edwin la besó mientras recogía los libros.

-Adiós.

-Saluda a la maestra de mi parte.

Edwin se alejó de ella como una bala del revólver. Subió por escaleras interminables, cruzando pasillos, vestíbulos, junto a ventanas que derramaban luz en oscuros paneles de galerías, como cascadas blancas. Subió más arriba, a través de las capas de tarta de los Mundos, separadas por la escarcha espesa de las alfombras orientales y coronadas de cirios brillantes.

Desde la escalera más alta miró hacia abajo a través de cuatro intervalos de Universo.

Las Tierras Bajas de la cocina, el comedor, la sala. Dos mesetas de música, juegos, cuadros y habitaciones cerradas, prohibidas. Y aquí -dio media vuelta- las alturas de los picnics, la aventura y el aprendizaje. Aquí se paseaba ociosamente, o cantaba solitarias canciones infantiles en el ventoso viaje a la escuela.

Éste, pues, era el Universo. Papá (o Dios, como mamá lo llamaba a menudo) había levantado estas montañas de yeso empapelado, hacía mucho tiempo. Ésta era la creación de Dios-Padre, en la que bastaba con apretar un botón para que brillaran las estrellas. Y el sol era mamá, y mamá era el sol, y a su alrededor giraban todos los mundos. Y Edwin, un meteoro pequeño y oscuro, daba vueltas una y otra vez en las alfombras oscuras y los tapices deslumbrantes del espacio. Se podía ver cómo subía y se desvanecía en los vastos cometas de las escaleras, en marchas y exploraciones.

A veces él y la madre comían en las Tierras Altas, extendiendo manteles frescos como la nieve en velludos y rojizos prados de Persia, sobre las hierbas de color escarlata, en el aire enrarecido de las mesetas, en la cima de los mundos, donde retratos escamosos de desconocidos de

cara cetrina bajaban los ojos malévolos espiando las comidas y fiestas. Sacaban agua de unos grifos de plata ocultos en nichos de azulejo, quebraban los leños en hornos de piedra, chillando. Jugaban a las escondidas en encantados países altos, en tierras ocultas, desconocidas y salvajes, donde la madre encontraba a Edwin envuelto como una momia en el terciopelo de una cortina o bajo los muebles enchapados como una planta rara protegida contra el viento. En una ocasión se extravió y anduvo durante horas por extrañas faldas montañosas de polvo y de ecos, donde los ganchos y perchas de los armarios sostenían sólo la noche. Pero la madre lo encontró y llevó al lloroso Edwin escaleras abajo, al Universo del nivel del suelo, a la sala donde las motas de polvo, exactas y familiares, caían en lloviznas de chispas en el aire iluminado por el sol.

Edwin corrió escaleras arriba.

Aquí golpeó miles de miles de puertas, todas cerradas y prohibidas. Aquí unas señoras de Picasso y unos caballeros de Dalí gritaban silenciosamente desde los asilos de las telas, observando con ojos dorados y ardientes los holgazaneos de Edwin.

-Esas cosas viven ahí afuera -había dicho la madre, señalando las familias Dalí-Picasso.

Ahora, corriendo rápidamente, Edwin les sacó la lengua.

Dejó de correr.

Una de las puertas prohibidas estaba abierta.

La clara luz del sol asomaba oblicuamente, tentándolo.

Más allá de la puerta, una escalera de espiral subía en el sol y el silencio.

Edwin se quedó allí un rato, jadeando. Año tras año había probado los pestillos de las puertas prohibidas, y siempre estaban cerradas. ¿Qué ocurriría ahora si abría esta puerta del todo y subía por la escalera? ¿Habría algún Monstruo oculto allá arriba?

-Hola.

La voz subió saltando en la espiral del sol.

-Hola... -suspiró un eco débil, perezoso, lejano, alto, alto, que se apagó en seguida.

Edwin cruzó el umbral.

-Por favor, por favor, no me hagas daño -le susurró al alto sitio soleado.

Subió deteniéndose en cada escalón, esperando el castigo, con los ojos cerrados como un penitente. Más rápido ahora, saltó alrededor y alrededor y hacia arriba hasta que las rodillas le dolieron y el aliento le entró y le salió como impulsado por una bomba neumática y la cabeza le resonó como una campana hasta que al fin alcanzó la cima terrible y se encontró en la terraza de una torre, inundada de sol.

El sol le golpeó los ojos. Nunca, nunca había conocido tanto sol. Se apoyó en la barandilla de hierro.

-¡Está ahí! -Abrió la boca moviendo la cabeza hacia uno y otro lado.- ¡Está ahí! -Corrió en círculos.- ¡Ahí!

Estaba más arriba de la sombría barrera de árboles. Era aquélla la primera vez que podía mirar por encima de los castaños y olmos ventosos, y hasta donde le alcanzaba la vista había hierba verde, árboles verdes y cintas blancas por donde corrían los coleópteros, y la otra mitad del mundo era azul e interminable, y el sol parecía perdido y goteaba en una increíble y honda habitación azul, tan vasta que Edwin sintió que se caía, y gritó, y se tomó con las dos manos del borde del parapeto, y más allá de los árboles, más allá de las cintas blancas donde corrían los coleópteros vio cosas que se alzaban como dedos, pero no vio terrores de la familia Dalí-Picasso, vio sólo unos pañuelitos azules y blancos y rojos que ondeaban en unos mástiles blancos.

Se sintió enfermo de pronto; estaba enfermo otra vez.

Volviéndose, casi cayó escaleras abajo.

Cerró de un golpe la puerta prohibida, apoyándose contra ella.

-Te quedarás ciego. -Se apretó las manos contra los ojos.- No tenías que haber visto, no, ¡no!

Cayó de rodillas y se quedó retorcido allí en el suelo. Sólo tenía que esperar un momento; la ceguera llegaría pronto.

Cinco minutos más tarde estaba de pie junto a una ventana común de las Tierras Altas, mirando el Mundo Jardín familiar.

Vio una vez más los olmos y los nogales y la pared de piedra, y aquel bosque que había sido para él hasta entonces como una muralla infinita que cerraba el Mundo, de modo que más allá no había nada sino una nada de pesadilla, y neblina, lluvia, y noche eterna. Ahora sabía que el Universo no terminaba con el bosque. Había otros mundos además de aquellos de las Tierras Altas y las Tierras Bajas.

Probó otra vez la puerta prohibida. Cerrada.

¿Había subido realmente? ¿Había descubierto de verdad aquella vastedad azulada y verde? ¿Dios lo había visto? Edwin se estremeció. Dios, Dios, que fumaba misteriosas pipas negras y esgrimía bastones mágicos. Dios, que quizás estaba observándolo aun ahora.

-Todavía puedo ver. Gracias, gracias, ¡todavía puedo ver!

A las nueve y media, una hora y media tarde, llamó a la puerta de la escuela.

-¡Buenos días, maestra!

La puerta se abrió. La maestra esperaba vestida con unos hábitos de monje, largos, grises, de tela basta; la capucha le ocultaba el rostro, y tenía puestos los lentes de plata. Las manos cubiertas con guantes grises le hicieron una seña.

-Llegas tarde.

Más allá, el fuego de la chimenea coloreaba el país de los libros. Había paredes enladrilladas con enciclopedias, y una chimenea en la que uno se podía meter sin golpearse la coronilla. Un leño ardía con un resplandor feroz.

La puerta se cerró y hubo un silencio cálido. Aquí estaba el pupitre, donde Dios se había sentado una vez; Dios había pisado esta misma alfombra, y había llenado la pipa con tabaco aromático, mirando ceñudamente la vasta ventana de vidrios emplomados. El cuarto olía a Dios, a madera pulida, tabaco, cuero y monedas de plata. Aquí la voz de la maestra cantaba como un arpa solemne, hablando de Dios, los viejos días, y el Mundo que la determinación de Dios había sacudido, y el ingenio de Dios había estremecido, y la mano de Dios había sacado de la nada, con un esbozo, un grito, una madera alzada al aire. Las huellas dactilares de Dios todavía estaban en media docena de lápices afilados, como copos de nieve derretidos a medias, y guardados en vitrinas. Nunca había que tocarlos, pues si no, se desvanecerían para siempre.

Aquí, aquí en las Tierras Altas, al sonido blando de la voz de la maestra que hablaba y hablaba, Edwin aprendía lo que debía aprender: de él mismo y de su cuerpo. Crecería con los años hasta ser una Presencia; tenía que acomodarse a los olores y a la voz de trompeta de Dios. Un día se alzaría envuelto en un fuego pálido, junto a la elevada ventana, y dando un grito libraría de polvo a los rayos de los Mundos; sería Dios él mismo. Nada podía impedirlo. Ni el cielo, ni los árboles, ni las cosas que estaban más allá de los árboles.

La maestra se movió en el cuarto como una nube de vapor.

-¿Por qué has llegado tarde, Edwin?

-No sé.

-Te lo preguntaré de nuevo. Edwin, ¿por qué has llegado tarde?

-Una..., una de las puertas prohibidas estaba abierta y...

Edwin oyó que la maestra contenía el aliento, siseando. Vio que se echaba lentamente hacia atrás y se hundía en la silla alta labrada a mano, y que la oscuridad la devoraba, y que los lentes emitían una luz débil, antes de desvanecerse. Sintió que la maestra lo miraba desde la sombra y que le hablaba con una voz apagada, como una voz que se oye de noche, la propia voz de uno poco antes de despertar de una pesadilla.

-¿Qué puerta? ¿Dónde? -preguntó la maestra-. Ah, ¡tenía que estar cerrada!

-La puerta junto a la gente de Dalí-Picasso -dijo Edwin, aterrorizado. Él y la maestra habían sido siempre amigos. ¿Había terminado esa amistad? ¿Él la había estropeado?-. Subía las escaleras. ¡Tuve que hacerlo! De veras lo siento. No se lo cuente a mamá, por favor.

La maestra parecía perdida en el hueco de la silla, en el hueco de la capucha. Los lentes eran como débiles luciérnagas en aquel pozo de soledad.

-¿Y qué viste allí? -murmuró la maestra.

-¡Una sala grande y azul!

-¿Sí?

-Y una sala verde, y cintas con bichos que corrían, pero me quedé allí poco tiempo, poco tiempo, ¡lo juro!

-Una sala verde, y cintas, sí, cintas, y bichos que corren, sí -dijo la mujer con una voz que entristeció a Edwin.

Trató de tocar la mano de la maestra, pero la mano cayó en el regazo y retrocedió a la oscuridad del pecho.

-Bajé en seguida, cerré la puerta, y no miraré otra vez, ¡nunca! -gritó Edwin.

La voz de la mujer era ahora tan débil que Edwin apenas podía oírla.

-Pero ahora has visto, y querrás ver otras cosas, y ya nadie te quitará la oscuridad. -La capucha se movía lentamente hacia atrás y hacia adelante, volviéndose hacia Edwin, interrogando.- ¿Te..., te gustó lo que viste?

-Me asusté. Era grande.

-Grande, sí. Grande, grande, Edwin. No como nuestro mundo. Grande, vasto, incierto. Oh, ¿por qué lo hiciste? Sabías que estaba mal.

El fuego floreció y se marchitó en el hogar mientras la maestra esperaba la respuesta de Edwin, y al fin, como el niño no pudo responder, ella dijo, con labios que apenas se movían:

-¿Es a causa de tu madre?

-¡No lo sé!

-¿La encuentras nerviosa, irritante, sientes que te persigue, que te está siempre encima, te gustaría estar solo a veces, no es eso, no es eso, no es eso?

Edwin sollozó, sacudiéndose.

-¡Sí, sí!

-¿Por eso te escapas, porque ella te exige demasiado, te pide todo tu tiempo, todos tus pensamientos? -La voz de la maestra parecía perdida y triste.-Dime...

Edwin tenía las manos pegajosas de lágrimas.

-¡Sí! -Se mordió los dedos y el dorso de las manos.- ¡Sí! -No estaba bien admitir cosas semejantes, pero no tenía que decirlas ahora, ella las decía, ella las decía, y él sólo tenía que asentir, sacudir la cabeza, morderse los nudillos, gritar entre sollozos.

La maestra tenía un millón de años.

-Aprendemos -dijo fatigada. Dejando la silla se movió haciendo oscilar las ropas grises y se acercó al escritorio, donde la mano enguantada buscó largo rato hasta que encontró lápiz y papel-. Aprendemos, oh Dios, pero tan despacio, y con tanto dolor, aprendemos. Pensamos que actuamos bien, pero todo el tiempo, todo el tiempo, echamos a perder el Plan...

La maestra respiró siseando y levantó bruscamente la cabeza. La capucha tembló, como si estuviese vacía.

La maestra escribió unas palabras en el papel.

-Dale esto a tu madre. Dice ahí que debes tener dos horas todas las tardes, para ti mismo, para que andes por donde quieras. Excepto allá afuera, por supuesto. ¿Me escuchas, niño?

-Sí. -Edwin se secó la cara.- Pero...

-Adelante.

-¿Me mintió mamá acerca de los sitios de afuera y las Bestias?

-Mírame -dijo la mujer-. He sido tu amiga. Nunca te castigué, como tu madre ha tenido que hacerlo, a veces. Las dos estamos aquí para ayudarte a entender y a crecer, y para que no te destruyan como a Dios.

La maestra se incorporó, y en ese momento torció la capucha, de modo que el color del fuego le bañó la cara. Rápidamente, el fuego le borró las innumerables arrugas.

Edwin se quedó sin aliento. El corazón se le volcó en un sobresalto.

-¡El fuego! -Edwin miró el fuego y se volvió otra vez hacia la cara de la maestra. La capucha se sacudió, ocultándose. La cara desapareció en el pozo profundo.- Su cara -dijo Edwin-. ¡Se parece a la de mamá!

La maestra se movió rápidamente hacia los libros y tomó uno. Le habló a los estantes con aquella voz alta, cantarina, monótona.

-Las mujeres se parecen todas, es cosa sabida. ¡Olvídalo! ¡Toma, toma! -Y la maestra le alcanzó el libro a Edwin.- Lee el capítulo primero. ¡Lee el diario!

Edwin tomó el libro, pero no sintió el peso en las manos. El fuego retumbó y se succionó a sí mismo brillantemente subiendo por el cañón de la chimenea mientras Edwin comenzaba a leer, y a medida que Edwin leía la maestra iba aflojándose y apaciguándose y tranquilizándose, y cuanto más leía Edwin, más se serenaba y se meneaba la capucha gris, y la cara oculta parecía un badajo silencioso y solemne dentro de una campana. La luz del fuego encendió en los estantes el oro animal de las letras de los libros, y Edwin leía en alta voz, pero pensaba realmente en esos libros con páginas cercenadas o recortadas, donde se habían tachado ciertas líneas y se habían arrancado ciertas ilustraciones, los libros de mandíbulas de cuero apretadamente encoladas, y esos otros como perros rabiosos, sujetos con duras correas de bronce para que él, Edwin, no se acercase.

Todo esto pensó Edwin mientras movía los labios en la calma del fuego:

-En el Principio era Dios. Quien creó el Universo, y los Mundos dentro del Universo, los Continentes dentro de los Mundos, y las Tierras dentro de los Continentes, y de la mente y de la mano de Dios nació Su esposa amantísima y un hijo que con el tiempo llegaría él mismo a ser Dios...

La maestra asintió lentamente. El fuego bajó poco a poco y quedó reducido a unos carbones humeantes. Edwin siguió leyendo.

Deslizándose por el pasamanos, sin aliento, Edwin bajó al vestíbulo.

-¡Mamá! ¡Mamá!

La madre estaba sin aliento, echada en un sillón mullido, de color castaño, como si ella también hubiese venido corriendo desde lejos.

-¡Mamá, mamá, estás empapada!

-¿Sí? -preguntó la madre, como si hubiese corrido por culpa de Edwin-. Sí, sí. -Respiró hondamente y suspiró. Luego le tomó las manos a Edwin, besándoselas. Lo miró, serena, abriendo más y más los ojos.- Bueno, escúchame. Tengo una sorpresa para ti. ¿Sabes qué día es mañana? ¡No lo imaginas! ¡Es el día de tu cumpleaños!

-¡Pero sólo pasaron diez meses!

La madre se rió.

-¡Es mañana! Ocurren maravillas, digo yo. Y si yo digo que una cosa es así, es así, mi querido.

Edwin estaba aturdido.

-¿Y abriremos otro cuarto secreto?

-¡El cuarto catorce, sí! ¡El quince el año próximo, el dieciséis, el diecisiete, y así uno tras otro hasta que cumplas veintiún años, Edwin! Luego, oh, ¡abriremos las puertas de triple cerrojo del más importante de los cuartos, y tú serás el Hombre de la Casa, el Padre, Dios, Señor del Universo!

-Oh -dijo Edwin, y en seguida-: ¡Oh!

Echó los libros al aire, y los libros estallaron como una vasta y susurrante explosión de palomas. Edwin rió. La madre rió. Las risas subieron y cayeron con los libros. Edwin corrió para deslizarse otra vez chillando por el pasamanos.

La madre lo esperó al pie de las escaleras, con los brazos abiertos.

Edwin estaba acostado en cama, a la luz de la luna, tocando la caja de resorte con las puntas de los dedos, pero la tapa no se abría. Movió la caja entre las manos, ciegamente, sin mirarla. Mañana, su cumpleaños, ¿por qué? ¿Era él, Edwin, *tan* bueno? No. ¿Por qué entonces llegaba tan pronto el día del cumpleaños? Bueno, simplemente porque las cosas se le habían puesto... ¿Cómo decirlo? ¿Nerviosas? Sí, las cosas habían empezado a estremecerse, tanto de día como de noche. Había visto el temblor blanco, la luz de la luna que descendía y descendía tocando la nieve invisible de la cara de la madre. Ya era necesario otro cumpleaños para que se tranquilizara de nuevo.

-Mis cumpleaños -le dijo al techo- vendrán cada vez más rápido desde ahora. Lo sé, lo sé. Mamá se ríe tan alto, y tiene algo en los ojos...

¿Invitarían a la maestra a la fiesta? No. Mamá y la maestra no se encontraban nunca. «¿Por qué no?» «Porque no», dijo mamá. «¿No quiere conocer a mamá, maestra?» «Algún día», dijo la maestra, débilmente, alejándose, flotando como una telaraña a lo largo del pasillo. «Algún... día...»

¿Y dónde pasaba las noches la maestra? ¿Se paseaba por todos esos secretos países montañosos, altos, cerca de la luna, donde una piel de polvo velaba los candeleros, o iba de un lado a otro más allá de los árboles que se extendían más allá de los árboles que se extendían más allá de los árboles? No, no parecía posible.

Edwin apretó el juguete entre las manos sudorosas. El año anterior, cuando las cosas habían empezado a estremecerse y a temblar, ¿mamá no había adelantado también el cumpleaños varios meses? Sí, oh, sí, sí.

Trató de pensar en otra cosa. Dios. Dios constructor de un sótano de medianoche fría, de un altillo tostado por el sol, y todos los milagros intermedios. Pensó en la hora de la muerte, aplastado al fin por un monstruoso escarabajo que esperaba más allá de la pared. ¡Ay, cómo debieron de haberse estremecido los mundos al paso de Dios!

Edwin se acercó la caja de resorte a la boca, murmurando junto a la tapa.

-¡Hola! ¡Hola! Hola, hola...

No hubo respuesta, excepto la tensión del muelle interior. Te sacaré afuera, pensó Edwin. Espera, espera y verás. Puede doler, pero hay un solo modo. Mira, mira...

Edwin salió de la cama y se asomó a la ventana sacando medio cuerpo afuera, mirando el sendero de losas de mármol iluminado por la luna. Alzó la caja todo lo posible, sintió las gotas de sudor en las axilas, sintió la presión de los dedos, sintió el estiramiento de los brazos. Arrojó afuera la caja, gritando. La caja dio vueltas en el aire, cayendo. Tardó un rato en chocar contra el pavimento de mármol.

Edwin se asomó todavía más, jadeante.

-¿Bueno? -gritó-. ¿Bueno? -y otra vez-: ¡Eh, tú! -y luego-: ¡Tú!

Los ecos se apagaron. La caja yacía a la sombra del bosque. Edwin no alcanzaba a ver si el golpe la había abierto. No lograba ver si el polichinela se había alzado, sonriente, saliendo del calabozo horrible o si oscilaba con el viento ya para este lado ya para el otro, mientras las campanillas de plata tintineaban débilmente. Escuchó. Estuvo en la ventana una hora, escuchando, y al fin se volvió a la cama.

La mañana. Unas voces brillantes se movían cerca y lejos, dentro y fuera del Mundo de la Cocina, y Edwin abrió los ojos. ¿De quiénes eran esas voces, de quiénes podían ser? ¿Algunos de los trabajadores de Dios? ¿La gente de Dalí? Pero mamá las odiaba; no. Las voces se apagaron en un rugido zumbante. Silencio. Y desde un sitio remoto llegó un ruido de pasos apresurados, más y más alto y todavía más hasta que la puerta se abrió bruscamente.

-¡Feliz cumpleaños!

Bailaron, comieron pasteles congelados, mordieron helados de limón, bebieron vinos rosados, y allí estaba el nombre de Edwin en una tarta nevada mientras mamá sacaba acordes al piano en una precipitación de sonidos y abría la boca para cantar, y luego se volvía para apartar a Edwin de más fresas, más vinos, más risas que sacudían los candeleros en lluvias temblorosas. Luego, floreció una llave de plata, corrieron a abrir la prohibida puerta catorce.

-¡Listos! ¡Prepárate!

La puerta susurró en la pared.

-Ah -dijo Edwin, bastante decepcionado.

Pues esta habitación decimocuarta no era más que un armario polvoriento, de un color castaño deslucido. ¡No había allí ninguna de las promesas que había encontrado en las salas de los otros aniversarios! El regalo de su sexto cumpleaños había sido el aula de las Tierras Altas. En su séptimo cumpleaños había abierto el cuarto de juegos de las Tierras Bajas. En el octavo, la sala de música; en el noveno, ¡la cocina milagrosa de fuegos infernales! El décimo había sido el día de la habitación donde los fonógrafos susurraban: una continua exhalación de espectros que cantaban en un aire suave. ¡La undécima fue la vasta habitación verde adiamantada del Jardín donde había que cortar la alfombra en vez de barrerla!

-Oh, no te desilusiones, ¡muévete! -La madre, riendo, empujó a Edwin dentro del armario.- ¡Espera hasta descubrir qué mágica es! ¡Cierra la puerta!

Apretó un botón rojo oculto en la pared.

Edwin chilló:

-¡No!

Pues el cuarto se estremecía, animado como una boca que lo sostenía entre mandíbulas de hierro; el cuarto se movió, la pared se deslizó hacia abajo.

-Oh, tranquilo, querido -dijo la madre.

La puerta flotó y bajó al piso, y una larga pared insensatamente vacía se retorció a un lado como una interminable serpiente susurrante para abrirse en otra puerta y otra puerta que no se detuvo y que continuó pasando mientras Edwin gritaba abrazado a la cintura de la madre. El cuarto se quejó y carraspeó en algún sitio; los temblores cesaron, el cuarto se tranquilizó. Edwin se quedó mirando una puerta nueva y extraña y oyó que su madre le decía: Adelante, ábrela, ahí, adelante, ahí. Y la puerta nueva se abrió a un misterio todavía mayor. Edwin parpadeó.

-¡Las Tierras Altas! ¡Éstas son las Tierras Altas! ¿Cómo llegamos aquí? ¡Dónde está el vestíbulo, madre, dónde está el vestíbulo!

La madre lo empujó a través de la puerta.

-Saltamos hacia arriba, y volamos. ¡Una vez por semana subirás volando a la escuela en vez de dar ese largo rodeo!

Edwin no podía moverse aún, y contempló el misterio de una Tierra cambiada por otra Tierra, de un País reemplazado por otro País todavía más alto y lejano.

-Oh, madre, madre... -dijo.

Fue un tiempo largo y dulce en las hierbas altas del jardín donde conocieron los ocios más deleitables, bebiendo copones de sidra con los codos apoyados en almohadones de seda escarlata, descalzos, los dedos de los pies envueltos en la aspereza de los dientes de león, la dulzura de los tréboles. La madre se sobresaltó dos veces cuando oyó el rugido de los Monstruos del otro lado de la floresta. Edwin le besó la mejilla.

-No te preocupes -le dijo-. Aquí estoy para protegerte.

-Lo sé muy bien -dijo ella, pero se volvió a mirar la figura de los árboles como si en cualquier momento el caos que esperaba allá afuera pudiese destruir instantáneamente el bosque, estampando un pie de Titán y reduciéndolos a polvo.

Cuando ya caía la tarde larga y azul vieron un pájaro de cromo que volaba atravesando una abertura brillante entre los árboles, alto y rugiente. Corrieron al vestíbulo, las cabezas inclinadas como antes de una tormenta verde de relámpagos y lluvia, sintiendo que el sonido los empapaba con cataratas enceguecedoras.

Una crepitación y otra... y el cumpleaños se apagó en una nada de celofán. A la caída del sol, en el país de la sala, iluminada apenas, la madre inhaló champaña por la nariz, delicada y diminuta como el brote de una planta, y por la boca, pálida como una rosa de verano. Luego, aturdida y soñolienta, arrastró a Edwin al dormitorio y lo encerró.

Edwin se desvistió en una lenta pantomima de asombro, pensando: este año, el año próximo, y qué habitación dentro de dos años, de tres. ¿Qué serían las Bestias, los Monstruos? ¿Y la destrucción y el asesinato que venían de Dios? ¿Qué era un asesinato? ¿Qué era la muerte? ¿Sería la muerte un sentimiento? ¿Lo había disfrutado tanto Dios que por eso no había vuelto nunca? ¿Era entonces la muerte un viaje?

En el vestíbulo, mientras iba escaleras abajo, la madre dejó caer una botella de champaña. Edwin lo oyó y sintió frío, pues el pensamiento que lo asaltó entonces fue: ése es el sonido de mamá. Si ella se caía, si se rompía, a la mañana siguiente uno descubriría un millón de fragmentos. Unos cristales brillantes y un vino claro en la alfombra, eso era todo lo que uno vería al alba.

La mañana fue un aroma de viñas y uvas y musgo en el cuarto de Edwin, un aroma de sombra fresca. Escaleras abajo, en ese mismo instante, el desayuno estaba quizá manifestándose a sí mismo como un castañeteo de dedos sobre las mesas invernales.

Edwin se levantó para lavarse y vestirse y esperó, sintiéndose magníficamente bien. Ahora todo parecería fresco y nuevo por lo menos durante un mes. Hoy, como todos los días, habría desayuno, escuela, almuerzo, canciones en la sala de música, una hora o dos de juegos eléctricos, y luego... té en las Tierras Exteriores, sobre el césped luminoso. Después otra vez la escuela, en una última hora tardía, rondando junto con la maestra la biblioteca censurada, devanándose los sesos ante palabras y pensamientos que hablaban del mundo exterior censurado.

Había olvidado la nota de la maestra. Tenía que dársela a la madre.

Abrió la puerta. El vestíbulo estaba vacío. Descendiendo a las profundidades de los Mundos, flotaba una niebla tenue, y ninguna pisada quebraba el silencio. Había quietud en las colinas; las fuentes de plata no latían a la primera luz del sol, y la baranda que subía retorciéndose entre las nieblas era un monstruo prehistórico que husmeaba el dormitorio. Se apartó de la criatura, buscando a la madre, como un bote blanco arrastrado por las mareas del alba y los vapores abisales.

La madre no estaba allí. Se precipitó descendiendo por las tierras serenas, gritando:

-¡Mamá!

La encontró en la sala, echada en el suelo. Tenía puesto el brillante vestido de fiesta de color verde oro, y apretaba en una mano el cuello de una botella de champaña. La alfombra estaba cubierta de vidrios.

La madre dormía, obviamente, de modo que Edwin se sentó a la mágica mesa del desayuno. Miró parpadeando el mantel blanco y vacío y los platos resplandecientes. No había comida. Toda la vida lo habían esperado allí unos alimentos maravillosos. Hoy no.

-¡Mamá, despierta! -Corrió hacia la madre.- ¿Iré a la escuela? ¿Dónde está la comida? ¡Despierta!

Corrió escaleras arriba.

En las Tierras Altas había frío y sombras, y los soles de vidrio blanco no brillaban más en los techos de ese día, de nieblas tétricas. Edwin corrió por pasillos oscuros, por descoloridos continentes de silencio. Llamó y llamó a la puerta de la escuela. La puerta se abrió lentamente, sola, gimiendo.

La escuela estaba vacía y oscura. En la chimenea no rugía ningún fuego arrojando sombras a las vigas del techo... No se oía ningún crujido, ningún suspiro.

-¿Maestra?

Edwin se detuvo en el centro de la habitación muerta y helada.

-¡Maestra! -gritó.

Tiró de las cortinas; un débil rayo de sol cayó atravesando los vidrios emplomados.

Edwin movió las manos. Le ordenó al fuego que estallara como un grano de maíz. Le ordenó que floreciera en vida. Cerró los ojos, esperando a que la maestra apareciera. Abrió los ojos y miró estupefacto el pupitre.

La túnica y la bufanda gris estaban allí cuidadosamente dobladas, y los lentes de plata brillaban encima, al lado de un guante gris. Edwin los tocó. El otro guante había desaparecido. Descubrió encima de la túnica un pedazo de lápiz de cosmética. Lo probó dibujándose unas líneas oscuras en las manos.

Retrocedió, los ojos clavados en la túnica vacía, los lentes, el lápiz grasoso. Tocó el pestillo de una puerta que siempre había estado cerrada. La puerta se abrió lentamente. Edwin se encontró mirando el interior de un armarito pardo.

-¡Maestra!

Entró de prisa en el armario, y la puerta se cerró bruscamente, detrás. Apretó un botón rojo. La habitación se hundió, y junto con ella se hundió también una frialdad lenta y mortal. En el mundo había silencio, quietud y calma. La maestra había desaparecido, y la madre... dormía. El cuarto cayó todavía más, sosteniendo a Edwin entre unas mandíbulas de hierro.

Un golpe de maquinarias. Una puerta se abrió deslizándose. Edwin salió corriendo. ¡La sala!

Detrás no dejaba una puerta sino un simple panel de roble.

La madre yacía aún en el piso, imperturbable. Edwin movió el cuerpo y alcanzó a ver debajo un guante gris y blando, un guante de la maestra.

Se quedó de pie junto a la madre, largo rato, mirando el guante increíble que tenía en la mano. Al fin se puso a gimotear.

Huyó corriendo a las Tierras Altas. La chimenea estaba fría; el cuarto, vacío. Esperó. La maestra no aparecía. Descendió de nuevo corriendo a las solemnes Tierras Bajas, y le ordenó a la mesa que se cubriera con platos humeantes. No ocurrió nada. Se sentó junto a la madre, hablándole y rogándole y tocándola, y las manos de ella estaban frías.

El tictac del reloj continuó y la luz cambió en el cielo y la madre no se movía, y Edwin tenía hambre y el polvo silencioso descendía en el aire a través de todos los Mundos. Edwin pensó en la maestra y supo que no estaba en ninguna de las colinas y montañas de arriba, y que sólo podía estar en un sitio. Había entrado por error en las Tierras Exteriores, y se había extraviado y no saldría de allí hasta que alguien fuera a buscarla. De modo que él, Edwin, tenía que salir, llamarla, traerla de vuelta para despertar a mamá, pues si no mamá se quedaría allí para siempre mientras el polvo caía en los vastos espacios oscurecidos.

Atravesó la cocina, salió por atrás, y encontró el sol poniente y oyó débilmente los cascos de las Bestias más allá de la frontera del Mundo. Se apoyó en la pared del jardín, no atreviéndose a seguir, y en las sombras, a la distancia, vio la caja rota que había arrojado por la ventana. Unas motas de luz solar chispeaban en la tapa rota y tocaban temblorosamente una y otra vez la cara del polichinela, que había saltado afuera y ahora abría los brazos en un eterno ademán de libertad. El muñeco sonreía y no sonreía, sonreía y no sonreía, mientras el sol parpadeaba sobre la boca, y Edwin miraba, de pie, hipnotizado, por encima y más allá. El muñeco abría los brazos hacia el sendero que se alejaba entre los árboles secretos, el sendero prohibido, manchado por los excrementos oleosos de las Bestias. Pero el sendero se extendía en silencio y el sol calentaba y Edwin oyó el viento que soplaba apenas entre los árboles. Al fin se adelantó dejando atrás la pared del jardín.

-¿Maestra?

Siguió caminando a lo largo del sendero, unos pocos metros.

-¡Maestra!

Los zapatos le resbalaban en los excrementos de las Bestias, y Edwin miraba sin ver el extremo del túnel inmóvil. El sendero se movía debajo, los árboles encima.

-¡Maestra!

Caminó lentamente, pero sin detenerse ni aminorar la marcha. Al fin se volvió. Detrás se extendía el Mundo y aquel nuevo silencio. ¡El Mundo parecía disminuido, menor! Qué raro era verlo más pequeño que antes. Hasta hacía poco había sido siempre inmenso, y Edwin no había pensado nunca que cambiaría alguna vez. Sintió que se le paraba el corazón. Dio un paso atrás. Pero casi en seguida sintió que el silencio del Mundo lo aterrorizaba y se volvió de nuevo hacia el sendero del bosque.

Todo lo que se extendía delante era nuevo. Los olores le colmaban la nariz; los colores, las formas raras, las dimensiones increíbles le colmaban los ojos.

Si corro más allá de los árboles me moriré, pensó, pues eso es lo que mamá decía. Te morirás, te morirás.

Pero ¿qué era morirse? ¿Otro cuarto? ¡Un cuarto azul, un cuarto verde, mucho más grande que todos los cuartos anteriores! Pero ¿y la llave? Allá, muy lejos, un portón de hierro abierto de par en par, una puerta de hierro forjado. ¡Más allá un cuarto tan inmenso como el cielo, todo coloreado de verde con hierbas y árboles! Oh, mamá, maestra...

Edwin corrió, tropezó, cayó, se levantó, corrió de nuevo, y dejó atrás las piernas entumecidas mientras caía y caía por la pendiente de una loma, fuera del sendero, gimoteando, llorando; y al fin los gimoteos y los llantos se transformaron en nuevos sonidos. Llegó a la puerta de hierro enmohecida y chirriante y la cruzó de un salto. El Universo se bamboleó detrás. Edwin corrió otra vez y ya no miró más los Mundos Antiguos, que se marchitaron y desvanecieron.

El policía se detuvo al borde de la acera, mirando la calle.

-Esos niños..., no los entenderé nunca.

-¿Qué pasó? -preguntó el peatón.

El policía pensó un rato frunciendo el ceño.

-Hace un par de segundos un niño pasó corriendo. Reía y lloraba, reía y lloraba, todo a la vez. Saltaba arriba y adelante y tocaba todas las cosas. Cosas corno faroles, postes telefónicos, bocas de agua, perros, gente. Cosas como aceras, vallas, puertas, coches, ventanas de vidrio esmerilado, cilindros de barbería. Demonios, hasta me tocó a mí y me miró, y miró el cielo, y viera cómo lloraba, y en todo ese tiempo gritaba y gritaba algo raro.

-¿Qué gritaba? -preguntó el peatón.

-Gritaba siempre: «¡Estoy muerto, estoy muerto, me alegra estar muerto, estoy muerto, estoy muerto, me alegra estar muerto, estoy muerto, estoy muerto, es *bueno* estar muerto!». -El policía se rascó lentamente la barbilla.- Otro de esos nuevos juegos de niños, supongo.

LA GUADAÑA

DE REPENTE SE ACABÓ EL CAMINO. Recorría el valle como cualquier otro camino, entre laderas de tierra yerma y pedregosa y encinas, y después junto a un gran campo de trigo solo en aquel desierto.

Llegaba junto a la pequeña casa blanca que pertenecía al campo de trigo y allí desaparecía, como si ya no fuera necesario.

No importaba demasiado porque allí mismo se les había terminado la gasolina. Drew Erickson frenó el viejo cacharro y permaneció sentado allí, sin hablar, contemplándose las grandes y rugosas manos de granjero.

Molly dijo, sin moverse del rincón donde estaba, junto a él: -Seguramente hemos tomado un desvío equivocado.

Drew asintió.

Los labios de Molly estaban casi tan blancos como su rostro, pero secos, mientras que su piel aparecía bañada de sudor. Su voz sonaba opaca, sin la menor expresión.

-Drew, ¿qué vamos a hacer ahora?

Drew se miró las manos. Manos de granjero a las que el viento, seco y hambriento, que nunca tenía bastante buena marga que comer, les había arrebatado la granja.

Los niños, que iban en el asiento de atrás, se despertaron y asomaron las cabezas por entre los bultos y mantas polvorientos, por encima del respaldo del asiento, y preguntaron: -¿Por qué nos paramos, papá? ¿Vamos a comer ahora, papá? Papá, tenemos mucha hambre.

¿Podemos comer ahora, papá?

Drew cerró los ojos. Aborrecía la visión de sus manos.

Los dedos de Molly rozaron su muñeca con suavidad, dulcemente.

-Drew, quizá en esa casa nos podrían dar algo para comer.

Una arruga apareció junto a su boca.

-Mendigar -masculló-. Ninguno de nosotros ha mendigado nunca ni mendigará ahora.

La mano de Molly se cerró sobre su muñeca. Al volverse vio sus ojos y también los de Susie y del pequeño que le miraban. Poco a poco fue cediendo la rigidez de su cuello y de su espalda. Su rostro se puso blando e inexpresivo, informe, como una cosa que ha sido golpeada con dureza durante demasiado tiempo. Bajó del coche y emprendió el camino hacia la casa. Caminaba sin seguridad, como un hombre enfermo o medio ciego.

La puerta de la casa estaba abierta. Drew llamó tres veces. En el interior sólo había un silencio y una cortina blanca en la ventana moviéndose en el aire pesado, caliente.

Lo sabía antes de entrar. Sabía que la muerte estaba dentro de la casa. Era ese tipo de silencio.

Cruzó por un pequeño vestíbulo a un cuarto de estar limpio y no muy grande. No pensaba en nada. Estaba más allá de todo pensamiento. Iba en dirección a la cocina, sin preguntar, como un animal.

Entonces, al mirar por una puerta abierta, vio al muerto.

Era viejo y descansaba sobre una cama limpia y blanca. Llevaba poco tiempo muerto porque aún no había perdido esa última expresión tranquila, de paz. Debió saber que iba a morir porque vestía sus ropas de enterrar: un viejo traje negro, limpio y aseado, una camisa blanca y una corbata negra.

En la pared, junto a su cama, se apoyaba una guadaña. Entre las manos del anciano había una espiga de trigo, todavía fresca. Una espiga madura, dorada y cargada de grano.

Drew entró en la habitación, de puntillas. Había cierto aire tranquilo en el muerto. Se quitó el sombrero viejo y polvoriento y se quedó junto a la cama, mirándole.

La hoja de papel, sin doblar, estaba sobre la almohada, al lado de la cabeza del anciano. Estaba allí para ser leído. Tal vez una petición para que se le enterrara, o de avisar a un pariente. Drew frunció el ceño mientras leía el texto, moviendo sus labios pálidos y resecos.

Al que se encuentre junto a mí en mi lecho de muerte: Estando sano de juicio y solo en el mundo, como he declarado, yo, John Buhr, doy y lego esta granja con todas sus pertenencias al hombre que llegue. Sea cual sea su nombre o de donde proceda, no importa. La granja es suya, así como el trigo, la guadaña y la tarea que corresponda. Que lo acepte todo libremente, sin preguntas, y que tenga en cuenta que yo, John Buhr, soy sólo el que da, no el que manda. Y esto lo firmo y rubrico este día tercero de abril de 1938 (firmado) John Buhr. ¡Kirie eleisón!

Drew volvió sobre sus pasos a través de la casa y abrió la puerta de tela metálica.

-¡Ven, Molly! Que los niños se queden en el coche.

Molly entró en la casa y él la acompañó al dormitorio. Miró el testamento, la guadaña, y el campo de trigo sacudido por el viento caliente al otro lado de la ventana. Su pálida cara se tensó, se mordió los labios y se agarró a él.

-Es demasiado bueno para ser verdad. Debe haber algún truco.

-Nuestra suerte ha cambiado, simplemente -dijo Drew-. Tendremos trabajo, comida y un techo sobre nuestras cabezas para guardarnos de la lluvia.

Tocó la guadaña. Brillaba como una media luna. En su hoja habían grabadas unas palabras: «El que me empuña, empuña el mundo.» En aquel momento, las palabras no significaron nada para él.

-Drew -preguntó Molly, mirando las manos cruzadas del viejo-, ¿por qué..., por qué aprieta tan fuerte la espiga entre sus dedos?

Justo en aquel momento se rompió el silencio al llegar los niños corriendo hacia el porche.

A Molly se le cortó el aliento.

Se quedaron a vivir en la casa. Enterraron al viejo en una colina, pronunciaron unas palabras apropiadas, regresaron, barrieron la casa, descargaron el coche y comieron algo, porque había comida en la cocina, montones de comida. Durante tres días no hicieron otra cosa que ordenar la casa, recorrer la tierra y dormir en buenas camas, y luego mirarse unos a otros sorprendidos porque todo hubiese ocurrido de aquel modo, y sus estómagos estaban llenos y había incluso un cigarro para que él fumara por las noches.

Detrás de la casa descubrió un pequeño granero y en el granero un toro y dos vacas; y había un pozo cubierto y un manantial debajo de unos árboles que lo mantenían fresco. Y en la caseta del pozo habían grandes trozos de ternera, tocino, cerdo y cordero, como para alimentar una familia cinco veces mayor durante un año, dos años, o tal vez tres. Había una mantequera y una caja de quesos, y grandes recipientes de metal para la leche.

En la cuarta mañana, Drew Erickson descansaba en la cama mirando la guadaña y comprendió que ya era hora de ponerse a trabajar porque en el campo grande el grano ya estaba maduro; lo había visto con sus propios ojos y no quería haraganear. Tres días de no hacer nada eran suficientes para cualquier hombre. Se levantó al despuntar el alba y se llevó la guadaña, sosteniéndola delante de él mientras caminaba hacia el campo. La levantó en sus manos y la blandió.

Era un campo de trigo muy grande. Demasiado para un solo hombre, pese a que un solo hombre lo había trabajado.

Al finalizar el primer día de trabajo, entró en la casa con la guadaña al hombro, en silencio, y había una expresión perpleja en su rostro. Nunca había visto un campo de trigo como aquél.

Maduraba en grupos separados, cada uno apartado de los otros. No se lo comentó a Molly ni tampoco le contó otras cosas sobre el campo, como por ejemplo que el trigo se pudría a las pocas horas de haberlo cortado. El trigo no solía hacerlo. No estaba demasiado preocupado. Después de todo, tenían comida a mano.

Al día siguiente, el trigo que había cortado y que se estaba pudriendo, había arraigado y crecía de nuevo en forma de pequeños brotes verdes, con pequeñas raíces, nacido de nuevo.

Drew Erickson se frotó la barbilla, preguntándose cómo, qué y por qué se comportaba de ese modo, y qué beneficios podría reportarle pues así no podía venderlo. Un par de veces durante el día se dirigió hacia la colina donde estaba la tumba del viejo, sólo para asegurarse que el hombre seguía allí, quizá con la vaga esperanza que encontraría alguna idea sobre el campo. Miró hacia abajo y vio la cantidad de tierra que poseía. El trigo cubría unas tres millas en dirección a las montañas y tenía unos dos acres de anchura, en trozos de semillero, trozos de trigo maduro y trozos de trigo recién cortados por su mano. Pero el viejo no le comentó nada de esto; ahora su rostro estaba cubierto de tierra y piedras. La tumba estaba al sol, con viento y con silencio. Así que Drew Erickson volvió a bajar para utilizar su guadaña, curioso, disfrutando porque le parecía importante. No sabía bien por qué, pero lo era. Muy, muy importante.

No podía dejar el trigo sin tocar. Siempre había nuevos trozos maduros; y, hablando con nadie en particular, pero en voz alta, se dijo: -Si voy segando el trigo en los diez próximos años, no creo que pase por el mismo sitio dos veces. Es condenadamente grande el campo. -Meneó la cabeza-. Y ese trigo madura así. Nunca demasiado a la vez para que pueda cortar lo maduro cada día. Así no queda sino grano verde. Y a la mañana siguiente, seguro, otro trozo maduro...

Era pura idiotez cortar el grano cuando se pudría tan pronto como caía. Al final de la semana decidió no hacer nada en unos días.

Se quedó en la cama, escuchando el silencio de la casa que no era nada parecido a un silencio de muerte, sino el silencio de cosas que vivían bien y felizmente.

Se levantó, se vistió, y desayunó despacio. No iba a trabajar. Salió a ordeñar las vacas. Se quedó en el porche fumando un cigarrillo, anduvo un poco por el patio de atrás, volvió a entrar y

preguntó a Molly qué había salido a hacer.

-Has salido a ordeñar las vacas.

-Oh, sí -dijo, y volvió a salir. Encontró a las vacas esperándole, llenas, y las ordeñó y puso la leche en los recipientes de metal en la caseta del pozo, pero pensando en otras cosas. El trigo. La guadaña.

Se pasó el resto de la mañana sentado en el porche liando cigarrillos. Hizo unos barcos de juguete para el pequeño Drew y para Susie, luego se fue a batir la leche para hacer mantequilla y separó el suero, pero el sol se le había metido en la cabeza y le dolía; en realidad le ardía. No tenía ganas de comer. Siguió contemplando el trigo que el viento doblaba, sacudía y volvía a levantar. Flexionó los brazos, los dedos, los apoyó en las rodillas cuando volvió a sentarse en el porche, hizo como si agarrara algo en el aire, le picaba todo. Las palmas de las manos le picaban y le ardían. Se puso en pie, se limpió las manos en los pantalones, volvió a sentarse, y trató de liar otro cigarrillo y se volvió loco con la picadura y las mezclas y lo tiró todo refunfuñando. Tenía una sensación como si le hubiesen cortado un tercer brazo, o que había perdido algo de sí mismo. Algo que tenía que ver con sus manos y sus brazos.

Oyó el viento murmurando en el campo.

A la una de la tarde no hacía otra cosa que entrar y salir de la casa, sin decidirse a hacer nada, pensando en cavar una zanja de riego, pero en realidad, pensando todo el tiempo en el trigo, en lo maduro y precioso que estaba y en como ansiaba ser cortado.

- ¡Maldita sea!

Entró en el dormitorio y descolgó la guadaña. La tenía en las manos. Se sintió fresco. Las manos dejaron de picarle. La cabeza ya no le dolía. Había recuperado su tercer brazo. Volvía a estar intacto.

Era puro instinto. Tan ilógico como el rayo cayendo sin dañar. El grano debía cortarse cada día.

Tenía que cortarse. ¿Por qué? Pues porque sí, y basta. Se echó a reír mirando la guadaña en sus manazas. Después, silbando, la llevó al campo de trigo maduro y se puso manos a la obra. Se dijo que estaba un poco loco. Pero bueno, en realidad era un campo de trigo de lo más corriente... O casi.

Los días fueron pasando como caballos mansos.

Drew Erickson empezó a considerar su trabajo como una especie de dolor seco, de hambre y necesidad. En su cabeza se iban amontonando las cosas.

Un mediodía, Susie y el pequeño Drew reían y jugaban con la guadaña mientras su padre comía en la cocina. Les oyó. Salió y se la quitó de las manos. No les gritó. Sólo pareció muy preocupado y después de aquel día guardaba la guadaña cuando no la utilizaba.

Ni un sólo día dejó de segar.

Arriba. Abajo. Arriba. Abajo y a través. Otra vez arriba, abajo y a través. Segando. Arriba. Abajo.

Arriba.

Piensa en el viejo y en el trigo que tenía en las manos cuando murió.

Abajo.

Piensa en esta tierra muerta, con trigo viviente en ella.

Arriba.

Piensa en el extraño dibujo de trigos verdes y maduros, en el modo como crece.

Abajo.

Piensa...

El trigo se agitaba como una marea amarilla junto a sus tobillos. Drew Erickson dejó caer la guadaña y se inclinó para sujetarse el estómago, con los ojos nublados. El mundo le daba vueltas.

-¡He matado a alguien! -jadeó, ahogándose, sujetándose el pecho, cayendo de rodillas junto a las espigas-. He matado a muchos...

El cielo giró como un tiovivo en la feria de Kansas. Pero sin música. Sólo un zumbido en sus oídos.

Molly estaba sentada ante la mesa azul de la cocina pelando patatas cuando entró dando traspiés, arrastrando la guadaña tras él.

-¡Molly!

La vio nadar en el agua de sus ojos.

Pero estaba allí, sentada, con las manos abiertas, esperando a que él se desahogara.

-¡Recógelo todo! -le dijo mirando al suelo.

-¿Por qué?

-Porque nos vamos -dijo con voz apagada.

-¿Nos vamos?

-Es el viejo. ¿Sabes lo que hacía aquí? Es el trigo, Molly, y esta guadaña. Cada vez que se utiliza la guadaña en el trigal, muere un millar de personas. Les siegas y...

Molly se levantó, dejó el cuchillo y las patatas a un lado, y le dijo, comprensiva: -Viajamos durante mucho tiempo y casi no comimos hasta que llegamos aquí, hace un mes, y tú no has dejado de trabajar todos los días y estás cansado...

-Oigo voces, voces tristes, ahí fuera. En el trigo -insistió-. Diciéndome que pare.

¡Pidiéndome que no les mate!

-¡Drew!

No la oía.

-El campo crece mal, salvaje, como desatinado. No te lo había dicho. Pero es malo.

Molly se le quedó mirando. Sus ojos eran como vidrios azules, sin expresión.

-Crees que estoy loco, pero espera a que te lo cuente todo. Oh, Molly, ayúdame. ¡Acabo de matar a mi madre!

-¡Basta! -le dijo ella con firmeza.

-Corté un tallo de trigo y la maté. La sentí morirse. Así es como descubrí ahora mismo lo...

-¡Drew! -Su voz fue como un latigazo en su rostro, ahora asustada y furiosa-. ¡Cállate!

-Oh, Molly... -murmuró.

La guadaña cayó de sus manos al suelo, ruidosamente. Ella la recogió en un arranque de rabia y la apoyó en un rincón.

-Llevo diez años contigo. A veces no teníamos otra cosa que oraciones y polvo que llevarnos a la boca. Ahora, de pronto nos viene esta suerte y no puedes o no sabes soportarla.

Fue a buscar la Biblia al cuarto de estar.

Pasó rápidamente las páginas. Parecía el rumor del trigo movido por un viento suave.

-¡Siéntate y escucha! -le ordenó.

Les llegaron ruidos desde el exterior soleado. Los niños reían a la sombra de la gran encina, junto a la casa.

Leyó en la Biblia, alzando la vista de vez en cuando para ver los cambios en el rostro de Drew.

Desde entonces leyó algo de la Biblia todos los días. El miércoles siguiente, una semana después, cuando Drew se acercó caminando al pueblo, distante, para ver si había correspondencia, encontró una carta para ellos en la oficina de correos.

Cuando llegó a la casa parecía haber envejecido cien años.

Tendió la carta a Molly y le contó lo que decía con voz helada e insegura.

-Mi madre murió; el martes a la una de la tarde... Su corazón...

Todo lo que supo decir Drew Erickson fue: -Mete a los niños en el coche. Cárgalo de comida. Nos vamos a California.

-Drew -dijo su mujer, con la carta en la mano.

-Tú también lo sabes, es tierra pobre para el trigo. Pero fíjate cómo crece y madura. Y no te lo he dicho todo. Madura a trozos, un poco cada día. No es normal. Y cuando lo corto..., se pudre. Y a la mañana siguiente ha rebrotado sin mi ayuda, y vuelve a crecer... El martes pasado, hace una semana, cuando lo corté, era como si cortara mi propia carne. Oí que alguien gritaba. Era como si..., y ahora, hoy, esta carta.

»Molly.

-Nos quedaremos aquí, donde es seguro que comeremos, dormiremos y tendremos una vida larga y llevadera. ¡No quiero que mis hijos vuelvan a pasar hambre, nunca más!

Por las ventanas se veía el cielo azul. El sol, inclinado, daba en mitad de la cara tranquila de Molly, haciéndole brillar uno de sus ojos azules. Cuatro o cinco gotas de agua colgaban y caían lentamente del grifo de la cocina, brillando, antes que él mirara. Tenía una expresión resignada y cansada. Movió la cabeza, apartando la mirada.

-De acuerdo -dijo-. Nos quedaremos.

-¡Nos quedamos! -dijo Molly.

Recogió la guadaña, abrumado. Las palabras grabadas en el metal aparecieron deslumbrantes.

«¡El que me empuña, empuña el mundo!» -Nos quedamos.

A la mañana siguiente se dirigió a la tumba del viejo. Había un solo brote de trigo, fresco, en el centro. El mismo brote, crecido, que el viejo había sostenido en las manos varias semanas atrás.

Habló con el viejo sin obtener respuestas.

-Trabajaste en el campo toda tu vida porque tenías que hacerlo, y un día te encontraste con tu propia vida creciendo allí. Supiste que era tu vida. La segaste. Y viniste a casa, te vestiste para la tumba, tu corazón falló y falleciste. Así fue como ocurrió, ¿no es verdad? Y me cediste la tierra, y cuando yo muera, imagino que deberé cederla a otro.

La voz de Drew reflejaba espanto.

-¿Cuánto tiempo hace que ocurre esto? ¿Nadie está enterado de este campo y de su utilización excepto el hombre de la guadaña...?

De repente se sintió muy viejo. El valle parecía antiguo, momificado, secreto, seco, torcido y poderoso. Cuando los indios bailaban en el prado, el campo ya estaba ahí. El mismo cielo, el mismo viento, el mismo trigo. ¿Y antes de los indios? Algún Cro-Magnon musculoso y despeinado, empuñando una tosca guadaña de madera, quizás, y trabajando con torpeza a través del trigo viviente...

Drew volvió al trabajo. Arriba, abajo. Arriba, abajo. Obsesionado con la idea de ser el que

empuñaba la guadaña. Precisamente él. Se dio cuenta en un arranque de fuerza y de horror.

¡Arriba! «¡El que me empuña!» ¡Abajo! «¡Empuña el mundo!» No tenía más remedio que aceptar el trabajo con cierta filosofía. Era simplemente el medio de tener casa y alimentos para su familia. Tenían derecho a comer y vivir decentemente, pensó, después de todos esos años.

Arriba y abajo. Cada grano era una vida que cortaba limpiamente por la mitad. Si lo planeaba cuidadosamente -miró el trigo- él, Molly y los niños podían vivir eternamente.

Cuando descubriera el lugar donde crecía el trigo que era Molly y Susie y el pequeño Drew, nunca lo cortaría.

Y de pronto, como un aviso, lo tuvo allí sin ruido.

Allí mismo, delante de él.

Otra pasada de la guadaña y los segaba a todos.

Molly, Drew, Susie. Era seguro. Temblando, se arrodilló y miró los pocos granos de trigo. Al tocarlos, brillaron.

¿Y si los hubiera cortado sin darse cuenta? Se puso en pie, recogió la guadaña y se apartó del trigo, pero se quedó un buen rato contemplándolo.

A Molly le pareció muy raro que llegara a casa tan pronto y que la besara en la mejilla, sin ninguna razón.

A la hora de la cena, Molly comentó: -Hoy has terminado pronto. ¿Es..., es que el trigo sigue pudriéndose cuando cae?

Asintió, y se sirvió más carne. Ella sugirió: -Deberías escribir a los de Agricultura y decirles que vengan a verlo.

-No.

-Era sólo una sugerencia.

-Tengo que quedarme aquí toda mi vida. -Se le dilataron los ojos-. No puedo dejar que vengan y me echen a perder el trigo; no sabrían dónde segar y dónde no. Podrían segar en la parte que no conviene.

-¿Qué quieres decir?

-Nada -respondió, sin dejar de masticar-. Nada, olvídalo.

De pronto soltó el tenedor y dijo: -¡Quién sabe lo que querría hacer esa gente del gobierno! Incluso podrían..., incluso podrían querer arar todo el campo.

-Eso es precisamente lo que hace falta -asintió Molly-. Y empezar de nuevo, con semilla nueva.

Drew no pudo terminar de comer. Protestó: -No voy a escribir a ningún gobierno, ni voy a entregar este campo a ningún forastero para que lo are. ¡Y basta! -exclamó, y salió dando un portazo.

Recorrió el lugar donde las vidas de su mujer y de sus hijos crecían al sol, y utilizó su guadaña al otro extremo del campo, donde sabía que no podía cometer ningún error.

Pero ya no le gustaba su trabajo. Al cabo de una hora sabía que había traído la muerte a tres de sus antiguos y queridos amigos de Missouri. Leyó sus nombres en el trigo cortado y no pudo seguir.

Metió la guadaña en la bodega y guardó la llave. Había acabado con la siega de una vez por todas.

Por la noche fumó su pipa en el porche y contó cuentos a los niños para oírles reír. Pero no rieron mucho. Parecían retraídos, cansados, extraños, como si ya no fueran sus hijos.

Molly se quejó de dolor de cabeza, estuvo haciendo cosas por la casa con poco ánimo, se acostó temprano y se sumió en un sueño profundo. También eso era raro. Molly siempre se quedaba hasta muy tarde y siempre llena de vida.

El campo de trigo ondulaba bajo la luz de la luna, y parecía un mar.

Necesitaba que lo segaran. Ciertas partes necesitaban ser cortadas ahora. Drew Erickson permaneció sentado, tragando saliva en silencio, esforzándose por no mirar.

¿Qué ocurriría en el mundo si no volvía a ir más al campo? ¿Qué pasaría con la gente a punto de morir y que esperaba la llegada de la guadaña?

Esperaría y vería.

Molly respiraba dulcemente cuando él fue a apagar la lámpara de petróleo y se metió en la cama.

No podía dormir. Oía el viento en el trigo, sentía deseos de emprender el trabajo con sus manos y sus dedos.

A media noche se encontró caminando en el campo, con la guadaña en las manos. Caminando como un loco, caminando asustado, medio despierto. No recordaba haber abierto la puerta de la bodega ni sacado la guadaña, pero allí estaba, caminando entre el grano a la luz de la luna.

Entre estos granos había muchos que eran viejos, estaban cansados y tenían grandes deseos de dormir. El interminable y silencioso sueño sin luna.

La guadaña le aprisionaba, se agarraba a sus palmas, le obligaba a caminar.

Sin saber cómo, debatiéndose, se liberó. La echó al suelo, salió corriendo entre el trigo, se detuvo en medio y cayó de rodillas.

-No quiero matar a nadie más -gimió-. Si trabajo con la guadaña mataré a Molly y a los niños. ¡No me pidas esto!

Las estrellas siguieron sentadas en el cielo, brillando.

Detrás de él oyó un ruido sordo, como un golpe.

Algo se elevó por encima de la colina hacia el cielo. Era como una cosa viva, con brazos de color rojo, lamiendo las estrellas. Sobre su cara cayeron unas pavesas. Un olor espeso, el olor caliente, a fuego, vino con ellas.

¡La casa!

Con un grito, se levantó pesadamente, desesperadamente, mirando la gran hoguera.

La pequeña casa blanca, con sus encinas, se retorcía rugiendo en el estallido de fuego. El calor se arrastró colina arriba y él se encontró en medio. Cayó dando tumbos y lo dejó pasar sobre su cabeza.

Cuando llegó al pie de la colina no quedaba ya ni un madero, ni una cerradura ni un umbral que no estuviera envuelto en llamas. Hacía un ruido crujiente, como si estallara, como si se derrumbara.

Nadie gritaba dentro. Nadie salía corriendo, ni gritando.

-¡Molly! ¡Susie! ¡Drew! -gritó desde el patio.

No obtuvo respuesta. Entró corriendo hasta que sus cejas se quemaron y su piel se arrugó como papel ardiendo, encogiéndose, enroscándose en pequeños rizos.

-¡Molly! ¡Susie!

El fuego iba asentándose satisfecho. Drew corrió alrededor de la casa una docena de veces, completamente solo, buscando el modo de entrar. Luego se sentó donde el fuego iba asando su cuerpo y esperó a que todas las paredes se desplomaran, hasta que los últimos techos se combaran,

cubriendo los suelos de yeso fundido y listones chamuscados. Allí estuvo hasta que las llamas murieron, el humo dejó de subir y llegó despacio el nuevo día; y no quedaba nada salvo rescoldos y ceniza, y un hedor ácido.

Sin tener en cuenta el calor que salía de las ruinas, Drew se metió dentro. Era aún muy oscuro para poder ver mucho. Un resplandor rojo se reflejaba en su cuello sudoroso. Estaba como un forastero en una tierra nueva y diferente. Aquí..., era la cocina. Sillas quemadas, la mesa, la cocina de hierro, los armarios. Aquí..., el vestíbulo. Ahí el salón y al otro lado la alcoba donde...

Donde Molly seguía viva.

Dormía entre vigas caídas y trozos retorcidos de alambre y metal.

Dormía como si nada hubiera ocurrido. Sus manos pequeñas y blancas estaban a sus costados cubiertos de pavesas. Su rostro tranquilo reposaba con un listón ardiendo sobre una mejilla.

Drew se detuvo, incrédulo. Entre las ruinas de su dormitorio humeante yacía sobre un lecho de pavesas, con su piel intacta, con su pecho subiendo y bajando, respirando.

-¡Molly!

Viva y durmiendo después del fuego, después que las paredes se habían desplomado rugiendo, después que los techos le habían caído encima y las llamas se habían alzado a su alrededor.

Sus zapatos desprendían humo después de haberse abierto paso entre montones de restos ardientes. Si se le hubieran quemado los pies y se les hubieran separado de los tobillos, no se habría dado cuenta.

-¡Molly!

Se inclinó sobre ella. Ni se movió, ni le oyó ni dijo nada. No estaba muerta. No estaba viva. Sólo yacía allí, rodeada de fuego que no la tocaba, ni la lastimaba en modo alguno. Su camisón de algodón estaba manchado de cenizas, pero no quemado. Su pelo oscuro se apoyaba en un montón de brasas al rojo.

Le tocó la mejilla y estaba fresca, fresca en medio del infierno. Pequeños suspiros temblaron en sus labios entreabiertos, medio sonrientes.

Los niños también estaban bien. Detrás de una cortina de humo descubrió dos pequeñas figuras acurrucadas sobre el rescoldo, durmiendo.

Llevó a los tres al borde del campo de trigo.

-¡Molly, Molly, despierta! ¡Niños, niños, despierten!

Respiraban pero no se movieron, y siguieron durmiendo.

-¡Niños, despierten! Su madre está...

¿Muerta? No, muerta no. Pero...

Sacudió a los niños como si fueran los culpables. Pero como si nada; estaban sumidos en sus sueños. Volvió a dejarlos en el suelo y se quedó de pie, mirándolos, con su rostro surcado de arrugas.

Sabía por qué habían dormido durante el incendio y continuaban durmiendo ahora. Sabía por qué Molly yacía allí, sin querer volver a reír.

El poder de la guadaña y del trigo.

Sus vidas debían haber terminado ayer, 30 de mayo de 1938, pero se habían prolongado simplemente porque él se negó a segar el trigo. Debían haber muerto en el fuego. Así era como debió haber sido. Pero como él no había utilizado la guadaña, nada podía herirles. Una casa había ardido y se les había caído encima y todavía estaban vivos, sorprendidos a mitad de camino, ni

muertos ni vivos. Simplemente..., esperando. Y por todo el mundo millares como ellos, víctimas de accidentes, fuegos, enfermedades, suicidios, esperaban, dormidos, como Molly y los niños. No podían vivir. Y todo porque un hombre tenía miedo de cosechar el grano maduro. Todo porque un hombre pensaba que podía dejar de trabajar con la guadaña y que nunca volvería a trabajar con ella.

Está bien, se dijo. Está bien. Volveré a usarla.

No se despidió de su familia. Se volvió con una ira latente, contenida. Encontró la guadaña.

Caminó rápidamente y después comenzó a trotar, luego a correr a largas zancadas hasta el centro del campo, delirando, sintiendo el ansia en sus brazos a medida que el trigo azotaba sus piernas. Lo cruzó gritando y de pronto se paró.

-¡Molly! -gritó, y levantó la guadaña y la bajó.

-¡Susie! -exclamó después-. ¡Drew! -y volvió a manejar la guadaña.

Alguien gritó. No se volvió a mirar la casa destruida por el fuego.

Y entonces, sollozando desesperadamente, avanzó de nuevo por el trigo y segó de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda. ¡Una, y otra, y otra vez! Fue dejando enormes cicatrices en el trigo verde, y en el trigo maduro, sin seleccionar, sin importarle, maldiciendo una y otra vez, jurando, riendo, con la hoja reluciendo a la luz del sol y cayendo bajo el sol con un zumbido cantarín. ¡Abajo!

Las bombas destruyeron Londres, Moscú y Tokio.

La hoja siguió segando enloquecida.

Y los hornos de Belsen y de Buchenwald ardieron.

La hoja iba despidiendo sangre roja.

Y los hongos vomitaron soles cegadores en White Sands, Hiroshima, Bikini y más arriba, a través de los cielos continentales de Siberia.

El grano lloraba como una lluvia verde, cayendo.

Corea, Indochina, Egipto, la India temblaron; Asia se estremeció, África despertó en la noche...

Y la guadaña siguió segando, chocando, cortando con la furia y la rabia de un hombre que había perdido tanto, tanto, que ya no le importaba lo que le estaba haciendo al mundo.

A pocas millas de la carretera principal, por un camino de tierra que no conduce a ninguna parte, sólo a unas pocas millas de la carretera abarrotada de tráfico en dirección a California.

Muy de vez en cuando, a lo largo de muchos años, un coche viejo se sale de la carretera, se detiene humeante delante de la ruina quemada de una casa blanca al final del camino de tierra, para pedir información al granjero que ven más allá, uno que trabaja como un loco, como una fiera, de día y de noche, sin parar nunca, en los interminables campos de trigo.

Pero no consiguen ayuda ni respuesta. El granjero está demasiado ocupado en el campo, incluso después de tantos años; demasiado ocupado segando el trigo verde en lugar del maduro.

Y Drew Erickson sigue con su guadaña, a la luz de un sol ciego y una mirada de fuego en sus ojos que nunca duermen, segando, segando, segando...

EL TÍO EINAR

–LLEVARÁ SÓLO un minuto -dijo la dulce mujer del tío Einar.

-Me opongo -dijo el tío Einar-. Y eso sólo lleva un segundo.

-He trabajado toda la mañana -dijo ella, sosteniéndose la espalda delgada-, ¿y tú no me ayudarás ahora? El tamborileo anuncia lluvia.

-Pues que llueva -dijo el tío Einar con despreocupación-. No dejaré que me traspase un relámpago sólo por airear tus ropas.

-Pero lo haces tan rápido...

-Repito, me opongo.

Las vastas alas alquitranadas del tío Einar zumbaban nerviosamente detrás de los hombros indignados.

La mujer le alcanzó una cuerda delgada con cuatro docenas de ropas recién lavadas. El tío Einar sostuvo la cuerda entre los dedos, mirándola con profundo desagrado.

-De modo que hemos llegado a esto -murmuró amargamente-. A esto, a esto, a esto.

Parecía a punto de derramar unas lágrimas tristes y ácidas.

-Anda, no llores, o las mojarás de nuevo -dijo la mujer-. Salta ahora, paséalas.

-Paséalas. -La voz del tío Einar sonaba hueca, terriblemente lastimada.- Pues yo digo: que truene, ¡que llueva a cántaros!

-No te lo pediría si fuese un día hermoso y soleado -dijo la mujer, razonable-. Todo mi lavado sería inútil si no me ayudas. Tendré que colgarlas en la casa...

Esto convenció al tío Einar. Sobre todas las cosas odiaba las ropas que cuelgan como banderas o festones, de modo que un hombre tiene que arrastrarse por el suelo para cruzar un cuarto. Saltó en el aire, y las vastas alas verdes zumbaron.

-¡Sólo hasta la valla de la pradera!

Una sola voltereta, y arriba: las alas mordieron el hermoso aire fresco. Antes que uno pudiese decir: «el tío Einar tiene alas verdes» ya navegaba a baja altura por encima de la granja, arrastrando las ropas en un largo lazo aleteante detrás de los golpes pesados de las alas.

-¡Ahora!

De vuelta ya del viaje el tío Einar trajo flotando las ropas, secas como granos de maíz, y las depositó en las mantas limpias que la mujer había preparado.

-¡Gracias!

-¡Bah! -gritó el tío Einar, y voló a rumiar sus pensamientos debajo del manzano.

Las hermosas alas sedosas del tío Einar le colgaban detrás como las velas verdes de un barco, y cuando estornudaba o se volvía bruscamente le chirriaban o susurraban en los hombros. Era uno de los pocos de la familia con un talento claramente visible. Todos los primos y sobrinos y hermanos oscuros vivían ocultos en pueblos pequeños del mundo entero, hacían cosas mentales invisibles o cosas con dedos de bruja y dientes blancos, o descendían por el cielo como hojas en

llamas, o saltaban en los bosques como lobos plateados por la luna. Vivían relativamente a salvo de los seres humanos comunes. No así un hombre con grandes alas verdes.

No era que odiara sus alas. Lejos de eso. En su juventud había volado siempre de noche, pues las noches son momentos excepcionales para un hombre alado. La luz del día tiene sus peligros, siempre los tuvo, siempre los tendría; pero en las noches, ah, en las noches había navegado sobre islas de nubes y mares de cielo de verano. Sin correr ningún peligro. Había disfrutado realmente de aquellos vuelos.

Pero ahora no podía volar de noche.

De regreso a un alto paso en ciertas montañas de Europa, luego de una reunión de familia en Mellin Town, Illinois (hace algunos años), había bebido demasiado vino tinto. «Pronto estaré bien», se había dicho a sí mismo, vagamente, mientras volaba bajo las estrellas del alba, sobre las lomas que se extendían más allá de Mellin, y soñaba a la luz de la luna. Y de pronto..., un crujido en el cielo...

Una torre de alta tensión.

¡Como un pato en una red! Un tremendo siseo. La chispa azul de un cable le cruzó y ennegreció la cara. Las alas golpearon hacia adelante parando la electricidad, y el tío Einar se precipitó cabeza abajo.

Cayó en el prado iluminado por la luna al pie de la torre y fue como si alguien hubiese arrojado desde el cielo una voluminosa guía de teléfonos.

A la mañana siguiente, temprano, se incorporó sacudiendo violentamente las alas empapadas de rocío. La única luz era una débil franja de alba extendida a lo largo del este. Pronto esa franja se coloraría y todos los vuelos quedarían restringidos. No había otra solución que refugiarse en el bosque y esperar escondido en los matorrales a que otra noche ocultara los movimientos celestes de las alas.

Así conoció el tío Einar a la que sería su mujer.

Durante el día, un primero de noviembre excepcionalmente cálido en las tierras de Illinois, la joven Brunilla Wexley salió a ordeñar una vaca perdida; llevaba en la mano un cubo plateado mientras se deslizaba entre los matorrales y le rogaba inteligentemente a la vaca invisible que por favor volviera a la casa o la leche le reventaría las entrañas. El hecho casi seguro de que la vaca volvería sola cuando las ubres necesitaran realmente atención no preocupaba a Brunilla Wexley. Era una buena excusa para pasear por el bosque, soplar flores de cardo y morder hojas; todo lo que estaba haciendo Brunilla cuando tropezó con el tío Einar.

Dormido junto a un arbusto, parecía un hombre debajo de un alero verde.

-Oh -dijo Brunilla, entusiasmada-. Un hombre. En una tienda de campaña.

El tío Einar despertó. La tienda de campaña se abrió detrás como un alto abanico verde.

-Oh -dijo Brunilla, la buscadora de vacas-. Un hombre con alas.

Así se lo tomó ella. Estaba sorprendida, sí, pero nunca le habían hecho daño, de modo que no le tenía miedo a nadie, y esto de encontrarse con un hombre alado no pasaba todos los días, y se sentía orgullosa. Empezó a hablar. Al cabo de una hora eran viejos amigos, y al cabo de dos horas Brunilla había olvidado las alas. Y el tío Einar le confesó de algún modo cómo había llegado a parar a este bosque.

-Sí, ya noté que estás golpeado por todos lados -dijo Brunilla-. Esa ala derecha tiene mal aspecto. Será mejor que te lleve a casa y te la arregle. De todos modos, no podrías volar así hasta Europa. Y además, ¿quién quiere vivir en Europa en estos días?

El tío Einar se lo agradeció, aunque no entendía muy bien cómo podía aceptar.

-Pero vivo sola -dijo Brunilla-. Pues, como ves, soy bastante fea.

El tío Einar insistió diciendo que todo lo contrario.

-Qué amable eres -dijo Brunilla-. Pero soy fea, no me engaño. Mis padres han muerto. Tengo una granja, grande, toda para mí sola, lejos de Mellin Town, y necesito a alguien con quien hablar.

Pero ¿ella no sentía miedo?, preguntó el tío Einar.

-Orgullo y celos sería más exacto. ¿Puedo?

Y Brunilla acarició las membranosas alas verdes con una envidia cuidadosa. El tío Einar se estremeció y se puso la lengua entre los dientes.

De modo que no había otro remedio: ir a la casa de ella en busca de medicinas y ungüentos, y qué barbaridad, qué quemadura en la cara, ¡debajo de los ojos!

-Suerte que no quedaste ciego -dijo Brunilla-. ¿Cómo pasó?

-Bueno... -dijo el tío Einar, y ya estaban en la granja, notando apenas que habían caminado un kilómetro y medio mirándose a los ojos.

Pasó un día y otro, y el tío Einar le dio las gracias desde el umbral y dijo que debía irse, que apreciaba mucho el ungüento, los cuidados, el alojamiento. Caía la noche y entre ahora, las seis, y las cinco de la mañana tenía que cruzar un continente y un océano.

-Gracias, adiós -dijo, y desplegó las alas y echó a volar en el crepúsculo y se llevó por delante un arce.

-¡Oh! -gritó Brunilla, y corrió hacia el cuerpo inconsciente.

Cuando el tío Einar despertó, al cabo de una hora, supo que ya nunca más podría volar en la oscuridad; había perdido la delicada percepción nocturna. La telepatía alada que le había señalado la presencia de torres, árboles, casas y colinas, la visión y la sensibilidad tan claras y sutiles que lo habían guiado a través de laberintos de bosques, acantilados y nubes, todo había sido quemado para siempre, reducido a nada por aquel golpe en la cara, aquella chicharra y aquel siseo azul eléctrico.

-¿Cómo? -se quejó el tío Einar en voz baja-. ¿Cómo iré a Europa? Si vuelo de día, me verán, y ay, qué pobre chiste, ¡quizás hasta me bajen de un tiro!

O quizá me encierren en un jardín zoológico, ¡qué vida sería esa! Brunilla, ¿qué puedo hacer?

-Oh -murmuró Brunilla, mirándose los dedos-. Ya se nos ocurrirá algo...

Se casaron.

La Familia asistió a la boda. En una inmensa precipitación otoñal de hojas de arce, sicómoro, roble, olmo, los parientes susurraron y murmuraron, cayeron en una llovizna de castañas de Indias, golpearon la tierra como manzanas de invierno, y en el viento que levantaban al llegar a la boda sobreabundaba el aroma del pasado verano. La ceremonia fue breve como una vela negra que se enciende, se apaga con un soplido, y deja un humo en el aire. La brevedad, la oscuridad, esa cualidad de movimientos invertidos y al revés se le escaparon a Brunilla, atenta sólo a la pausada marea de las alas del tío Einar, que murmuraban dulcemente sobre ellos mientras concluía el rito. En cuanto al tío Einar, la herida que le cruzaba la nariz estaba casi curada, y tomando del brazo a Brunilla sentía que Europa se debilitaba y desvanecía a lo lejos.

No tenía que ver demasiado bien para volar directamente hacia arriba o descender en línea recta. Fue pues natural que en esta noche de bodas tomara a Brunilla en brazos y volara verticalmente hacia el cielo.

Un granjero, a cinco kilómetros de distancia, a medianoche, le echó una ojeada a una nube baja y alcanzó a ver unos resplandores y unas débiles estrías luminosas.

-Luces de tormenta -dijo, y se fue a la cama.

El tío Einar y Brunilla no descendieron hasta la mañana, junto con el rocío.

El matrimonio prosperó. Le bastaba a Brunilla mirar al tío Einar, y pensar que era la única mujer del mundo casada con un hombre alado. «¿Qué otra mujer podría decir lo mismo?», le preguntaba al espejo. Y la respuesta era siempre: «¡Ninguna!».

El tío Einar, por su parte, pensaba que el rostro de Brunilla ocultaba una verdadera belleza, una bondad y una comprensión admirables. Consintió en algunos cambios de dieta para conformar a Brunilla, y tenía cuidado con las alas cuando andaba dentro de la casa; las porcelanas golpeadas y las lámparas rotas irritan siempre los nervios, y el tío Einar se mantenía a distancia de esos objetos. Cambió también de hábitos de dormir, pues de cualquier modo ya no podía volar de noche. Y ella a su vez arregló las sillas, acomodándolas a las alas, poniendo unas almohadillas extras aquí o quitándolas allá, y las cosas que decía eran las que más agradaban al tío Einar.

-Estamos aún encerrados en capullos, todos nosotros -decía Brunilla-. Mira qué fea soy, pero un día romperé la cáscara y extenderé un par de alas tan delicadas y hermosas como las tuyas.

-Has roto la cáscara -dijo el tío Einar.

Brunilla pensó un momento.

-Sí -admitió al fin-. Hasta sé qué día ocurrió. En los bosques, ¡cuando buscaba una vaca y encontré una tienda de campaña!

Los dos rieron, y sintiendo el abrazo del tío Einar, Brunilla supo que gracias al matrimonio había salido de la fealdad, así como una espada brillante sale de la vaina.

Tuvieron niños. Al principio el tío Einar temió que nacieran con alas.

-Tonterías, ojalá fuera así -dijo Brunilla-. Nunca les pondríamos el pie encima.

-No -dijo el tío Einar-, ¡pero se te subirían a la cabeza!

-¡Ay! -lloró Brunilla.

Nacieron cuatro hijos, tres niños y una niña, tan movedizos que parecían tener alas. A los pocos años saltaban como renacuajos, y en los días calurosos de verano le pedían al padre que se sentara bajo el manzano y los abanicara con las alas refrescantes y les contara historias fantásticas a la luz de las estrellas acerca de islas de nubes y océanos de cielos y formas de nieblas y viento y el sabor de un astro que se le disuelve a uno en la boca, y de cómo bebes el helado aire de la montaña, y cómo te sientes cuando eres un guijarro que cae desde el monte Everest y te transformas en un capullo verde abriendo las alas como los pétalos de una flor poco antes de golpear el suelo.

Eso había sido el matrimonio del tío Einar.

Y hoy, seis años después, aquí estaba el tío Einar, aquí estaba sentado, envenenándose debajo del manzano, sintiéndose cada vez más impaciente y malévolo, no porque así lo deseara sino porque después de la larga espera era todavía incapaz de volar en el abierto cielo nocturno; nunca había recuperado el sentido extra. Aquí estaba, desalentado, convertido en un mero parasol, descartado y verde, abandonado ahora por los veraneantes infatigables que en otro tiempo habían buscado el refugio de la sombra translúcida. ¿Tendría que estar aquí para siempre, sin atreverse a volar de día porque alguien podía verlo? ¿No sería ya otra cosa que un secador de ropas para Brunilla o un abanico para niños en las noches calurosas de agosto? Hasta hacía seis años había sido *siempre* el mensajero de la Familia, más rápido que una tormenta. Volando sobre lomas y valles, como un bumerán, y aterrizando como una flor de cardo. Siempre había dispuesto de dinero; ¡a la Familia le era muy útil el hombre con alas! Pero ¿ahora? Amarguras. Las alas estremecieron y barrieron el aire y sonaron como un trueno cautivo.

-Papá -dijo la pequeña Meg.

Los niños miraban la cara pensativa y oscurecida del padre.

-Papá -dijo Ronald-, ¡haz más truenos!

-Hoy es un día frío de marzo, lloverá pronto y habrá muchos truenos -dijo el tío Einar.

-¿Vendrás a vernos? -preguntó Michael.

-¡Corred, corred! ¡Dejad reflexionar a papá!

Estaba cerrado al amor, a los hijos del amor y al amor de los hijos. Sólo pensaba en cielos, firmamentos, horizontes, infinitudes, de noche o de día, a la luz de las estrellas, la luna o el sol, cielos nublados o claros, pero siempre cielos, firmamentos y horizontes que se extendían interminables en las alturas. Y aquí estaba ahora, navegando en el césped, siempre abajo, para que no lo vieran.

¡Qué estado miserable, en un pozo hondo!

-¡Papá, ven a mirarnos, es marzo! -gritó Meg-. ¡Y vamos a la loma con todos los niños del pueblo!

-¿Qué loma es ésa? -gruñó el tío Einar.

-¡La loma de las Cometas, por supuesto! -cantaron los niños.

El tío Einar los miró por primera vez.

Cada uno de los niños tenía en las manos una cometa de papel, y el calor de la excitación y un resplandor animal les encendía las caras. Los deditos sostenían unas pelotas de cordel blanco. De las cometas, rojas y azules y amarillas y verdes, colgaban colas de algodón y trozos de seda.

-¡Remontaremos las cometas! -le dijo Ronald-. ¿No vienes?

-No -dijo el tío Einar tristemente-. No tiene que verme nadie o habrá dificultades.

-Puedes esconderte y mirar desde los bosques -dijo Meg-. Hicimos las cometas nosotros mismos. Pues sabemos cómo.

-¿Cómo lo sabéis?

-¡Porque somos tus hijos! -fue el grito instantáneo-. ¡Por eso!

El tío Einar miró a los niños largo rato. Suspiró.

-Un festival de cometas, ¿no es así?

-¡Sí, señor!

-Ganaré yo -dijo Meg.

-¡No, yo! -contradijo Michael.

-¡Yo, yo! -pió Stephen.

-¡Dios de las alturas! -rugió el tío Einar, saltando hacia arriba, batiendo el ensordecedor timbal de las alas-. ¡Niños, niños, os amo tiernamente!

-Papá, ¿qué pasa? -dijo Michael, retrocediendo.

-¡Nada, nada, nada! -entonó Einar. Flexionó las alas hasta el punto máximo de propulsión y embestida. ¡Bum! Las alas golpearon como címbalos. La ola de aire tiró a los niños al suelo- ¡Lo conseguí, lo conseguí! ¡Soy libre de nuevo! ¡Fuego en la caldera! ¡Pluma en el viento! ¡Brunilla! -Einar llamó a la casa. Brunilla apareció en el umbral.- ¡Soy libre! -llamó Einar, emocionado y alto, de puntillas-. Escucha, Brunilla, ¡ya no necesito la noche! ¡Puedo volar de día! ¡No necesito la noche! ¡De ahora en adelante volaré todos los días y cualquier día del año! Pero... pierdo tiempo, hablando. ¡Mira!

Y mientras Brunilla y los niños lo miraban preocupados, Einar sacó la cola de algodón de una de las cometas y se la ató al cinturón, a la espalda; tomó la pelota de cordel, se puso una punta entre los dientes y les dio la otra punta a los niños ¡y voló, arriba, arriba en el aire, alejándose en el viento de marzo!

Y los niños de Einar corrieron por los prados, cruzando las granjas, soltando cordel al cielo soleado, trinando y tropezando, y Brunilla, de pie en el patio, saludaba con la mano y reía, y los niños fueron a la loma de las Cometas sosteniendo la pelota de cordel entre los dedos ávidos, y orgullosos, todos tirando y tironeando y dirigiendo. Y los niños de Mellin Town llegaron corriendo con sus pequeñas cometas para soltarlas al viento y vieron la gran cometa verde que saltaba y oscilaba en el cielo y exclamaron:

-¡Oh, oh, qué cometa! ¡Qué cometa! ¡Oh, cómo me gustaría una cometa parecida! ¿Dónde, dónde la consiguieron?

-¡La hizo papá! -gritaron Meg y Michael y Stephen y Ronald, y tironearon animadamente del cordel y la zumbante y atronadora cometa se zambulló y remontó en el cielo, y cruzando una nube dibujó un largo y mágico signo de exclamación.

EL VIENTO

EL TELÉFONO LLAMÓ A LAS CINCO y media de aquella tarde. Era diciembre, y ya había oscurecido. Thompson tomó el teléfono.

-Hola.

-Hola, ¿Herb?

-Oh, eres tú, Allin.

-¿Está tu mujer en casa, Herb?

-Claro, ¿por qué?

-Maldición.

Herb Thompson sostuvo serenamente el receptor.

-¿Qué ocurre? Tienes una voz rara.

-Quiero que vengas aquí esta noche.

-Tenemos visitas.

-Quiero que pases aquí la noche. ¿Cuándo se va tu mujer?

-La semana próxima -dijo Thompson-. Estará en Ohio unos nueve días. Tiene la madre enferma. Podría ir entonces.

-Desearía que vinieras hoy.

-Ojalá pudiera. Visitas y todo, mi mujer me mataría.

-Desearía que vinieras.

-¿Qué pasa? ¿El viento de nuevo?

-Oh, no. No.

-¿Es el viento? -preguntó Thompson.

La voz titubeó en el teléfono.

-Sí. Sí, es el viento.

-La noche es clara, no hay mucho viento.

-Hay bastante. Entra por la ventana y mueve un poco las cortinas. Lo suficiente para que me dé cuenta.

-Mira, ¿por qué no vienes y pasas la noche aquí? -dijo Herb Thompson paseando los ojos por la sala iluminada.

-Oh, no. Es demasiado tarde, y puede alcanzarme en el camino. Estás muy lejos. No me atrevo, pero gracias de todos modos. Son cincuenta kilómetros, gracias.

-Tómate una píldora para dormir.

-Me he pasado toda la última hora en la puerta, Herb. Llegué a ver que está alzándose en el oeste. Hay algunas nubes allá y vi que una de ellas se rompía o algo parecido. Un viento que viene, no hay duda.

-Bueno, tómate una buena pastilla para dormir. Y llámame cuando se te antoje. Más tarde esta noche si quieres.

-¿A cualquier hora?

-Por supuesto.

-Lo haré, pero desearía que pudieses salir. Aunque no quiero que te pase nada. Eres mi mejor amigo y no quisiera eso para ti. Quizá sea mejor que lo enfrente solo. Lamento haberte molestado.

-Por favor, ¿para qué está un amigo? Te diré qué puedes hacer. Siéntate y escribe algo esta noche -dijo Herb Thompson, apoyándose ya en un pie ya en el otro-. Olvídate del Himalaya y el Valle de los Vientos y esta preocupación tuya a propósito de los huracanes y las tormentas. Termina otro capítulo de ese libro.

-Tendría que intentarlo. Quizá lo haga, no lo sé. Quizá lo haga. Tendría que intentarlo. Muchas gracias por permitirme que te aburra de nuevo.

-Vete al diablo. Y ahora corta. Mi mujer me llama a cenar.

Herb Thompson colgó.

Fue al comedor y se sentó a cenar y su mujer se sentó enfrente.

-¿Era Allin? -preguntó. Thompson asintió-. Allin y sus vientos: vientos que soplan hacia arriba y hacia abajo, y vientos calientes y vientos fríos -dijo la mujer alcanzándole a Thompson un plato colmado de comida.

-Las pasó mal en los Himalaya, durante la guerra -dijo Herb Thompson.

-No creerás lo que dice acerca de ese valle, ¿no es cierto?

-Es una buena historia.

-Escalando aquí y allá, escalando por todas partes. ¿Por qué escalarán montañas los hombres, asustándose a sí mismos?

-Estaba nevando -dijo Herb Thompson.

-¿De veras?

-Y llovía y granizaba y soplaba el viento, todo al mismo tiempo, en ese valle. Allin me lo contó una docena de veces. Lo cuenta bien. Estaba muy arriba. Nubes, y todo. De pronto llegó un sonido del valle.

-Apuesto que sí -dijo la mujer.

-Como muchos juntos, en vez de uno. Vientos de todo el mundo. -Thompson se llevó un

bocado a la boca-. Así dice Allin.

-Ante todo no tenía que haber ido allí a mirar -dijo la mujer-. Empiezas por espiar y en seguida te vienen ideas raras a la cabeza. Los vientos se enojan por haberte metido donde no te llaman, y luego te persiguen.

-No te burles, es mi mejor amigo -soltó Herb Thompson.

-¡Todo es tan tonto!

-Sin embargo, las ha pasado malas. Aquella tormenta de Bombay, poco después, y el tifón de Nueva Guinea dos meses más tarde. Y aquella vez en Cornwall.

-No siento simpatía por un hombre que se pasa la vida metiéndose en tormentas y huracanes, y luego desarrolla un complejo de persecución.

En ese momento sonó el teléfono.

-No contestes -dijo la mujer.

-Quizá es importante.

-Es sólo Allin, de nuevo.

Se quedaron sentados y el timbre del teléfono sonó nueve veces. Al fin el aparato calló. Thompson y su mujer terminaron de cenar. En la cocina una leve brisa movió las cortinas de la ventana.

El teléfono sonó otra vez.

-No puedo dejar que suene y suene -dijo Thompson, y contestó-: Oh, hola, Allin.

-¡Herb! ¡Está aquí! ¡Ha llegado!

-Estás demasiado cerca del teléfono, retrocede un poco.

-Yo estaba en la puerta, esperándolo. Lo vi venir por la carretera, moviendo todos los árboles, uno a uno, hasta que sacudió los árboles junto a la casa y al fin se encaminó hacia mí, ¡y le cerré la puerta en las narices!

Thompson no dijo nada. No se le ocurría qué decir. La señora Thompson lo miraba desde la puerta de la sala.

-Qué interesante -dijo Thompson al fin.

-Ha rodeado la casa, Herb. No puedo salir ahora, no puedo hacer nada. Pero lo engañé, le dejé pensar que me tenía, y cuando se lanzó hacia mí, ¡cerré de un portazo y eché la llave! Estaba preparado, he estado preparándome durante semanas.

Thompson sintió que la transpiración le mojaba el cuello. Bromeó jovialmente en el teléfono mientras su mujer lo miraba.

-Ajá, cuéntame, Allin, mi viejo.

-Comenzó hace seis semanas...

-Ah, ¿sí? Bueno, bueno.

-... pensé que lo había vencido. Pensé que había abandonado la idea de seguirme y de alcanzarme. Pero estaba esperando. Hace seis semanas oí que el viento se reía y murmuraba alrededor de la casa, ahí afuera. Durante casi una hora, no mucho tiempo, no muy fuerte. Luego se fue.

Thompson asintió en el teléfono.

-Me alegra oírlo, me alegra oírlo.

La señora Thompson no le sacaba los ojos de encima.

-Volvió, la noche siguiente. Golpeó las persianas, y volaron chispas en la chimenea. Vino

cinco noches seguidas, cada vez un poco más fuerte. Cuando abrí la puerta de calle, entró y trató de llevarme afuera, pero no tenía bastante fuerza. Hoy, *sí*.

-Me alegra oír que te sientes mejor -dijo Thompson.

-No estoy mejor, ¿qué te pasa? ¿Tu mujer está escuchando?

-Sí.

-Oh, entiendo. Sé que parezco un loco.

-De ningún modo. Adelante.

La mujer de Thompson volvió a la cocina. Thompson, más tranquilo ahora, se sentó en una silla junto al teléfono.

-Adelante, Allin, dímelo todo, dormirás mejor.

-Está alrededor de la casa ahora, como una enorme máquina neumática, husmeando todas las paredes, y golpeando los árboles.

-Es raro, no hay viento *aquí*, Allin.

-Claro que no, no se preocupa por ti, sólo por mí.

-Supongo que eso es una explicación.

-Es un asesino, Herb, el mayor y más condenado de los asesinos prehistóricos entre los cazadores de presas. Un enorme sabueso que trata de husmearme. Aprieta la nariz fría contra la casa, aspirando aire, y cuando me encuentra en el vestíbulo aumenta allí la presión, y cuando estoy en la cocina va allí. Está tratando de abrir las ventanas ahora, pero las he reforzado y he puesto bisagras nuevas en las puertas, y cerrojos. Es una casa fuerte. Las construían fuertes en otros tiempos. Tengo encendidas todas las luces ahora. La casa está toda iluminada, brillante. El viento me siguió de cuarto en cuarto, mirando por las ventanas, mientras yo iba encendiendo las luces. ¡Oh!

-¿Qué ocurre?

-¡Acaba de arrancar la puerta de alambre del frente!

-Sería mejor que vinieras y pasaras aquí la noche, Allin.

-¡No puedo! Dios, no puedo salir. No puedo hacer nada. Conozco este viento. Señor, es enorme, y es inteligente. Traté de encender un cigarrillo hace un momento, y una brisa me apagó la cerilla. Al viento le gusta jugar, le gusta burlarse de mí, se está tomando su tiempo; dispone de toda la noche. ¡Y ahora! Dios, en este instante, uno de mis viejos libros de viajes, en la mesa de la biblioteca me gustaría que pudieses verlo. Una brisa que viene sabe Dios de qué agujero de la casa, la brisa... está pasando las página una a una. Me gustaría que pudieses verlo. Ahí está la introducción. ¿Recuerdas la introducción a mi libro sobre el Tíbet, Herb?

-Sí.

-«*Este libro está dedicado a todos aquellos que perdieron la partida de los elementos. El autor es alguien que ha visto, pero que siempre ha escapado.*»

-Sí, recuerdo.

-¡Se apagaron las luces!

Un crujido en el teléfono.

-Las líneas eléctricas se han venido abajo. ¿Estás ahí, Herb?

-Todavía te oigo.

-Al viento no le gusta tanta luz en mi casa, tiró abajo las líneas. Luego seguirá el teléfono, seguro. Oh, es una verdadera fiesta, yo y el viento, créeme. Un momento.

-¿Allin? -Silencio. Herb se apoyó contra el tubo. Su mujer le lanzó una mirada desde la

cocina. Herb Thompson esperó-. ¿Allin?

-Estoy de vuelta -dijo la voz en el teléfono-. Venía una ráfaga de la puerta y he puesto unos trapos abajo para que no me soplara más en los pies. Ahora me alegra que no hayas venido, Herb, no quiero verte metido en esto. ¡Ahí está! ¡Acaba de romper una ventana de la sala y una verdadera ráfaga recorre ahora la casa arrancando cuadros de las paredes! ¿Oyes?

Herb Thompson escuchó. Había una sirena enloquecida en el teléfono, y un silbido y golpes. Allin gritaba.

-¿Oyes?

Herb sintió un nudo en la garganta.

-Oigo.

-Me quiere vivo, Herb. No le interesa derribar la casa de un solo golpe. Eso me mataría. Me quiere vivo, así podrá arrancarme la carne a pedazos, dedo a dedo. Quiere lo que está adentro de mí. La mente, el cerebro. Quiere el poder que anima la vida, mi fuerza psíquica, mi ego. Quiere llevarse el intelecto.

-Me llama mi mujer, Allin. Tengo que ir a secar los platos.

-Es una enorme nube de vapores, vientos de todo el mundo. El mismo viento que destrozó las Célebes hace un año, el mismo pampero que mata en la Argentina, el tifón que se alimenta en Hawai, el huracán que golpeó la costa de África a principios de este año. Es parte de todas esas tormentas de las que conseguí escapar. Me siguió desde los Himalaya porque no quiere que yo sepa lo que se acerca del Valle de los Vientos donde se junta y prepara destrucciones. Algo, hace mucho tiempo, le dio un principio de vida. Sé dónde se alimenta, sé dónde nace y también dónde mueren unas partes del viento. Me odia por ese motivo, y odia mis libros que cuentan cómo es posible derrotarlo. No quiere que yo continúe mi prédica. Quiere incorporarme a su cuerpo enorme, que le dé conocimiento. ¡Quiere que me ponga de su lado!

-Tengo que colgar, Allin, mi mujer...

-¿Qué? -Una pausa, el sonido del viento en el teléfono, distante-. ¿Qué dijiste?

-Llámame dentro de una hora.

Herb Thompson colgó.

Fue a secar los platos. La señora Thompson lo miraba y él miraba los platos, frotándolos con un repasador.

-¿Cómo está la noche afuera? -preguntó.

-Buena. No muy fría. Estrellada -dijo la mujer-. ¿Por qué?

-Por nada.

El teléfono sonó tres veces en la próxima hora. A las ocho llegaron las visitas. Stoddard y su mujer. Estuvieron sentados y hablando hasta las ocho y media y luego se levantaron y prepararon la mesa de juego y empezaron a jugar.

Herb Thompson barajó una y otra vez, y durante un rato sólo se oyó el repiqueteo sordo de los naipes. Al fin Thompson repartió las cartas y la conversación fue y vino. Thompson encendió un cigarro que fue transformándose en la punta en una fina ceniza gris, y arregló las cartas que tenía en la mano. De cuando en cuando levantaba la cabeza y escuchaba. Fuera de la casa no se oía ningún ruido. La señora Thompson lo descubrió escuchando, y Herb bajó en seguida la cabeza y descartó una sota de bastos.

Todos siguieron hablando, distraídos, con ocasionales explosiones de risa, y Herb Thompson fumó despacio el cigarro, y el carillón del reloj de la sala dio dulcemente las nueve.

-Aquí estás -dijo Herb Thompson sacándose el cigarro de la boca y mirándolo con aire reflexivo-. Y la vida es rara de veras.

-¿Eh? -dijo el señor Stoddard.

-Nada, excepto que aquí estamos, viviendo nuestras vidas, y en algún otro sitio de la tierra un billón de personas vive también sus vidas.

-Una observación bastante obvia.

-La vida -dijo Thompson poniéndose otra vez el cigarro en la boca- es soledad. Aun la gente casada está sola. A veces uno está en los brazos de alguien y se siente a un millón de kilómetros.

-*Eso* me gusta -dijo la señora Thompson.

-No entendiste -explicó Thompson, sin apresurarse, pues no se sentía culpable, y se tomó su tiempo-. Quiero decir que todos creemos lo que creemos y vivimos nuestras pequeñas vidas mientras otras gentes viven otras del todo distintas. Quiero decir: estamos sentados aquí en esta sala mientras mil personas están muriéndose. Algunas de cáncer, algunas de neumonía, algunas de tuberculosis. Imagino que alguien de los Estados Unidos está muriéndose justo en este momento en un auto destrozado.

-No es una conversación muy estimulante -dijo la mujer de Thompson.

-Hablo del hecho que todos vivimos y no pensamos cómo piensan los otros o cómo viven sus vidas. Esperamos a que la muerte llegue a nosotros, y así ocurre que estamos aquí sentados, sobre unas puntas de hueso, bien protegidas, mientras que a cincuenta kilómetros, en un viejo caserón, completamente rodeado por la noche y Dios sabe qué, uno de los hombres más estupendos que yo haya conocido...

-¡Herb!

Herb Thompson chupó y masticó el cigarro y miró ciegamente las cartas.

-Lo siento. -Parpadeó rápidamente y mordió el cigarro-. ¿Me toca a mí?

-Te toca a ti.

El juego siguió alrededor de la mesa, con un revoloteo de naipes, murmullos, conversaciones. Herb Thompson se hundió en la silla, cada vez más pálido.

Sonó el teléfono. Thompson saltó y corrió y alzó bruscamente el tubo.

-¡Herb! He estado llamando y llamando. ¿Cómo andan ahí las cosas?

-No entiendo. ¿Cómo esperas que anden?

-¿Han llegado las visitas?

-Demonios, sí, han...

-¿Están todos hablando y riendo y jugando a las cartas?

-Cristo, sí, pero qué relación tiene...

-¿Estás tú fumando tu cigarro de diez centavos?

-Maldición, sí, pero...

-Magnífico -dijo la voz en el teléfono-. De veras magnífico. Me gustaría estar ahí. Me gustaría no saber ahora las cosas que sé. Son muchas las cosas que me gustarían.

-¿Estás bien?

-Bien hasta ahora. Estoy encerrado en la cocina. Una parte de la pared de adelante ya se vino abajo. Pero he planeado mi retirada. Cuando ceda la puerta de la cocina, me iré al sótano. Si tengo suerte aguantaré ahí hasta mañana. Tendrá que tirar abajo toda la maldita casa antes de alcanzarme, y el piso del sótano es muy sólido. Tengo una pala, y podría cavar más hondo...

En el teléfono se oyó el sonido de otras muchas voces.

-¿Qué es eso? -preguntó Herb Thompson, helado, temblando.

-¿Eso? -preguntó la voz en el teléfono-. Eso son las voces de doce mil que murieron en un tifón, siete mil que murieron en un huracán, tres mil enterrados en un ciclón. ¿Estoy aburriéndote? Eso es el viento: mucha gente muerta. El viento los mató, les sacó las mentes para darse inteligencia a sí mismo. Les sacó todas las voces y las cambió en una sola voz. Todos los millones de hombres que murieron por el viento en los últimos diez mil años, torturados y llevados de continente a continente, en las espaldas y los vientres de monzones y torbellinos. ¡Oh, Cristo, qué poema podría escribirse!

En el teléfono resonaron los ecos de voces, gritos y gemidos.

-Ven aquí, Herb -dijo la señora Thompson desde la mesa de juego.

-Así es como el viento es más inteligente cada año, añadiéndose cuerpos, vidas, muertes.

-Te estamos esperando, Herb -dijo la mujer.

-¡Maldita sea! -Herb Thompson se volvió, casi mostrando los dientes-. ¿Espera un momento, quieres? -De vuelta al teléfono-: Allin, si deseas que vaya ahora, saldré en seguida. Debiera haber ido más temprano...

-Ni lo pienses. Es una pelea a muerte, no quiero tenerte aquí. Sería mejor que colgara. La puerta de la cocina no tiene buen aspecto. Tendré que irme al sótano.

-Llámame más tarde.

-Quizá, si tengo suerte. No creo que salga de ésta. He escapado muchas veces, pero parece que ahora es el fin. Espero no haberte molestado demasiado, Herb.

-No molestaste a nadie, maldita sea. Llámame de nuevo.

-Trataré...

Herb Thompson volvió a la mesa de juego. La señora Thompson lo miró, enojada.

-¿Cómo está Allin, tu amigo? -preguntó-. ¿Más sobrio?

-Nunca tomó un trago en su vida -dijo Thompson, sombrío, sentándose-. Tendría que haber ido allí hace tres horas.

-Pero ha estado llamando todas las noches durante seis semanas y tu has ido allá diez noches por lo menos para quedarte con él y no pasó nada.

-Necesita ayuda. Puede hacerse daño a sí mismo.

-Estuviste con él hace dos noches, no te puedes pasar la vida cuidándolo.

-Lo primero que haré mañana a la mañana será llevarlo a un sanatorio. No quiere ir. Por otra parte parece tan razonable.

A las diez y media se sirvió el café. Herb Thompson lo bebió lentamente, mirando el teléfono. Me pregunto si estará todavía en el sótano, se dijo.

Herb Thompson fue al teléfono, pidió larga distancia, dio el número.

-Lo siento -dijo el operador-. Las líneas se han caído en ese distrito. Cuando las reparen, transmitiremos la llamada de usted.

-¡Se cayeron las líneas! -exclamó Thompson. Dejó el teléfono. Volviéndose, abrió bruscamente la puerta del guardarropa y sacó la chaqueta-. Oh, Señor -dijo-. Oh, Señor, Señor -les dijo a los huéspedes asombrados y a la señora Thompson que tenía la cafetera en la mano.

-¡Herb! -gritó la mujer.

-¡Tengo que ir allá! -dijo Herb poniéndose la chaqueta.

El sonido de un leve movimiento en la puerta.

Todos los de la sala se dieron vuelta enderezándose.

-¿Quién puede ser? -dijo la señora Thompson.

El leve movimiento se oyó de nuevo, apenas.

Thompson corrió por el pasillo y se detuvo, escuchando.

Afuera, débilmente, una risa.

-Maldición -dijo Thompson. Puso la mano en el pestillo, agradablemente sorprendido y aliviado-. He oído esa risa en otra parte. Es Allin. Vino en su automóvil al fin y al cabo. No pudo esperar a la mañana para contarme esas historias disparatadas. -Thompson sonrió de mala gana-. Seguro que se trajo algunos amigos. Parece como si muchos otros...

Abrió la puerta de calle.

El porche estaba vacío.

Thompson no se mostró sorprendido; una expresión de diversión y de timidez le asomó a la cara.

-¿Allin? No es hora de juegos. Entra. -Encendió la luz del porche y miró afuera y alrededor-. ¿Dónde estás, Allin? Vamos, entra.

Una brisa le rozó la cara.

Thompson esperó un poco. De pronto se sentía helado hasta los huesos. Salió al porche y miró alrededor, intranquilo y con mucho cuidado.

Un viento repentino le alzó los faldones de la chaqueta, desordenándole el pelo. Thompson creyó oír risas otra vez. El viento rodeó la casa, apoyándose en todas las paredes y luego de alborotar un minuto, se alejó.

El viento murió, triste, quejándose en los árboles altos, yéndose, volviendo al mar, a las Célebes, a la Costa de Marfil, a Sumatra y al Cabo de Hornos, a Cornwall y a las Filipinas, desvaneciéndose, desvaneciéndose, desvaneciéndose.

Thompson se quedó allí un momento, helado. Entró y cerró y se apoyó contra la puerta, y no se movió.

-¿Qué pasa? -preguntó la señora Thompson.

EL HOMBRE DEL PRIMER PISO

RECORDABA CON QUÉ cuidado y con cuánta habilidad la abuela acariciaba las entrañas frías del pollo y retiraba las maravillas interiores: los nudos brillantes y húmedos de los intestinos que olían a carne, el pedazo musculoso del corazón, la molleja con su colección de semillas. Con qué pulcritud y perfección la abuela abría el pollo y metía dentro la manita gordezuela para sacarle las medallas, que separaría luego, algunas en cuencos de agua, otras en papel, que serían arrojadas al perro, quizás. Y más tarde, el ritual de la taxidermia, cuando se rellenaba el ave con pan mojado y condimento, y después la operación quirúrgica: una aguja rápida y brillante que cerraba el cadáver puntada tras puntada.

En los once años de Douglas, ésta había sido hasta entonces una de las emociones más vivas y principales.

Douglas había llegado a contar veinte cuchillos en los varios cajones que se abrían y cerraban chillando en la mágica mesa de cocina donde la abuela, una vieja bruja canosa y de cara amable, sacaba la parafernalia de los milagros.

Douglas tenía que estarse quieto. Podía asomarse al otro lado de la mesa, la pecosa nariz apoyada en el borde, mirando, pero cualquier alocada charla de niños habría roto el encantamiento. Era una maravilla cuando la abuela blandía unos instrumentos de plata sobre el ave, se suponía que rociándola con polvo de momia y huesos indios pulverizados, murmurando versos místicos bajo el desdentado aliento.

-Abuela -decía Douglas al fin, rompiendo el silencio-, ¿soy así por dentro?

Douglas señalaba el pollo.

-Sí –decía la abuela–. Un poco más ordenado y presentable, pero bastante parecido...

–¡Y más de todo *eso!* –añadía Douglas, orgulloso de sus entrañas.

–Sí –decía la abuela–, más de todo.

–El abuelo tiene todavía más. Lo saca para adelante para poder apoyar los codos.

La abuela reía y sacudía la cabeza.

Douglas decía:

–Y Lucie Williams, la que vive al final de la calle.

–¡Basta, niño! –exclamaba la abuela.

–Pero ella tiene...

–No importa lo que ella tenga. Es distinto.

–¿Por qué es distinto?

–Uno de estos días vendrá un maldito moscardón de trompa de aguja y te coserá la boca –dijo la abuela con firmeza.

Douglas esperó y preguntó luego:

–¿Cómo sabes que soy así por adentro, abuela?

–¡Oh, vete, por favor!

Llamaron a la puerta de calle.

Del otro lado del vidrio de la puerta, mientras corría por el pasillo, Douglas vio un sombrero de paja. La campanilla sonó una y otra vez. Douglas abrió la puerta.

–Buenos días, niño, ¿está la señora en casa?

Unos ojos fríos y grises miraron a Douglas desde una cara larga, lisa, de color de avellana. El hombre era alto, delgado, y traía una maleta, un portafolios, un paraguas bajo el brazo doblado, unos guantes abrigados y grises en los dedos delgados y un horrible sombrero de paja.

Douglas retrocedió.

–Está ocupada.

–Deseo alquilar el cuarto de arriba, tal como está anunciado.

–Tenemos ya diez inquilinos, y está alquilado. ¡Vayase!

–¡Douglas! –La abuela apareció de pronto detrás del niño.– ¿Cómo está usted? –le dijo al desconocido–. No le haga caso al niño.

El hombre no sonrió y entró muy tieso. Douglas miró cómo subían hasta perderse de vista en las escaleras, y oyó a la abuela que describía las ventajas del cuarto. Pronto volvió corriendo y apiló unas cuantas sábanas del armario de las sábanas en los brazos de Douglas y lo mandó arriba.

Douglas se detuvo en el umbral. La habitación parecía distinta, de un modo raro, sólo porque el desconocido estaba ahora allí. Había dejado sobre la cama el sombrero de paja, quebradizo y terrible, y el paraguas se apoyaba tiesamente contra una pared como un murciélago muerto de alas plegadas, oscuras y húmedas.

Douglas miró el paraguas, parpadeando.

El desconocido esperaba en el centro de la habitación transformada, alto, alto.

–¡Aquí tiene! –Douglas cubrió la cama con ropa limpia.– Almorzamos a las doce en punto y si llega tarde tomará fría la sopa. ¡La abuela es inflexible!

El hombre alto y desconocido contó diez monedas nuevas de cobre y las echó tintineando en el bolsillo de la blusa de Douglas.

–Seremos amigos –dijo, sombrío.

Era raro, pero el hombre sólo tenía monedas de cobre. Muchas. Ninguna moneda de níquel, ninguna de plata. Sólo cobres.

Douglas se lo agradeció, de mala gana.

–Las pondré en mi cuenta de níqueles cuando las cambie por un níquel. Tengo seis dólares y cincuenta

centavos en níqueles listos para mi excursión al campo en agosto.

–Ahora tengo que lavarme –dijo el hombre alto.

Una vez, a medianoche, Douglas se había despertado con el estruendo de una tormenta: el viento frío y duro que sacudía la casa, la lluvia contra la ventana. Y en seguida un rayo había caído fuera con un golpe silencioso, terrorífico. Recordó que había tenido miedo de mirar el cuarto, raro y tremendo a la luz instantánea.

Así era ahora también, en este cuarto. Se quedó de pie, inmóvil, alzando los ojos al extraño. El cuarto ya no era el mismo, pues había cambiado de un modo indefinido, y todo porque este hombre, rápido como un rayo, había derramado una luz alrededor. Douglas retrocedió lentamente mientras el desconocido avanzaba.

El hombre le cerró la puerta en las narices.

El tenedor de madera subía con puré de patatas, descendía vacío. Cuando la abuela llamó para el almuerzo, el señor Koberman, pues así se llamaba el hombre, había traído consigo el tenedor de madera y el cuchillo y la cuchara de madera.

–Señora Spaulding –había dicho a media voz–, mis cubiertos. Por favor, póngalos siempre junto a mi plato. Almorzaré hoy, pero desde mañana sólo el desayuno y la cena.

La abuela fue y vino, trayendo fuentes humeantes de sopa y guisantes y puré para impresionar al nuevo huésped, mientras Douglas golpeaba los cubiertos de plata en el plato, pues había descubierto que eso irritaba al señor Koberman.

–Conozco un truco –dijo Douglas–. Atienda.

Tomó la punta de un tenedor con la uña del dedo índice. Apuntó a varios sitios de la mesa, como un mago. Cada vez que apuntaba se oía la vibración del tenedor, como la voz metálica de un duende. No era difícil, por supuesto. Douglas apoyaba en secreto el mango del tenedor contra la superficie de la mesa. La vibración venía de la madera como de una tabla musical. Parecía algo mágico.

–¡Ahí, ahí y ahí! –exclamó Douglas, pellizcando feliz el tenedor. Apuntó a la sopa del señor Koberman y el sonido salió de la sopa.

La cara de avellana del señor Koberman se endureció, se alargó, se torció. El hombre apartó con violencia el plato de sopa, retorciendo los labios. Cayó hacia atrás en la silla.

Apareció la abuela.

–Pero ¿qué pasa, señor Koberman?

–No puedo tomar esta sopa.

–¿Por qué?

–No tengo apetito. Gracias.

El señor Koberman dejó la habitación echando fuego por los ojos.

–¿Qué le hiciste? –le preguntó la abuela a Douglas, mirándolo.

–Nada. Abuela, ¿por qué el señor Koberman come con cucharas de madera?

–¡Fui yo quien te hice una pregunta! Otra cosa: ¿cuándo vuelves al colegio?

–Faltan siete semanas.

–Oh, Señor –dijo la abuela.

El señor Koberman trabajaba de noche. Llegaba misteriosamente todas las mañanas a las ocho, devoraba un desayuno minúsculo y luego dormía silenciosamente en el letargo del día caluroso, hasta que llegaba la hora de la cena con todos los otros huéspedes.

Los hábitos de sueño del señor Koberman obligaban a Douglas a estarse quieto. Esto era insoportable. De modo que cada vez que la abuela se alejaba de la casa, Douglas corría estrepitosamente escaleras abajo y escaleras arriba, tocando el tambor, haciendo saltar pelotas de golf, o chillando durante tres minutos frente a la puerta del señor Koberman, o apretando el botón del inodoro siete veces seguidas.

El señor Koberman no se movía nunca. En el cuarto había siempre oscuridad y silencio. No se oía ningún sonido. Dormía y dormía. Era algo muy raro.

Douglas sintió que le ardía en el pecho una llama de odio pura y blanca, de una belleza permanente e inalterable. Ahora el cuarto era las tierras de Koberman. En otros tiempos, en los días de la señorita Sadlowe, había sido florido y luminoso. Ahora era estéril, desnudo, frío, limpio, con todo en su lugar, quebradizo y extraño.

En la cuarta mañana Douglas subió las escaleras.

Entre el primero y el segundo piso había una ventana soleada, enmarcada por unos cristales de diez centímetros y de color naranja, púrpura, azul, rojo y borgoña. En las primeras horas encantadas del día, cuando el sol se deslizaba por la baranda y caía a golpear el descanso de la escalera, Douglas se quedaba allí fascinado espiando el mundo por los cristales multicolores.

Ahora un mundo azul, un cielo azul; gente azul, automóviles azules y perros sueltos azules.

Cambiaba de cristal. Ahora... un mundo de ámbar. ¡Dos señoritas de limonada se deslizaban por la calle, parecidas a las hijas de Fu Manchú! Douglas reía entre dientes. Este cristal daba a la luz del sol un color todavía más dorado.

Las ocho. El señor Koberman pasó por la acera, de vuelta del trabajo nocturno, el bastón bajo el brazo, el sombrero de paja pegado a la cabeza con aceite patentado.

Douglas cambió otra vez de cristal. El señor Koberman era un hombre rojo que atravesaba un mundo rojo de árboles rojos y flores rojas... y algo más.

Algo acerca... del señor Koberman.

Douglas entornó los ojos.

El vidrio rojo *cambiaba* al señor Koberman. La cara, el traje, las manos. Las ropas se desvanecían de algún modo. Douglas casi creyó, durante un terrible instante, que podía ver el interior del señor Koberman. Y lo que vio lo llevó a apoyar la frente contra el cristal rojo, parpadeando.

En ese mismo instante el señor Koberman alzó los ojos, vio a Douglas y blandió furioso el paraguas–bastón, como si fuese a descargar un golpe. Cruzó rápidamente el césped rojo hacia la puerta de calle.

–¡Joven! –gritó corriendo escaleras arriba–. ¿Qué está haciendo?

–Sólo mirando –dijo Douglas, aturdido.

–Mirando, ¿eh? –gritó el señor Koberman.

–Sí, señor. Miro por todos los vidrios. Toda clase de mundos. Azules, rojos, amarillos. Todos diferentes.

–Toda clase de mundos, sí. –El señor Koberman echó una ojeada a los vidrios, el rostro pálido. Se dominó. Se enjugó la cara con un pañuelo y fingió reírse.– Toda clase de mundos. Todos diferentes. –Se volvió hacia la puerta de *su* cuarto.– Adelante, juega –dijo.

La puerta se cerró. El pasillo quedó desierto. El señor Koberman había entrado en el cuarto.

Douglas se encogió de hombros y encontró un nuevo cristal.

–¡Oh, todo es violeta!

Media hora más tarde, mientras jugaba con arena detrás de la casa, Douglas oyó el golpe y el estallido retintineante. Se incorporó de un salto.

Un instante después la abuela apareció en el porche de atrás, sosteniendo la vieja correa de asentar navajas en una mano temblorosa.

–¡Douglas! ¡Te dije mil veces que nunca tiraras tu pelota de baloncesto contra la casa! ¡Oh, me pondría a llorar!

–No me moví de aquí –protestó Douglas.

–¡Ven a ver lo que has hecho, condenado!

Los cristales de color de las ventanas yacían hechos trizas en el descanso de la escalera, como un caos de arco iris. La pelota de baloncesto de Douglas asomaba entre las ruinas.

Antes que Douglas empezara a explicar su inocencia, sintió en el trasero una docena de golpes punzantes. A cualquier parte que se volviera, gritando, la correa golpeaba otra vez.

Más tarde, escondiendo la mente en la pila de arena, como un avestruz, Douglas rumió sus terribles, dolores. Sabía bien quién había tirado la pelota de baloncesto. El hombre del sombrero de paja y del paraguas tieso y del cuarto *frío* y gris. Sí, sí, sí. Le gotearon unas lágrimas. Espera y *verás.*

Oyó a la abuela, que barría los vidrios rotos. Al fin salió y los echó en el cubo de la basura. Meteoros azules, rosados, amarillos que caían brillantemente.

Cuando la abuela se fue, Douglas se incorporó arrastrándose, gimoteando, y se guardó tres trozos del vidrio increíble. Al señor Koberman le desagradaban las ventanas coloreadas. Estos pedazos –Douglas los apretó entre las dedos– valían la pena.

El abuelo llegaba del periódico poco antes que los otros huéspedes, a las cinco de la tarde. Cuando el paso lento y pesado recorría el pasillo, y el grueso bastón de roble golpeaba la bastonera, Douglas corría a abrazar el estómago enorme y a sentarse en la rodilla del abuelo, que leía el periódico de la tarde.

–¡Hola, abuelo!

–¡Hola!, ¿cómo estás?

–La abuela destripó otra vez unos pollos. Es divertido –dijo Douglas.

El abuelo siguió leyendo.

–Segunda vez esta semana, los pollos. No hay mujer más aficionada a la pollería. Te gusta mirar cómo los corta, ¿eh? Un hombrecito de sangre fría. Ja.

–Tengo curiosidad.

–La tienes –retumbó el abuelo, pensativo–. Recuerdo el día que mataron a aquella joven en la estación de ferrocarril. Te acercaste y te quedaste mirando, con sangre y todo. –Se rió.– Chico raro. No cambies. Nunca le tengas miedo a nada. Imagino que lo sacas de tu padre, que era hombre de armas, y estuviste siempre muy cerca de él antes de venir a vivir aquí, el año pasado.

El abuelo volvió a su periódico.

Una larga pausa.

–¿Abuelo?

–¿Sí?

–¿Qué pasa si un hombre no tiene corazón o pulmones o estómago y anda por ahí caminando, vivo?

–Eso –gruñó el abuelo– sería un milagro.

–No quiero decir un..., un milagro. Quiero decir si fuera distinto por dentro. No como yo.

–Bueno, no sería realmente un ser humano, ¿no, muchacho?

–Supongo que no, abuelo. Abuelo, ¿tú tienes corazón y pulmones?

El abuelo rió entre dientes.

–Bueno, para decirte la verdad, no lo sé. Nunca los vi. Nunca me sacaron una radiografía, nunca me vio un médico. Quizá sea todo sólido por dentro, como una patata.

–¿Tengo yo estómago?

–¡Por cierto que lo tienes! –exclamó la abuela desde el vestíbulo–. Pregúntamelo a mí, que lo alimento. Y también pulmones, gritas bastante como para despertar a las momias. Y también las manos sucias, ¡ve a lavártelas! La cena está lista. Abuelo, vamos. Douglas, ¡deprisa!

En la corriente de huéspedes que venía escaleras abajo, el abuelo, si intentaba hacerle alguna nueva pregunta a Douglas acerca de aquella rara conversación, perdió la oportunidad. Si la cena se retrasaba un instante más, tanto la abuela como las patatas se habrían puesto insoportablemente pesadas.

Los huéspedes, que reían y hablaban en la mesa –el señor Koberman, silencioso y hosco entre ellos–, callaron cuando el abuelo carraspeó de pronto. El abuelo habló de política un rato y luego cambió de tema y citó las muertes misteriosas y peculiares que estaban ocurriendo en la ciudad.

–Es suficiente como para que el editor de un viejo periódico aguce las orejas –dijo, mirándolos a todos–. Esa joven que vivía del otro lado de la cañada, la señorita Larsson. La encontraron muerta hace tres días, y nadie pudo averiguar la causa. Sólo unos tatuajes raros sobre todo el cuerpo y una expresión en la cara que le habría puesto la carne de gallina al mismísimo Dante. Y esa otra joven, ¿cómo se llamaba? ¿Whiteley? Desapareció y no se la vio más.

–Esas cosas ocurren todo el tiempo –dijo el señor Britz, el mecánico de coches, masticando–. ¿No miraron nunca el archivo de personas desaparecidas? Es así de largo. –El señor Britz mostró con las manos.– Nadie sabe nunca qué le pasa a la mayoría.

–¿Alguien quiere más relleno?

La abuela sirvió unas liberales porciones del interior del pollo. Douglas observaba, pensando en ese pollo, que había tenido dos clases de entrañas... hechas por Dios y por el Hombre.

Bueno, ¿y acaso no serían posibles *tres* clases de entrañas?

–¿Eh?

–¿Por qué no?

Los otros continuaban hablando de la misteriosa muerte de fulana, y, oh, sí, una semana antes, Marión Barsumian había muerto del corazón, aunque quizás eso no tenía nada que ver, o sí, estás loco, olvídalo, qué tema para la hora de la cena.

–Vaya a saber –dijo el señor Britz–. Quizás haya un vampiro en la ciudad.

El señor Koberman dejó de comer.

–¿En mil novecientos veintisiete? –dijo la abuela–. ¿Un vampiro? Oh, vamos, por favor.

–Sí –dijo el señor Britz–. Hay que matarlos con balas de plata. En realidad cualquier objeto de plata sirve para el caso. Los vampiros odian la plata. Lo leí en un libro alguna vez. Sí, lo recuerdo.

Douglas miró al señor Koberman, que comía con cuchillos y tenedores de madera y que sólo llevaba monedas de cobre en los bolsillos.

–No sirve de mucho –dijo el abuelo– dar nombre a todo. No sabemos qué es un duende o un vampiro o un gnomo. Quizá sean muchas cosas. No es posible meterlos en categorías clasificadas y decir que actuarán así o asá. No. Son gente. Gente que hace cosas. Sí, ésta es la manera de decirlo: gente que *hace* cosas.

–Excúsenme –dijo el señor Koberman, y se levantó y salió y se fue caminando en la noche hacia su trabajo.

Las estrellas, la luna, el viento, el tictac del reloj, y las campanadas de las horas en el alba, el sol naciente, y de nuevo otra mañana, un nuevo día, y el señor Koberman llegó caminando por la acera después de su trabajo nocturno. Douglas se movía ya como un menudo mecanismo que chirriaba y observaba con ojos cuidadosamente microscópicos.

Al mediodía la abuela fue a la tienda a comprar comestibles.

Como todos los días cuando la abuela salía de compras, Douglas aulló frente a la puerta del señor Koberman durante tres minutos completos. Como siempre, no hubo respuesta. El silencio era horrible.

Douglas corrió escaleras abajo, tomó la llave maestra, un tenedor de plata y tres pedazos del cristal de color que había salvado de la ventana rota. Metió la llave en la cerradura y empujó lentamente la puerta.

Las cortinas estaban bajas y había una media luz en el cuarto. El señor Koberman yacía sobre la colcha, en ropas de dormir, respirando levemente, arriba y abajo. En la cara no se le movía un músculo.

–¡Hola, señor Koberman!

Las paredes incoloras devolvieron la respiración regular del hombre.

–¡Señor Koberman, hola!

Haciendo saltar una pelota de golf, Douglas se adelantó en el cuarto. Aulló. Ninguna respuesta.

–¡Señor Koberman!

Inclinándose sobre el señor Koberman, Douglas apoyó los dientes del tenedor de plata en la cara del hombre dormido.

El señor Koberman se sobresaltó. Se retorció. Gruñó amargamente.

Reacción. Buena. Magnífica.

Douglas sacó un trozo de vidrio azul del bolsillo. Mirando a través del fragmento de vidrio azul se descubrió en un cuarto azul, en un mundo azul distinto del mundo conocido. Tan distinto como el mundo rojo. Muebles azules, cama azul, techo y paredes azules, utensilios de comer de madera azul sobre la cómoda azul, y la cara hosca del señor Koberman de color azul oscuro, y los brazos azules, y el pecho azul que subía, caía. Además...

Los ojos del señor Koberman estaban completamente abiertos, y miraban a Douglas desde una hambrienta oscuridad.

Douglas retrocedió, apartando el vidrio azul.

Los ojos del señor Koberman estaban cerrados.

El vidrio azul de nuevo: abiertos. El vidrio azul apartado: cerrados. El vidrio azul de nuevo: abiertos. Apartado: cerrados. Raro. Douglas repitió una y otra vez la operación, temblando. A través del vidrio los ojos del señor parecían observar ávidamente, ansiosamente detrás de los párpados cerrados. Sin el cristal azul parecían cerrados para siempre.

Pero el resto del cuerpo del señor Koberman...

Las ropas de dormir del señor Koberman se habían disuelto en el aire. Era algo que tenía relación con el cristal azul, o quizá se trataba de un fenómeno de las ropas mismas, por encontrarse sobre el cuerpo del señor Koberman. Douglas gritó.

¡Estaba mirando a través de la pared del estómago del señor Koberman, directamente adentro!

El señor Koberman era sólido.

O casi sólido, por lo menos.

Tenía adentro formas y dimensiones extrañas.

Douglas debió de haber estado allí, mirando, perplejo, unos cinco minutos, pensando en los mundos azules, los mundos amarillos de al lado, juntos como los vidrios de colores en la ventana de la escalera. Juntos, los vidrios de color, los mundos diferentes. Lo había dicho el mismo señor Koberman.

De modo que ésta era la razón por la que habían roto la ventana de colores.

–¡Señor Koberman, despierte!

Ninguna respuesta.

–Señor Koberman, ¿dónde trabaja usted de noche? Señor Koberman, ¿dónde trabaja?

Una brisa leve movió la cortina azul de la ventana.

–¿En un mundo rojo o en un mundo verde o en un mundo amarillo, señor Koberman?

Un silencio de cristal azul sobre todas las cosas.

–Espere un momento –dijo Douglas.

Bajó a la cocina, abrió el cajón chirriante y sacó el cuchillo más largo y afilado.

Muy serenamente volvió al pasillo, subió de nuevo las escaleras, abrió la puerta del cuarto del señor Koberman, entró y cerró, sosteniendo en una mano el cuchillo afilado.

La abuela estaba muy ocupada moldeando un pastel en una sartén cuando Douglas entró en la cocina y puso algo sobre la mesa.

–Abuela, ¿qué es esto?

La abuela echó una rápida mirada por encima de los lentes.

–No sé.

Era algo cuadrado, como una caja, y elástico, de color anaranjado brillante. Tenía como apéndices cuatro tubos rectangulares, azules, y un olor raro.

–¿Nunca viste nada parecido, abuela?

–No.

–Eso mismo pensaba yo.

Douglas dejó allí el objeto y salió de la cocina. Cinco minutos más tarde volvió con otra cosa.

–¿Qué dices de esto?

Dejó en la mesa una brillante cadena rosada con un triángulo en un extremo.

–No me hagas perder el tiempo –dijo la abuela–. Es sólo una cadena.

La próxima vez Douglas volvió con las manos llenas. Un anillo, un cubo, un triángulo, una pirámide, un rectángulo y... otras formas. Todas eran flexibles, elásticas, y parecían de gelatina.

–Esto no es todo –dijo Douglas–. Hay más en el mismo sitio.

–Sí, sí –dijo la abuela en un tono distraído y de persona ocupada.

–Estabas equivocada, abuela.

–¿A propósito de qué?

–De que toda la gente es igual por dentro.

–Deja de decir bobadas.

–¿Dónde está mi cerdo–alcancía?

–Sobre la chimenea, donde la dejaste.

Douglas corrió a la sala y alzó las manos hacia el cerdo–alcancía.

El abuelo llegó de la oficina a las cinco.

–Abuelo, ven arriba.

–Bueno, hijo, ¿por qué?

–Quiero mostrarte algo. No es bonito, pero sí interesante.

El abuelo rió entre dientes siguiendo los pasos del nieto hasta la habitación del señor Koberman.

–La abuela no tiene que saber nada, no le gustaría –dijo Douglas, y abrió la puerta–. Mira.

El abuelo se quedó boquiabierto.

Douglas recordó las horas siguientes todo el resto de su vida. De pie, junto al cuerpo desnudo del señor Koberman, el prefecto y el asistente. La abuela abajo, preguntándole a alguien: –¿Qué pasa ahí arriba? –Y el abuelo diciendo, vacilante:– Me llevaré a Douglas a unas largas vacaciones para que olvide todo este horripilante asunto. ¡Horripilante, horripilante asunto!

–¿Por qué tiene que ser malo? –dijo Douglas–. Yo no le veo nada malo. No me siento mal.

El prefecto se estremeció y dijo:

–Koberman está muerto, y no se hable más.

El asistente transpiraba.

–¿Vio usted esas *cosas* en las fuentes con agua y en el papel de envolver?

–Oh, Dios mío, Dios mío, sí, las vi.

–Cristo.

El prefecto se inclinó de nuevo sobre el cadáver del señor Koberman.

–Esto tiene que mantenerse oculto, muchachos. No fue un crimen. Fue un acto de misericordia. Dios sabe qué habría ocurrido de otro modo.

–¿Qué era Koberman? ¿Un vampiro, un monstruo?

–Quizá. No sé. Algo... no humano.

El prefecto movió las manos hábiles sobre la sutura.

Douglas estaba orgulloso del trabajo que había llevado a cabo. Había sido difícil. Había observado a la abuela cuidadosamente y no había olvidado nada.

Aguja, hilo y todo. El señor Koberman estaba tan presentable como cualquiera de los pollos que la abuela mandaba al infierno.

–Oí decir al niño que Koberman seguía vivo aún cuando le sacó todas esas *cosas.* –El prefecto miró los triángulos y cadenas y pirámides que flotaban en las fuentes con agua.– Seguía vivo, Dios.

–¿Dijo eso el niño?

–Así es.

–¿Qué mató entonces a Koberman?

El prefecto tironeó del hilo soltando unas pocas costuras.

–Esto... –dijo.

La luz del sol parpadeó fríamente en el tesoro descubierto a medias; seis dólares y setenta centavos en monedas de plata dentro del pecho del señor Koberman.

–Pienso que Douglas hizo una buena inversión –dijo el prefecto, cosiendo otra vez la carne, sobre el «relleno», muy rápidamente.

HABÍA UNA VEZ UNA VIEJA

-NO, NO VALE LA PENA discutir. Estoy decidida. Salga de aquí con esa canasta de mimbre. Caramba, ¿de dónde sacó esos pensamientos? Váyase en seguida, no me moleste. Estoy ocupada en mis bordados y costuras y no me interesan los caballeros morenos y altos con ideas triviales.

El joven alto y moreno no se inmutó y siguió allí de pie. La tía Tildy continuó con su charla.

-¡Ya oyó lo que le dije! Si tiene ganas de hablar, bueno, hable, pero entretanto espero que no le moleste que me sirva café. Ya está. Si hubiese sido usted más cortés le habría ofrecido una tacita, pero se apareció usted aquí alto y poderoso y ni siquiera llamó a la puerta ni nada. Se cree dueño de todo.

La tía Tildy movió las manos en el regazo.

-¡Bueno, ahora me hizo perder la cuenta! Me estoy haciendo una bufanda. Estos inviernos son bastante fríos y no conviene que una señora que tiene huesos de papel de arroz ande sin abrigo por una casona ventosa.

El hombre alto y moreno se sentó.

-Esa silla es antigua, así que no sea brusco -alertó la tía Tildy-. Empiece de nuevo, dígame lo que tiene que decir, escucharé atentamente. Pero no alce la voz más arriba de los zapatos y no me mire más con esas luces raras en los ojos. Caramba, me ponen la carne de gallina.

Sobre la chimenea, el florido reloj de porcelana dio la última campanada de las tres. En el pasillo, agrupados alrededor de la canasta de mimbre, esperaban cuatro hombres altos, quietos, como si estuviesen congelados.

-Bien, hablemos de la canasta de mimbre -dijo la tía Tildy-. Tiene unos dos metros de largo y no parece una canasta de ropa. Y esos cuatro hombres que vinieron con usted, no los necesita para llevar la canasta... Pesa menos que una pluma, ¿no es cierto?

El joven moreno se inclinaba hacia adelante en la silla antigua, y parecía pensar que dentro de un rato la canasta no sería tan liviana.

-Bah -musitó la tía Tildy-. ¿Dónde vi antes una canasta parecida? No hace más de un par de años, creo. Me parece... Ah, la recuerdo. Fue cuando la señora Dwyer se murió en la casa de al lado.

La tía Tildy dejó en la mesa la taza de café, muy seria.

-¿Así que vinieron a *eso?* Se me ocurrió que querían venderme algo. ¡Esperen ustedes a que mi pequeña Emily llegue de sus clases esta tarde! Le escribí una nota la semana pasada. No admitiendo por supuesto que yo no me sentía realmente a punto, pero insinuándole que quería verla de nuevo después de tantas semanas. La vida que lleva en Nueva York y todo eso. Es casi mi propia hija, Emily.

»Pues bien, ella se ocupará de ustedes, joven. Los sacará de esta casa más rápido que...

El hombre moreno miró como diciendo que la tía Tildy estaba cansada.

-¡No, no lo estoy! -estalló la tía Tildy.

El hombre se inclinó hacia adelante y atrás en la silla, con los ojos entornados, abandonándose al descanso. ¿No le gustaría descansar a ella, también?, parecía susurrar. Descanso, descanso, un buen descanso...

-¡Hijos benditos del cielo y de la tierra! Tengo cien bufandas, doscientos jerséis y seiscientos cubreollas en estos dedos, ¡por más huesudos que sean!

Se van ahora, vuelven cuando haya terminado mi trabajo, y quizás hablaremos entonces. -La tía Tildy cambió de tema.- Permítame que le hable de Emily, mi dulce y hermosa niña.

La tía Tildy asintió pensativamente. Emily, de pelo rubio como borlas de maíz, tan suave y delicado.

-Recuerdo el día en que murió la madre, hace veinte años, dejando a Emily en casa. Por eso mismo estoy enojada con usted y estas canastas y estas idas y venidas. ¿Quién ha muerto alguna vez por buenas razones? Joven, *esto* no me gusta. Bien, un día...

La tía Tildy hizo una pausa; el breve dolor del recuerdo le tocó el corazón. Veinticinco años atrás, la voz del padre temblaba en las primeras horas de la tarde.

-Tildy -murmuró-, ¿qué vas a hacer en la vida? Ese modo de ser que tienes no atrae mucho a los hombres. Un beso, y te largas. ¿Por qué no sientas cabeza, te casas, tienes niños?

-Papá -le replicó Tildy-, me gusta reír y jugar y cantar. No soy de las que se casan. No encuentro a un hombre que tenga mi filosofía, papá.

-¿Qué filosofía es ésa?

-¡La muerte es ridícula! Se la llevó a mamá cuando más la necesitábamos. ¿Te parece eso inteligente?

Los ojos de papá se pusieron húmedos y grises y tristes.

-Tienes razón, como siempre, Tildy. Pero ¿qué podemos hacer? La muerte le llega a todos.

-¡Pelea! -gritó Tildy-. ¡Dale un golpe bajo! ¡No la aceptes!

-No es posible -dijo papá, desanimado-. Estamos solos en el mundo.

-Alguna vez hay que cambiar, papá. En este mismo momento pongo en marcha mi propia filosofía. ¿Te imaginas algo más tonto?: vivir un par de años y ser echado a un agujero como maleza húmeda. No crece nada ahí. ¿De qué sirven? Sepultados un millón de años, no sirviendo para nada. La mayoría gente buena, simpática, o que trata de serlo.

Pero papá no escuchaba. Se marchitó de pronto, borrándose como una fotografía dejada al sol. Tildy trató de hablarle y reanimarlo, pero el viejo había pasado al otro lado. La muchacha corrió alrededor, de aquí para allá. No podía soportar que el padre estuviese frío, pues esa frialdad contradecía su propia filosofía. No estuvo presente en el entierro. Instaló una tienda de antigüedades en el frente de una vieja casa y vivió sola durante años, hasta que llegó Emily. En un principio Tildy no quería aceptar a la muchacha. ¿Por qué? Porque Emily creía en la muerte. Pero la madre de Emily era una vieja amiga y Tildy había prometido ayudarla.

-Emily -continuó tía Tildy, hablándole al hombre de negro- fue la primera persona que vivió en esta casa en todos esos años. Nunca me casé. Yo no soportaba la idea de vivir con un hombre veinte o treinta años y que luego la muerte cayera sobre él. Echaría abajo mis convicciones como un castillo de naipes. Me retiré del mundo. Les gritaba a los amigos, si alguna vez mencionaban la muerte.

El joven escuchaba, paciente, cortés. Luego alzó la mano. Miró a la tía Tildy con ojos brillantes, fríos y oscuros antes que ella abriera la boca, como si lo supiera todo. Sabía de la tía Tildy y de la segunda guerra mundial, cuando ella había apagado la radio para siempre y había dejado de recibir los periódicos y había golpeado la cabeza de un hombre con un paraguas echándolo de la tienda cuando él insistió en describir las playas de la invasión y las largas y lentas mareas de los muertos que se movían bajo los silenciosos tironeos de la luna.

Sí, el hombre moreno sonrió desde la mecedora antigua. Sabía cómo la tía Tildy se había atado a los viejos y hermosos discos de fonógrafo. Harry Lauder en *Vagando en la oscuridad,* madame Schumann-Heink y las canciones de cuna. Sin interrupciones, sin calamidades del extranjero, sin asesinatos, envenenamientos, accidentes de coche, suicidios. La música era siempre la misma cada día, todos los días. Así pasaron los años, mientras la tía Tildy trataba de enseñar a Emily su filosofía. Pero la mente de Emily no salía de los límites de la mortalidad. Respetaba sin embargo la manera de pensar de la tía Tildy y no mencionaba nunca... la vida eterna.

Todo esto lo sabía muy bien el joven.

La tía Tildy resopló.

-¿Cómo sabe tantas cosas? Bueno, si piensa que con esa charla puede meterme en la canasta, anda usted bastante despistado. Si me pone las manos encima, ¡le escupiré la cara!

El joven sonrió. La tía Tildy resopló de nuevo.

-Deje esa sonrisita de perro enfermo. Soy demasiado vieja como para que me hagan el amor. Todo está en mí retorcido, seco, como un viejo tubo de pintura abandonado durante años.

Se oyó un sonido. El reloj de la chimenea dio las tres. La tía Tildy lo miró con ojos relampagueantes. Raro. ¿No había dado las tres hacía cinco minutos? Le gustaba ese viejo reloj de porcelana, con angelitos dorados, suspendidos alrededor de la esfera numerada, y ese sonido parecido a campanas de catedral, suave y lejano.

-Joven, ¿se quedará ahí sentado todo el tiempo?

Se quedaría.

-Entonces no le importará si duermo una siestecita. Bien, y no se mueva de esa silla. No empiece a dar vueltas a mi alrededor. Descansaré sólo un rato. Eso es. Eso es...

Un momento del día adecuado y bueno para descansar un rato. Silencio. Sólo el distante tictac del reloj, que trabajaba como una colonia de termitas en la madera. Sólo el viejo cuarto que olía a roble pulido y cuero aceitado, y libros muy derechos en los estantes. Todo tan tranquilo, tranquilo...

-No se mueva de esa silla, ¿eh, señor? Mejor que no. Dejaré un ojo abierto. Sí, por cierto. Sí. Oh. Ah, hummmm.

Todo plumas. Soñoliento. Hondo. Debajo del agua, casi. Oh, tan tranquilo...

¿Quién se mueve alrededor en la oscuridad de mis ojos cerrados?

¿Quién me besa la mejilla? ¿Tú, Emily? No, no. Ideas mías. Un sueño, nada más. Un sueño, sí. Me voy flotando, flotando, flotando...

¿Ah? ¿Qué dicen? ¡Oh!

-Esperen a que me ponga los anteojos. Ya está.

El reloj dio otra vez las tres. Una vergüenza ese viejo reloj, una vergüenza. Había que mandarlo a arreglar. El joven de traje oscuro estaba de pie junto a la puerta. La tía Tildy asintió.

-¿Se va tan pronto, joven? Se da por vencido, ¿no es cierto? No ha podido convencerme, soy terca como una mula. Nunca me sacarán de esta casa, ¡y no lo intenten otra vez!

El joven se inclinó con una lenta dignidad.

No tenía intenciones de volver, nunca.

-Magnífico -declaró la tía Tildy-, ¡siempre le dije a papá que ganaría la pelea! Sí, me pasaré los próximos mil años tejiendo al lado de la ventana. Tendrían que derribar la casa para sacarme.

El joven moreno guiñó los ojos.

-¡No me mire más como el gato que se comió al canario! -gritó la tía Tildy-. ¡Y llévense esa maldita canasta!

Los cuatro hombres salieron pesadamente por la puerta de calle. Tildy notó que aunque llevaban una canasta vacía caminaban tambaleándose.

-¡Eh, un momento! -La tía Tildy se incorporó, temblando de indignación.- ¿Se llevan mis cosas antiguas? ¿Mis libros? ¿Los relojes? ¿Qué hay en esa canasta?

El joven moreno silbó animadamente, dándole la espalda a la vieja, caminando detrás de los cuatro hombres. Al llegar a la puerta señaló la canasta, ofreciéndole la tapa a la tía Tildy con un ademán, como preguntándole si ella querría abrir la canasta y mirar.

-¿Curiosa yo? Bah, no. ¡Fuera! -gritó la tía Tildy.

El joven moreno se acomodó el sombrero con un golpe de dedos y la saludó jovialmente.

-¡Adiós!

La tía Tildy cerró de un portazo.

Sí, sí, todo estaba mejor ahora. Los hombres se habían ido, esos tontos descabellados. No quería pensar más en la canasta. Si se habían llevado algo no importaba tanto. Lo principal era que la dejaran sola.

-Bueno. -La tía Tildy sonrió.- Ahí viene Emily, de vuelta de la universidad. A hora. Encantadora muchacha. Mira cómo camina. Pero caramba, qué rara y pálida está hoy, caminando tan despacio. Me pregunto por qué. Parece preocupada. Pobre chica. Le serviré un café y unos bizcochos.

Emily subió los escalones de la puerta de calle. La tía Tildy iba de un lado a otro por la cocina y oía los pasos lentos y deliberados. ¿Por qué estaba afligida esa chica? Parecía agua chirle. La puerta de calle se abrió. Emily se quedó en el umbral con la mano en el pestillo de bronce.

-¿Emily? -llamó la tía Tildy.

Emily entró en el vestíbulo arrastrando los pies, cabizbaja.

-¡Emily! ¡He estado esperándote! Unos condenados tontos estuvieron aquí, con una canasta. Tratando de venderme algo que yo no quería. Me alegra que estés aquí. Es realmente agradable...

La tía Tildy notó que Emily estaba mirándola fijamente desde hacía un minuto.

-Emily, ¿qué ocurre? Deja de mirarme. Mira, te traeré una taza de café. ¡Aquí está!

»Emily, ¿por qué te escapas de mí?

«Emily, deja de gritar, niña. ¡No grites, Emily! ¡Basta! Si sigues gritando así te volverás loca. Emily, ¡levántate del suelo, apártate de esa pared! ¡Emily! No te escapes, niña. ¡No te haré daño!

»Qué barbaridad, si no es una cosa es otra.

»Emily, qué pasa, niña...

Emily gimió con las manos sobre la cara.

-Niña, niña -murmuró la tía Tildy-. Toma, bebe un poco de agua. Toma, Emily, así es...

Emily abrió los ojos, vio algo, los cerró de nuevo, estremeciéndose, encogiéndose.

-Tía Tildy, tía Tildy, tía Tildy...

-¡Basta! -La tía Tildy le dio una bofetada a Emily.- ¿Qué diablos te ocurre?

Emily se obligó a mirar de nuevo.

Extendió los dedos. Los dedos desaparecieron dentro de la tía Tildy.

-¿Qué es eso? -gritó la tía Tildy-. ¡Saca la mano! ¡Sácala, digo!

Emily dejó caer la mano, sacudió la cabeza, y el pelo dorado le tembló en ondas brillantes.

-No estás aquí, tía Tildy. Estoy soñando. ¡Estás muerta!

-Calma, nena.

-No *puedes* estar aquí.

-Caramba, Emily...

La tía Tildy tomó la mano de Emily, y la atravesó limpiamente. La tía Tildy se puso muy derecha, pateando el suelo.

-¡Qué barbaridad, qué barbaridad! -gritó enojada-. ¡Ese... mentiroso! -Las manos delgadas de la tía Tildy se anudaron en unos puños pálidos, duros, velludos.- ¡Ese monstruo de las tinieblas! ¡Lo robó! Se lo llevó, ¡sí, lo hizo, lo hizo! Pero yo... -La rabia hervía en la tía Tildy, y los pálidos ojos azules eran de fuego. Farfulló un rato y cayó en un silencio indignado. Luego se volvió a Emily.- Niña, ¡levántate! ¡Te necesito!

Emily seguía tendida, estremeciéndose.

-¡Una parte de mí está aquí! -declaró la tía Tildy-. Señor, esto que queda tiene mucho que hacer. ¡Tráeme mi sombrero!

Emily confesó:

-Tengo miedo.

-No de mí, por cierto, no de mí.

-Sí.

-Pero ¿por qué? No soy un espectro. ¡Me conoces de casi toda la vida! No es hora de lloriqueos. ¡De pie, en seguida, o te daré un soplamocos!

Emily se incorporó, sollozando, y se quedó de pie como alguien arrinconado, tratando de decidir en qué dirección podría escapar.

-¿Dónde está tu coche, Emily?

-En el garaje..., señora.

-Bien. -La tía Tildy se escurrió a través de la puerta de calle.- Veamos ahora... -Los ojos penetrantes de la vieja recorrieron la calle.- ¿Dónde está la morgue?

Emily se apoyaba en la barandilla, desmañada.

-¿Qué vas a hacer, tía Tildy?

-¿Qué voy a hacer? -gritó la tía Tildy, trotando detrás de Emily, animada por una furia menuda y pálida que le sacudía las mandíbulas-. ¡Recuperar mi cuerpo, es claro! ¡Recuperar mi cuerpo! ¡Vamos!

El coche rugió. Emily se aferraba al volante, mirando directamente adelante las calles curvas y mojadas por la lluvia. La tía Tildy sacudía el parasol.

-De prisa, niña, de prisa, antes que me echen licores en el cuerpo y lo corten luego en cubos como acostumbran hacer esos impertinentes de la morgue. Lo cortan y lo sierran y luego no sirve para nada.

-Oh, tía, tía, déjame ir, ¡no me obligues a conducir! No saldrá nada bueno, nada bueno de verdad -suplicó la muchacha.

-Aquí estamos. -Emily se acercó a la acera y se derrumbó sobre el volante, pero la tía Tildy ya había saltado del automóvil y trotaba meneando las faldas por el sendero que llevaba a la morgue, y donde un coche fúnebre, negro y brillante, estaba descargando una canasta de mimbre.

-¡Usted! -La tía Tildy dirigió su ataque a los cuatro hombres que llevaban la canasta.- ¡Dejen eso!

Los cuatro hombres alzaron los ojos.

Uno dijo:

-Apártese, señora. Estamos trabajando.

-¡Llevan ahí mi cuerpo!

La tía Tildy blandió el parasol.

-De eso no sé nada -dijo otro hombre-. Por favor, no impida el tránsito. Esto es pesado.

-¡Señor! -gritó la tía Tildy, herida-. Le advierto que peso sólo cincuenta y dos kilos.

El hombre la miró distraídamente.

-No me interesa su peso, señora. En casa me esperan a cenar. Mi mujer me matará si llego tarde.

Los cuatro hombres avanzaron, y la tía Tildy detrás de ellos, persiguiéndolos por un pasillo, hacia la sala de preparaciones.

Un hombre de delantal blanco esperaba la llegada de la canasta con una sonrisa bastante complacida en la cara larga y seria. La tía Tildy no prestó atención a la avidez de esa cara, ni a la personalidad del hombre. Los cuatro hombres depositaron la canasta y se fueron.

El hombre de delantal blanco le echó una mirada a la tía Tildy y dijo:

-Señora, éste no es lugar para una dama.

-Bueno -dijo la tía Tildy, complacida-, me alegra que lo sienta así. Es exactamente lo que he tratado de decirle a ese joven vestido de oscuro.

El hombre de la morgue frunció el ceño.

-¿Qué joven vestido de oscuro?

-El hombre que se me metió en casa, ése.

-Ningún hombre así trabaja para nosotros.

-No importa. Como dijo usted con tanta inteligencia, éste no es lugar para una dama. No me quiero aquí. Me quiero en casa preparando jamón para las visitas del domingo: estamos acercándonos a Pascua. Tengo además que atender a Emily, tejer jerséis, dar cuerda a los relojes...

-Es usted filosófica y filantrópica, señora, no lo dudo, pero tengo trabajo que hacer. Ha llegado un cuerpo.

El hombre dijo esto último con cierta complacencia y tocando los cuchillos, tubos e instrumentos.

La tía Tildy se puso tiesa.

-Deje usted una sola huella digital en ese cuerpo y le aseguro...

El hombre la apartó como si fuera una vieja polillita.

-George -llamó con tono cortés-, acompañe a esta señora a la salida, por favor.

La tía Tildy miró con ojos encendidos a George, que venía avanzando.

-¡Media vuelta y aléjese de aquí!

George la tomó por las muñecas.

Tildy se libró del hombre fácilmente. El cuerpo se le deslizó fuera, o algo parecido. Hasta Tildy estaba asombrada. Haber desarrollado un talento tan inesperado a esta altura de la vida...

-¿Vio? -dijo, contenta con su habilidad-. No puede moverme. ¡Quiero que me devuelvan el cuerpo!

El hombre de la morgue abrió distraídamente la canasta. Allí, después de una recurrente serie de escrutinios, descubrió que el cuerpo de adentro era..., parecía..., ¿podía ser?..., quizá..., sí..., no..., no *podía* ser, pero...

-Ah -resopló, abruptamente. Se volvió. Entornó los ojos.

-Señora -dijo con precaución-, ¿esta dama es... una... parienta... suya?

-Una parienta muy querida. Tenga cuidado.

El hombre buscó esperanzadamente la punta de un hilo de posible lógica.

-¿Una hermana quizá?

-No, idiota. Yo, ¿me oye? *¡Yo!*

El hombre de la morgue consideró la idea.

-No -dijo-. Estas cosas no pasan. -Movió los instrumentos.- George, pida ayuda a los otros. No puedo trabajar con una maniática presente.

Los cuatro hombres volvieron. La tía Tildy se cruzó de brazos, desafiante.

-¡No me moveré! -gritó mientras la llevaban como un peón por un tablero de ajedrez, del cuarto de preparativos al cuarto de descanso, al vestíbulo, a la sala de espera, a la sala mortuoria, donde Tildy se dejó caer en una silla, en el centro mismo de la habitación. Unos oficiantes regresaban envueltos en un silencio gris, y un aroma de flores.

-Por favor, señora -dijo uno de los hombres-. Aquí es donde descansa el cuerpo, esperando el servicio de mañana.

-Me quedaré aquí clavada hasta obtener lo que quiero.

La tía Tildy se quedó allí sentada, llevándose los dedos pálidos al cuello de encaje, apretando las mandíbulas, golpeando el suelo con un pie abotinado. Si un hombre se ponía al alcance, recibía un sombrillazo. Y cuando la tocaban... había vuelto a recordar que podía escurrirse entre los dedos de cualquiera.

El señor Carrington, el presidente de la morgue, escuchó el tumulto y salió de la oficina en puntillas por el pasillo, a investigar.

-Eh, eh -les susurró a todos, con el dedo en los labios-. Más respeto, más respeto. ¿Qué ocurre? Oh, señora, ¿puedo ayudarla?

La tía Tildy lo miró de arriba abajo.

-Puede.

-Aquí me tiene a su servicio, señora.

-Vaya a ese cuarto de atrás -señaló la tía Tildy.

-Sí..., sí.

-Y dígale a ese joven investigador que no me manosee el cuerpo. Soy una dama doncella. Mis verrugas, mis marcas de nacimiento, mis cicatrices y algún otro bric-a-brac, incluyendo la curva del tobillo, son secretos míos. Me opongo a que espíe, pruebe, corte o lastime de cualquier modo que sea.

Esto era algo confuso para el señor Carrington, quien todavía no había comparado los cuerpos. Miró a la tía Tildy con una expresión de desesperanzada incomprensión.

-Me tiene ahí sobre esa mesa, ¡como un pichón de paloma listo para que lo sequen y lo embalsamen!

El señor Carrington corrió a comprobar. Tras quince minutos de silencio y discusiones horrorizadas, y de comparar notas con el empleado de la morgue, Carrington volvió, tres veces más pálido.

Dejó caer los lentes, los recogió.

-Está usted complicando las cosas, señora.

-¿Yo? -rugió la tía Tildy-. ¡San Vito bendito! Mire, señor Sangre y Huesos, o como se llame usted, le diré...

-Ya estamos sacando la sangre de...

-¡Qué!

-Sí, sí, se lo aseguro, sí. De modo que ya puede irse, no hay nada que esperar. -El hombre rió nerviosamente.- El empleado de la morgue está haciendo también una pequeña autopsia para determinar la causa de la muerte.

La tía Tildy se incorporó de un salto, roja.

-¡No puede! ¡Sólo la policía está autorizada!

-Bueno, a veces nosotros nos permitimos...

-Marche derecho y dígale a ese descuartizador que ponga de vuelta toda esa hermosa sangre azul de Nueva Inglaterra en ese cuerpo de hermosa piel, y si ha sacado alguna otra cosa que la devuelva a su sitio, y que se asegure de que funcione bien, y que luego me entregue el cuerpo, fresco como pintura fresca. ¿Ha oído?

-No hay nada que yo pueda hacer. Nada.

-Le diré algo. Me quedaré sentada aquí los próximos doscientos años, ¿me escucha? Y cada vez que aparezca un cliente, ¡le escupiré directamente en las narices!

Carrington tanteó ese pensamiento, en una mente que ya apenas funcionaba, y emitió un gruñido.

-Nos arruinará el negocio. Usted no hará eso.

La tía sonrió.

-¿No lo haré?

Carrington corrió por el pasillo oscuro. Se oyó, a lo lejos, que marcaba los números de un teléfono una y otra vez. Media hora más tarde unos coches se detuvieron rugiendo frente a la morgue. Tres vicepresidentes de la morgue aparecieron en el pasillo acompañados por el histérico presidente.

-¿Cuál es la dificultad?

La tía les contó la historia, con unas pocas y bien escogidas referencias al infierno.

Los hombres celebraron una conferencia y mientras tanto le dijeron al empleado de la morgue que interrumpiera las labores domésticas, por lo menos hasta que se llegara a algún acuerdo... El empleado salió de la cámara y esperó sonriendo amablemente, fumando un enorme cigarro oscuro.

La tía miró fijamente el cigarro.

-¿Dónde echó usted las cenizas? -gritó, horrorizada.

El empleado sonrió mostrando los dientes, imperturbable, y echó una bocanada de humo.

La conferencia terminó.

-Señora, seamos justos; no nos obligará usted más tarde a que concluyamos nuestros servicios, ¿no?

La tía estudió las caras de los buitres.

-Oh, no tengo ningún interés.

Carrington se secó el sudor de las mejillas.

-Puede llevarse el cuerpo.

-¡Ja! -gritó la tía Tildy. Luego, precavida-: ¿Intacto?

-Intacto.

-¿No formaldehído?

-No formaldehído.

-¿Sangre?

-¡Sangre, Dios mío, sí, sangre, pero sólo si lo lleva y se va!

Un movimiento de cabeza, cortés.

-De acuerdo. Prepárenlo. Trato hecho.

Carrington castañeteó los dedos volviéndose hacia el hombre de la morgue.

-No se quede ahí, babieca. ¡Prepárelo!

-¡Y tenga cuidado con ese cigarro! -dijo la vieja.

-Calma, calma. Pongan la canasta en el suelo, para que yo pueda meterme.

La vieja no miró mucho el cuerpo. Comentó solamente:

-Aspecto natural.

Se dejó caer hacia atrás en la canasta.

Sintió la mordedura de un frío ártico, y luego una náusea inesperada y un vértigo. Dos gotas de materia fundida, un agua que trataba de escurrirse en un suelo de cemento. Una tarea lenta. Dura. Como una mariposa que intenta meterse de nuevo en el casco endurecido de una crisálida.

Los vicepresidentes miraban a la tía Tildy con aprensión. El señor Carrington se retorcía los dedos y trataba de ayudar moviendo las manos y los brazos. El empleado de la morgue, francamente escéptico, observaba con ojos perezosos y divertidos.

La tía Tildy sentía que entraba en una fría e interminable piedra de granito, en una estatua helada y antigua. Comprimiéndose todo el tiempo.

-¡Vuelve a la vida, maldito seas! -se gritó la tía Tildy-. Levántate un poco.

El cuerpo se alzó a medias, crujiendo en la canasta seca.

-¡Pliega las piernas, mujer!

El cuerpo se movió, tanteando.

-¡Mira! -gritó la tía Tildy.

La luz entró en los ciegos ojos velados.

-¡Siente! -ordenó la tía Tildy.

El cuerpo sintió el calor de la habitación, la repentina realidad de la mesa de operaciones, y se apoyó allí, jadeando.

-¡Muévete!

El cuerpo dio un paso chirriante, lento.

-¡Oye! -soltó la vieja.

Los ruidos del lugar entraron en los oídos apagados. La respiración dura, expectante del empleado de la morgue, tembloroso; los gemidos del señor Carrington; la propia voz crepitante de la tía Tildy.

-¡Camina! -dijo.

El cuerpo caminó.

-¡Piensa! -dijo la mujer.

El viejo cerebro pensó.

-¡Habla!

El cuerpo habló, saludando a los hombres de la morgue.

-Muy amables. Gracias. Y ahora -dijo la tía Tildy, al fin-, ¡llora!

Y se puso a derramar lágrimas de verdadera felicidad.

Y ahora, cualquier tarde alrededor de las cuatro, si usted quiere visitar a la tía Tildy, vaya a la tienda de antigüedades y llame a la puerta. Hay allí una enorme y negra corona fúnebre. No se preocupe. La tía Tildy la dejó en la puerta; ella tiene su propio sentido del humor. Llame usted. La

puerta tiene una doble barra y tres cerraduras, y cuando uno llama la voz de la tía Tildy chilla desde adentro.

-¿Es el hombre vestido de negro?

Y usted se ríe, dice no, no, soy sólo yo, tía Tildy.

Y la vieja se ríe y dice:

-¡Entre, en seguida!

La tía Tildy abre rápidamente y cierra de un portazo, para que ningún hombre vestido de negro entre junto con usted. Luego lo instala a usted en la mesa, le sirve café y le muestra el último jersey que ella ha tejido. No es tan rápida como antes, y no tiene tan buena vista, pero sigue trabajando.

-Como usted es un buen hombre -declara la tía Tildy apartando la taza de café-, le haré un regalito.

-¿Qué es? -preguntan las visitas.

-Esto -dice la tía, complacida, sabiendo que su regalo es una pequeña rareza, una broma.

Entonces moviendo modestamente los dedos la tía se desatará el moño blanco del cuello y el pecho y durante un instante muestra lo que hay abajo.

La larga cicatriz azul de la autopsia.

-No mal cosido, tratándose de un hombre -concede-. Oh, ¿un poco más de café? ¡Muy bien!

LA ALCANTARILLA

ERA UNA TARDE de lluvia, y los faroles brillaban contra el cielo gris. Las dos hermanas habían estado largo tiempo en la sala. Una de ellas, Juliet, bordaba manteles; la más joven, Anna, estaba sentada en silencio en el banco de la ventana, mirando la calle oscura y el cielo oscuro.

Anna tenía la frente apoyada contra el vidrio, pero movía los labios, meditando, y al fin dijo:

-Nunca lo había pensado antes.

-¿Qué cosa? -preguntó Juliet.

-Se me acaba de ocurrir. Hay realmente una ciudad debajo de la ciudad. Una ciudad muerta, aquí mismo, a nuestros pies.

Juliet movió la aguja en el mantel blanco.

–Apártate de la ventana. La lluvia te está trastornando la cabeza.

–No, de veras. ¿No pensaste nunca en las alcantarillas? Recorren toda la ciudad, hay una por cada calle, y puedes caminar por dentro sin golpearte la cabeza, y van a todas partes y al fin desembocan en el mar. –Anna miraba fascinada la lluvia sobre el asfalto, y la lluvia que caía del cielo y se desvanecía en los escurrideros de la esquina distante.– ¿No vivirías en una alcantarilla?

–¡Jamás!

–Pero, ¿no sería divertido..., quiero decir, muy secreto? Vivir en los túneles de las alcantarillas y espiar a la gente de arriba a través de las grietas y verlos y que ellos no te vean. Como cuando eras niña y jugabas a las escondidas y nadie te encontraba y estabas en medio de la gente todo el tiempo, abrigada y oculta y acalorada y excitada. Todo eso me gustaba mucho. Vivir en las alcantarillas debe de ser algo parecido.

Juliet alzó los ojos lentamente.

–¿Eres realmente mi hermana? *Naciste,* ¿no es cierto? A veces, cuando te oigo hablar, pienso que mamá te encontró un día debajo de un árbol y te trajo a casa y te plantó en una maceta y te cuidó hasta que creciste; y aquí estás ahora, y ya no cambiarás nunca.

Anna no replicó y Juliet volvió a su tarea. No había color en el cuarto; ninguna de las dos hermanas daba una nota de color. Anna tuvo apoyada la cabeza en los vidrios otros cinco minutos. Luego miró a lo lejos y dijo:

–Imagino que lo llamarías un sueño. Mientras estuve aquí en la última hora, quiero decir. Pensando. Sí, Juliet, fue un sueño.

Ahora le tocó a Juliet no contestar.

Anna susurró:

–Toda esta agua me dio sueño y dormí un rato, se me ocurre, y luego me puse a pensar en la lluvia y de dónde venía y cómo desaparece en esas aberturas de la calle, y luego pensé en lo que hay abajo, y de pronto allí estaban. Un hombre... y una mujer. Metidos en el túnel, debajo del camino.

–¿Qué pueden hacer ahí? –preguntó Juliet.

–¿Tiene que haber una razón? –dijo Anna.

–No, no, no si están locos, no –dijo Juliet–. En ese caso no hay necesidad de razones. Están en la alcantarilla, y que se queden ahí, si quieren.

–Pero no están en la alcantarilla porque sí –dijo Anna con aire de persona enterada, inclinando la cabeza, moviendo los ojos bajo los párpados entornados–. No, están enamorados, esos dos.

–Cielo santo –dijo Juliet–, ¿el amor los obligó a arrastrarse ahí abajo?

–No, han estado ahí mucho tiempo, años y años –dijo Anna.

–No me dirás que han estado en la alcantarilla durante años, viviendo juntos –protestó Juliet.

–¿Dije que estaban vivos? –preguntó Anna, sorprendida–. Oh, pero no. Están muertos.

La lluvia se escurría en perdigones desordenados, golpeando la ventana. Unas gotas se unían a otras y bajaban en hilos.

–Oh –dijo Juliet.

–Sí –dijo Anna, soñando–. Muertos. El hombre está muerto, y la mujer está muerta. –Esto pareció satisfacer a Anna; era un descubrimiento importante y se sintió orgullosa.– El hombre parece uno de esos solitarios que nunca han viajado en su vida.

–¿Cómo lo sabes?

–Parece uno de esos hombres que no han viajado nunca, pero desean hacerlo. Se le conoce en los ojos.

–Sabes qué aspecto tiene, entonces.

–Sí. Muy enfermo y muy hermoso. Ya entiendes: uno de esos hombres embellecidos por la enfermedad. La enfermedad les marca los huesos de la cara.

–¿Y está muerto? –preguntó la hermana mayor.

–Desde hace cinco años. –Anna hablaba dulcemente, abriendo y cerrando los ojos, como si fuese a contar un largo cuento, y quisiera empezar lentamente, y luego continuar más y más rápido, hasta que el impulso mismo del cuento la llevara adelante, con los ojos inmóviles y los labios entreabiertos. Pero ahora la historia era lenta, y Anna sólo sentía la necesidad algo febril de contarla.– Hace cinco años este hombre caminaba por una calle, y se dio cuenta de que había estado caminando por esta misma calle muchas noches, y siguió caminando hasta que llegó a una valla de metal, una de esas construcciones de hierro que ponen en la calle cuando los hombres trabajan allí, y el hombre oyó el río que corría a sus pies, bajo la cobertura de metal, hacia el océano. –Anna extendió la mano derecha.– Y el hombre se inclinó lentamente y levantó la tapa de la alcantarilla y miró la espuma en movimiento y el agua, pensó en alguien a quien quería amar y no podía amar, y entonces se metió entre los hierros y descendió hasta desaparecer del todo...

–¿Y la mujer? –le preguntó Juliet, trabajando–. ¿Cuándo murió?

–No estoy segura. Está ahí desde hace poco. No murió hace mucho tiempo. Pero *está* muerta. Es una muerta hermosa, muy hermosa. –Anna admiró la imagen que tenía en la mente.– Es necesario que una mujer se muera para que sea realmente hermosa, y las que mueren ahogadas son las más hermosas de todas. La muerte les saca todas las durezas del rostro, y los cabellos flotan en el agua como una estela de humo. –Anna asintió con un movimiento de cabeza, divertida.– Ningún colegio ni ninguna buena educación del mundo pueden conseguir que una mujer se mueva con esta gracia, como en un sueño, fácilmente, rizando la superficie del agua, hermosa.

La mano tosca y ancha de Anna trató de mostrar la gracia de la mujer, la belleza de esos movimientos, cómo rizaba el agua.

–El hombre había estado ahí esperándola, cinco años. Pero ella nunca lo supo, hasta ahora. Y ahí están, y seguirán así, desde ahora en adelante... Reviven en las épocas de lluvia, pero en las temporadas de sequía, y eso puede durar meses, descansan escondidos en unos nichos ocultos, como flores japonesas de papel, secas y compactas y viejas e inmóviles...

Juliet se incorporó y encendió otra lámpara en un rincón de la sala.

–Preferiría que no hablaras de eso.

Anna se rió.

–Pero deja que te cuente cómo empezó, cómo volvieron a la vida. Lo tengo todo pensado. –Anna se inclinó hacia adelante, tomándose las piernas, mirando la calle y la lluvia y las bocas de las alcantarillas.– Allí están, abajo, secos e inmóviles, y arriba aumenta la electricidad, en el cielo quebradizo. –Se echó hacia atrás el pelo gris y opaco, con un movimiento de la mano.– Al principio todo el mundo de arriba es unos goterones. Luego hay relámpagos y luego truenos y la época de sequía concluye y las gotas corren por la calle y crecen y desaparecen en los desagües. Junto con el agua van envoltorios de gomas de mascar y entradas para teatros y billetes de autobús.

–Aléjate de esa ventana, por favor.

Anna juntó las puntas de los dedos.

–Sé cómo es allí, debajo del pavimento, en la gran alcantarilla cuadrada. Un recinto amplio. Está vacío, después de semanas y semanas de sol. Se oyen ecos cuando uno habla. No hay otro sonido que el de algún coche que pasa por arriba. Arriba, muy lejos. Toda la alcantarilla es como el hueso seco y hueco de un camello, que espera en el desierto.

Anna alzó la mano, señalando, como si ella misma esperara en el fondo de la alcantarilla.

–Un hilo de agua ahora. Corre por el suelo. Como si alguien se hubiera lastimado y estuviese sangrando en el mundo de afuera. De pronto se oye un trueno. ¿O es el ruido de un camión que pasa?

»El agua se escurre. Y también en todos los otros túneles. Hilos retorcidos y serpientes. Agua manchada de tabaco. Luego se mueve. Se junta con otras aguas. Se transforma en serpientes y luego en una boa constrictor que se arrastra a lo largo del suelo plano, cubierto de papeles. Desde todos los sitios, del norte y del sur, de otras calles, vienen corrientes que se juntan en una espiral siseante y brillante. Y el agua se escurre en esos dos nichos secos de que te hablé. Se alza un poco entre esos dos, la mujer y el hombre, que esperan allí como flores japonesas.

Anna se apretó las manos, lentamente, entrelazando los dedos.

–El agua los empapa. Primero, levanta la mano de la mujer, que se mueve apenas. La mano es por ahora la única parte viva del cuerpo. Luego el agua alza un brazo y una pierna. Y el cabello... –Anna se tocó el pelo que le colgaba sobre los hombros.– El cabello se suelta y se abre como una flor en el agua. Los párpados cerrados de la mujer son de color azul.

La sala estaba más oscura ahora. Juliet continuó bordando y Anna habló y contó todo lo que veía. Contó cómo el agua crecía y se llevaba a la mujer, desdoblándola y soltándola y poniéndola de pie en la alcantarilla.

–El agua está interesada en la mujer, y ella se deja llevar. Después de mucho tiempo de inmovilidad, desea vivir de nuevo, cualquier vida que el agua quiera darle.

En alguna otra parte, el hombre se incorpora también en el agua. Y Anna cuenta lo que ocurre, y cómo el agua lo lleva lentamente, flotando, y cómo la mujer flota también, hasta que los dos se encuentran.

–El agua les abre los ojos. Ahora pueden ver, pero no se ven. Dan vueltas, sin tocarse todavía. –Anna movió un poco la cabeza, los ojos cerrados.– Se observan. Brillan como una materia fosforescente. Sonríen..., se... tocan las manos.

Juliet, tiesa, tiesa, dejó el bordado y miró a su hermana, en el otro extremo de la sala gris, envuelta en el silencio de la lluvia.

–¡Anna!

–La marea los acerca... y se tocan. La marea los junta. Es un amor perfecto, donde no hay ningún yo, sólo dos cuerpos que el agua mueve. Todo es limpio, y está bien. No es nada malo, de este modo.

–¡Es malo que lo digas! –exclamó la hermana.

–No, está bien –insistió Anna, volviéndose un instante–. No piensan, ¿entiendes? Están muy abajo y tranquilos y sin ninguna preocupación.

Anna se tomó la mano derecha y la puso sobre la mano izquierda, con mucha lentitud y cuidado, entrelazándolas, temblando. La ventana mojada por la lluvia, de una pálida claridad de primavera, dio un movimiento de luz y de agua a los dedos de la mujer, como si los hundiera profundamente en un agua gris, de modo que los dedos se tocaban en círculos mientras Anna contaba el sueño:

–El hombre alto, en silencio, las manos abiertas. –Anna mostró con un ademán qué alto era el hombre y con qué facilidad se movía en el agua.– La mujer pequeña, en silencio, y el cuerpo abandonado. –Anna miró a Juliet, aflojando las manos.– Están muertos, y no tienen dónde ir, y nadie puede decirles nada. De modo que ahí están, sin nada que los moleste y sin ninguna preocupación, escondidos en un lugar oculto, debajo de la tierra, en las aguas de la alcantarilla. Se tocan las manos y los labios y cuando llegan a una encrucijada de túneles el agua se los lleva rápidamente, juntos. Luego, más tarde... –Anna soltó las manos.– Quizá viajan juntos, tomados de la mano, balanceándose y flotando, debajo de todas las calles, bailando de un modo raro cuando son arrastrados de pronto por un torbellino. –Anna movió las manos en círculos y una ráfaga de lluvia golpeó la ventana.–Y descienden así hasta el mar, cruzando toda la ciudad, dejando atrás los cruces de los túneles y de las calles. Genesee Avenue, Crenshaw, Edmond Place, Washington, Motor City, Ocean Side, y luego el océano. Van a donde el agua quiera llevarlos, a cualquier sitio de la tierra, y luego vuelven al refugio de la alcantarilla y flotan de nuevo debajo de la ciudad, bajo una docena de tiendas de tabaco, y cuatro docenas de licorerías, y seis docenas de tiendas de comestibles y diez cines, las vías de un ferrocarril, la carretera Ciento uno, y los pies de treinta mil peatones que no saben nada o nunca pensaron en los túneles de la alcantarilla.

La voz de Anna flotó y sonó y se tranquilizó nuevamente.

–Y luego... el día pasa y el trueno se va calle arriba. Deja de llover. La estación de las lluvias ha terminado. Los túneles gotean y el agua se detiene. La marea se aleja. –Anna parecía ahora decepcionada, como si lamentara que todo hubiera terminado.– El río corre hacia el océano. El hombre y la mujer sienten que el agua los posa lentamente en el suelo. –Anna dejó las manos en el *regazo,* como si descendieran con la marea, mirándolas fijamente, anhelantes.– Los pies del hombre y la mujer pierden la vida que les dio el agua. Ahora el agua los acuesta, juntos, y se va, y los túneles mueren. Y el hombre y la mujer se quedan allí acostados. Arriba, en el mundo, sale el sol. El hombre y la mujer yacen en la oscuridad, durmiendo, hasta la próxima vez. Hasta la próxima lluvia.

Las manos de Anna descansaban ahora en el regazo, las palmas abiertas hacia arriba.

–Un hombre hermoso, una mujer hermosa –murmuró, inclinando la cabeza sobre las manos y cerrando los ojos.

De pronto Anna enderezó el cuerpo y clavó los ojos en Juliet.

–¿Sabes quién es el hombre? –gritó, amargamente.

Juliet no replicó; atónita, observaba a Anna desde hacía cinco minutos. Tenía la boca torcida y pálida. La voz de Anna era ahora casi un aullido:

–¡El hombre es Frank, es él de veras! ¡Y yo soy la mujer!

–¡Anna!

–¡Sí, es Frank, ahí abajo!

–¡Pero Frank desapareció hace años, y no está ahí abajo, es inconcebible!

Ahora Anna le hablaba a nadie, a todos, a Juliet, a la ventana, la pared, la calle.

–Pobre Frank –lloró–. Sé que está ahí. El mundo entero le parecía insoportable. La madre le estropeó todas las cosas. Un día miró la alcantarilla y pensó que era un lugar oculto y hermoso. Oh, pobre Frank. Y pobre Anna, pobre yo, tengo una hermana y nada más. Oh, Juliet, ¿por qué no me aferré a Frank cuando aún estaba aquí? ¿Por qué no luché entonces contra la madre?

–¡Cállate, cállate ahora mismo, ¿me oyes?, ahora mismo!

Anna cayó encogida en el rincón, junto a la ventana, apoyando una mano en el vidrio, y lloró en silencio. Unos pocos minutos más tarde oyó la voz de Juliet, que decía:

–¿Ya se te pasó?

–¿Qué?

–Si ya estás bien, ayúdame a terminar esto, o me ocupará toda la vida.

Anna alzó la cabeza y se deslizó acercándose a Juliet.

–¿Qué quieres que haga? –suspiró.

–Esto y esto –dijo Juliet, mostrándole.

–Bueno –dijo Anna, y tomó el bordado y se sentó junto a la ventana mirando la lluvia, moviendo la aguja y el hilo, pero observando siempre qué oscura estaba la calle ahora, y el cuarto, y qué difícil era ver la tapa redonda de la alcantarilla... Allá afuera, en la tarde negra, negra, sólo había unos débiles destellos y centelleos de medianoche. Una red de rayos crepitaba en el cielo.

Pasó media hora. En el otro extremo del cuarto, Juliet descansaba soñolienta en el sillón. Se sacó los anteojos, los puso a un lado, y apoyando la cabeza en el respaldo se quedó dormida. Unos treinta segundos más tarde oyó que la puerta de calle se abría con violencia, oyó el viento que entraba, oyó los pasos que corrían por la acera, daban media vuelta y atravesaban de prisa la calle oscura.

–¿Qué? –preguntó Juliet, buscando a tientas los anteojos–. ¿Quién anda ahí? Anna, ¿llamó alguien a la puerta?

Se quedó mirando la ventana, el banco vacío.

–¡Anna! –gritó, levantándose de un salto y corriendo al vestíbulo.

La puerta de calle estaba abierta, y la lluvia entraba como una niebla tenue.

–Ha salido por un momento –dijo Juliet, de pie en la puerta, tratando de ver en la húmeda oscuridad–. Volverá pronto. Volverás, ¿no es cierto, Anna querida? Anna, contéstame, volverás pronto, ¿no es cierto, hermana?

Afuera, la tapa de la alcantarilla se alzó, se cerró golpeando.

La lluvia murmuraba en la calle, y cayó sobre la tapa cerrada todo el resto de la noche.

REUNIÓN DE FAMILIA

-Ahí vienen -dijo Cecy, tendida en la cama.

-¿De dónde son? -gritó Timothy desde el umbral.

-Algunos vienen de Europa, algunos de Asia, algunos de las Islas, algunos de la América del Sur -dijo Cecy, los ojos cerrados, las pestañas largas, de color castaño, y temblorosas.

Timothy se adelantó sobre las tablas desnudas de la habitación del piso de arriba.

-¿Quiénes son?

-¡El tío Einar y el tío Fry, y también el primo William, y veo a Frulda y Helgar y la tía Alorgiana y la prima Vivian, y veo al tío Johann! ¡Vienen todos rápido!

-¿Están arriba en el cielo? -gritó Timothy, y los ojitos grises se le encendieron.

De pie junto a la cama, Timothy era realmente un niño de catorce años. Afuera soplaba el viento, y sólo las estrellas iluminaban la casa oscura.

-Vienen por el aire y viajando por tierra firme, de muchos modos -dijo Cecy, somnolienta. No se movía en la cama: pensaba para sí misma y contaba lo que iba viendo-. Veo una figura parecida a un lobo que viene vadeando las aguas bajas de un río oscuro, justo sobre la cascada, y la luz de las estrellas se le refleja en la piel. Veo una hoja castaña de roble que flota lejos y arriba en el cielo. Veo un murciélago pequeño que se acerca volando. Veo muchas otras cosas, corriendo entre los árboles de los bosques y deslizándose entre las ramas más altas; ¡y todos vienen en esta dirección!

-¿Estarán aquí mañana a la noche? -Los dedos de Timothy apretaron la ropa de cama. La araña que llevaba en la solapa de la chaqueta osciló como un péndulo negro, bailando excitadamente. Timothy se inclinó sobre su hermana.- ¿Estarán todos aquí a tiempo para la reunión de familia?

-Sí, sí, Timothy, sí -suspiró Cecy, poniéndose tiesa-. No me preguntes más. Vete ahora. Déjame visitar los sitios que más me gustan.

-Gracias, Cecy -dijo Timothy.

Afuera en el pasillo, corrió al dormitorio. Hizo apresuradamente la cama. Había despertado pocos minutos antes, a la caída del sol, y se sentía tan excitado pensando en la fiesta que cuando aparecieron las primeras estrellas fue a verla a Cecy. Ahora Cecy dormía profundamente y no se oía ningún sonido. La araña colgaba en un lazo de plata del cuello delgado de Timothy, que se lavaba la cara.

-Piénsalo un poco, Araña, ¡mañana a la noche es la Víspera de Todos los Santos!

Alzó la cabeza y se miró en el espejo. Era el único espejo en toda la casa. La madre se lo había regalado, y sólo porque Timothy estaba enfermo. Oh, si no fuera por lo menos un niño achacoso. Abrió la boca y se examinó los dientes inadecuados y pobres. Eran apenas unos granos de maíz incrustados en las mandíbulas: redondos, blandos y pálidos. Timothy se sintió menos animado.

Era ya de noche y encendió una vela. Estaba agotado. En la semana anterior toda la familia había vivido de acuerdo con las antiguas costumbres. Durmiendo de día, levantándose a la caída de la tarde. Timothy tenia unas marcadas ojeras azules.

-Araña, no sirvo -le dijo en voz baja, a la pequeña criatura-. Ni siquiera puedo acostumbrarme a dormir de día como los otros.

Tomó el candelero. Oh, tener dientes fuertes, con incisivos como clavos de acero. Manos fuertes, también, o una mente fuerte. Ser capaz, por ejemplo, de enviar afuera la propia mente, como hacía Cecy. Pero no, él era el imperfecto, el enfermo. Llegaba al colmo de tenerle miedo a la oscuridad; se estremeció y acercó la llama de la vela. Los hermanos le tomaban el pelo. Bion y Leonard y Sam. Se retan de él porque dormía en una cama. El caso de Cecy era diferente: necesitaba la comodidad de la cama para enviar la mente a otras regiones, a cazar. Pero Timothy, ¿dormía él en una maravillosa caja pulida como los otros? ¡No! La madre le había permitido tener una cama propia, un cuarto propio y un espejo propio. No era raro que la familia lo evitara, como a un crucifijo en manos de un hombre pío. Si por lo menos le brotaran unas alas en los hombros. Se desnudó la espalda, y miró. Suspiró de nuevo. Nada. Nunca.

Abajo se oían unos sonidos excitantes y misteriosos: los crespones negros que rozaban los pasillos y los cielos rasos y las puertas. El chisporroteo de unos cirios negros que ardían en el pozo de la escalera de baranda. La voz de la madre, alta y firme. La voz del padre, como un eco en el sótano húmedo. Bion que venía de la vieja casa de campo trayendo a cuestas unas jarras de dos galones.

-Tengo que ir ahora a la fiesta, Araña -dijo Timothy.

La araña giró en el extremo del hilo, y Timothy se sintió solo. Puliría cajas, traería hongos venenosos y arañas, colgaría crespones, pero cuando la fiesta comenzase lo ignorarían del todo. Cuanto menos se viera o se dijera de aquel hijo imperfecto, mejor que mejor.

Abajo, por toda la casa, corría Laura.

-¡Reunión de familia -gritaba alegremente-. ¡Reunión de familia!

Las pisadas de Laura en todas partes a la vez.

Timothy pasó de nuevo por el cuarto de Cecy, y ella estaba durmiendo, tranquila. Una vez al mes iba al piso de abajo. El resto del tiempo se lo pasaba en cama. Encantadora Cecy. Timothy tenía ganas de preguntarle: «¿Dónde estás ahora, Cecy? ¿Y en quién? ¿Y qué está pasando? ¿Has ido más allá de las montañas? ¿Y qué ocurre allí?» Pero no se detuvo y fue al cuarto de Ellen.

Ellen estaba sentada en su escritorio, clasificando mechones de pelo rubio, rojo y negro y pequeñas cimitarras de uñas. Había juntado todo en su trabajo de manicura en el salón de belleza de Mellin Village, a veinte kilómetros de distancia. En un rincón del cuarto había un cajón de caoba, con el nombre de Ellen.

-Vete -dijo Ellen, sin volverse hacia Timothy-. No puedo trabajar si estás ahí papando moscas.

-¡La Víspera de Todos los Santos, Ellen, qué maravilla! -dijo Timothy tratando de mostrarse amable.

-Hum. -Ellen puso unas muestras de uñas en un saquito blanco, y lo clasificó.- ¿Qué puede significar para tí? ¿Qué sabes de eso? Te asustarlas de veras. Vuelve a la cama.

Timothy sintió que le ardía la cara.

-Me necesitan para pulir y trabajar y ayudar a servir.

-Si no te vas ahora mismo mañana encontrarás en la cama una docena de ostras crudas -dijo Ellen, inexpresiva-. Adiós, Timothy.

Timothy, furioso, corrió escaleras abajo y tropezó con Laura.

-¡Mira por dónde vas! -chilló Laura apretando los dientes.

Laura se alejó deslizándose. Timothy corrió a la puerta abierta del sótano, y respiró el aire que venía de abajo y olía a tierra húmeda.

-¿Padre?

-Es casi la hora -gritó el padre, al pie de los escalones-. ¡Date prisa o estarán aquí antes que estemos listos!

Timothy titubeó sólo un instante, pero alcanzó a oír el millón de otros sonidos de la casa. Los hermanos iban y venían como trenes en una estación, hablando y discutiendo. Si uno se detenía un rato en algún sitio toda la gente de la casa pasaba por allí llevando cosas en las manos pálidas. Leonard y la valijita negra de médico, Samuel y el libraco polvoriento encuadernado en hueso bajo el brazo, arrastrando más crespones negros, y Bion que salía, iba hasta el coche, y traía muchos más galones de liquido.

El padre dejó de pulir y miró ceñudamente a Timothy. Golpeó el enorme cajón de caoba.

-Vamos, lustra, así podemos empezar con otra. Mueve esos huesos.

Mientras enceraba la superficie del cajón, Timothy miró adentro.

-El tío Linar es un hombre grande, ¿no es cierto, papá?

-Hum.

-¿Cómo es de grande ?

-Ahí tienes el cajón.

-Sólo preguntaba. ¿Dos metros?

-Hablas mucho.

Alrededor de las nueve Timothy salió al clima de octubre. Durante dos horas, en el viento ahora tibio, ahora frío, caminó por los prados juntando hongos venenosos y arañas. Estaba otra vez excitado, y el corazón le golpeaba en el pecho. ¿Cuántos parientes había dicho la madre que vendrían? ¿Setenta? ¿Cien? Pasó junto a una granja. Si ustedes llegaran a saber qué está ocurriendo en nuestra casa, les dijo a las ventanas brillantes. Subió a una loma y miró la ciudad, a kilómetros de distancia, que se disponía a dormir; el reloj de la plaza era alto, blanco y redondo. La ciudad tampoco sabía. Timothy llevó a la casa muchas jarras de arañas y hongos.

En la capillita subterránea se celebró una corta ceremonia. Los ritos fueron los mismos de otros años. El padre entonó las líneas oscuras, las hermosas manos blancas de mamá se movieron, en las bendiciones invertidas, y todos los niños estaban allí, excepto Cecy, que estaba acostada arriba, en cama. Pero Cecy los acompañaba también. Uno la veía: miraba ahora desde los ojos de Bion, y luego desde Samuel, y luego desde mamá, y al fin algo se movía y Cecy entraba en uno, un instante y se iba de nuevo.

Timothy le rezó al Oscuro sintiendo un nudo en el estómago...

-Por favor, por favor, ayúdame a crecer, ayúdame a ser como mis hermanas y mis hermanos. No dejes que sea diferente. Si por lo menos pudiera poner pelo a las figuras plásticas como Ellen, o conseguir que la gente se enamore de mí como hace Laura, o leer libros raros como Sam, o tener un empleo respetable como Leonard y Bion. O aun tener una familia algún día, como mama y papá...

A medianoche una tormenta martilleó la casa. Los rayos golpearon afuera con descargas asombrosas, redondas y blancas como la nieve. Se oía el ruido de un huracán que se acercaba, tanteando, succionando, arrastrándose y husmeando la húmeda tierra nocturna. De pronto la mitad de los goznes de la puerta de calle saltó en pedazos, y la puerta colgó torcida e inútil, ¡y entraron atropellándose el abuelo y la abuela que venían del lejano y viejo país!

Desde entonces la gente fue llegando a toda hora. Un aleteo en la ventana lateral, un golpe seco en el porche de adelante, un llamado atrás. Unos sonidos moribundos en el sótano; el viento del otoño cantó en la garganta de la chimenea. La madre llenó el enorme tazón de cristal con el fluido escarlata que Bion había traído en las jarras. El padre iba de cuarto en cuarto encendiendo más cirios. Laura y Ellen machacaron más acónito. Y Timothy, en medio de tanta excitación, miraba a un lado y a otro, con las manos caídas y temblorosas, y la cara inexpresiva. Ruido de puertas, risas, el sonido del líquido que se vertía en las copas, oscuridad, viento, el trueno membranoso de las alas, el rumor blando de los pasos, los saludos de bienvenida, la vibración transparente de las puertas de vidrio, las sombras que pasaban, venían, iban, oscilaban.

-Bueno, bueno, ¡y este tiene que ser Timothy!

-¿Qué?

Una mano helada tomó la mano de Timothy. Una cara larga y velluda se inclinó mirándolo.

-Buen muchacho, hermoso muchacho -dijo el desconocido.

-Timothy -dijo la madre-, este es el tío Jason.

-Hola, tío Jason.

-Y en este lado...

La madre se llevó al tío Jason. El tío Jason miró por encima de la capa que le cubría el hombro y le guiñó un ojo a Timothy.

Timothy se quedó solo.

Lejos, a mil kilómetros, en la oscuridad iluminada por las velas; se oyó una voz aflautada. Era Ellen.

-Y mis hermanos, son listos. ¿A que no sabes de qué se ocupan, tía Morgiana?

-No tengo la menor idea.

-Tienen una casa de servicios fúnebres en la ciudad.

La tía Morgiana abrió la boca, asombrada.

-¡Qué!

-¡Sí! -Una risa chillona.- ¿No es maravilloso?

Timothy estaba muy quieto.

Una pausa en la risa.

-Traen el alimento diario para mamá, papá y todos nosotros -dijo Laura-. Excepto, por supuesto, Timothy...

Un silencio incómodo. La voz del tío Jason pidió explicaciones.

-Hablen. ¿Qué pasa con Timothy?

-Oh, Laura, qué lengua larga -dijo la madre.

Laura siguió hablando. Timothy cerró los ojos.

-A Timothy no... bueno... no le gusta la sangre. Es un niño delicado.

-Aprenderá -dijo la madre-. Aprenderá. Es mi hijo y aprenderá. Sólo tiene catorce.

-Pero yo me crié con eso -dijo el tío Jason, y la voz fue de un cuarto a otro. El viento tocaba los árboles de afuera, como arpas. La llovizna golpeó los vidrios-. Me crié con eso...

La voz se fue apagando.
Timothy se mordió los labios y abrió los ojos.

-Bueno, sólo yo tengo la culpa. -Ahora la madre se llevaba a los otros a la cocina.- Traté de obligarlo. No se puede obligar a los niños, se ponen enfermos, y luego pierden el gusto. Miren a Bion, ya tenía trece años cuando...

-Entiendo -murmuró el tío Jason-. Timothy irá adelante.

-Estoy segura -dijo la madre, firmemente.

Las sombras cruzaban una y otra vez la docena de cuartos mohosos, y la luz temblaba en las velas. Timothy tenía frío. Sintió el olor del sebo caliente y casi sin pensarlo tomó un cirio y caminó por la casa fingiendo que enderezaba los crespones.

-Timothy -murmuró alguien, detrás de una pared empapelada, siseando, chirriando, suspirando-, Timothy le tiene miedo ala oscuridad.

La voz de Leonard. ¡Odioso Leonard!

-Me gustan las velas, eso es todo -dijo Timothy, en un murmullo de reproche.

Más relámpagos, más truenos. Cataratas de risa. Golpes sordos y secos y gritos y el susurro de las ropas. Una niebla viscosa entró arrastrándose por la puerta. Entre la niebla, plegando las alas, apareció un hombre alto.

-¡Tío Einar!

Timothy echó a correr, y las piernas delgadas lo llevaron directamente a través de la niebla, bajo las sombras verdes de las alas. Se arrojó en los brazos de Einar, y Einar lo alzó.

-¡Tienes alas, Timothy! -Einar hizo volar al niño, liviano como una flor de cardo.- ¡Alas, Timothy, vuela! -Las caras giraban allá abajo. La oscuridad daba vueltas. La casa desapareció. Timothy se sintió como una brisa. Movió los brazos como alas, los dedos de Einar lo recogieron y lo tiraron de nuevo hacia el cielo raso. El cielo raso se precipitó hacia abajo como una pared carbonizada.- ¡Vuela, Timothy! -gritó Einar, con voz baja y profunda-. ¡Vuela, con alas! ¡Alas!

Timothy sintió un verdadero éxtasis en los omóplatos, como si le crecieran allí unas raíces, que estallaban y florecían en membranas nuevas y húmedas. Balbuceó sin sentido, y el tío Einar lo arrojó de nuevo al aire.

El viento de otoño se quebró como una marea sobre la casa, la lluvia cayó estrepitosamente, sacudiendo las vigas, y la luz furiosa de las velas osciló en los candeleros. Y los cien parientes de

distintos tamaños y formas salieron de los cuartos encantados y negros, y rodearon al tío Einar que echaba al niño como un bastón de mando al estruendo del espacio.

-¡Basta! -gritó Einar al fin.

Timothy, depositado en las maderas del piso, feliz, agotado, cayó contra el tío Einar, sollozando.

-¡Tío, tío, tío!

-¿Era bueno volar, eh, Timothy? -dijo el tío Einar, inclinándose, palmeándole la cabeza a Timothy-. Bueno, bueno.

Se acercaba la hora del alba. La mayoría ya había llegado y estaba preparándose para ir a la cama y pasar el día durmiendo, inmóviles y silenciosos hasta la siguiente caída del sol, cuando saldrían gritando de los cajones de caoba, listos para la fiesta.

El tío Einar, seguido por docenas de otros, fue hacia el sótano. La madre los llevó a las hileras superpuestas de cajones pulidos. Einar, alzando las alas como lienzos de color verde mar, se movía por el pasillo con un silbido raro; cuando las alas tocaban las paredes o el techo se oía un sonido leve de tambores.

Arriba, Timothy descansaba acostado, tratando de aficionarse a la oscuridad. Podían hacerse tantas cosas en la oscuridad, que la gente no criticaría nunca, porque no lo ven a uno. Le gustaba la noche, pero era un gusto limitado: a veces había tanta noche que Timothy se rebelaba y gritaba.

En el sótano, unas puertas de caoba se cerraron desde adentro, recogidas por manos pálidas. En los rincones, algunos parientes daban tres vueltas en círculo antes de acostarse, las manos sobre la cabeza, los ojos cerrados. El sol se levantó. Todos dormían.

La caída del sol. La fiesta estalló como un nido de murciélagos golpeado de pleno: chillidos que se extienden alrededor, aleteos, diseminaciones. Las tapas de los cajones se alzaron ruidosamente. Las pisadas subieron corriendo desde el sótano húmedo. Se admitieron unos huéspedes tardíos que llegaban pateando las puertas de adelante y de atrás.

Llovía, y los visitantes empapados dejaron las capas, los sombreros adornados con bolitas de agua, los velos rociados en las manos de Timothy, que llevó todo a un armario. Los cuartos estaban atestados. La risa de un primo, que salía de una habitación, tropezaba con la pared de otra, rebotaba, se ladeaba y volvía a las orejas de Timothy desde una cuarta habitación: una risa certera y cínica.

Una rata cruzó el piso corriendo.

-¡Te conozco, sobrina Leibersroutert! -exclamó el padre.

La rata dio unas vueltas en espiral alrededor de los pies de tres mujeres y desapareció en un rincón. Poco después una hermosa mujer salió de la nada y se quedó de pie en el rincón, sonriéndoles a todos con una sonrisa blanca.

Algo se apretaba contra el vidrio mojado de la ventana de la cocina. Suspiraba y sollozaba y llamaba golpeando continuamente, apretado contra el vidrio, pero Timothy no podía hacer nada, no veía nada. Se imaginaba a sí mismo afuera, mirando hacia adentro. La lluvia le caía encima, el viento lo empujaba, y el interior salpicado de velas era realmente atractivo. Se bailaban ya unos valses; unas figuras altas y delgadas pirueteaban al compás de una música exótica. Las botellas en alto irradiaban estrellas de luz; unos terrones pequeños se desmigajaban en los cascos, y una araña cayó y cruzó silenciosamente el piso, caminando.

Timothy se estremeció. Estaba otra vez dentro de la casa. La madre lo llamaba pidiéndole que corriese aquí, allí, que ayudara, sirviera, saliese de la cocina ahora, trayendo esto, aquello, los

platos, la comida, y así una y otra vez. Timothy estaba fuera de la fiesta, que se movía alrededor. Las docenas de gentes muy altas apretaban a Timothy, lo apartaban con los codos.

Al fin Timothy se alejó deslizándose escaleras arriba.

Llamó en voz baja:

-Cecy. ¿Dónde estás ahora, Cecy?

Cecy esperó largo rato antes de contestar.

-En el valle del imperio -murmuró débilmente-. Junto al mar de las sales, cerca de los manantiales de barro, el vapor y la quietud. Dentro de la mujer de un granjero. Sentada en el porche de adelante. Cuando yo lo quiero, la mujer se mueve, o hace alguna cosa, o piensa. El sol se pone.

-¿Cómo es el sitio, Cecy?

-Se alcanza a oír el siseo del barro -dijo Cecy, pausadamente, como si hablara en una iglesia-. Unas cabecitas grises de vapor se alzan en el barro como hombres calvos, asomándose en el jarabe espeso, subiendo por los canales tórridos. Las cabezas grises se abren de arriba abajo como si fuesen de goma, caen con un ruido de labios húmedos, y en los desgarrones del tejido aparece un plumaje de vapor. Y hay un olor de quemazones sulfurosas y de tiempo viejo. El dinosaurio ha estado cociéndose allí desde hace diez millones de años.

-¿No está listo todavía, Cecy?

-Sí está listo, casi listo. -Los labios serenos de Cecy se movieron en el sueño. Unas palabras lánguidas le cayeron lentamente de la boca.- Estoy dentro del cráneo de la mujer, mirando, contemplando el mar que no se mueve. Hay un silencio temeroso. Espero a mi marido, sentada en el porche. De cuando en cuando un pez salta en el agua, cae de nuevo: una figura dibujada a la luz de las estrellas. El valle, el mar, unos pocos autos, el porche de madera, mi mecedora, yo misma, la quietud de la noche.

-¿Y ahora, Cecy?

-Me levanto de la mecedora -dijo Cecy.

-¿Sí?

-Cruzo el porche y voy hacia los manantiales de barro. Unos aviones vuelan en el cielo, como pájaros prehistóricos. Está todo tan tranquilo, hay tanta quietud.

-¿Cuánto tiempo estarás dentro de ella, Cecy?

-Hasta que haya escuchado y mirado y sentido bastante. Hasta que haya cambiado la vida de esta mujer, de algún modo. Cruzo el porche pisando las tablas de madera, y mis pies golpean las tablas cansadamente, lentamente.

-¿Y ahora?

-Ahora los vapores de azufre están todos alrededor. Observo las burbujas que estallan y desaparecen. Un pájaro vuela junto a mi cabeza, y se aleja chillando. ¡De pronto soy el pájaro! Y mientras vuelo, mis nuevos ojos de cuentas de vidrio ven allá abajo a una mujer, en un sendero de tablas de madera, y ella se adelanta dando dos o tres pasos hacia los manantiales de barro. Oigo un sonido, como una piedra que se hunde en las profundidades blandas. Sigo volando, en círculos. Veo

una mano descolorida, como una araña, que se retuerce y desaparece en el estanque de lava gris: La lava se cierra. Ahora voy de vuelta a casa, ¡rápido, rápido, rápido!

Algo golpeó la ventana estremeciendo los vidrios. Timothy se sobresaltó.
Cecy abrió los ojos, brillantes, felices, satisfechos.

-¡Estoy en casa! -dijo.

Luego de una pausa Timothy aventuró:

-Ya empezó la fiesta. Han venido todos.

-¿Por qué estás aquí entonces? -Cecy tomó la mano de Timothy.- Bueno, pregúntame. -La muchacha sonrió apenas.- Pregúntame lo que querías preguntarme.

-No vine a preguntarte nada -dijo Timothy-. Bueno, casi nada. Bueno... ¡oh, Cecy! -Las palabras salieron rápidamente, sin interrupciones.- Quiero hacer algo en la fiesta, para que todos me miren, para ser tan bueno como ellos, para no sentirme solo, pero no sé hacer nada, y, bueno, pensé que quizá tú pudieras...

-Puedo -dijo Cecy, cerrando los ojos, sonriendo para adentro-. Enderézate. Quédate muy quieto. -Timothy obedeció.- Ahora cierra los ojos y no pienses en nada.

Timothy se quedó allí de pie, muy quieto, y pensó en nada, o por lo menos pensó que no pensaba en nada.
Cecy suspiró.

-¿Vamos abajo, Timothy?

Como una mano en un guante, Cecy estaba dentro de Timothy.

-¡Miren todos!

Timothy alzó el vaso de liquido tibio y rojo. Lo mantuvo en alto para que todos los de la casa se volvieran y lo viesen. ¡Tíos, tías, primos, hermanos, hermanas!

Se bebió el vaso de un trago.
Extendió la mano hacia su hermana Laura. La miró a los ojos, hablándole con una voz delicada e imperiosa. Laura callaba, inmóvil. Timothy se acercó más a ella, sintiéndose alto como un árbol. La fiesta fue deteniéndose, y la gente rodeó a Timothy, observando. Desde las puertas de los otros cuartos, unas caras espiaban. Nadie se reía. Mamá estaba asombrada. Papá parecía estupefacto, pero complacido a la vez, y más y más orgulloso.
Timothy mordió a Laura dulcemente, en la vena del cuello. Las llamas de las velas oscilaron como borrachas. El viento subió afuera y se arremolinó en los techos. Los parientes miraban desde todas las puertas. Timothy se llevó a la boca unos hongos venenosos, los tragó, se golpeó los costados con los brazos y giró en círculos.

-¡Mira, tío Einar, puedo volar, al fin!

Las manos batieron el aire. Los pies subieron y bajaron como émbolos. Timothy vio que las caras de los otros desfilaban rápidamente.
En lo alto de las escaleras, aleteando, oyó que la madre gritaba, lejos, allá abajo.

-¡Basta, Timothy!

-¡Eh! -gritó Timothy, y se arrojó al hueco de la escalera.

A mitad de camino, las alas que creía tener, se le disolvieron de pronto. Timothy chilló. El tío Einar lo alcanzó en el aire.

Timothy aleteó rápidamente en brazos de Einar. Una voz espontánea le salió de los labios.

-¡Aquí Cecy! ¡Aquí Cecy! ¡Vengan a verme todos, arriba, el primer cuarto a la izquierda!

Un prolongado gorjeo de risas. Timothy apretó la lengua contra los dientes, para que no salieran las palabras.

Todos retan ahora. Einar dejó a Timothy en el suelo. Corriendo entre la oscuridad amontonada de los parientes que iban escaleras arriba a felicitar a Cecy, Timothy cerró ruidosamente la puerta de calle.

-¡Cecy, te odio, te odio!

Bajo el sicómoro, en las sombras de la noche, Timothy vomitó la cena, sollozó amargamente, y se echó en una pila de hojas de otoño. Se quedó allí, quieto, y sacó del bolsillo de la blusa una caja de cerillas. La araña salió de la caja, caminó por el brazo de Timothy, le exploró el cuello y subió hasta la oreja haciéndole cosquillas. Timothy sacudió la cabeza.

-No, Araña, no.

El toque leve de una pluma que le tanteaba el tímpano. Timothy se estremeció.

-¡No, Araña!

De algún modo, ahora lloraba menos.

La araña viajó por la mejilla de Timothy, se detuvo debajo de la nariz, miró adentro como examinando el cerebro, y luego trepó delicadamente al perfil de la nariz, y allí se sentó a mirar a Timothy con unos ojos de gema verde hasta que Timothy sintió que no podía contener una risa ridícula.

-Veté, Araña.

Timothy se sentó, y las hojas crujieron. La luz de la luna brillaba en el campo. De la casa venía un débil rumor: la gente se divertía ahora con el juego de Espejo, Espejo. Unos gritos ahogados, mientras trataban de identificar a aquellos cuyas imágenes no aparecían, no habían aparecido nunca, en ningún espejo.

-Timothy. -Las alas del tío Einar se extendieron y doblaron y llegaron con un sonido de tambores. Timothy sintió que lo alzaban como un dedal y se encontró instalado en el hombro de Einar.- No te sientas mal, sobrino Timothy. A cada uno lo que le corresponde, a cada uno su propio camino. Las cosas son mucho mejores para ti, Timothy. Mucho más vivas. El mundo está muerto para nosotros. Hemos visto tanto, créeme. La vida es mejor para aquellos que viven menos. Vale más cada kilo, Timothy, no lo olvides.

El resto de la negra madrugada, desde la medianoche en adelante, el tío Einar llevó a Timothy por la casa, de cuarto en cuarto, saludando y cantando. Una horda de recién llegados reanimó la alegría. Una tatarata tatara y mil veces más tatarabuela llegó envuelta en una mortaja egipcia. No dijo nada y se quedó apoyada en la pared, muy derecha, como una quemada tabla de

planchar; en las concavidades de los ojos había un centelleo distante, sabio, silencioso. Al desayuno, a las cuatro de la mañana, mil tatarabuelas insólitas estaban sentadas tiesamente a la cabecera de la mesa más larga.

Los numerosos primos jóvenes se entretenían junto al tazón de cristal. Los ojos hundidos y oliváceos, las caras cónicas y demoníacas y las cabelleras rizadas de color bronce flotaban sobre la mesa de las bebidas, y los cuerpos blandos y duros a la vez, en parte de muchacha y en parte de muchacho, se apoyaban unos en otros, malhumorados y borrachos. El viento se alzó todavía más, las estrellas brillaron con una intensidad ardorosa, se redoblaron los ruidos, las danzas se apresuraron, las bebidas fueron más eficaces. Había allí miles de cosas que Timothy podía oír y mirar. Las sombras se enturbiaban y burbujeaban, las caras numerosas pasaban, una y otra vez...

La fiesta contuvo el aliento. Se oyeron a lo lejos las campanas del reloj del pueblo, que daba las seis. La fiesta concluía. Siguiendo el ritmo de las campanadas, un centenar de voces comenzó a entonar canciones de cuatrocientos años atrás, canciones que Timothy no podía conocer. Entrelazando los brazos, moviéndose en círculos, todos cantaron; y en alguna parte, en la lejanía helada de la mañana, el reloj del pueblo dio la última campanada y calló.

Timothy cantó. No conocía las palabras ni la melodía, y sin embargo las palabras y la melodía le sonaban exactamente en la garganta. Timothy alzó los ojos hacia la puerta cerrada en lo alto de la escalera.

-Gracias, Cecy -murmuró-. Te perdono, gracias.

Aflojó el cuerpo y dejó que las palabras le brotaran libremente en los labios, con la voz de Cecy.

Se oyeron adioses, entre idas y venidas. Mamá y papá se quedaron en la puerta para dar la mano y besar a todos los parientes. Más allá de la puerta abierta el cielo se coloreó en el este. Entró un viento frío. Y Timothy sintió que lo movían y lo instalaban primero en un cuerpo y luego en otro. Sintió que Cecy lo metía en la cabeza del tío Fry y que podía mirar ahora desde la cara de cuero arrugado, y que saltaba luego en un torbellino de hojas sobre la casa y las colinas somnolientas...

Luego, descendiendo en un camino polvoriento, Timothy sintió los ojos enrojecidos, y la piel velluda envuelta en la luz de la mañana, mientras dentro del primo William jadeaba escurriéndose entre unos matorrales y luego desaparecía...

Como un guijarro en la boca del tío, Timothy voló en un trueno membranoso, llenando el cielo. Y en seguida se encontró en su propio cuerpo y para siempre. El alba crecía. Los últimos parientes se abrazaban y lloraban y pensaban que el sitio era un sitio cada vez menos adecuado, para todos ellos. En otro tiempo se habían reunido todos los años, pero ahora pasaban décadas entre una fiesta y otra.

-¡No lo olvides! -llamó alguien-. ¡Nos encontraremos en Salem en 1970!

Salem. La mente entumecida de Timothy repitió las palabras. Salem, 1970. Y allí estarían el tío Fry y una anciana mil veces abuela de mortaja mustia, y el padre y la madre y Ellen y Laura y Cecy y todos los demás. ¿Pero estaría él, Timothy? ¿Quién le aseguraba que estaría vivo entonces?

Una última ráfaga marchita y allí fueron todos, tantas bufandas, tantos apresurados mamíferos, tantas hojas setas, tantos sonidos arracimados y quejosos, tantas medianoches y locuras y sueños.

Mamá cerró la puerta. Laura tomó una escoba.

-No -dijo mamá-. No limpiaremos esta noche. Ahora tenemos que dormir.

La familia desapareció en el sótano y escaleras arriba. Y Timothy, cabizbajo, cruzó el vestíbulo abrumado de crespones. Pasando junto a un espejo se miró la pálida mortalidad de la cara, fría y temblorosa.

-Timothy -dijo mamá. Se acercó a Timothy y le tocó la cara-. Hijo -continuó-, te queremos. No lo olvides. Todos te queremos. No importa que seas distinto, no importa si un día nos dejas. -Mamá le besó la mejilla.- Y si mueres un día, cuidaremos de que tus huesos descansen en paz, te lo aseguro. Iré a visitarte en las Vísperas de Todos los Santos y te llevaré al sitio más seguro.

La casa estaba en silencio. A lo lejos el viento pasó por encima de una loma llevando una última carga de murciélagos oscuros, resonando, revoloteando.

Timothy subió los escalones, uno por uno, llorando todo el tiempo.

LA MARAVILLOSA MUERTE DE DUDLEY STONE

-¡VIVO!

-¡Muerto!

-Vivo en Nueva Inglaterra, maldición.

-¡Muerto hace veinte años!

¡Pasare el sombrero, ir, yo mismo, ¡y traer, de vuelta cabeza de ese hombre!

Así fue la conversación aquella noche. La inició un desconocido que se puso a hablar de la muerte de Dudley Stone. ¡Está vivo! gritamos, ¿Y no lo sabiamos nosotros? ¡No éramos acaso los últimos y endebles representantes de quienes habían quemado incienso leyendo los libros de Dudley Stone a la luz de brillantes lánparas votivas, en la década del veinte?

El caso Dudley Stone. Aquel magnífico estilista, el más eminente de los monstruos literarios. Recuerdan ustedes sin duda las manos levantadas, los pisos que faltaron bajo los pies, los silbidos apocalípticos que se oyeron en todas partes cuando Dudley Stone escribió a los editores:

Caballeros: Hoy, a los 30 años, me retiro del mundo, renuncio a escribir, quemo todos mis efectos, echo mis últimos rnanuscritos a la basura, grito: al fin, y les deseo a ustedes que lo pasen bien. Afectuosarnente. Dudley Stone.

Terremotos y avalanchas, en ese orden.

-¿Por qué? -nos preguntamos, a lo largo de los años.

En un tono deiicadamente melodramático discutíamos qué habría apartado a Dudley Stone de la carrera liraria. Las mujeres quizá. O la Botella. O los Caballos, que habían dejado atrás a un ejemplar magnífico, todavía en la flor de la edad.

Todos estábamos convencidos, y asi lo admitíamos en privado y en público, que la lava de Stone era incontenible, y que si no hubiese dejado de escribir, Faulkner, Hemingway, y Steinbeck ya estarían sepultados y olvidados. Algo más triste: Stone, al borde de la obra maestra, dio un día media vuelta y se retiró a vivir en una aldea que llamaremos Oscuridad, cerca del océano que llamaremos adecuadamente el Pasado.

¿Por qué?

La pregunta nos acompañó siempre, a todos aquellos que habíamos visto los destellos del genio en las obras multicolores de Stone.

Una noche, hace pocas semanas, mientras meditábamos en la erosión causada por los años, y descubríamos que las caras de los otros estaban un poco más arrugadas, y nuestros cabellos bastante más ausentes, llegamos a enfurecernos pensando en la típica ignorancia ciudadana a propósito de Dudley Stone.

A1 menos, murmuramos, Thomas Wolfe había conocido el éxito antes de llevarse la mano a la nariz y saltar al abismo de la Eternidad. Por lo menos los críticos se juntaron a mirar, luego que Wolfe se hundió en las sombras, como se mira el cielo por donde cruzó un meteoro encendido. ¿Pero quién recordaba ahora a Dudley Stone, a las camarillas de amigos, a los admiradores entusiastas de aquella década?

-Paso el sómbrero -dije-. Viajaré quinientos kilómetros, lo tomaré a Dudley Stone por los pantalones y le diré: "Escuche, señor Stone, ¿por qué nos dejó de esa mala manera? ¿Por qué no escribió un libro en veinticinco años?"

El sombrero estaba forrado de billetes. Mandé un telegrama y tomé el tren.

No sé qué esperaba yo. Quizá encontrar una manta religiosa apagada y decrépita, que susurraba en las cercanías de la estación, arrastrada por los vientos marinos, un espectro blanco como la tiza, y que me hablaría con esa voz de las hierbas y los mimbres que se mueven en la noche. Me apreté las rodillas, ansioso, mientras el tren gruñía entrando en la estación. Bajé y me encontré en la soledad del campo, a un kilómetro del mar, preguntándome qué locura insensata me habia llevado allí, tan lejos.

En un tablero de noticias, frente a la oficina de billetes, descubrí un montón de papeles, de centímetros de alto, pegados y clavados allí durante años innumerables. Hojeando los papeles, apartando capas antropológicas de material impreso, descubrí lo que buscaba. Dudley Stone candidato concejal, Dudley Stone candidato a sheriff. ¡Dudley Stone candidato a alcalde! Una y otra vez, a lo largo de los años, la fótografía de Stone, blanqueada por el sol y la lluvia; apenas reconocible, reclamaba cargos de mayor responsabilidad en la vida de este mundo a orillas del océano. Me quedé allí un rato, leyendo.

-¡Eh!

Y Dudley Stone salió de la nada, detrás de mí, cruzando la plataforma de la estación.

-¿Es usted el sefior Douglas?

Me volví enfrentándome con una vasta arquitectura de hombre, voluminoso, pero no gordo, las piernas como pistones macizos que lo llevaban adelante, una flor brillante en la solapa, una corbata brillante al cuello. Stone me trituró la mano y me miró desde arriba como el Dios Miguel Angel creando a Adán con un toque poderoso. La cara de Stone era como esas imágenes del Viento Norte y el Viento Sur que soplan fríos y cálidos en los mapas de los viejos marineros ***1***. Era la misma cara que simboliza al sol en las esculturas egipcias, ¡ardiente de vida!

Dios mío, pensé. Y este es el hombre que no ha escrito una línea en veinticinco años. Imposible. Está tan vivo que es un pecado. ¡Se alcanza a oir cómo le late el corazón!

Debo de haberlo mirado un rato con los ojos muy abiertos, permitiéndole que se saciara en mis sentidos estupefactos.

-Cree encontrarse ante el espectro de Marley -rió-.

Admítalo.

-Yo . . .

-Mi mujer nos espera con una comida tradicional. Habrá cerveza abundante. Me gusta el sonido de la palabra. *Cerveza*. Levanta el espiritu caído. -Un enorme reloj de oro le colgaba a Stone sobre el chaleco, sos-

1 Alusión a un poema de Coleridge. (N. d. T.)

tenido por cadenas brillantes. Me apretó el codo y me arrastró, como un mago que vuelve a la madriguera llevando consigo un desdichado conejo.- ¡Qué alegría verlo aquí! Supongo que ha venido como los otros, a hacerme la misma pregunta, ¿eh? Bueno, ¡esta vez lo diré todo!

El corazón me saltó en el pecho.

-¡Magnífico!

Detrás de la estación esperaba un Ford T abierto de 1927.

-Aire fresco. Manejando a esta hora del crepúsculo, el viento le tae a usted todo el campo, las hierbas, las flores. ¡Espero que no sea usted uno de esos hombres que andan siempre de puntillas, cerrando ventanas! Mi casa es como la cima de una meseta. No tenemos otra escoba que el viento. ¡Arriba!

Diez minutos después dejamos la carretera y entramos en un camino que nadie cuidaba desde hacía años. Stone sonreía impasible saltando corcovas y metiéndose

en pozos. ¡Bum! Recorrimos traqueteando los últimos metros hasta una casa de dos pisos, tosca y despintada. Stone dejó que el coche jadeara y muriera en silencio.

-¿Quiere la verdad? -Stone se volvió para mirarme a la cara y me puso en el hombro una mano seria.- Me asesinó un hombre con una pistola, hace casí exactamente veinticinco años.

Me quedé mirándolo, mientras Stone saltaba del coche. Era tan sólido como una tonelada de roca, nada fantasmagórico, y sin embargo supe que la verdad estaba allí de algún modo, en las palabras que me dijo antes de dispararse a sí mismo como una bala de cañón hacia la casa.

-Esta es mi mujer, y esta es la casa, ¡y esta es la cena esperándonos! Observé el panorama. Ventanas en tres lados del vestíbulo, una vista del mar, la costa, los prados. Las ventanas quedan abiertas en tres de las cuatro estaciones. Le juro que en pleno verano llega aquí el olor de los limones, y en diciembre algo de la Antártida, amoníaco y helado de crema. ¡Siéntese! Lena, ¿no es buena que este hombre haya venido?

-Espero que le guste el cocido de Nueva Inglaterra -dijo Lena ahora aquí, ahora allá, una mujer alta, bien plantada, el sol del Este, la hija de Papá Noel, el rostro brillante como una lámpara que iluminaba la mesa mientras ponía los platos pesados, capaces de resistir el puñetazo de un gigante; y unos cubiertos sólidos para dar de comer a los leones.

Una vaharada de vapor se alzó hacia nosotros, y bajamos por ella dichosamente, como pecadores al infierno. Vi que los platos iban y venían tres veces y sentí el lastre en el pecho, la garganta y al fin en los oldos. Dudley Stone me sirvió un brebaje de uvas silvestres que habían pedido misericordia, dijo. Sopló suavemente en la embocadura verde de la botella de vino, y la botella emitió una melodía breve; de una sola nota.

-Bueno, ya ha esperado bastante -me dijo, mirándome desde esa distancia que separa a las gentes cuando beben, y que en ciertos momentos de la noche es la intimidad misma-. Le hablaré de mi asesinato. No le hablé a nadie antes, créame. ¿Conoce usted a John Oatis Kendall?

-Un escritor menor de los años veinte, ¿no es así? -dije-. Unos pocos libros. Se apagó en el 31. Murió la semana pasada.

-Sí, John Oatis Kendall, que se apagó en el año 1931, un escntor que prometía mucho.

-No tanto como usted -dije rápidamente.

-Bueno, espere. Crecimos juntos, John Oatis y yo. Nacimos cuando la sombra de un roble tocó mi casa a la mañana y la casa de Oatis a la noche. Nadamos juntos en todos los arroyos del mundo, nos enfermamos juntos con manzanas ácidas y cigarrillos, vimos las mismas luces en el mismo cabello rubio de la misma chica, y ya en la adolescencia decidimos patearle el estómago al

destino, juntos, y que nos golpearan a los dos la cabeza. Los dos empezamos bien, y luego yo seguí mejor y todavía mejor a medida que pasaban los años. Si el primer libro de Oatis recibía una buena crítica, el mío recibía seis. Me condenaban a mí una vez y a Oatis una docena. Eramos como dos amigos en un tren que el público ha separado. Allá iba John Oatis en el vagón de cola, muy atrás, gritando: "¡Sálvenme! ¡Me están dejando en Tank Town, Ohio! ¡El camino es el mismo!" Y el conductor decía: "¡Sí, pero no es el mismo tren!" Y yo gritaba: "¡Creo en ti, John, no píerdas el coraje, volveré por ti!" Y el vagón de cola se sacudía

detrás, y las luces verdes y rojas brillaban en la sombra como cerezas y limones, y los dos dos gritábamos nuestro afecto: "¡John, viejo!" "¡Dudley, amigo!" mientras John Oatis se quedaba en un rincón oscuto detrás de unos depósitos de lata a medianoche, y mi máquina, con todas las banderas al viento y las bandas de música, marchaba hacia el nuevo día.

Dudley Stone hizo una pausa y advirtió mi aspecto de confusión general.

-Todo esto lleva a mi asesinato -dijo-. Pues John Oatis cambió en 1930 unas pocas ropas viejas y algunos ejemplares de sus libros por una pistola, y luego vino a esta misma casa y a este mismo cuarto.

-¿Pensaba realmente en matarlo a usted?

-¿Pensaba? ¡Demonios! ¡Lo hizo! ¡Pum! ¿Un poco de vino? Mejor así.

La señora Stone puso en la mesa una torta de frutillas mientras Stone disfrutaba de mi farfulleo impaciente. Stone dividió la torta en tres grandes trozos, y me miró imitando amablemente al Huésped de la Boda. ***1***

-Aquí estaba, John Oatis, sentado en esa misma silla de usted: Detrás, afuera, bajo techo, diecisiete jamones ahumados; quinientas botellas de lo mejor; más allá de la ventana, el campo abierto, el mar elegante adornado de encajes; arriba, la luna como un plato de crema fresca; en todas partes la panoplia de la primavera, y también Lena del otro lado de la mesa, un sauce en el viento que se ríe de todo lo que digo, y de lo que no quiero decir, los dos de treinta años, recuérdelo, treinta años; la vida un tiovivo maravilloso, y las manos se movían tocando acordes perfectos, mis libros se vendían bien, las cartas de los admiradores llegaban como animadas fuentes blancas, los caballos esperaban en los establos preparados para paseos nocturnos a ensenadas donde nosotros o el mar nos susurrábamos todos los deseos. Y John Oatis sentado donde está usted ahora, sacando tranquilamente del bolsillo la pequeña pistola azul.

-Me reí, pensando que era un encendedor de cigarros de alguna clase -dijo la señora Stone.

1 Alusión a un poema de Coleridge. (N. d. T.)

-Pero John Oatis dijo muy serio: "Voy a matarlo señor Stone".

-¿Qué hizo usted?

-¿Qué hice? Quedarme sentado, aturdido, estupefacto. Oí un golpe terrible. ¡La tapa del ataúd en la cara! Oí el carbón que se me venía encima en una caída negra, los terrones que cegaban mi puerta. Dicen que todo el pasado desfila ante nosotros entonces. Tonterías. Vemos el futuro. Nos vemos la cara, como un caldo de sangre. Uno se queda asi sentado hasta que balbucea al fin:

-Pero, John, ¿qué te he hecho?

-¿Qué me has hecho?- gritó John.

"Y los ojos de John recorrieron el estante largo y la hermosa brigada de libros donde brillaba mi nombre como el ojo de una pantera en la oscuridad marroquí. El revólver le tembló en la mano sudorosa.

-Bueno, John -dije prudentemente. ¿Qué quieres?

-Algo por enrima de todo -me dijo-. Matarte y ser famoso. Ser conocido toda una vida y más allá como hombre que mató a Dudley Stone.

-¡No puedes hahlar en serio!

-Hablo en serio. Seré muy famoso. Mucho más famoso que ahora, a tu sombra. Sólo un escritor sabe de veras lo que es el odio. Dios, cómo quise tu obra, y Dios, cómo te odié porque escribías tan bien. Interesante ambivalencia. Pero no la aguanto más. No soy capaz de escribir

como tú así que tendré el camino de la fama que me parece más fácil. Te suprimiré del mundo mientras todavía eres joven. Dicen que tu próximo libro será el mejor, ¡el más brillante!

-Exageran,

-Creo que tienen razón.

"Me volví a Lena, sentada más allá de John. Estaba asustado, pero no tanto como para gritar o correr y estropear la escena, que podría terminar así inadvertidamente.

"-Calma -dije-. Calma. Siéntate aquí, john. Te pido sólo un minuto. Luego puedes apretar el gatillo.

-¡No! -dijo Lena.

-Calma -dije pensando en Lena, en John y en mí mismo.

"Miré por las ventanas abiertas, sentí el viento, pensé en los vinos del sótano, las ensenadas de la bahía, el mar, la luna noctuma como un disco de mentol que refresca los cielos del verano, arrastrando nubes de sales llameantes, las estrellas, que siguen a la luna girando hacia la mañana. Pensé en mis treinta escasos años, en los treinta de Lena; en la vida que teníamos por delante. Pensé en toda la carne de la vida, suspendida en lo alto, ¡esperando a que yo empezara de veras el banquete! Nunca había trepado a una montaña, nunca había navegado en el mar, nunca había sido candidato a alcalde, nunca me había zambullido buscando perlas, nunca había tenido un telescopio, nunca había actuado en un escenario ni había construirlo una casa ni había leído los clásicos que *yo deseaba leer*. ¡Tantos actos esperando aún!

"Y asi en aquellos sesenta segundos casi instantáneos pensé al fin en mi carrera. Los libros que había escrito, los que estaba escribiendo, los que quería escribir. Las crónicas, las ventas, la abultada cuenta en el banco. Y, créame o no, por primera vez en mi vida me sentí libre de todo eso. Me convertí de pronto en un crítico. Comparé y medí. En una mano puse todos los barcos que no había tomado, las flores que no había plantado, los niños que no había mirado aún, Y Lena allí, como la diosa de las cosechas. En medio puse a John Oatis Kendall y la pistola: el fiel que sostiene los platillos. Y en el extremo opuesto puse mi lapicera, mi tinta, el papel en blanco, mi docena de libros. Hice algunos ajustes menores. Los sesentas segundos pasaban de prisa. La leve brisa nocturna soplaba sobre la mesa, y acarició de pronto el pelo de Lena, un rizo de la nuca, y oh, Dios, lo acarició tan dulcemente . . .

"La pistola me apuntaba aún. Yo había visto fotografías de los cráteres de la luna, y ese agujero en el espacio que llaman la nebulosa de carbón, pero nada era tan grande, créame, como la boca de esa pistola en el otro extremo del cuarto.

"-John -dije al fin-, ¿me odias tanto? ¿Porque he tenido suerte y tú no?

-¡Sí, maldita sea! -gritó John.

"Era casi divertido que me envidiara. Yo no escribía mucho mejor que él. Una cierta habilidad era toda la diferencia.

-John -le dije serenamente-, si me quieres muerto me tendrás muerto. ¿Te parecería bien que yo no escribiese más?

"-¡Nada me parecería mejor! -gritó John-. ¡Prepárate!

"¡Me apuntó al corazón!

"-Muy bien -dije-, No escribiré nunca más.

"-¿Qué? -dijo John.

-Somos viejos amigos, nunca nos mentimos, ¿no es cierto? Entonces tómame la palabra, desde esta noche en adelante nunca llevar, la pluma al papel.

-Oh, Dios dijo John, y se rió despreciativo e íncrédulo.

-Ahí -dije, señalando el escritorio con un movimiento de cabeza- están los originales de los libros en que he estado trabajando los últimos tres años. Quemaremos uno ahora. El otro puedes llevártelo tú mismo y tirarlo al mar, Límpia la casa, toma todo lo que tenga un mínimo de parecido con la literatura, echa al fuego

mis libros publicados. Adelante.

"Me levanté. John pudo haberme matado entonces, pero estaba fascinado. Arrojé un manuscrito a la chimenea y acerqué un fósforo.

-¡No! -dijo Lena. Me volví-. Sé lo que hago -dije.

Lena se echó a llorar. John Oatis Kendall me miraba, hechizado. Le alcancé el otro manuscrito inédito-. Toma -dije, poniéndole las hojas bajo el zapato derecho de modo que el pie era ahora como un pisapapeles. Me senté otra vez. Soplaba el viento y la noche era tibia, y Lena estaba del otro lado de la mesa, blanca como una flor de manzano.

-Desde hoy en adelante no escribiré una palabra más -dije.

Al fin John Oatis atinó a decir: -¿Cómo puedes hacer eso?

-Para que todos sean felíces -dije-. Para que tú seas feliz, pues m s adelante seremos otra vez amigo. Para que Lena sea feliz, pues ser, otra vez un marido y no una foca amaestrada. Y para mi propia felicidad, pues prefiero ser un hombre vivo antes que un autor muerto. Un moribundo es capaz de cualquier cosa, John. Bueno, llévate ahora mi última novela y vete en paz.

"Nos quedamos allí un rato, los tres, así como estamos nosotros alhora. Había un olor de limones y limas y camelias. El océano rugía en la costa rocosa, allá abajo; Dios, que hermoso sonido a la luz de la luna. Y al fin, recogiendo los manuscritos, John Oatis se los llevó, como si fuesen mi cuerpo, fuera del cuarto. Se detuvo en la puerta y dijo: -Te creo. -Y luego desapareció. Oí que se alejaba en el coche. La llevé a Lena a la cama. Esa noche me la pasé caminando por la costa, caminé de veras, respirando hondo y llevándome las manos a los brazos y las piernas y la cara, llorando como un niño, caminando por la rompiente para sentir el agua fría y salada a mi alrededor en un millón de espumas.

Dudley Stone hizo una Pausa. El tiemþo se había detenido en el cuarto. El tiempo era otro año, y los tres estábamos sentados allí, pendientes de la historia del asesinato.

-¿Y Oatis destruyó la última novela de usted?

Dudley Stone asintió con un movimiento de cabeza.

-Una semana más tarde apareció una página en la costa. John Oatis debía de haber tirado el libro desde el acantilado, mil páginas. Me parece verlo: una bandada de gaviotas blancas, cayendo al mar y viniendo a la playa con la marea a las cuatro de la negra rnadrugada. Lena corrió playa arriba con la página en la mano gritando: "¡Mira, mira!" Y cuando ví lo que era, la tiré de nuevo al océano.

-¡No me diga que guardó su promesa!

Dudley Stone me miró un rato.

-¿Qué hubiera hecho usted en una situación parecida? Entiéndalo así: John Oatis me hizo un favor. No me mató. No apretó el gatiilo. Creyó en mi palabra. Honró mi palalbra. Me dejó vivir. Dejó que yo siguiera comiendo y durmiendo y respirando. John me había ampliado de pronto los horizontes. Yo estaba tan agradecido que aquella noche, de pie en la playa, con el agua a la cintura, me eché a llorar. Le estaba agradeciendo. ¿Entiende realmente esa palabra? Le agradecía que me hubiese dejado vivir cuando podía haberme aniquilado para siempre.

La señora Stone se levantó. La cena había terminado. Se llevó la vajilla; encendimos los cigarros, y Dudley

Stone me llevó a su sitio de trabajo en la casa: un escritorio de tapa rodadera, de mandíbulas atascadas con papeles, paquetes, botellas de tinta, una máquina de escribir, documentos, libros mayores, índices.

-Todo esto estaba hírviendo en mí desde hacía tiempo. John Oatis no hizo otra cosa que sacar la espuma de arriba, de modo que yo pude ver el caldo. Todo era clarísimo -dijo Dudley Stone-. Escribir fue siempre para mi hiel y amargura: ordenar palabras en el papel, experimentar las vastas depresiones del corazón y el alma. Observar a los críticos codiciosos que me levantaban gráficos, me trazaban mapas, me cortaban en rodajas como una salchicha, y me devoraban en desayunos de medianoche. Un trabajo de lo peor. Yo estaba preparado para dejar el terreno. El gatillo estaba levantado. ¡Pum! ¡Ahí estaba John Oatis! Mire. Dudley Stone revolvió el escritorio y sacó carteles y hojas sueltas.

-Antes escribía sobre la vida. Ahora quiero vivir. Hacer cosas en vez de contarlas. Me presenté como candidato al consejo de educación. Gané. Me presenté como candidato a concejal. Gané. Me presenté como candidato a alcalde ¡Gané! ¡Bibliotecario! Inspector de limpieza. Estreché un montón de manos, vi mucho de la vida, hice muchas cosas. Vivimos de todos los

modos posibles, con ojos y narices y bocas, con manos y oidos. Subimos a las montañas y pintamos cuadros.

¡Hay algunos en la pared! ¡Dimos tres vueltas al mundo! Hasta traje al mundo a nuestro hijo, ¿inesperadamente? Es un hombre ahora y esta casado . . ¡vive en Nueva York! Hicimos muchas cosas, una y otra vez. -Stone hizo una pausa y sonrió.- Vayamos al patio; hemos instalado allí un telescopio. ¿Le gustaría ver los anillos de Saturno?

Fuimos al patio y el viento soplaba desde alta mar, y mientras estábamos allí, mirando las estrellas a través del telescopio, la señora Stone fue al sótano de medianoche a buscar un raro vino español.

Era mediodía al dia siguiente cuando llegamos a la estación solitaria luego de un viaje huracanado por los prados abruptos, desde el mar. El senor Duuley Stone dejó que el coche decidiera por dónde tenía que ir, mientras él me hablaba, riendo, sonriendo, señalando esta o aquella afloración de piedra neolítica, esta o aquella flor silvestre, callando sólo cuando nos detuvimos a esperar el tren que me llevaría de allí.

-Pensará usted -dijo mirando el cielo- que me he vuelto loco.

-No, nunca dije eso.

-Bueno -dijo Dudley Stone-, John Oatis Kendall me hizo otro favor.

-¿Qué favor?

Stone movió el currpo a un lado y a otro en el remendado asiento de cuero, mientras conversaba.

-Me ayudó a salir cuando todo iba bien. Muy dentro de mí yo debía de haber sospechado que mi éxito literario era algo que se derretiría del todo tan pronto como apagaran el sistema de refrigeración. Mi subconsciente tenía una visión bastante clara del futuro. Yo sabía lo que no sabía ninguno dc mis críticos, que yo no iba a ninguna parte sino hacia abajo. Los dos libros que destruyó John Oatis eran muy malos. Hubiesen terminado conmigo como no hubiera podido hacerlo John Oatis. De modo que sin saerlo me ayudó a decidir algo que yo no hubiera podido decidir por mi propia cuenta, a despedirrne con una elegante reverencia mientras el baile florecía aún, mientras las linternas chinas arrojaban todavía unas luces rosadas en mi cara de Harvard. Yo habta visto demasiados escritores arriba, abajo, y afuera lastimados, infelices, suicidas. La combinación de circunstancia, coincidencia, conocimiento subconsciente, alivio y gratitud a John Oatis Kendall que me permitió sentirme vivo fue algo fortuito, por no decir otra cosa.

Nos quedamos a la cálida luz del sol otro minuto.

-Y luego, cuando anunció que me alejaba de la escena literaria, tuve el placer de verme comparado a todos los grandes. Pocos autores de la historia reciente tuvieron tanta publicidad. Fue un funeral encantador. Y parecía natural, como se dice de algunos muertos. Y los ecos se ditataban. "¡El libro silencio!" decían los críticos. "¡Qué bueno hubiese sido! ¡Una obra maestra!" Los dejé jadeando, esperando. No sabían qué pensar. Aún ahora, un cuarto de siglo más tarde, lectores que en aquel tiempo estaban en el colegio, viajan envueltos en hollín, en trenes de trocha angosta que apestan a kerosene, para resolver el misterio de que tengan que esperar tanto por mi "obra maestra". Y gracias a John Oatis Kendall tengo todavía un cierto prestigio; lo he perdido lentamente, y sin dolor. Al año siguiente yo hubiera muerto asesinado por mi propia mano de escritor. Cuanto mejor dejar el tren soltando uno mismo el furgón de cola, antes que lo hagan los otros.

"¿Mi amistad con John Oatis Kendall? Volvió. Llevó tiempo, por supuesto. Pero vino a verme en 1947; fue un hermoso día, en todos los aspectos, como antes. Y ahora John ha muerto y al fin yo le he dicho algo a alguien. ¿Qué le dirá a sus amigos de la ciudad? No le creerán una palabra. Pero es cierto, lo juro. Tan cierto como que estoy aquí respirando el aire bendito y mirándome los callos de las manos, y empezando a crecerme a esas descoloridas hojas sueltas que me sirvieron en mi campaña de candidato a tesorero municipal.

Estábamos de pie en la plataforma de la estación.

-Adiós, y gracias por haber venido y escucharme y dejar que mi mundo le cayera a usted encima. Dios bendiga a los amigos curiosos. ¡Ahí viene el tren! Tengo que apresurarme. Lena y yo vamos a la costa esta tarde, a una fiesta de la Cruz Roja. ¡Adiós!

Miré al hombre muerto que se alejaba a zancadas por la plataforma, estremeciendo las tablas. Vi que saltaba al Ford-T, oí que el auto se hundía con el peso, vi que el hombre golpeaba el piso con un pie descomunal, encendía el motor, daba media vuelta, sonreia, me saludaba con la mano, y se alejaba rugiendo hacia aquella aldea llamada Oscuridad, de pronto brillante, a orillas de una costa resplandeciente llamada el Pasado.